

UNA BIOGRAFÍA DE LA ITALIANA QUE CONQUISTÓ EL MUNDO

Nada es eterno salvo la

Carra

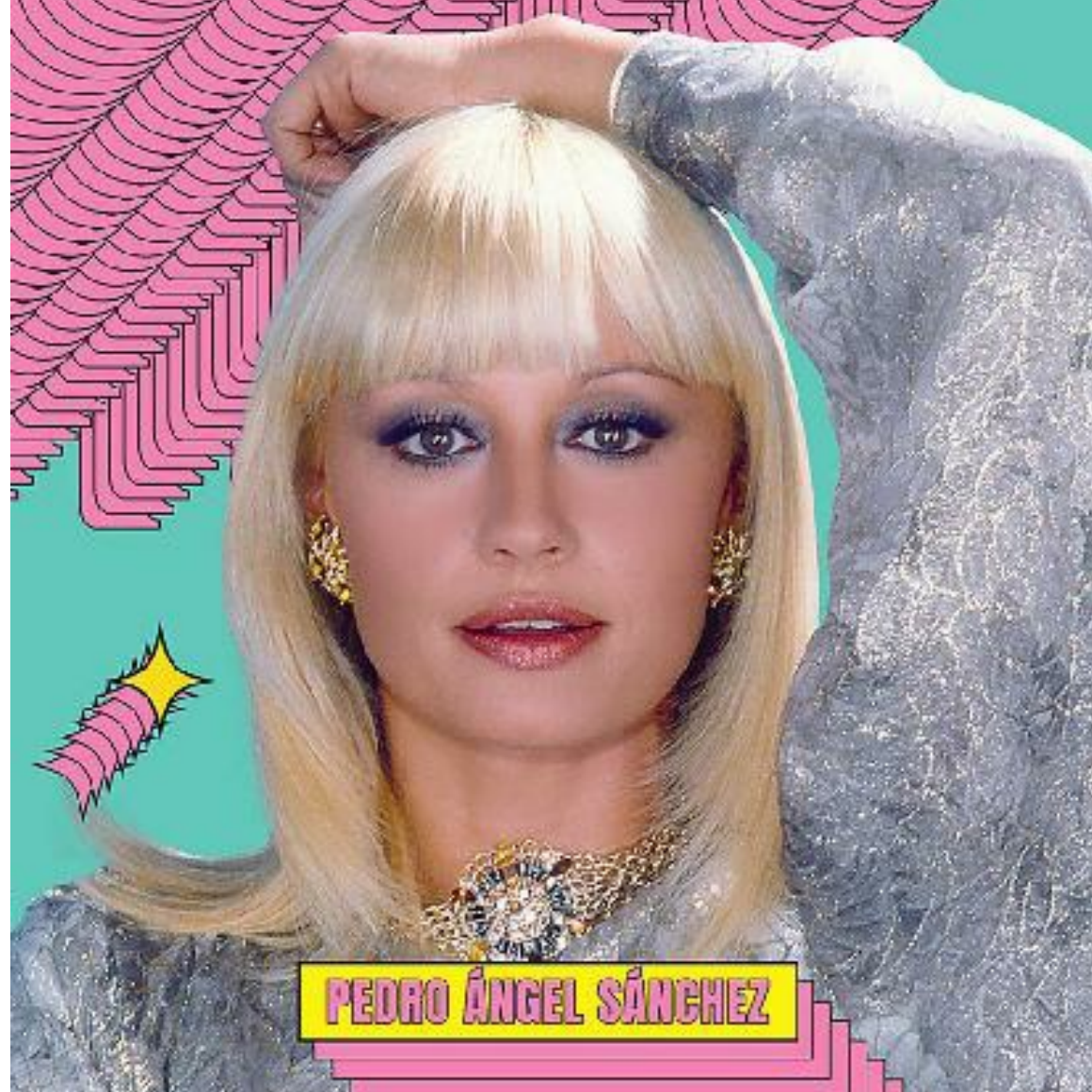


PEDRO ÁNGEL SÁNCHEZ

UNA BIOGRAFÍA DE LA ITALIANA QUE CONQUISTÓ EL MUNDO

Nada es eterno salvo la

Carra

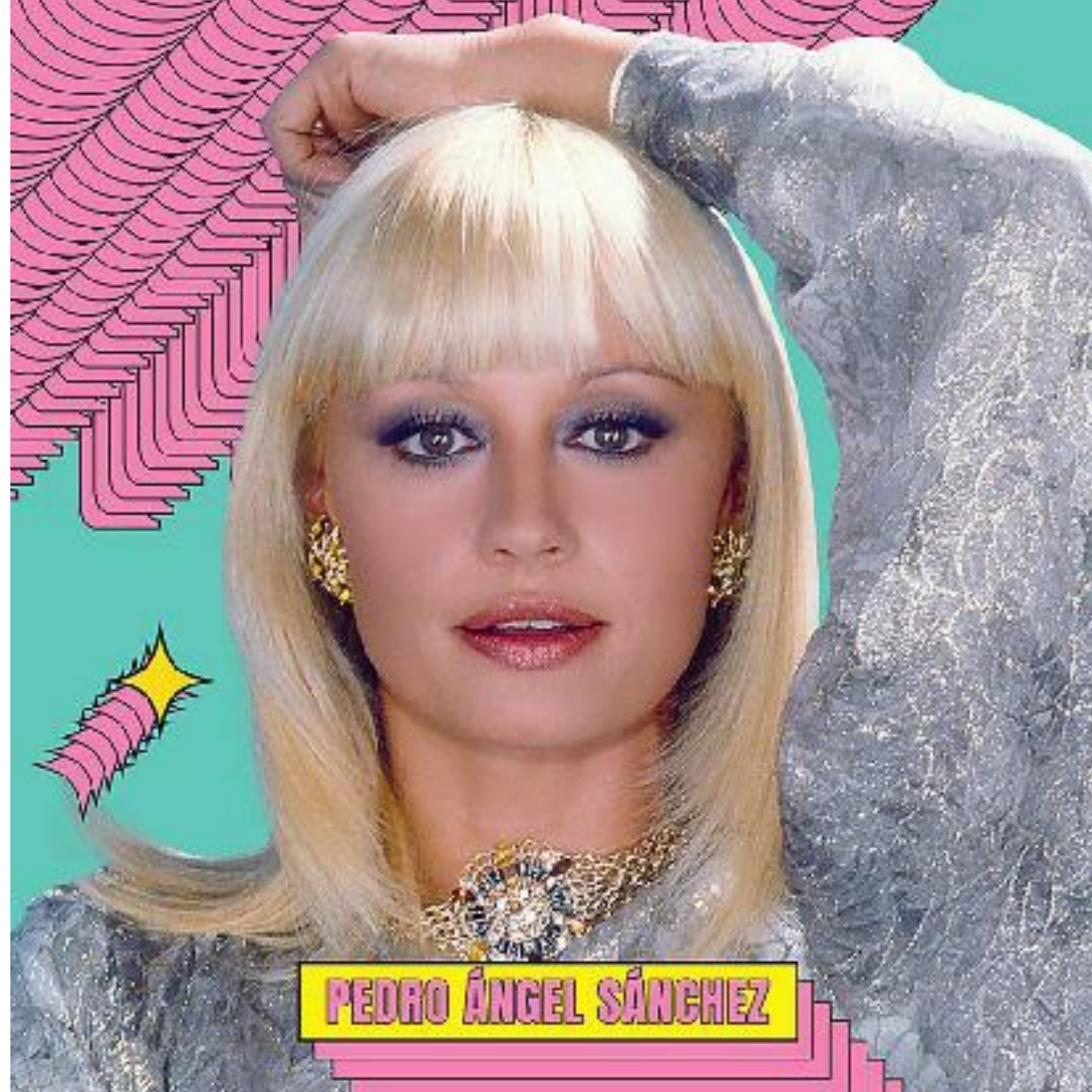


PEDRO ÁNGEL SÁNCHEZ

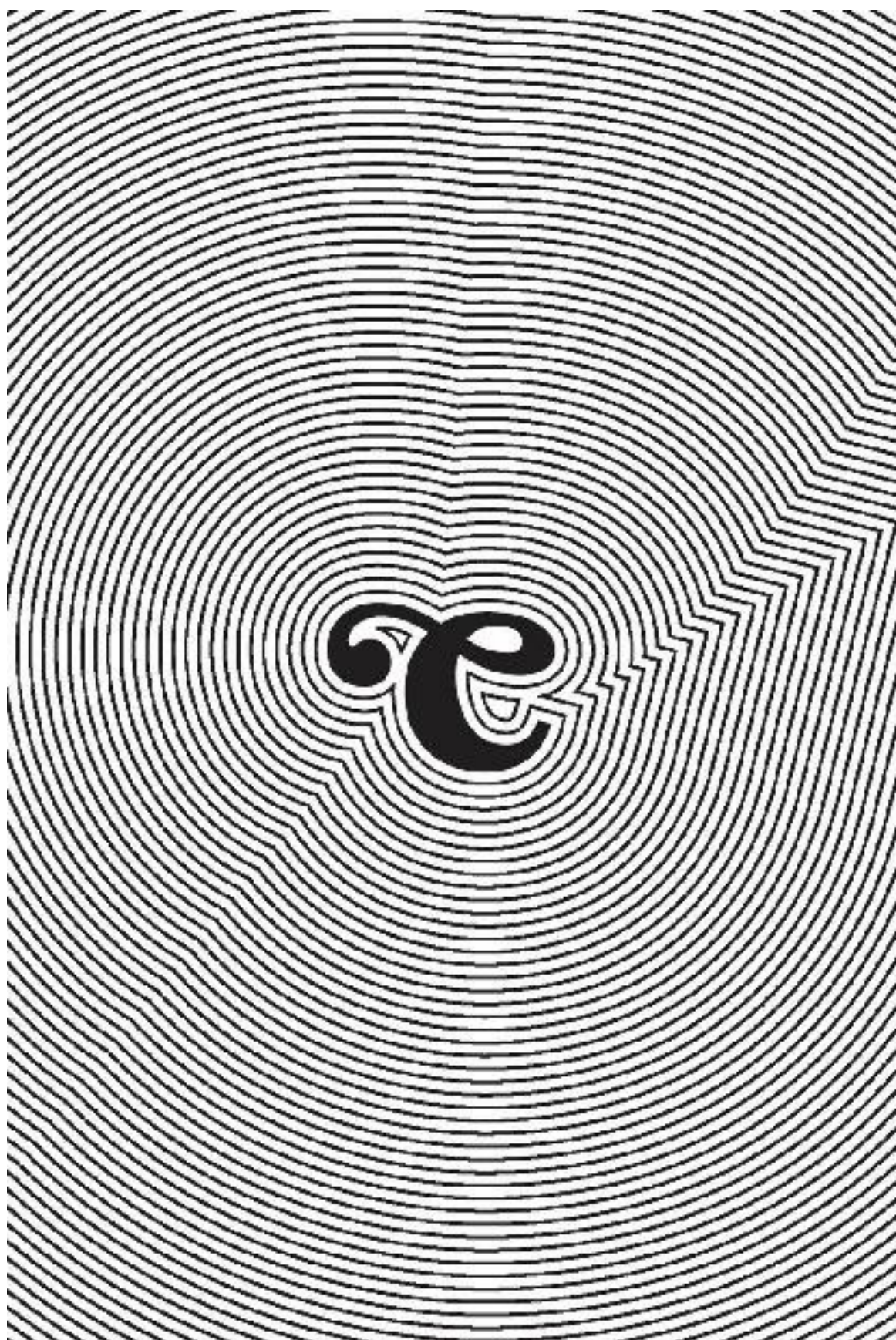
UNA BIOGRAFÍA DE LA ITALIANA QUE CONQUISTÓ EL MUNDO

Nada es eterno salvo la

Carra



PEDRO ÁNGEL SÁNCHEZ



Nada es eterno salvo la

Carrà

PEDRO ÁNGEL SÁNCHEZ



oosbigotes

Primera edición: abril de 2024

NADA ES ETERNO SALVO LA CARRÀ. UNA BIOGRAFÍA DE LA ITALIANA
QUE CONQUISTÓ EL MUNDO © Pedro Ángel Sánchez, 2024

© del prólogo: Jorge Javier Vázquez, 2024

© de la fotografía de la cubierta: Marinetta Saglio

© de esta edición: Editorial Dos Bigotes, S.L.

Publicado por Editorial Dos Bigotes, S.L.

www.dosbigotes.es

ISBN: 978-84-127657-5-5

eISBN: 978-84-128338-8-1

Depósito legal: M-8188-2024

Impreso por Kadmos

www.kadmos.es

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

El papel utilizado para la impresión de Nada es eterno salvo la Carrà. Una biografía de la italiana que conquistó el mundo es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable.

Impreso en España — Printed in Spain

Índice

[Prólogo de Jorge Javier Vázquez](#)

[1. Señoras y señores... ¡Raffaella Carrà!](#)

[2. De la Pelloni a la Carrà](#)

[3. El Tuca Tuca que no quiso bailar el Vaticano](#)

[4. La transición que sonaba a Felicità tà tà](#)

[5. Los celos de las folclóricas ante el huracán rubio](#)

[6. La mujer que rechazó Hollywood y a Sinatra](#)

[7. Los ciento ochenta segundos que cambiaron su vida](#)

[8. Cuando en España todo era empezar](#)

[9. La «fantástica fiesta» que acabó en comisaría](#)

[10. La estrella del pop que enseñó a Europa el placer del sexo](#)

[11. Sin amantes, esta vida es infernal](#)

[12. Mamá, dame cien pesetas porque a América me voy](#)

[13. La estética de una diva](#)

[14. La maternidad](#)

[15. Pronto, Raffaella?: el fenómeno que la lleva a otra dimensión](#)

[16. El precio de la Carrà](#)

[17. La cara y la cruz de ser una estrella](#)

[18. De un aviso de bomba a su explosiva conexión con Lola Flores](#)

[19. La primera noche que dijimos ¡Hola Raffaella!](#)

[20. Exigente y perfeccionista](#)

[21. El salón por el que todos querían pasar](#)

- [22. Black cat](#)
- [23. Su flechazo con Loles León, su mejor amiga en España](#)
- [24. Su pasión por Madrid](#)
- [25. Las recetas de Raffaella que arrasaron en las librerías](#)
- [26. «Siempre voto comunista»](#)
- [27. Su paraíso en la Toscana](#)
- [28. La sorpresa de Carràmba](#)
- [29. Las cenas después del show](#)
- [30. La vuelta a Hollywood por la que regresó a la música](#)
- [31. El tesoro de España](#)
- [32. La mujer del no](#)
- [33. «La vida es una vida cuando tienes libertad»](#)
- [34. No todo fueron éxitos](#)
- [35. Eurovisión: su último logro](#)
- [36. Ese maldito 2020](#)
- [37. Qué desastre si tú te vas](#)
- [38. La vida sin la Carrà](#)
- [39. Plaza Raffaella Carrà](#)
- [40. Eterna Raffaella](#)
- [Agradecimientos](#)

A mis padres.

Prólogo

Si yo hubiera escrito este libro, uno de los principales quebraderos de cabeza habría sido cómo titularlo. Sin embargo, creo que ningún título más acertado como el que ha elegido Pedro Ángel Sánchez: Nada es eterno salvo la Carrà. Porque, aparte de ser una verdad como un templo de grande, ilustra lo que fue, es y será una de las principales figuras del entretenimiento contemporáneo.

Uno de los aciertos del libro —y tiene muchos— es contextualizar, ser conscientes de en qué época se van produciendo los hitos que van marcando la carrera de la Carrà. Su irrupción en el mundo de la música tiene lugar en una Italia con la sombra del Vaticano bien alargada, pero es que en España acababa de morir Franco tras cuarenta años de dictadura. Y en un panorama tan gris aparece ella con unas canciones tan frívolas como revolucionarias. Porque en el marco de una sociedad reprimida, nada es tan transgresor como la alegría. Y eso era Raffaella: alegría y libertad. Pero libertad de la de verdad, de esa que nada tiene que ver con la prostitución del concepto que ha llevado a cabo el sector más conservador de la sociedad no solo española, sino mundial. La Carrà es eterna porque su mensaje sigue estando más vigente que nunca: siempre a favor de la libertad y la diversidad como piezas clave de una sociedad moderna. Viendo lo que está sucediendo en nuestro país, estoy convencido de que algún ayuntamiento habría cancelado sus conciertos por considerar que Luca es una canción que incita a la sodomía.

Raffaella Carrà está presente en mi vida desde que tengo uso de razón. Desembarcó en España en el 75, cuando yo tenía cinco años. Para mí, siempre fue una estrella. Pero este libro nos descubre que es mucho más. Una trabajadora infatigable que se enfrentaba a su profesión con un arma que le permitió seguir estando vigente hasta el fin de sus días: la curiosidad. No hay nada peor para un trabajo como el nuestro que el sentir que no te queda nada por descubrir. Ella siempre quería ir un poco más allá y, lo que es más importante, arriesgar. No conformarse jamás. Cuando advertía que la repetición empezaba a aparecer con demasiada frecuencia en su día a día, cortaba con lo que estuviera haciendo. Desaparecía. Hay que ser muy valiente para manejarse así en una profesión en la que lo natural es no soltar un éxito porque no sabes si vas a tener otro. Raffaella Carrà arriesgó y siempre ganó porque incluso los tropiezos en su carrera —que los hubo— le sirvieron para coger impulso y volver todavía más fuerte.

Solo coincidí una vez con ella. Fue en un plató de televisión, allá por 2013, en Hay una cosa que te quiero decir. El programa era grabado y antes de empezar fui a saludarla. Al verme me tendió la mano y me dijo: «Yo soy como tú, no me gustan los besos». Yo creo que ser consciente de que la Carrà me había visto alguna vez por televisión y que encima tuviéramos justo ese detalle en común es uno de los regalos más bonitos que me ha dado mi profesión. Me hizo ilusión. Supongo que tanto ella como yo acabamos cogiéndole manía a los besos porque en televisión ralentizan muchísimo el ritmo. No entiendo que un invitado entre en un plató y se ponga a besar a todo quisqui cuando los ha saludado y besado antes del programa. Y en cuanto al beso en general, llega a convertirse en invasivo. Entiendo que una mujer como ella, que conectaba de una

manera tan bestial con su audiencia, necesitara como el respirar su parcelita de intimidad. Porque la Carrà, trabajando, era otra cosa. Un animal escénico con un olfato único y una entrega indiscutible. A la hora de calificar a una profesional, yo tengo muy en cuenta cómo se enfrenta a una entrevista, y lo de Raffaella era propio de esa clase de personas que están llamadas a dejar huella. La recuerdo entregada. Simpática, muy generosa.

Le teníamos preparada una sorpresa y mucho tiempo después supe que estaba al tanto de todo. No se lo noté en ningún momento. Una profesional. Al despedirme me arrodillé ante ella porque después de tantos años admirándola era lo que me pedía el cuerpo. Y la Carrà, en vez de permanecer de pie agradeciendo el cumplido, también se arrodilló. Agradecí la complicidad, aunque los que gozamos con nuestra profesión siempre estaremos a sus pies.

Jorge Javier Vázquez

Febrero de 2024

1. Señoras y señores... ¡Raffaella Carrà!

«Distinguida señora. Tengo dieciocho años y, desde hace tres, mantengo relaciones formales. Mi novio es muy buena persona y siempre ha demostrado quererme mucho. Me lleva siete años y, como ya tiene empleo fijo, quiere casarse el año que viene. Sinceramente, yo le quiero, pero físicamente no me acaba de gustar. Por eso tengo bastantes dudas. Siento que, una vez casada, no encontraría la felicidad. En realidad debería sentirme muy feliz ante un próximo matrimonio, y no es eso exactamente lo que me ocurre».

La respuesta a aquella carta enviada por Faustina, seguidora de El Consultorio de Elena Francis, aleccionaba moralmente una vez más sobre su modo de comportarse a las miles de oyentes que aquel primero de marzo de 1975 sintonizaban el legendario programa de radio desde sus transistores.

En ese preciso instante, ese caballero al que se mencionaba en la consulta radiofónica, se tomaba un vino en el mismo bar en el que prácticamente todas las tardes se echaba una partida al mus con los amiguetes, a la vez que leía la portada de ABC, que aquel sábado, junto al titular «Funeral por Don Alfonso XIII», mostraba la fotografía en blanco y negro de «Su Excelencia el Jefe del Estado y Su Alteza Real el Príncipe Don Juan Carlos» dirigiéndose, 34 años después del fallecimiento del monarca, a la Basílica del Real Monasterio de El Escorial.

La única señora que estaba en la tasca esa jornada era Carmen, la cocinera encargada de los menús del día. Mientras cortaba patatas fritas y no quitaba ojo a las natillas para evitar que se pegaran en la cazuela, tarareaba: «Tómame o déjame. Si no estoy despierta, déjame soñar»; la canción que Mocedades convirtió en éxito tan solo un año después de su paso por el Festival de Eurovisión con Eres tú.

Ese mismo sábado, Carmeli, la hija de Carmen, enamorada platónicamente de Michael Landon por su papel en La casa de la pradera, bien casada y ya teniendo en mente ser madre, trataba de buscar un trabajo que tuviera que ver con la escritura. Pero en el periódico, las únicas ofertas laborales para las mujeres eran tareas relacionadas con las manualidades o de cosedora.

Quizá no estaba del todo muerta, como escribió Cecilia en la versión no censurada de su canción Mi querida España que ese 1975 lanzó al mercado, pero esa patria privada de todo tipo de libertades ya agonizaba demasiado.

Los problemas de salud de Franco, con 80 años cumplidos, venían de lejos y el país necesitaba oxigenarse tras casi cuatro décadas de dictadura. Empezaba a ser urgente pasar página y dejar atrás una sociedad en la que las minorías eran castigadas y en la que la única misión atribuida a la mujer era la de tener la casa limpia, la ropa planchada y el plato puesto en la mesa en cuanto el marido llegara de trabajar.

Lo que nadie esperaba es lo que pasaría esa noche cuando encendieran la televisión. Ni Faustina,

la mujer que escribió a la radio para pedir consejo a Elena Francis, ni su futuro marido, ni la cocinera Carmen, ni tampoco su hija Carmeli, ni siquiera el periodista que escribió la crónica en ABC sobre los funerales de Alfonso XIII. Ninguno imaginaba que por primera vez a través de su televisor se colaría una figura que nada tenía que ver con esa forma de entender la vida.

Una italiana que parecía sacada del futuro y que cantaba y bailaba con un estilo totalmente diferente a la folclórica o flamenca ye-yé más puntera de la época. Una fémina empoderada que contrastaba con una sociedad en la que la liberación de las españolas era una utopía; la soltería, una rareza criticable y la viudedad, una desgracia. En la que el papel de la mujer se reducía a ser «la esposa de» para tener cierta dignidad.

Ana María Pérez del Campo, octogenaria y ya feminista durante el franquismo, detalló hace algunos años en el diario El País la situación de las mujeres de la época: «Las casadas estábamos obligadas a obedecer al marido. Además, en cuanto a la capacidad de obrar y prestar consentimiento en contratos, el artículo 1263 equiparaba a las casadas con los menores, los dementes y los sordomudos. [...] Las madres tampoco tenían la patria potestad sobre los hijos».

El panorama social de entonces hacía resaltar aún más la presencia en los televisores de esa extranjera de trajes ceñidos, lentejuelas y desbordante energía que se alejaba por completo del concepto de mujer que teníamos en España. La Carrà había llegado y con ella, de alguna manera, una añorada libertad que ya contaba los meses para instalarse en el país.

El culpable de acercarnos por primera vez al terremoto rubio fue ¡Señoras y señores!, un programa de variedades que TVE emitía la noche de los sábados. Un show dirigido entre 1974 y 1975 por José María Quero y Valerio Lazarov por el que pasaron grandes figuras de la música y que logró que nombres como Norma Duval, María José Cantudo o Ángela Carrasco alcanzaran la popularidad cuando aún eran jóvenes promesas que soñaban con triunfar en el mundo del espectáculo.

La idea de que Raffaella formara parte de una de sus transmisiones nació de la cabeza de José Luis Gil, una de las figuras imprescindibles en la historia de la industria musical de nuestro país. El ejecutivo madrileño sería la mano derecha de Tomás Muñoz, encargado de abrir en 1970 la filial española de la multinacional CBS.

Con el tiempo, José Luis sería un elemento decisivo en el desarrollo de las carreras de grupos y artistas como Locomía, Nacha Pop, Miguel Bosé, José Luis Perales o, ya en la década de los noventa, de referentes como la mismísima Mónica Naranjo. También fue una pieza clave en la trayectoria de Raffaella.

Una tarde del mes de julio de 2023 en la que casi se rozaban los cuarenta grados en Madrid, José Luis me abrió las puertas de su casa para conversar varias horas sobre el fenómeno Carrà en España. La premisa con la que comenzamos nuestra charla fue clara y rotunda: «Raffaella ha sido la estrella más importante de todos los artistas con los que he trabajado y a la vez la mujer más dulce y fuerte que jamás conocí».

Director internacional de CBS desde 1972 y posterior director de la compañía Hispavox, Gil

tenía en ese momento la misión de, entre la multitud de discos que le llegaban de todos los países del mundo, escuchar y seleccionar aquellos que él consideraba que debían lanzarse al mercado español.

Con una memoria prodigiosa, el reconocido mánager me detallaba el momento en el que por primera vez llegó a sus manos el single de Rumore allá por 1974. «Me llamó mucho la atención porque al ver la portada y escuchar el tema lo primero que pensé es que se trataba de un sencillo de una artista sajona. El autor y arreglista de la canción, Shel Shapiro, no era italiano —aunque nacionalizado en Italia, realmente era británico— y su sonido nada tenía que ver con las producciones italianas románticas y melódicas características de la época».

Gil y Muñoz quedaron tan sorprendidos por la imagen y la producción de Rumore, que no titubearon a la hora de apoyar su lanzamiento: «Ahí comienza la historia de Carrà en España».

La propia Raffaella relató en su día cómo fue la grabación del tema: «Acudí a Milán para grabarlo junto a Shapiro. Me dijo que tenía que cantarla en esa tonalidad, porque cuando la compuso con Andrea Lo Vecchio estaban borrachos y la idearon con ese sonido. Estaba dos tonos por encima de mi voz, pero me dijo: “Tranquila, ¡llegarás!”. Me hizo trabajar en la canción durante tres días seguidos. Finalmente lo logré», narró a la revista Rolling Stone.

Aunque ya era muy popular en su tierra natal, la cantante todavía no había explotado. Aún no había llegado el gran personaje en el que se transformaría con el paso de los años, lo que permitió al directivo descubrir a la Raffaella más cercana, más sensible y, en definitiva, más inocente: «Tuve la posibilidad de conocer a una mujer muy tierna, alejada de la presión que conllevan las grandes audiencias, los grandes éxitos y la enorme popularidad. Yo conocí a Raffaella en un periodo de su vida en el que nadie todavía estaba».

El debut televisivo de la artista en ese programa de variedades propició el primer encuentro entre ambos; un estreno en nuestro país al que la italiana se enfrentó sola, ni siquiera trajo consigo a su cuerpo de baile. Solo la acompañó Gianni Boncompagni, productor y compositor de gran parte de sus canciones, ideólogo de muchos de sus programas de televisión y en ese momento también su pareja sentimental.

«No me sorprendió en absoluto que Gianni estuviera al lado de una mujer como Raffaella porque era un tipo con una altísima cultura, muy inteligente, muy divertido y además poseía un sentido del humor muy irónico», me aseguraba. «En ese momento él era de alguna manera el ente pensante del proyecto de Carrà como artista».

José Luis y Gianni serían testigos de la presentación oficial de Raffaella en España, un debut que tuvo lugar en el momento de transición del blanco y negro al color en nuestras teles, como si de alguna manera estuviera ligado al cambio político que se vivía en nuestro país. Fue en 1977 cuando el color se asentaría de forma definitiva en prácticamente todas nuestras casas.

La ausencia de policromía en las pantallas no impidió que ese 1 de marzo del 75 los televisores se llenaran de luz y fantasía al sonar por primera vez la melodía de Felicità tà tà, un tema emblemático para la cantante que por entonces ni siquiera se planteaba adaptar al castellano.

La dirección la había recibido con un decorado enorme que resaltaba su nombre artístico en letras gigantes. Con un pequeño detalle: se les olvidó poner la tilde a Carrà. «¡Esto siempre se les olvida!», contaba ella resignada. Pidió que se lo agregaran y finalmente el asunto quedó solucionado al poner sobre la «a» un trozo de madera con brillantes.

Aquella noche, Fiorella Faltoyano, maestra de ceremonias del recordado espacio, introducía la transmisión desde un plató transformado en un gran crucero por el que a lo largo de la velada irían desfilando los diferentes invitados. Un viaje televisivo de hora y cuarto de duración que, gracias a la magia de la pequeña pantalla, permitió a los espectadores navegar a través de «la música, el ballet y el ritmo».

A ello contribuyeron, además de la desconocida Carrà, el dúo femenino Morena y Clara, una formación que quiso probar suerte en la música siguiendo la estela del gipsy rock con el que ya empezaban a triunfar Las Grecas. También tuvieron camarote reservado Los 3 Sudamericanos, el trío uruguayo conocido en España desde la década de los sesenta por canciones como Me lo dijo Pérez o Cartagenera. El trasatlántico de cartón piedra llegó a puerto con la actuación de Sergio y Estíbaliz; el dúo regaló a los espectadores la interpretación de Tú volverás, tema compuesto por Juan Carlos Calderón que tan solo un mes después alcanzaría el décimo puesto en el Festival de Eurovisión celebrado en Estocolmo.

Justo antes de la aparición de la popular pareja, considerada la actuación estelar de la noche, Faltoyano presentó al nuevo talento del espectáculo italiano: «No es una estrella del music-hall, pero podría serlo. Ni de la comedia musical, pero podría serlo. Es un fenómeno nuevo. Capaz de cantar, bailar, interpretar y hablar. Y capaz también de convertirse en espectáculo por su personalidad y su profesionalidad, condiciones estas muy idóneas para este medio: la televisión. ¡Señoras y señores! Desde Italia, en este crucero musical... ¡Raffaella Carrà!».

Un tono sobrio y modulado, acorde a la estética comunicativa de la época, dio paso a la show-girl que, además de interpretar sus ya célebres Felicità tà tà y Rumore con los que había conquistado las listas de ventas italianas, entre canción y canción quiso mostrar su faceta como bailarina gracias a la performance ideada por Don Lurio, todo un referente de los musicales de Broadway y por entonces también miembro del equipo de Raffaella.

Esta actuación de once minutos simbolizó un nuevo tiempo que ya comenzaba a vislumbrarse. No deja de ser curioso, por todo lo que su figura ha significado para el feminismo, que esa primera aparición de la diva tuviera lugar el mismo mes de marzo en el que se celebró por primera vez el Día de la Mujer, una jornada instaurada por parte de la ONU aquel 1975. Una transformación política y cultural que unos meses después comenzaría a materializarse de forma definitiva con la muerte del dictador el 20 de noviembre.

Al día siguiente de la emisión de ¡Señoras y señores!, Carmen, la cocinera que esa misma mañana había tarareado Tómame o déjame, no pudo evitar comentar con su hija Carmeli la actuación de aquella chica tan carismática: «¿Viste anoche a la italiana esa? ¡Cómo vestía y cómo bailaba!». Los señores que cada tarde se reunían para jugar al mus también harían mención a esa cantante que los dejó sin pestañear.

Incluso Faustina, la asidua oyente que había enviado su carta a El Consultorio de Elena Francis, llegó a plantearse seriamente que quizá la respuesta que le habían dado por la radio unas horas antes sobre lo «moralmente correcto», en referencia a su futuro matrimonio, no era la más idónea para encontrar la felicidad. Algo había cambiado. Algo le decía que, seguramente, lo más adecuado era volar en libertad, igual que lo hizo aquella noche el pelo dorado de esa mujer que cantando Rumore, tan solo a través de su forma de bailar y de expresarse, mediante su golpe de melena, le mostró sin pretenderlo que otra forma de vivir la vida era posible.

2. De la Pelloni a la Carrà

En 1970, cinco años antes de esa primera visita de Raffaella a España, muchos eran los espectadores que hacían cola en el Cine Capitol de Madrid para disfrutar en pantalla grande de las canciones de Peret incluidas en su nueva película, *El mesón del gitano*. Otros, más amantes de la literatura que de la música, optaban por ver por primera vez en cines la adaptación de la obra de Benito Pérez Galdós *Fortunata y Jacinta*, protagonizada por Emma Penella.

Mientras tanto, en Italia ya encontrábamos en su cartelera películas como *Il divorzio*, que tenía como protagonista a un Vittorio Gassman con una extensa trayectoria a sus espaldas en el teatro y sobre todo en el cine. En este nuevo film, daba vida a un caballero que, después de quince años de matrimonio, decidía emprender una nueva aventura amorosa tras conquistar su libertad.

En España, de divorcio no se hablaba ni por asomo; tendríamos que esperar algo más de una década para que esta ley se aprobara. Quienes sí estaban en boca de todos eran cantantes como Massiel, que dos años después de ganar Eurovisión con su icónico *La, la, la* fue la maestra de ceremonias de Pasaporte a Dublín. En la conducción de la transmisión televisiva, la intérprete de *Eres y El Noa-Noa* estuvo acompañada por un ya internacional Julio Iglesias, que el año anterior había interpretado ante toda Europa su recordada *Gwendolyne*.

«Hoy mismo da inicio una serie de diez programas a lo largo de los cuales ustedes van a poder ver, uno por uno, a diez de los mejores artistas nacionales. De estos diez intérpretes saldrá el que nos ha de representar en Eurovisión el próximo año en Dublín». Vestida con traje negro largo hasta los pies y unos grandes pendientes de aro de brillantes, «la tanqueta de Leganitos», apelativo que le pusieron sus amigos íntimos en referencia a la calle madrileña en la que nació y a su fuerte carácter, explicaba el mecanismo con el que se elegiría a nuestro próximo representante en el certamen de música europeo.

Ese nuevo programa era el Benidorm Fest de la época. Para la ocasión se seleccionó a una veintena de cantantes en base a su popularidad, los discos vendidos y la calidad de sus grabaciones. Todos deberían estar disponibles durante las sesiones de grabación y aceptar que entre «los diez de la suerte», como se apodó a los candidatos, saldría un único ganador y nueve perdedores. Víctor Manuel, Marisol, Juan Pardo y Miguel Ríos declinaron la invitación, mientras que Cristina, Dova, Encarnita Polo, Conchita Márquez Piquer, Nino Bravo, Rocío Jurado, Karina, Junior, Los Mismos y Jaime Morey aceptaron encantados las condiciones de un formato que era una gran plataforma de promoción.

Tal y como aclaró Massiel en los primeros minutos del show, la elección del representante recaería en un jurado secreto cuyos miembros formaban parte de la Sociedad General de Autores de España, Televisión Española y el Sindicato Nacional del Espectáculo.

A los lectores más eurovisivos no hace falta contarles que fue Karina quien se hizo con la victoria y que unos meses después, ya en 1971, alcanzó un muy honroso segundo puesto con *En*

un mundo nuevo, una de esas joyas que tuvieron el privilegio de contar con el talento de Waldo de los Ríos como arreglista. El argentino sería el encargado de «planchar» aquella pieza creada por Tony Luz y el productor Rafael Trabucelli.

Mientras que en nuestro país poníamos los ojos en Pasaporte a Dublín cada sábado por la noche, en Italia las miradas estaban depositadas en la nueva edición de Canzonissima, un histórico programa de variedades de la cadena estatal que desde 1956 se encargaba de entretener con humor y actuaciones musicales a la sociedad italiana.

La noche del sábado 10 de octubre de 1970, justo una semana antes del estreno de Pasaporte a Dublín en TVE, la RAI daba el pistoletazo de salida a la decimoquinta temporada del legendario espectáculo televisivo. El regreso de aquel show a la pequeña pantalla también trajo consigo el debut oficial de Raffaella como presentadora de la mano del veterano Corrado. Su valía ante el piloto rojo de la cámara y su maestría bailando y cantando confirmaron poco a poco que esa jovencita tenía mucho que aportar a la industria del entretenimiento.

Hasta esa gran oportunidad, la joven no había parado de trabajar en el cine y en el teatro; su rostro ya era muy popular dentro del mundillo del espectáculo, pero aún no lo era tanto para el gran público. Su papel como conductora del gran show del sábado será clave para que, desde entonces, su fama comenzara a ir in crescendo. Su magnetismo y forma de desenvolverse, no solo como presentadora, sino también como cantante y bailarina de los números musicales que semanalmente protagonizaba, la llevaron a debutar en la música en 1971.

Lo hizo con un primer trabajo de estudio titulado Raffaella, compuesto por varios temas inéditos y versiones de clásicos como If I Give My Heart to You de Doris Day o I Say a Little Prayer de Aretha Franklin. En él también aparecía el que sería su primer gran éxito: Ma che musica maestro, una canción muy pegadiza y con cierto tono circense con la que cada noche se abría Canzonissima. La melodía se hizo tan popular que no era raro escuchar a los niños y niñas de la época entonarla junto a sus mamás.

Ma che musica maestro fue la sintonía del programa, algo que terminó siendo una tradición: espectáculo que presentaba, nueva canción que grababa para abrir el show televisivo, y esta entraba directa a los puestos más altos de las listas de ventas. Ejemplo de ello son canciones como Bailo, bailo, Fatalità o Tanti Auguri, la versión italiana de Hay que venir al sur. La música y la televisión siempre irían de la mano en su carrera.

La alegría que desprendía Raffaella se convirtió en un alivio, en un soplo de aire fresco para la sociedad italiana, que en ese periodo de su historia tuvo que enfrentarse a los denominados «años de plomo»; una etapa política muy difícil para un país que se vería sometido a un abanico de grupos terroristas y atentados de distinto signo ideológico que amenazaron seriamente la democracia.

Algunos analistas describieron aquella década como una peligrosa batalla entre el comunismo más radical y el posfascismo, símbolos extremos del choque ideológico de fondo, y que Eugenio

Di Rienzo, historiador de La Sapienza, calificó como «un intento fracasado de crear una guerra civil de baja intensidad».

Este ambiente convulso no impidió que los italianos se enamoraran aquel 1970 al son de La lontananza de Domenico Modugno, que La prima cosa bella de Ricci e Poveri aterrizara en el Festival de San Remo o que a finales del mes de julio vieran cómo Al Bano contraía matrimonio con Romina Power, una pareja idílica a nivel sentimental y profesional que acabaría rompiendo, confirmando el desencanto de muchos con las grandes historias de amor.

Los «años de plomo» tampoco fueron obstáculo para que nuestra Raffaella comenzara a dar forma a una rebelde melena que no congeniaba en absoluto con los peinados lacados de la época, y que, al igual que su menudo cuerpo, pedía movimiento. Cabellos que cada vez iba aclarando un poco más para dotarlos de esa luz que por sí misma ya desprendía de un modo innato en cada una de sus actuaciones. Con el tiempo, ese rubio Carrà marcaría tendencia y sería uno de sus rasgos más reconocibles, consiguiendo que nunca pasara de moda.

Porque ¿quién no ha intentado emular en algún momento, en alguna fiesta o celebración, el movimiento de cabeza de la diva italiana bailando y cantando algunas de sus míticas canciones? ¿A que si en el típico juego de mesa te tocara describir a la presentadora sin decir su nombre, harías de inmediato referencia a su inconfundible rubio platino?

Para Raffaella Carrà su media melena rubia es lo que para Bowie su legendario rayo en el rostro o lo que para Michael Jackson su moonwalker, el transgresor paso de baile siempre asociado al «rey del pop».

Lo identificamos tanto con ella que resulta chocante el cabello oscuro de sus primeros trabajos. También es llamativo verla con un pelo mucho más largo al que estamos acostumbrados. Sin embargo, su media melena rubia no llegó por casualidad. Sus movimientos y coreografías convirtieron al pelo en su mayor enemigo, y obligaron a la diva a buscar un peinado que al terminar cada actuación se quedara prácticamente igual que al inicio de esta. Así fue cómo, buscando la comodidad, el corte bob llegó a su vida.

Un cabello alisado, con flequillo... ¡y rubio! ¡Muy rubio! Un estilo al que sería fiel durante décadas, y que, aunque a simple vista podía parecer el mismo, siempre tuvo sus matices: unas veces lo llevaba más largo, otras más corto, en ocasiones con el flequillo de una manera, otras de otra... Lo que nunca cambió fue ese dorado que desterró por completo a su cabello oscuro natural.

No era extraño ver a muchas mujeres de la época cortarse el pelo y teñirse «a lo Carrà». No solo en los setenta en España, también en los ochenta, cuando su música hizo furor en países como México o Argentina.

«Mi pelo es totalmente rizado y termina yéndose por todos lados. Una vez que tuve que cortármelo al cero para hacer una película de soldados, el peluquero que por entonces tenía me comentó que si a mí no me gustaba cómo lo había llevado hasta entonces, quizá era un buen momento para cambiármelo. Fue el que me propuso dejármelo totalmente lacio a golpe de

secador y aclarármelo. Ese nuevo look trajo consigo una nueva etapa de mi vida, que por otro lado, y prácticamente sin pretenderlo, terminó también marcando mi carrera».

La película de soldados a la que se refería era Comando al infierno, un largometraje rodado en 1969, justo un año antes de arrancar oficialmente su carrera televisiva. En esta coproducción internacional italoespañola dirigida por José Luis Merino, el personaje de Raffaella se hacía pasar por un hombre, de ahí que el rapado fuera inevitable. Cuenta la italiana que en ese rodaje descubrió por primera vez la rumba, ya que las sastras y el equipo técnico no dejaban de bailar, cantar y tocar las palmas durante las interminables pausas entre escena y escena.

Además de buscar una imagen con la que se sintiera cómoda y que la representara, su consolidación como artista también la obligó a encontrar un nombre que resultara atractivo para el público: un clásico entre los clásicos en los inicios de todas las estrellas consagradas.

Raffaella Maria Roberta Pelloni era su nombre real, pero ese «Pelloni» no le gustaba demasiado al director Dante Guardamagna, con el que trabajó a mediados de los sesenta: «Necesitamos un nombre contundente, que se quede en la cabeza de la gente prácticamente desde la primera escucha», le decía.

Miguel Narros fue el encargado de elegir el nombre artístico de Mari Pili, esa niña de trece años que tras presentarse a varios concursos musicales en la radio y protagonizar la película Zampo y yo terminó siendo rebautizada como Ana Belén. María de los Ángeles de las Heras era un nombre demasiado largo para una estrella, así que Marieta optó por elegir «Rocío», que simbolizaba el «amanecer» de su juventud. El «Dúrcal» lo escogió el azar cuando al hacer girar su dedo sobre un mapa de España se situó sobre esa localidad granadina de poco más de siete mil habitantes.

Podría seguir hablando de ejemplos como el de Sergio Dalma, llamado realmente Josep Capdevilla, o el de Normal Duval, cuyo nombre auténtico es Purificación Martín Aguilera. Tampoco podemos olvidar la icónica «ph» de Raphael, que «el niño de Linares» decidió incluir en su nombre cuando vio que la «efe» de Philips podría dar un toque más internacional a su imagen.

El entrañable Torrebruno, al que más de una generación aún recuerda por sus programas infantiles y canciones como Tigres leones, fue el culpable del bautismo artístico de nuestra querida Karina. El italiano, que compartía discográfica con la joven Maribel, nada más conocerla le dijo: «¡Pero qué carina eres!», lo que vendría a significar «eres muy bonita» en castellano. El director artístico de la jienense allí presente se quedó con la copla y pensó que este podría ser un excelente nombre artístico para la intérprete de El baúl de los recuerdos.

Con nuestra italiana favorita fue suficiente con fijarse en el apellido del pintor Carlo Carrà, al que ella siempre había admirado. Enseguida vieron claro que era el nexo de unión perfecto con su arrollador nombre de pila. ¡Lo habían encontrado! ¡RAFFAELLA CARRÀ! Sonaba arrebatador, potente y con fuerza. La misma que ella desprendía en cada una de sus apariciones.

Estos son los pequeños detalles que fueron dando forma a la prometedora todoterreno. Una mujer a la que ni siquiera los tiempos convulsos que vivía su país consiguieron frenarla. Un personaje dotado de esa atracción natural con la que solo cuentan algunos elegidos y que, con su rubio platino y su fascinante Carrà, había comenzado su imparable camino hacia el estrellato.

3. El Tuca Tuca que no quiso bailar el Vaticano

«¡Qué vergüenza! ¡Dónde está la decencia de este país!», exclamaba la esposa de uno de los ministros del gobierno franquista cuando telefoneó de inmediato a uno de los responsables de TVE, ofendidísima al ver la actuación de Rocío Jurado en el programa Cambie su suerte, mientras esta cantaba «Tengo el cuerpo empapado de mi patria. Soy de raíz caliente, tengo raza» vestida con un traje impropio para una sociedad tan católica y decente como la de 1974.

No sabemos lo que pensó el marido, quizá embelesado contemplando el poderío de la chipionera, que, clavel en mano, hizo una actuación soberbia de aquel Soy de España que sonaba en todas las radios y gasolineras de nuestra geografía.

Sea como fuere, lo que está claro es que ese vestido largo de gasa semitransparente con un escote en V que le llegaba hasta el ombligo no pasó inadvertido ni para la esposa del ministro ni para nadie. Tanto es así que, a pesar de que ese mismo día había muerto Georges Pompidou, presidente de la República Francesa, a la mañana siguiente en España solo se hablaba del escote de la Jurado. Nuestra diva feminista y «progay», como alguna vez se definió, consiguió esquivar la censura ya que, sin la iluminación de plató, aquellas semitransparencias no parecían tales. Esto hizo que el censor de turno no considerara necesario colocar un estratégico mantón o una gran flor en el escote de «la más grande» para evitar pensamientos impuros.

Pero esta fijación por la decencia no era algo exclusivo de un país como el nuestro, obsesionado por las leyes del catolicismo, el honor y la honra. «Si vosotros tuvisteis problemas con la censura en España... ¡imaginad nosotros, los italianos, que teníamos allí al Vaticano!», siempre bromeaba una Raffaella que, tan libre como nuestra Rocío, también tuvo que enfrentarse a los guardianes de la moral en más de una ocasión.

Curiosamente, ellas nunca se verían las caras. Al menos no hay constancia de algún documento gráfico que confirme el encuentro entre ambas, a pesar de la admiración que sentían la una por la otra y de actuar en el mismo escenario del Festival de Benidorm en la edición de 1976. Rosa Benito, cuñada de la Jurado, declaró en su momento que Rocío era fanática de la italiana y que no era nada raro que pusiera sus cintas de casete en el coche.

Volviendo a la censura, la que tenía sabor «a la carbonara» se toparía con Carrà ya en sus inicios por culpa del baile del Tuca Tuca, un tema que presentó al gran público en Canzonissima el 13 de noviembre de 1971.

La letra en su versión en castellano decía: «Se llama Tuca Tuca Tuca/ Yo lo he inventado/ Para poder decirte/ Me gusta, me gusta, me gusta, me gu». El sugerente mensaje iba acompañado por una melodía más que pegadiza y unos pasos muy sencillos ideados por Don Lurio que la propia artista se encargó de explicar a los televidentes como si de un tutorial de YouTube se tratara.

Enzo Paolo Turchi, primer bailarín de su cuerpo de baile, recorría con sus manos la fisonomía de

Raffaella de abajo arriba, siguiendo un orden muy concreto: «rodillarodilla», «cadera-cadera», «hombro-hombro» y finalmente «cabeza». Carrà le daba el relevo haciendo exactamente lo mismo sobre el cuerpo de Turchi, mientras se dejaba llevar por el swing de la composición durante sus casi tres minutos de duración.

El tema fue un éxito rotundo y se coló de inmediato en las discotecas y las casas de los italianos. ¡Hasta las monjas lo bailaban con los niños y las niñas en los colegios! Sin embargo, no gustó tanto al Vaticano, que enseguida puso el grito en el cielo y dijo que aquello era «troppo forte, troppo forte», considerando amoral una coreografía de esas características, y mucho más en un horario de máxima audiencia en el que las familias estaban ante el televisor. Fue tal escándalo en aquella Italia en la que la opinión del papa Pablo VI valía demasiado, que la canción fue eliminada del hit parade. No podía permitirse que la presentadora más popular del momento protagonizase una polémica de tal magnitud.

«¡Decían que aquello que habíamos hecho era obsceno!», me contaba desde Italia Enzo Paolo. «El director general de la RAI nos llegó a decir que no volveríamos a trabajar más en la vida. Aquellos días llegamos a tener mucho miedo, ten en cuenta que por entonces nosotros estábamos empezando y aquello que ocurrió podría haber sido nuestra sentencia de muerte a nivel artístico».

La cuestión se zanjó cuando, una semana después, Alberto Sordi, toda una institución del espectáculo y personaje muy respetado también entre el público más conservador, decidió aparecer en el programa bailando ese Tuca Tuca invitado por la propia Raffaella. Una manera muy sutil de ganar el pulso a la censura, desde la elegancia y la naturalidad, sin echar más leña al fuego. «En ese momento el Vaticano también se quedó mudo», apostilló la artista años después.

Junto al Tuca Tuca, y como ocurrió con Rocío Jurado, su indumentaria también fue objeto de polémica para los censores. En este caso, la culpa no la tuvo un traje con escote en forma de V, sino un pequeño detalle que pasó desapercibido para la jovencísima Carrà: un ombligo a la vista de todos. «El atuendo no era una cosa del otro mundo. Un traje blanco compuesto por unos pantalones con pata de elefante [pantalones de campana] y un top muy sencillo. No le di más importancia a que se viera esa inocente parte del cuerpo, ya que lucirlo en la playa era de lo más normal», aseguraba.

Claro que en esa época no era lo mismo exhibirlo en la playa que ante millones de espectadores. Raffaella no fue consciente de su hazaña hasta comprender que se había convertido en la primera mujer en mostrar el ombligo en televisión. Prácticamente acababa de iniciar su trayectoria televisiva y ya estaba haciendo historia.

«¿Dónde está la provocación? Era todo limpio, sin segundas intenciones y nunca pensé en la censura», afirmó en su día: «El caso es que el éxito y la polémica son dos cosas que siempre han ido de la mano en mi vida profesional». Por suerte siempre supo lidiar muy bien con ella y nunca quedó mal parada.

Hace algunos años sí que hizo referencia, en una entrevista que concedió al periodista Guillermo Alonso, a la canción Il presidente, una composición incluida en el que fue uno de sus discos más

vendidos: Fiesta, de 1977. Fue el tema que, por primera vez, consiguió que la censura le «callara la boca»: «Es una canción que habla sobre una muchacha que está invitada a una gran fiesta con gente importante: banqueros, políticos... El presidente del Gobierno le pide bailar y ella acepta. Después, saluda a todo el mundo y se va como una Cenicienta. A la mañana siguiente, en su casa, abre el periódico y ve que su presidente ha sido encarcelado. Esta canción tiene 34 años y nunca he podido cantarla en televisión».

Desde entonces, siempre que se le pasó por la cabeza interpretarla en algún programa, alguien aparecía diciéndole: «Raffaella, no es el momento».

4. La transición que sonaba a Felicità tà tà

Con la llegada de 1976, y tras el fallecimiento del dictador el 20 de noviembre del año anterior, muchas cosas empezaban a cambiar en España. Otras lo harían piano piano, sin prisa pero sin pausa.

La quiosquera, que cada mañana comentaba el último capítulo de Este señor de negro con sus clientes habituales, tenía que buscar hueco a muchas de las nuevas publicaciones que estaban naciendo con la llegada de la transición. El periódico El País nacería el 4 de mayo de 1976, y cinco meses después, Diario 16, otra de las cabeceras de la prensa antifranquista.

Por su parte, los niños se divertían con Los Payasos de la Tele y respondían a eso de «¿Cómo están ustedes?». No perderían la costumbre de tomarse cada mañana su rico Cola-Cao y no apartarían la mirada de las aventuras de Marco y su mono Amedio. Lo que no intuían «aquellos locos bajitos», expresión que el maestro Serrat tomaría prestada del genial Miguel Gila, es que con el inicio del verano tendrían que despedirse de su adorado payaso Fofó.

Su marcha causó conmoción tanto en los niños como en muchos padres de la época, que, por otro lado, serían testigos de los imparables acontecimientos históricos que viviría el país: desde las primeras elecciones municipales libres ejercidas por primera vez después de cuarenta años hasta la dimisión de Arias Navarro, presidente del último gobierno del franquismo y que en julio, tras su marcha, sería sustituido de inmediato por Adolfo Suárez.

Seis meses antes de que esto ocurriera, ABC llevaba a su portada del 6 de enero de 1976 las declaraciones de Arias Navarro en el semanario norteamericano Newsweek: «Antes de dos años funcionarán en España cuatro o cinco partidos políticos».

Seguramente, durante el vuelo Roma-Madrid de esa mañana de enero, ese ejemplar del periódico cayó en manos de Raffaella, que, tras la repercusión de su actuación en ¡Señoras y señores!, era invitada de nuevo a nuestro país para participar en uno de los programas estrella de la televisión estatal: La hora de..., que cada semana estaba dedicado a un intérprete concreto.

En su anterior visita, Raffaella demostró que, además de ser una artista diferente al resto, era también un personaje muy televisivo, y a eso había que sacarle partido. Este fue el motivo por el que Tomás Muñoz, director de CBS, y su inseparable José Luis Gil firmaron un acuerdo con TVE para que cuatro monográficos de La hora de... estuvieran protagonizados por la italiana y sirvieran como escaparate para que esta forjara su popularidad en España. Para este formato, dirigido por Enrique Martín Maqueda, Valerio Lazarov y Fernando García de la Vega, CBS aportaba a los artistas, el talento, mientras que la logística era responsabilidad de nuestra tele. Por La hora de... desfilaron durante sus casi treinta ediciones, emitidas entre 1975 y 1977, figuras de la talla de Julio Iglesias, Juan Pardo, Rocío Dúrcal, Rosa León, Raphael o Roberto Carlos.

Fue así como en 1976 la prometedora estrella regresó a nuestro país para grabar los especiales de

La hora de Raffaella Carrà en los legendarios Estudios Roma, actuales estudios de Telecinco. «Recuerdo aquel 6 de enero pasear por las calles de Madrid y palpar la felicidad de la gente. Podía sentirse la llegada de la libertad y de la democracia y cómo el país estaba pasando de una época a otra. Ese fue el momento en el que realmente comenzaba mi carrera en España», aseguraba Raffaella.

Eso sí, a diferencia de en su anterior visita, esta vez la show-girl no llegó sola. Lo hizo rodeada de una élite de profesionales que fueron fundamentales en sus inicios: el estilista milanés Bruno Vergottini —creador de su icónico «casco de oro»—, su pareja y productor Gianni Boncompagni, el coreógrafo Gino Landi, Don Lurio y un cuerpo de baile encabezado por Enzo Paolo Turchi.

Curiosamente, estos monográficos fueron también los responsables de que, tras estar un tiempo distanciados, Enzo Paolo y Raffaella volvieran a unir sus caminos. «Estuvo un par de años enfadada conmigo porque yo me fui de gira por América con Lola Falana y eso no le sentó nada bien, era muy celosa de la gente que quería», me reconocía el risueño bailarín. «De repente una noche me llamó para preguntarme si quería volver a trabajar con ella para unos especiales que iba a hacer en España, y evidentemente le dije que sí. Desde entonces nuestras vidas nunca se separaron, tanto es así que ella sería la culpable de presentarme a Carmen Russo, mi pareja desde hace más de cuarenta años».

El primer día que aterrizó con su séquito en España se empeñó en ir a comer con todo el staff a un restaurante ruso. Sin embargo, la propuesta no tuvo demasiado éxito entre el equipo. Se quedaron con tanta hambre que cuando llegaron al hotel acabaron comiéndose una paella typical Spanish. Era el pistoletazo de salida a un proyecto que, aunque muy ilusionante, no fue del todo sencillo de realizar.

Dos décadas después de la hazaña, la propia Raffaella hizo referencia a esa aventura televisiva en el programa La hora de las estrellas de Cadena Dial: «Desde las seis de la mañana hasta la medianoche no dejamos de trabajar durante semanas para que los programas salieran adelante. ¡Martín Maqueda me mató de trabajo!».

Carrà llegaba con una forma de hacer las cosas muy profesional, muy internacional, gracias al bagaje que traía de la televisión musical que ya había desempeñado en Italia. Esa manera de trabajar chocaba por completo con la que, por entonces, era una TVE en mantillas, cuyos conocimientos, tal y como me describió José Luis Gil, que vivió todo aquello en primera persona, «no iban más allá de poner una cámara fija frente a un artista que se movía».

«¡Aquello fue un caos!», me ratificaba, «imagínate lo que fue trabajar con todo un equipo de bailarines, un coreógrafo y un personal que pedía tempo y ritmo para que eso no se eternizara, y que veía cómo en una semana solo se habían conseguido grabar dos minutos de programa».

Eso provocó que mucha gente se pusiera nerviosa. Durante el mes y medio que duraron las grabaciones, Gil tuvo que intermediar con Maqueda en varias ocasiones. A su vez, Maqueda debió lidiar con los sindicatos de televisión porque los empleados no estaban acostumbrados a trabajar tantos días seguidos. Y para colmo los italianos se desesperaban porque ellos, habituados

a que el realizador rodara un número musical casi del tirón, comprobaban que filmar cada canción era una auténtica odisea. La grabación se paraba cada dos por tres, y cada cuestión planteada se transformaba al segundo en un problema.

El que aquello se alargara tanto provocó que parte del equipo que vino con ella tuviera que regresar a Italia a las pocas semanas. Eso hizo que Carrà se quedara acompañada solo por sus bailarines. De ello dio testimonio en una de sus últimas entrevistas: «No fue fácil para mí. Trabajar no estaba siendo nada sencillo y tuve que vivir muchas noches de soledad». Una etapa que siempre asoció a la inolvidable guitarra de Paco de Lucía y su *Entre dos aguas*, una melodía que por entonces no dejaba de sonar en la radio.

Sin embargo, las noches de soledad, los agobios y las grabaciones eternas merecieron la pena. Dejarse la piel por esos especiales que vieron la luz en la primavera de 1976 tuvo su recompensa porque no defraudaron a nadie. La hora de Raffaella Carrà no solo se convirtió en el escaparate perfecto para exhibir el carisma y el talento de la artista, sino que también mostró una forma de hacer televisión hasta entonces inédita en nuestro país.

«Para ser una presentadora de televisión tipo “busto parlante”, solo hay que tener la cara mona y saber leer bien. Para ser una presentadora de televisión, en toda la extensión de la palabra, hay que dominar otras cosas, como el baile, el desenvolvimiento y algo de la canción», se podía leer en un artículo publicado por la revista *Diez Minutos* tras su retransmisión.

Los programas de *La hora de Raffaella Carrà* fueron un éxito, pero en ese momento la artista no dejaba de ser una extranjera que había traído a nuestro país algo diferente. Sí, algo que indudablemente gustó. Pero nada más. Aún quedaba mucho para que la italiana llegara a ser el personaje transversal que caló en el imaginario colectivo de todo un país.

Para ello fue fundamental en aquellos inicios la apuesta firme por la cantante de José Luis Gil y Tomás Muñoz, que la permitieron publicar sus primeras canciones en nuestro idioma e hicieron posible que en cuestión de meses sus temas se colaran en las listas de éxitos españolas. Para hacernos una idea del papel que tuvo Muñoz en la industria musical, conviene recalcar que el andaluz fue también el impulsor de las carreras artísticas de figuras tan relevantes como Ana Belén, Víctor Manuel, Cecilia o Lolita, entre tantísimas otras.

A pesar de ello, el empresario cordobés nunca ha sido lo suficientemente reivindicado. Por fortuna, periodistas como José Madrid, que llegó a escribir un libro de memorias del veterano directivo, o Miguel Fernández, autor de las biografías de celebridades como Waldo de los Ríos o Mari Trini, le han dado el sitio que merecía a través de sus publicaciones o espacios radiofónicos siempre que han podido. Tomás nos dejaría el 4 de marzo de 2023 a los 88 años.

José Luis mantendría una excelente amistad con Muñoz hasta el final de sus días, a pesar del bache que su relación sufrió en el momento en el que Carrà finiquitó esas grabaciones y le propuso a Gil dejar CBS para que se fuera con ella a trabajar a Roma y llevar desde allí su carrera.

Las semanas de nerviosismo y soledad vividas por la italiana la unieron muchísimo al madrileño, transformándole de alguna manera en su hombre de confianza. A esta propuesta se sumó un Rolex que Raffaella y Gianni quisieron regalarle como agradecimiento por todo lo que habían llegado a conseguir gracias a él en España. Un reloj que Tomás Muñoz pensó que su «discípulo» no debía aceptar.

Aquello no era justo. A José Luis no solo le parecía muy feo rechazar el detalle que la pareja había tenido con él, sino que honestamente creía que se lo merecía. Por lo que, además de quedarse con el reloj, decidió coger las maletas y lanzarse a la aventura italiana. Con el tiempo, a pesar del enfado, Muñoz terminó comprendiendo la decisión de su gran amigo.

La relación de Gil con Raffaella fue tan estrecha, que las revistas del corazón de la época se hicieron eco de un supuesto romance entre ellos. Agustín Triaslos, uno de los profesionales pioneros en la prensa del cuore en España, escribió en la revista Diez Minutos un artículo encabezado por el titular: «Raffaella Carrá se ha llevado un novio de España». El texto, que iba acompañado por varias fotos de ambos disfrutando de un espectáculo de flamenco en el Corral de la Morería de Madrid, hablaba de José Luis como un hombre «alto y rubísimo conocido en el mundo musical por su vinculación a la firma discográfica CBS». El artículo concluía con una duda: «No sabemos aún si la pareja tiene intención de contraer matrimonio».

«Tanto nosotros como Gianni nos tomábamos los rumores de romance con mucho humor. Era normal que dijeran esas cosas porque siempre estábamos juntos, y además yo no tenía ningún pudor en abrazarla si me apetecía, pero todos sabíamos lo que había», afirmaba. Además, la relación entre Raffaella y Gianni, me aclaraba José Luis, no era la típica de «contigo pan y cebolla todo el día de la mañana a la noche. Siempre fueron muy libres respetando su espacio».

Durante aquel periodo, el madrileño sería la sombra de la italiana casi de forma literal. Tanto es así, que esa temporada el mánager residió en el mismo piso que Raffaella poseía en Via Nemea en Roma. Allí tendría su propia habitación y su salón de trabajo. Justo al lado viviría Gianni con sus hijas.

Gil recuerda esa etapa de su vida con enorme cariño, pero llevar la carrera de un solo artista era algo que se le quedaba pequeño. Fue entonces cuando conoció a Miguel Bosé a través de su madre Lucía, gran amiga de Raffaella. Por entonces Miguelito estaba tratando de hacerse un hueco como actor y Gil, que siempre tuvo un especial olfato para los artistas, lo convenció para que probara suerte en la música. En ese momento decidieron desarrollar juntos el proyecto de Bosé como cantante.

«De repente me surge la posibilidad de dirigir la compañía de Hispavox en España y decido regresar a casa. Raffaella, que sabía de mis inquietudes, entendió perfectamente mis razones y nunca lo tomó a mal. Así que regresé, lancé la carrera de Bosé y unos años después ofrecí a Raffaella un contrato de varios años para publicar varios discos que enfocaríamos al mercado latinoamericano».

El trabajo conjunto de José Luis y Raffaella durante la segunda mitad de los setenta trajo consigo la participación de la diva en varias televisiones y una gira por toda Italia que cerró Tony

Ruggiero, que en ese momento era su representante italiano. Tampoco cesaron los conciertos que en España gestionó Tony Caravaca, uno de los mánager más importantes de la época. Mientras tanto, su música triunfaba en países como Grecia, Canadá e incluso Japón. En otros, como Inglaterra, Francia y Alemania, sus sencillos llegaron al top 5.

Rumore, además de ser la canción con la que Carrà comenzó a despegar en España, fue un verdadero hit planetario con el que consiguió vender la friolera de más de diez millones de copias. La cantante grabaría el tema en inglés, francés e incluso en castellano para el mercado argentino.

Algo similar ocurrió con En el amor todo es empezar, conocido por muchos como Explótame expló. «A los latinos nos gustan los retos, por eso, precisamente por ser algo muy complicado, decidimos intentar triunfar en Inglaterra. Para ello pensamos que lo más acertado era grabar un rock and roll acorde a los gustos anglosajones. Lo que no imaginábamos era que allí alcanzaríamos los puestos más altos en las listas con un tema tan latino como este. ¡Cuanto más pasa el tiempo, menos comprendo esta profesión!», bromeaba la intérprete.

A far l'amore comincia tu, título original de la composición, fue bautizada como Do it, do it again en su versión anglosajona. Esta, además de al castellano, se adaptó al francés (Puisque tu l'aimes dis-le lui) y al alemán (Liebeleil). En el amor todo es empezar fue el mayor éxito comercial de la discografía de Raffaella, con el que vendió cerca de veinte millones de copias.

El repertorio de Carrà de la segunda mitad de los setenta irrumpió en las radio fórmulas de todo el mundo gracias a su fuerza, su implícita alegría y un sonido vanguardista que también sirvió de banda sonora a esa España y a ese Madrid por el que tantos paseos dio durante las semanas en las que estuvo grabando los especiales con los que empezó a cimentar su carrera internacional. Una ciudad que, seguramente por esos aires de libertad que respiraba, siempre fue una de sus grandes debilidades.

De esa libertad se impregnó y supo rociar a nuestra sociedad. El escritor Manuel Vilas retrató muy bien esta sensación en un artículo publicado en el diario italiano La Repubblica bajo el titular: «Con la gioia e i colori riaccese la Spagna dopo gli anni bui [Con alegría y colores avivó España tras los años oscuros]».

Vilas enfocó la figura de Raffaella como un símbolo de esa España que comenzaba a resurgir tras cuatro décadas de oscuridad: «Su carga revolucionaria iluminó Madrid tras los años oscuros del franquismo. [...] Todos, hombres y mujeres, hubiéramos querido casarnos con ella. Los españoles vimos en ella una forma de plenitud. La convertimos en un signo identitario de nuestra joven democracia, en la representación de nuestras ganas de vivir una vez terminada la dictadura».

5. Los celos de las folclóricas ante el huracán rubio

«¿Yo retirarme?», decía la peculiar Estrellita Castro con su acento andaluz al periodista y presentador José María Íñigo. «A mí me han retirado con 67 años los que no me dan trabajo y no me sacan en la televisión. ¡Esos son los que me han retirado!».

La que fue una de las voces más representativas de la copla, género del que de alguna forma se adueñó el franquismo, se quejaba a finales de los setenta de que, desde hacía algún tiempo, ya no trabajaba tanto como antes. En cierto modo, algo de razón tenía. Coplas como Adiós mi España, El emigrante, A tu vera o La bien pagá dieron paso a sonidos con los que de forma inconsciente el público mostraba sus ansias por respirar aires nuevos, dando la espalda a un género que muchos asociaban a una parte de nuestra historia que querían olvidar.

La transición abría camino a canciones con carga política como Libertad sin ira de Jarcha, pero también a artistas melódicos que cantaban al amor y al desamor como Camilo Sesto, Danny Daniel o Roberto Carlos, que desde hacía algún tiempo enamoraban a las listas de ventas.

1976 fue también el año en el que despuntaron baladas italianas como Sábado por la tarde de Claudio Baglioni, De amor ya no se muere de Gianni Bella o El jardín prohibido de Sandro Giacobbe. No es de extrañar que, ante tal competencia, muchas de aquellas folclóricas sacaran las uñas para defender el reinado del que habían gozado durante tantas décadas.

Quizá por eso, a pesar de que los especiales de La hora de Raffaella Carrà fueron un auténtico boom que convencieron a crítica y público, no pudieron evitar los ataques de un determinado sector del mundo del espectáculo que vio con cierta envidia el exceso de protagonismo que la diva italiana comenzó a tener de la noche a la mañana en la televisión patria.

Esta vez la polémica no vino de mano de la censura, sino del resquemor que produjo en algunas de esas señoras expertas en lucir bata de cola que aquella extranjera, y no una española, fuera por primera vez el objeto de varios monográficos. Si siempre era un capítulo por personaje, ¿por qué ella tenía derecho a una mayor proyección? Los cuatro episodios emitidos en marzo del 76 levantaron ampollas.

«Encima que le han dado cuatro especiales, Raffaella no está satisfecha», rezaba uno de los muchos titulares que criticaron la gran exposición que se le dio en nuestra televisión, basándose en supuestos comentarios hechos por la italiana entre sus íntimos.

«Dicen que Raffaella Carrà no ha quedado satisfecha con los cuatro programas especiales que TVE ha dedicado a su persona. No lo ha dicho a vox populi, claro está, sino entre su círculo de amigos y correligionarios con ella venidos de Italia. Ya resulta extraño que Raffaella haya tenido la gran suerte de que una estación de televisión que no es italiana, le dedique cuatro programas, como a Raphael, por ejemplo, para ella sola. Posiblemente ningún artista nuestro merecería tal honor en la televisión italiana. Pero España es diferente. [...] Lo cierto es que la Carrà, que ha

dispuesto en los estudios de TVE de toda clase de facilidades, que se le permitió traer con ella algunos técnicos propios, como poniendo en tela de juicio la calidad de los nuestros, ahora sale diciendo que no le gusta lo hecho», publicaba Diez Minutos en un artículo que no mostraba excesiva simpatía por la cantante.

«En Italia era muy habitual que grandes figuras de fuera vinieran a grabar no cuatro, sino trece o veintiséis especiales. Para mí este era un problema nuevo que no entendía», comentó la intérprete años después.

José Luis Gil, ideólogo de estos programas, me confirmaba que esa animadversión existió en un primer momento: «Hubo cierto murmullo, sobre todo por parte de las artistas tradicionales, pero todo se acalló desde el instante que se emitieron. Al final, todas aquellas que en un primer momento pudieron criticarlo comprendieron que lo que ofrecía Raffaella era algo más. Era un torbellino que tenía una manera de comunicar, de hacer televisión y un conglomerado de cosas que no se parecía a nada de lo que artísticamente existía en España».

La polémica se zanjó cuando una de esas folclóricas, ni más ni menos que la mismísima Lola Flores, salió en su defensa. «Fue la primera en llamarme y decirme: “¡Chapeau por el trabajo que has hecho!”», declaró Raffaella en el programa Estudio abierto de TVE.

Seguramente por eso siempre sintió debilidad por la jerezana. El cantante y actor Enrique del Pozo, que conoció por primera vez a Carrà en la Italia de principios de los setenta durante una cena con Ursula Andress, me hablaba de la veneración que la italiana sentía por la Faraona. «Raffaella siempre le decía a Lola: “¡Qué pena que Anna Magnani no esté viva para que pudiérais ser amigas porque os íbais a llevar muy bien!”. Tenían una personalidad que eran dos calcos».

Si en su día Alberto Sordi calmó los ánimos cuando El Vaticano se echó encima de la Carrà por el baile del Tuca Tuca, «Lola de España» haría de mediadora entre la italiana y todas sus colegas flamencas, que desde entonces no volvieron a alzar la voz. Quizá también porque entre los planes de Raffaella nunca estuvo el de competir con ninguna de nuestras divas.

El icónico Paco Clavel, creador del CutreLuxe y el Tontipop, como él mismo se describe, me hacía referencia al aterrizaje de Raffaella en nuestro panorama artístico: «Llegó rompiendo moldes. No solo por los mensajes de sus canciones, sino también por atreverse a interpretarlas con unas coreografías nunca vistas hasta ese momento. Por no hablar de ese pelucón que reflejaba el estilo made in Carrà. Es normal que alguna que otra la tuviera miedo», bromeaba.

Sin embargo, no había nada que temer. Desde ese momento, el pop fresco y los sonidos funk y disco del huracán boloñés convivirían en armonía con la copla y la canción española, dos géneros que, a pesar de los temores de las tonadilleras, supieron aguantar el tipo y se mantuvieron con muy buena salud hasta bien entrada la década de los noventa.

A ello ayudaron cadenas musicales como Radiolé, que no dudaron en sacar pecho de estilos musicales tan nuestros y ponerlos de nuevo en la palestra, e intérpretes como Isabel Pantoja, Ana Reverte o Rocío Jurado, que apostaron por reinventar ambos géneros y los hicieron evolucionar

con producciones más modernas, alejándolos así de esa connotación franquista y rancia que durante mucho tiempo les pasaría factura.

6. La mujer que rechazó Hollywood y a Sinatra

Raffaella nació en Bolonia el 18 de junio de 1943. En esa misma ciudad del norte de Italia, tan solo tres meses antes, vino también al mundo Lucio Dalla, otro de los músicos más venerados de la música italiana. La capital histórica de la región Emilia-Romaña sería objetivo ese verano de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. El conflicto terminaría dos años después, dando paso a un periodo de posguerra en el que crecería aquella niña de clase media, de pelo oscuro y rizado, en la que ya destacaban una mirada y una sonrisa llenas de luz.

En Bolonia, donde estudió, viviría gran parte de su infancia. También pasaría mucho tiempo en Belaria, localidad en la que su madre Iris y su abuela Andreina regentaban el Caffè Centrale. Acariciada por el amor de ambas, la pequeña Raffa apenas echaría en falta la presencia de su papá, Raffaello Pelloni, que optó por dejar de lado a su familia para seguir con sus conquistas sentimentales cuando ella era apenas una cría.

Raffaello nunca ejerció como padre, aunque, gracias a ser dueño de una granja y quesería, sí que aportó cierta estabilidad económica a la familia. «No puedo decir que soy de esas artistas que de la pobreza llegaron al éxito. En mi caso siempre he tenido la fortuna de vivir, digámoslo así, de una manera confortable. No he sido una millonaria tremenda, pero en casa nunca tuvimos problemas de dinero», comentó la cantante en una entrevista concedida a TVE en 1981.

A pesar de los testimonios empeñados en afirmar que el abandono de su padre fue un trauma que nunca superó, Raffaella asumió con mucha naturalidad la separación de sus progenitores y creció feliz con sus dos mammas: su madre y su abuela. La figura masculina en su familia quedó representada por su hermano Enzo, con el que compartió la educación «alemana» que siempre le brindó su empoderada madre.

Su coraje y ganas de vivir sin ataduras llevaron a Iris a ser la primera mujer en Bolonia en separarse por incompatibilidad de caracteres tan solo dos años después de contraer matrimonio. «Ella siempre nos dijo que teníamos que ser niños llenos de fantasía, pero que, como le había tocado hacer a la vez de papá y de mamá, también teníamos que ser muy responsables».

Para su madre Iris siempre tuvo elogios. Una mujer muy independiente, rubia y de ojos azules, muy trabajadora, luchadora y con las ideas muy claras que en todo momento supo inculcar a sus hijos los valores que hicieron de ellos dos personas especialmente sensatas.

No era raro que su mamá y su abuela encontraran a la pequeña Raffa jugando en la alfombra de su casa con botones, con los que creaba sus propias coreografías con música clásica. Le apasionaba tanto aquello que con apenas ocho años Raffaella empezó a tomar clases de baile en la Escuela Internacional de Danza. «Me gustaba sobre todo el mundo de la creatividad, más que estar delante de las cámaras. Mi sueño era ser coreógrafa para poder inventar a través del arte». Le fascinaba la idea de, por ejemplo, dirigir un ballet para la Ópera de Roma.

Su abuela Andreina, a la que le encantaba tocar el violín, fue la primera en apoyar a su nieta en su faceta artística. Seguramente la pasión que sentía por la música y el mundo del arte hizo que desde el primer momento empatizase con su nieta. Algo más le costó a Iris, a la que no le hacía demasiada gracia que su hija se dedicara al espectáculo.

La reticencia de su madre incentivó sus ganas para demostrarle que allí estaba su sitio. «Mi carrera de alguna forma empezó por una apuesta en contra de mi mamá. Quería hacerle ver que dentro de mí había una sensibilidad especial para trabajar en el ámbito del arte. Lo curioso es que siempre me imaginé tras las cámaras».

Aunque no entraba en sus planes, la casualidad hizo que con apenas nueve años se estrenara ante las cámaras gracias a Graziella, la niña a la que dio vida en su primera película. Un gánster, un embarazo y un asesinato formaban parte de la trama de Tormento del passato, el largometraje en el que la «mini Raffaella» debutaba en el celuloide con un pequeño papel allá por 1952.

Un viaje a Roma con la familia para ver al papa desembocó en una fiesta en casa de unos amigos. Allí estaba el productor de aquel film, que nada más conocer a esa niña tan especial decidió que ese papelito tenía que ser suyo. «¿Quieres un caramelo, Raffa?», «¿qué necesita nuestra actriz favorita?», «¡vamos a vestir a la reina del rodaje!»; todo eran elogios por parte de los actores y la productora para la pequeña debutante.

La experiencia fue maravillosa, pero tanto Raffaella como su madre tenían claro que esa aventura acabaría ahí: la recordarían como una anécdota y una experiencia bonita de la que hablarían en el futuro. Tras el rodaje tocaba regresar a Bolonia para seguir estudiando y continuar su vida normal. Fue entonces cuando comenzó a compatibilizar la danza con los estudios de interpretación en el Centro Experimental de Cinematografía de Cinetittà en Roma.

La adolescencia le permitió participar en sus primeras películas ya de forma profesional como actriz y bailarina a finales de los años cincuenta. Estos trabajos la llevaron, tan solo unos años después, a recibir una llamada de Estados Unidos que trastocó sus planes. La meca del cine quería contar con ella para sus próximas producciones en Hollywood y, ante la ocasión brindada, la joven no dudó en hacer las maletas para probar suerte en la industria norteamericana.

Si en los cincuenta los nombres de nuestras españolísimas Sara Montiel y Carmen Sevilla llegaron a aquellos majestuosos estudios para ser parte de algunas grandes producciones, a principios de los sesenta, en plena edad dorada de Hollywood, esa oportunidad se le brindó a la jovencísima Carrà.

En aquella etapa sus compatriotas Gina Lollobrigida y Sophia Loren ya eran nombres de referencia gracias a largometrajes como Operación Crossbow o La caída del Imperio Romano. En el caso de Raffaella, tras rodar varias películas de diferentes géneros, como el western Cabalgando hacia la muerte, coproducido con España en 1962, llegaría el film más importante de su carrera: El coronel Von Ryan, una cinta dirigida por Mark Robson que protagonizó con el polifacético Frank Sinatra en 1965.

Ese año, My Fair Lady se hacía con el Óscar a la mejor película y Julie Andrews conseguía el

galardón a mejor actriz por su papel en Mary Poppins. Por su parte, Doctor Zhivago obtenía el Globo de Oro a mejor película dramática, siendo este el segundo estreno más taquillero de 1965, solo superado por Sonrisas y lágrimas. El top 10 lo cerraría precisamente la película liderada por el dúo Sinatra-Carrà.

Esta es la sinopsis de El coronel Von Ryan que se puede leer en Fotogramas: «Durante la ocupación de Italia por los ejércitos nazis, en la Segunda Guerra Mundial, un grupo de prisioneros de un campo de concentración planea escapar de allí. Aunque son conscientes de que conseguir la libertad va a ser una empresa difícil, tienen la oportunidad de subir a un tren alemán para huir». La revista califica la cinta como «un thriller resuelto con gran sentido del ritmo y con una adecuada progresión de la tensión».

Aquel rodaje, en el que Raffa interpretó a Gabriella, la amante italiana del comandante alemán al mando del tren, dio para mucho. No solo porque desde el inicio del proyecto Sinatra estuvo incontrolable, sino también por los intentos que el actor hizo de seducir a su compañera de reparto.

Tanto se encaprichó de la morena europea, que llegó a enviarle un carísimo collar de perlas con un broche de esmeralda a su camerino con el fin de conquistarla. Sin embargo, aquel «principio de galantería», como ella misma lo definió, no sería suficiente para que esta cayera en sus redes. No obstante, aconsejada por el equipo que la acompañaba, sí terminó por aceptar el collar: no convenía ofender a La Voz. «Lo puse en un cenicero y se quedó allí todo el día. Cuando regresé, el collar ya no estaba», apostilló la actriz sobre dicho asunto.

Ser pareja de Sinatra te haría ser siempre «la mujer de», y eso no casaba con una persona tan sumamente independiente como Raffaella. El actor, siete años mayor que ella, era una persona demasiado importante y poderosa como para que esa relación estuviera basada en un «cincuentacincuenta». «Me negaba a ser “la chica del jefe”, además tampoco me gustaban demasiado sus compañías».

Sus «compañías» y los problemas con el alcohol fueron tales que trascendieron los rodajes y llegaron a oídos de redacciones como la del Washington Post, que bautizó al actor como «El Barítono del Bourbon». Fotogramas, por su parte, ironizó diciendo que «cada vez que Frankie ofrecía una fiesta en su casa, se izaba una bandera con el logotipo de Jack Daniel's».

Del complicado carácter del actor también seríamos testigos en nuestro país, ya que, a mediados de septiembre de 1964, el final del rodaje de El coronel Von Ryan tuvo lugar en El Chorro, una aldea malagueña perteneciente al municipio de Álora, en la comarca del Valle del Guadalhorce. Cuenta Francisco Griñán en el Diario SUR que, tras el primer día de rodaje, un fotógrafo del periódico Pueblo retrató al actor con una actriz cubana durante su estancia en el Hotel Pez Espada de Torremolinos. Un importante altercado entre la actriz, los guardaespaldas y el fotógrafo acabó con la denuncia de este último en comisaría. El problema llegó cuando la policía acudió al hotel para tomar declaración al intérprete y este se negó encerrándose en su habitación. La policía decidió respetar los días de rodaje que le quedaban para que el actor concluyera su trabajo con tranquilidad. Lo que Sinatra no esperaba es que, finiquitada la filmación, los agentes volvieran al hotel, ahora sí, para llevárselo a comisaría y tomarle declaración.

Según se cuenta en este diario, los manuscritos conservados en el propio Hotel Pez Espada muestran el testimonio de un huésped que describe cómo Sinatra exigió hablar con el embajador español tras comparar a la policía española con la Gestapo. Tras el episodio, que las autoridades zanjaron con una multa de 25 000 pesetas, los agentes acercaron al intérprete de *Strangers in the Night* al aeropuerto para que pudiera regresar a Estados Unidos. Eso sí, antes de coger el vuelo, la peculiar estrella del celuloide lanzaría una promesa a los cuatro vientos: «¡Nunca volveré a este maldito país!».

¿Hasta qué punto hubiera perjudicado a la prometidora Carrà mantener una relación sentimental con el divo estadounidense? Raffaella siempre tuvo las ideas muy claras y los intentos de conquista del actor no funcionaron, aunque estos, junto a sus escándalos con el alcohol y la policía malagueña, no pasaron desapercibidos para los medios amarillistas. En España, la revista *Lecturas* dedicó un extenso artículo en el que se hablaba incluso de matrimonio: «Raffaella no ha vuelto a hacer ninguna declaración al respecto, pero sus amigos siguen asegurando que desde luego será la próxima señora Sinatra», señalaba la publicación. «La madre de Raffaella asegura que no sabe nada, que admira a Frank Sinatra de haberle oído cantar y haberle visto en la pantalla, y que sabe que él y que su hija son amigos. [...] Hay algo más todavía. Hay quien afirma que Raffaella Carrà tiene novio en Italia, que desde luego no es el célebre Sinatra, y que ambos están peleados por las veleidades de ella con Frank».

Todo lo publicado formaba parte de la literatura de la prensa del corazón de los sesenta, porque de todo lo escrito, nada era cierto, a excepción de la insistencia del actor. Su obsesión era tal, que «durante el rodaje me mandaba todos los días un ramo de rosas rojas. Una noche cuando me acompañaba a casa en su coche rojo me dijo “I love you” nueve veces seguidas».

En una fantástica charla que Carrà mantuvo en 1996 con Nieves Herrero en el programa *Cita con la vida* de Antena 3, hizo referencia al momento personal del actor en ese periodo: «Creo que en aquella etapa él tenía muchas ganas de encontrar un amor. Era un tramo de su vida en el que había mucha soledad, porque por entonces, aunque seguían viéndose de vez en cuando, su historia de amor con Ava Gardner ya había terminado».

Como la cosa con la italiana no cuajaba, Sinatra comenzó a fijarse en la vecina de piso de Raffaella: Mia Farrow. Ambas eran prácticamente de la misma edad y siempre se llevaron muy bien. Con el actor, Farrow se terminaría llevando aún mejor, tanto es así que la intérprete de *La semilla del diablo* acabó pasando por el altar con el legendario showman; una relación sentimental que años después los medios calificaron como «muy sonada y tormentosa».

Sea como fuere, nada deslumbró lo suficiente a la estrella como para querer quedarse en Hollywood: ni tener a Mia Farrow como vecina, ni las atenciones de Frank, ni que la primera película que rodó en tierras americanas fuera presentada en el Festival de Venecia, ni siquiera su participación en la popular serie *Yo, espía*, en la que hacía de hija de Bill Cosby —muy probablemente fue la primera vez que vimos en España a Raffaella—.

Nunca le cegó el glamour del cine, ni mucho menos todo lo que escondía detrás. «Ni bebo ni me drogo, por eso Hollywood no era para mí», declaró en una de sus últimas entrevistas concedidas

a El País. «A pesar de que todo el mundo me trató muy bien, me sentía una marciana en un país en el que además anochecía a las cinco de la tarde y desde ese momento todo el mundo comenzaba a beber», contaba. «Allí me sentía como pez fuera del agua. Aquello no estaba hecho para mí».

En su contrato aparecía una cláusula que le permitía volver a Bolonia una vez al año, pero eso tampoco era suficiente para una mujer con un carácter tan mediterráneo, que consideraba fundamental ser libre en todos los ámbitos de su vida.

Fue así cómo, con poco más de veinte años y teniendo a Hollywood a sus pies, Raffaella tomó la decisión de rescindir el acuerdo por un lustro que tenía firmado con la 20th Century Fox y regresar a la ciudad en la que creció. Había que reflexionar y pensar hacia dónde quería enfocar su profesión, porque si a algo se negaba era a seguir atrapada en un mundo que, por mucho que le prometiera fama, dinero y lujo, no la hacía feliz.

7. Los ciento ochenta segundos que cambiaron su vida

Si escribimos en Google la pregunta «¿qué puedo hacer en tres minutos?», el resultado son varias opciones: desde escuchar una canción hasta revisar tus redes sociales, aprender cinco palabras en un nuevo idioma o abrirte una cuenta de ahorros.

Cuando Raffaella regresó de Hollywood en la década de los sesenta, no existía Google, ni Internet, ni ningún motor de búsqueda de esos que en esta nueva era tecnológica nos ofrecen en segundos las respuestas a nuestras preguntas. Sin embargo, la joven Raffa ya sabía de sobra que tres minutos podían bastarle para cambiar el rumbo de su vida. Con la decepción a sus espaldas por la aventura americana, volvió a su tierra natal con el objetivo de encontrar ese lugar que el mundo del arte estaba segura le tenía reservado. Lo que nunca imaginó es que, tras año y medio sobre las tablas del teatro, donde recibió muy buenas críticas por su papel en la comedia musical *Ciao Rudy* que protagonizó junto a Marcello Mastroianni, su destino estaría ante los focos de la pequeña pantalla.

Ese punto de inflexión llegó en 1970 cuando en una reunión con amigos conoció a Romolo Siena, director de *Io, Agata e te*, un espacio de variedades que desde finales de los sesenta presentaban el cantante francés Nino Ferrer y Nino Taranto. Siena le rogó participar en el programa y ella aceptó. Eso sí, con una única condición: «Pedí tres minutos para actuar a mi manera, con la cabeza, el pelo, la libertad del cuerpo, cantando no solo con las cuerdas vocales, sino con el físico entero».

La intuición de la que siempre presumió le decía que esa oportunidad podía ser decisiva en su trayectoria. Y así fue. Aquellos ciento ochenta segundos fueron más que suficientes para que esa noche todos los que estaban frente al televisor se contagiaran del ritmo y la energía que desprendía la joven bailarina gracias a unos cabellos sueltos y alocados nada comunes en la época y unos movimientos hipnóticos que ya anunciaban que aquella chica tenía algo especial.

La burbujeante intervención sirvió a los directivos para comprender que no podían dejar escapar el talento de aquella prometedora jovencita que sin duda podría ser un auténtico revulsivo para una televisión cada vez más encorsetada y adormecida. «Hasta mi madre, que nunca solía comentarme nada de mi trabajo, ni siquiera cuando me vio en algunas de las películas que había rodado en América, esa noche me llamó para darme la enhorabuena por la actuación. “Lo que has hecho no está mal”, me dijo».

Esos tres minutos tuvieron como consecuencia inmediata un contrato para presentar cada sábado por la noche, junto a Corrado, el programa más visto de ese momento en el canal estatal: *Canzonissima*. Así nació oficialmente la historia de la Carrà con la televisión y el romance de la pequeña pantalla con Raffaella.

La artista conduciría *Canzonissima* '70 y *Canzonissima* '71. También se encargaría de la edición emitida en el otoño del 74: esta vez lo haría sin Corrado, convirtiéndose en la primera mujer que

presentó en solitario un programa de televisión en Italia. Carrà era ya la nueva estrella del entretenimiento italiano.

El espectáculo de variedades dejó unos entrañables sketches protagonizados por la cantante y el inolvidable Topo Gigio. El legendario ratoncito ya formaba parte de la programación de la RAI desde 1959, un año después de haber sido creado por la italiana Maria Perego, quien, inspirándose en el éxito de Mickey Mouse, dio vida a la marioneta de gomaespuma. Ese roedor, que muchos pensaban que por su nombre era un topo, traspasaría fronteras y alcanzaría la fama en Portugal, Japón, España y varios países de Latinoamérica como Perú, Venezuela, Argentina y sobre todo México.

Las intervenciones del popular ratón, que no superaba los 25 centímetros de altura, dejarían de ser exclusivas de los programas infantiles para colarse en la escaleta de los espectáculos para toda la familia, compartiendo plano con figuras de la categoría de Louis Armstrong, los mismísimos Beatles o la brasileña Xuxa.

Tal popularidad llevó a la RAI a decidir que, en su formato estrella del sábado sera, Topo Gigio apareciera junto a Raffaella, lo que hizo que su intervención semanal fuera una de las más esperadas de Canzonissima '74. Durante cinco minutos, los chistes del ratoncito se entremezclaban con la dulzura de la presentadora, que cada noche le sacaba de la cama para intercambiar chascarrillos y cantar a dúo Strapazzami di coccole, un tema muy pegadizo y de cierto aire infantil que la peculiar pareja hizo más que popular entre los italianos.

Unos meses antes de comenzar esta nueva etapa de Canzonissima, la RAI haría hueco en su parrilla televisiva a Milleluci, otro espectáculo de variedades que en la primavera del 74 Carrà condujo junto a otro mito de la música italiana: Mina. Este sería el último espectáculo presentado por la intérprete de Parole parole, que poco después se retiraría definitivamente de los escenarios (aunque no de la música).

Durante las ocho emisiones de Milleluci, las dos grandes damas interpretaron una gran cantidad de números musicales: unas veces solas, otras a dúo y otras tantas con muchos de los invitados que pasaron por allí. Cada semana el programa nos transportaba a un ámbito diferente del mundo del espectáculo y ambas estrellas se transformaban en dos hadas madrinas capaces de conducir a los espectadores a su peculiar mundo de fantasía.

La unión televisiva de las divas haría historia, ya que Milleluci fue la primera transmisión conducida a dúo por dos mujeres. Esta circunstancia siempre resultó muy golosa para la prensa de la época, que quiso alimentarse de la supuesta rivalidad existente entre ambas.

Según las malas lenguas, semana tras semana, cada una de ellas iba aumentando los centímetros de sus tacones y plataformas. Raffaella para igualarse a la altura de Mina, y Mina para que nunca fuera superada en altura por Raffaella. El pique alcanzó tal dimensión, que un día la cabeza de Mazzini, mucho más alta que Carrà, llegó a salirse del plano, con la consecuente bronca por parte del director, que pidió el cese inmediato de esa lucha de egos.

¿Verdad? ¿Leyenda? Raffaella siempre desmintió la supuesta competencia entre ambas: «Todos

querían que fuésemos rivales. Y al contrario, tengo un gran recuerdo de Mina. Nos reuníamos en casa todas las noches a cenar y jugar a las cartas. Fue una gran compañera de trabajo», contaba a la revista *Sorrisi e Canzoni* en 1987.

José Luis Gil fue testigo de ello durante el tiempo que vivió bajo el mismo techo de Carrà en aquel periodo: «¡Qué va! Ese enfrentamiento nunca existió. Es más, siempre fueron muy cómplices». La prueba de ello es que Raffaella presenció la última actuación de «la tigresa de Cremona» en 1978. La propia Mina le confesó que necesitaba apartarse de los escenarios porque ponerse delante del público le angustiaba, le quitaba la paz.

Y así lo hizo. Mina desapareció para siempre de la vida pública. Se retiró a su casa de Suiza y nunca más volvimos a verla sobre un escenario o un plató de televisión. Eso sí, desde el coqueto estudio que montó en su casa, siguió grabando nuevas canciones, publicando nuevos discos año tras año. «Era muy habitual verla en muchas de las seratas italianas organizadas por Raffaella en su piso de Via Nemea en Roma», me aseguraba Gil. «Allí preparábamos una spaghetтата y luego nos poníamos a jugar a las cartas mientras las dos enlazaban un cigarro con otro. ¡Eran incansables con el tabaco!».

En la televisión, Raffaella había encontrado por fin la horma de su zapato. Un mundo que amó desde el minuto cero. No solo porque comunicar siempre fue una de sus fortalezas, sino porque ni siquiera el papel de presentadora la limitaría a la hora de seguir expresándose a través del baile. Además, la tele era un medio mucho más inmediato que el cine, en el que los tiempos de espera entre el rodaje de una escena y otra se hacían interminables.

Por otro lado, la pequeña pantalla también le permitió evolucionar en la música gracias a la buena acogida que cosechaban sus álbumes. «Mi madre siempre decía que yo bailaba muy bien, pero que había una prima mía que cantaba mucho mejor que yo. Hasta que cuando grabé mi primer disco vendí 700 000 copias y le dije a mi mamá si tenía algo que decir a la Callas de la familia», bromeaba sobre su capacidad vocal.

Nunca necesitó parecerse a la soprano griega para triunfar, ni le faltó coraje para lanzarse a entonar canciones como *The Greatest Love of All* de Whitney Houston o interpretar mano a mano con Liza Minnelli el mismísimo New York, New York. Nunca le asustó compartir escenario con otras compañeras que vocalmente fueran superiores, ella supliría su limitación con su magnetismo natural. Su voz no daría el tono más agudo de la escala musical, pero transmitía, comunicaba y, lo más importante, no se parecía absolutamente a la de nadie. Eso la hizo única, convirtiéndola en la primera show-woman europea. Era tal su carisma, que llegó a tener fans de la categoría de Audrey Hepburn: «¡La Carrà es fantástica! Canta, baila, hace todo y está increíblemente bien preparada. Es una artista completísima que en América sería una gran estrella», declaró en su día el mito cinematográfico.

«En mis inicios lo de cantar lo odiaba y por eso siempre preferí bailar, enfocando todos mis esfuerzos a la danza. Nunca me he sentido una cantante pura, siempre he sido una actriz que cantaba», relataba a la revista *Efe Eme*. «Sé perfectamente que no soy Dionne Warwick ni

Barbra Streisand. El baile y la palabra son lo mío, el canto es solo un aderezo. Pero como vendimos tantos discos, no hacía más que entrar en el estudio y grabé más de veinte álbumes. Fue una sorpresa».

Contaba con mucha gracia que, cuando comenzó en la música, estaba totalmente enamorada del soul, y que por eso le hubiera gustado ser una mujer de raza negra para tener una de esas voces por las que siempre sintió devoción. Sin embargo, desde el primer momento asumió que su tonalidad y tesitura eran otras, y comprendió, con mucha inteligencia, que ella era una cantante festiva. Sus éxitos le demostraron que no estaba equivocada.

Quién le iba a decir a esa bailarina joven y pizpireta, a la que siempre le rogaban que se estuviera quieta mientras grababa porque no paraba de moverse, y que solo pidió tres minutos al mundo para expresarse, que a raíz de aquella breve actuación iniciaría una trepidante carrera como presentadora, bailarina y cantante.

Una faceta esta última que la llevó a grabar 23 álbumes oficiales, a publicar más de trescientos sencillos en 45 países en ocho idiomas diferentes (italiano, castellano, inglés, francés, alemán, griego, ruso y filipino), a hacerse con 25 discos de oro y 22 de platino, y a vender la estratosférica cantidad de más de sesenta millones de discos.

Quizá el motor de búsqueda de Google, el más utilizado del mundo, debería replantearse las respuestas que da a la pregunta «¿qué puedo hacer en tres minutos?». Sería interesante que, entre esas sugerencias, también incluyera una que dijese que en tan solo ciento ochenta segundos puedes cambiar tu destino.

8. Cuando en España todo era empezar

«Hoy en mi ventana brilla el sol y el corazón/ se pone triste contemplando la ciudad/ por qué te vas...», tarareaba alguien en una de las largas colas para coger el autobús en el centro de Madrid. La canción, tema principal de la banda sonora de Cría cuervos de Carlos Saura, hubiera pasado desapercibida si no llega a ser por el triunfo de la película en el Festival de Cannes, que fue reconocida con el Premio Especial del Jurado en ese 1976.

Durante esos meses también aterrizarían en taquilla películas icónicas del terror como ¿Quién puede matar a un niño?, de un cada vez más popular Narciso Ibáñez Serrador. Aunque si hablamos de séptimo arte, no podemos obviar el denominado «cine del destape», término acuñado por el periodista Ángel Casas para referirse a la que podríamos decir fue la máxima expresión de la «revolución sexual» vivida en España en este periodo de nuestra historia.

El destape patrio hizo que nombres como Nadiuska, Susana Estrada o Ágata Lys fueran habituales en los rótulos de películas cargadas de erotismo. También promovió que el público masculino y heterosexual comenzara a demandar las revistas «solo para adultos»; publicaciones que mostraron todo lo que hasta entonces había estado prohibido y que cada vez ocupaban más espacio en los quioscos de prensa.

Entre todas ellas destacaba la icónica revista Interviú, recordada sobre todo por los desnudos de sus portadas, y cuyo primer número vio la luz en mayo de 1976. Cuatro meses después, el ejemplar editado la semana del 2 de septiembre, protagonizado por el desnudo de Pepa Flores, marcaría una nueva era en España. Marisol, la niña prodigio emblema del franquismo, pasaba a convertirse de repente en mito erótico de la transición por una portada que logró vender un millón de ejemplares.

De esos nuevos tiempos sería testigo la propia Raffaella durante el periodo en el que grabó los cuatro especiales para TVE y promocionó sus primeras canciones en nuestro idioma. Un momento en el que la italiana se dejaría llevar por los ritmos discotequeros de ABBA y los Bee Gees, que arrasaban con temas como Dancing Queen o You Should Be Dancing respectivamente, y por composiciones que evocaban pura pasión y sensualidad como Hoy tengo ganas de ti de Miguel Gallardo. Tampoco pasaría inadvertida para ella una canción que decía: «Lo siento mucho, la vida es así, no la he inventado yo».

Este era el estribillo de El jardín prohibido de Sandro Giacobbe, un tema que de primeras podría parecer la típica balada empalagosa interpretada por el galán de turno. Sin embargo, bastaba con afinar un poco los oídos para comprender que lo que en realidad estaba narrando la voz desgarrada de Giacobbe era una infidelidad en toda regla sin ningún tipo de arrepentimiento. Se puede decir que Sandro, más que un romántico empedernido, era un auténtico caradura.

«Tras tantos años de dictadura había cosas que por fin dejaban de estar vetadas y quizá por eso ese “jardín prohibido” fue tan atractivo para tanta gente», me explicaba el propio cantante durante la visita que hizo a mi programa La Tarde Suena Bien de Radio Castilla-La Mancha en febrero de 2022: «Lo prohibido siempre ha sido algo misterioso, y eso siempre ha sido atrayente para el ser humano, y más en aquellos tiempos en los que por fin uno podía ser libre».

Curiosamente, este éxito de Giacobbe en su versión en castellano fue el culpable de que la Carrà, que también había caído rendida a él, contactara por primera vez con Danilo Vaona, quien produjo el éxito más importante de Sandro en España. Danilo sería también el encargado de moldear himnos como Para la libertad de Ana Belén, Solo pienso en ti de Víctor Manuel, Te quiero de José Luis Perales y muchos de los superventas de Massiel, Pedro Marín, Miguel Bosé o Mari Trini, lo que convierte al italiano en un pilar fundamental de la industria musical de nuestro país en aquellos años.

«Ciao Danilo, sono Raffaella Carrà». Muy probablemente estas fueron las primeras palabras que ambos cruzaron a través del teléfono. La carrera de la intérprete comenzaba a despuntar en España y quería contar con él para trabajar en una nueva canción que en breve publicaría en castellano: En el amor todo es empezar.

La primera colaboración con la cantante, que incluye el pegadizo «explótame, expló» que tantísimas veces hemos cantado y bailado, fue la chispa que prendió la mecha de una unión profesional que con el tiempo daría paso a la que fue prácticamente una relación de hermanos.

A partir de entonces, la varita mágica del italiano fue clave para dar forma al sonido de muchos de los éxitos de la intérprete y a la vez para crear buena parte del repertorio que conformarían sus próximos trabajos. Se entendieron tan bien, que Vaona estuvo presente en la mayoría de los proyectos de la diva.

Sin embargo, pertenecer al equipo de una figura como la Carrà no era fácil, requería ser extremadamente profesional. «Había que estar muy bien preparado y sobre todo respetar los tiempos. Cuando llegaba el día de presentarle un material determinado, una canción, unos arreglos... no podías decir que no lo tenías porque al día siguiente ella ya tenía que estar en otro país, en Argentina, en Montecarlo, en Roma... dando un concierto», me apuntaba el siempre amable Danilo mientras conversábamos tomando un café en mi domicilio. «En realidad éramos personas que las veinticuatro horas trabajábamos para ella, vivías para eso. No había opción de bajar la guardia».

Hay que tener en cuenta que, desde que en 1971 debutara con su primer álbum, durante las siguientes dos décadas, Raffaella editó prácticamente un disco al año, en muchos casos con la versión en castellano correspondiente o en algún otro idioma. Al mismo tiempo que se metía en el estudio de grabación, seguía con sus giras internacionales, ensayaba las coreografías para sus espectáculos, en muchos casos preparaba el programa de televisión que presentaba, concedía entrevistas... Solo profesionales de altura podían seguir su ritmo.

De la cabeza de Danilo nacieron algunas de sus canciones más recordadas: Mamá dame 100 pesetas, Caliente caliente, Bailo, bailo o Qué dolor, «en la que hicimos una incursión en el

flamenco, cuando todavía no se hacían esas cosas».

Bastaba con que los temas que dieron forma a sus primeros trabajos de estudio la emocionaran, le transmitieran alegría. «Ya en la década de los ochenta comenzamos a tener en cuenta los ballets que hacía en sus programas, el ritmo para que estos fueran sintonía de sus espacios televisivos», admitía el músico.

Danilo Vaona fue el artífice de la mayoría de sus hits junto a su otro rey Midas de la música: Gianni Boncompagni, que también fue pareja sentimental de la artista durante casi doce años. De Boncompagni surgieron himnos como Fiesta o Hay que venir al sur, a la vez que compuso temas para otras importantes figuras de la música italiana como Jimmy Fontana, Toto Cutugno o Patty Pravo.

Danilo y Gianni, en consonancia con Raffaella, se compenetraron muy bien desde el principio. Ambos creadores conectaron con la forma de pensar y entender la vida de la italiana, propiciando que cada canción estuviera hecha a su medida, transmitiendo con sus letras y melodías sus valores de alegría y libertad. Ahí residió la clave de su éxito. De ambos compositores son prácticamente todos los temas de la época dorada de Carrà como cantante: la que va de mediados de los setenta a mediados de los ochenta; un repertorio que, incluso grabando nuevos trabajos, nunca dejaría de estar presente en sus proyectos.

En marzo de 2008 tuve la oportunidad de preguntar personalmente a Raffaella, en los Estudios Buñuel donde nos encontramos, por el secreto para que esos temas siguieran gustando tanto. «Lo que me dice todo el mundo allá donde voy es que, cuando la gente está triste, pone mi música para alegrarse el alma», me respondió con su simpatía habitual.

Unas canciones que, por su ritmo, sus melodías frescas y sus letras siempre algo pícaras, lograron dar forma a ese estilo Carrà del que alguna vez en alguna entrevista presumió: «Creo que mi peculiaridad respecto a otras artistas afines a mi estilo está en mi repertorio, en mi forma de bailar y en mi forma de ser, propias únicamente de Raffaella Carrà».

En cuanto a sus shows, consideraba que el secreto de su éxito estaba en el ritmo: «La fuerza física, la energía y brindarse a la gente, perdiendo a lo mejor dos kilos, dando todo lo que tengo dentro, unido a las coreografías, las luces, los trajes y la alegría de mis bailarines... hacen que ofrezca un espectáculo diferente, como si fuera un cohete».

A este brío se sumaba su sentido de la responsabilidad. Enzo Paolo Turchi me descubría divertido una anécdota relacionada con este asunto: «¡Era formidable! Una vez teníamos un concierto y todo apuntaba a que llegaríamos tarde porque había un tráfico tremendo, así que no dudó en parar a un motorista que pasaba por allí para pedirle que la llevara al recinto en el que estaba el escenario».

En alguna ocasión llegó a comentar que si de algo se arrepentía era de no haber querido publicar ningún álbum en directo en el que se plasmara cómo eran sus espectáculos en vivo. Sin embargo, siempre se sintió muy orgullosa de estos. «En televisión puedo mostrar cómo es mi universo interpretando algunas de mis canciones, pero para conocer a Raffaella Carrà al cien por cien es

necesario ver alguno de mis shows. Son actuaciones de casi dos horas en las que puedo expresar el total de mis posibilidades», afirmaba en el programa Fiesta de la televisión chilena.

Precisamente en esos shows y en el enfoque de su carrera como cantante a nivel internacional, quiso centrarse de lleno tras finalizar su etapa como conductora de Canzonissima, lo que la llevó de nuevo a poner la mirada en nuestro país. Su regreso a España tendría lugar el 9 de noviembre de 1976 en el programa Esta noche fiesta de TVE.

«Después de los muchos problemas que ha sufrido para llegar hasta aquí y de más de doce horas de viaje, es un auténtico milagro que hoy esté con nosotros directamente desde Italia: ¡Raffaella Carrà!», anunciaba a los telespectadores José María Íñigo.

Sentados en las mesas del Florida Park de Madrid, mientras bebían y fumaban a la vez que disfrutaban del espectáculo, entre el público de la gala se encontraban algunos de los personajes más representativos de la época. En las codiciadas mesas podían verse a una jovencísima Paloma San Basilio, que aún no había despuntado con su éxito Juntos ni había pasado por Eurovisión con La fiesta terminó; a un Fernando Esteso en alza, o a la cantante y actriz Paquita Rico, que esos días se encontraba rodando la película Viva/muera Don Juan Tenorio y que, aprovechando su momento de gloria cuando Íñigo le dio la palabra, pidió al realizador un plano de su marido Guillermo, ya que su suegra se moría de ganas por ver por primera vez a su hijo «en color» a través de la pantalla.

Por entonces, el blanco y negro comenzaba a quedar desterrado de la mayoría de los televisores de nuestro país, dando vía libre al rojo pasión que teñía el ajustadísimo mono que Raffaella llevó para interpretar Male en la que sería su primera participación en una transmisión en directo en España. «Después del éxito de aquellos cuatro programas ahora lo difícil es mantenerse», reconocía a José María justo antes de meterse de nuevo entre bambalinas para cambiarse de ropa y ponerse «un traje más de señorita».

Era el turno de presentar, ya vestida con el traje dorado de lentejuelas que ese año 76 había lucido por los escenarios de todo el mundo durante la tournée de Forte forte forte, la versión en castellano de En el amor todo es empezar en la que había estado trabajando meses atrás con Danilo.

«Si él te lleva a un sitio oscuro que no te asuste la oscuridad/ Pues casi nunca se está seguro/ Si es por amor o por algo más», decía la sensual y divertida letra de ese clásico raffaelliano, que tenía un mensaje feminista liberador que no pasó desapercibido en aquella España resucitada.

De esta forma, la italiana aportó esa noche su grano de arena a la «revolución sexual» de ese momento histórico en el que, tras décadas de represión, tocaba «destaparse» en un «jardín prohibido», confesar lo inconfesable aunque de infidelidades se tratara, y por primera vez «explotar» un corazón que desde ese instante no dejó de latir durante décadas en las pistas de baile de medio mundo.

9. La «fantástica fiesta» que acabó en comisaría

Situémonos: 1970 y una televisión en blanco y negro que sintonizan millones de personas cada noche de sábado. Los rayos catódicos proyectan una plaza de toros de cartón piedra construida para que una morenaza con clavel, moño y traje con volantes y bata de cola interprete el número musical que tiene preparado. La flamenca en cuestión canta una rumba de lo más pegadiza en cuyo estribillo se repite una y otra vez la expresión «olé» mientras su cuerpo de baile sigue el ritmo y hace los coros con el típico traje de corto español.

La descripción podría llevarnos directamente a una de las actuaciones de las folclóricas perennes en la cultura patria de la época: Carmen Sevilla, Marujita Díaz o Conchita Piquer. Pero todo cambia si al contexto le añadimos que ese canal del que hablamos no era nuestra tele estatal, sino Rai Uno. Y que esa rumbita tan divertida, por muchos «olés» que tuviera su estribillo, estaba interpretada en italiano.

La chica con peluca morena, clavel, moño, volantes y bata de cola era una joven Raffaella cantando con su carisma habitual un tema titulado Un torero a Torino. Solo había pisado esporádicamente España para algunos de sus rodajes unos años antes, pero ya bebía los vientos por nuestro país. Algo había en nuestra forma de ser, en nuestra música, en nuestra cultura, que siempre hizo que tuviera debilidad por lo made in Spain. Por eso le gustó tanto el nombre de ese colegio de monjas en el que se crio y estudió en su Bolonia natal. «Fíjate tú cómo es el destino que se llamaba Colegio Español. Parece que el nombre de esa escuela estaba marcando de alguna manera mi rumbo», afirmó en la primera década de los 2000 en la televisión argentina.

En la entrevista que me concedió en 2020 en La Tarde Suena Bien, charlamos de esa fascinación que sentía por todo lo nuestro: «Con los españoles surgió una unión que explotó desde el primer momento. Yo dije: “¡Madre mía, qué tierra!”. Y no tengo ningún abuelo o abuela españoles. Tengo solamente un nombre que en España se utiliza mucho, que es Raffaella».

Un torero a Torino no sería el único tema con el que quiso contagiar a sus compatriotas de su pasión por un género tan flamenco. Ya en su segundo disco, publicado en 1971 y fascinada por la rumba catalana, hizo suyos los ritmos del «Borriquito como tú, tururú» de Peret mediante una magnética actuación ante la que es imposible no esbozar una sonrisa cuando la cantante, metida de lleno en el personaje, dice eso de: «Y con este acento, parezco extranjera/ Pero soy de Vigo...». Como si por sus venas corriera más sangre «gallego-cañí» que «carbonara».

En 1981 reivindicó de nuevo este género musical con las Super-rumbas, una grabación de la que la revista Semana se hizo eco: «Un sencillo que contiene una serie de rumbas muy populares (Me pedías un beso, Caramba carambita y Me va, me va) que ella adapta a su peculiar estilo discotequero. No importa que la Carrà no sea una Peret con faldas capaz de entonar la rumba como los calés, pero sale airosa del trance a base de gracia».

La inclusión de este nuevo single en su show se convirtió en la excusa perfecta para que buscara

un profesor experto en la materia y diera una clase acelerada de flamenco a cargo de un especialista gitano, El Camborio. La masterclass de duende fue plasmada en un reportaje gráfico publicado por Santi Álvarez, Jaime Palou y Paco Ordóñez en el que, con traje y pantalón blanco, se observaba cómo la italiana imitaba a la perfección los pasos de la bailarina que tenía a su vera.

Puede que, en cinco décadas, no existiera mejor embajadora de España en Italia que esa boloñesa a la que muchos en su tierra apodaban «la española». Lo nuestro siempre estuvo presente de una manera u otra en sus aventuras profesionales: en sus tours, en sus programas de televisión y en toda su discografía.

Otra canción con mucho sabor español fue Fiesta, la composición que dio título a uno de sus discos más vendidos. Publicado en 1977, tendría edición española, italiana y hasta canadiense; para esta última grabaría parte del repertorio en francés, Fiesta inclusive.

El álbum, que fue disco de oro en nuestro país, lo presentó con todos los honores el 17 de mayo de ese año en Esta noche fiesta, el mismo programa que había visitado tan solo seis meses antes y en el que lució un mono rojo chillón que a nadie dejó indiferente. El público ya estaba ansioso de nuevos temas de la Carrà.

«Antes de marcharme voy a cantarles mi “disco de verano”. Una canción que es una rumba y que yo quiero dedicar a todos los españoles que tanto me han dado hasta este momento», expresaba con todavía un tímido castellano en el escenario del Florida Park, el mismo en el que debutó Miguel Bosé o Lola paró su actuación porque había extraviado uno de sus pendientes («¡Perdona, Íñigo, pero yo el pendiente no lo quiero perder, que mi dinerito me ha costao!»). Y así fue como esa sala de fiestas, transformada aquellos años en plató de televisión gracias a la labor de Fernando Navarrete, director del programa, se impregnó de los primeros acordes de una de las composiciones más icónicas de la artista.

Lo que nadie podía presagiar es que, en mitad de la actuación, mientras escuchábamos por primera vez ese luminoso «Fiesta/ Qué fantástica fantástica esta fiesta» que casi cincuenta años después seguimos tarareando, la tensión comenzara a mascarse entre el público invitado.

Aquella rumbita alegre, sencilla y cien por cien cañí, ideada para divertirnos y hacer un guiño a nuestro país, parece ser que no se lo pareció en absoluto a uno de los asistentes a la gala.

El propio José María Íñigo me explicó en su día en Las mañanas Kiss de Kiss FM, programa en el que trabajé varios años, que el susodicho personaje vio en la legendaria canción una ofensa a su querida patria. El caballero en cuestión era el hermano de una importante folclórica de esa España recién salida del franquismo, y pensó que lo que estaba haciendo la simpática extranjera no era ningún tributo, sino una mofa de España. Se puso a gritarle, intentó lanzarle una copa desde la mesa en la que se encontraba y se lió a tortas con parte de los asistentes que, sin éxito, trataban de hacerle entender que estaba equivocado.

Si revisamos la presentación, podemos ver que en un momento dado la rubia rubísima gira la cabeza hacia la mesa en la que empieza a generarse el revuelo, percatándose de lo que estaba aconteciendo. A pesar de ello, Carrà siguió bailando como si nada y las lentejuelas de su vestido

continuaron brillando tanto como aquella Fiesta que esa noche, mientras el volumen de la canción tapaba los gritos del escandalizado caballero, comenzaba su ascenso a lo más alto de las listas de ventas.

«Aquel señor quería tirarme una copa en la cabeza. No entendió que lo que yo quise hacer era un homenaje a la rumba, un tipo de música que siempre me ha fascinado. En Italia fui la primera mujer en acercar ese género a la televisión, porque siempre la llevé en mi sangre, en mi piel, en mi corazón. Y tenía claro que tenía que darla a conocer en mi país», declaró en 2002 en El show de Flo de TVE.

En ese mismo programa, ya entre risas, José María Íñigo narró junto a la italiana lo surrealista de aquel momento. «¡Madre de Dios!», exclamó el presentador, «tuvo que venir hasta la policía... ¡y todos terminamos en comisaría!». La prensa de la época reflejó el altercado con titulares como «Pelea en televisión». Por cierto, para los más curiosos... Tal y como me confirmó en su día el propio José María, «la hermanísima» del personaje no era otra que Paquita Rico.

Era evidente que aquella «fantástica fiesta» sonaba demasiado moderna para algunos nostálgicos que no supieron entender que aquella extranjera era más española que muchos de los patriotas a los que la recién estrenada democracia aún les quedaba demasiado grande.

10. La estrella del pop que enseñó a Europa el placer del sexo

9 de mayo de 1978. El cadáver de Aldo Moro, el que fuera en dos ocasiones primer ministro de Italia y presidente del Partido de la Democracia Cristiana, aparece en el maletero de un Renault 4 de color rojo tras permanecer varias semanas secuestrado. Su cuerpo se halla en Via Caetani, a 160 metros de la sede del Partido Comunista y a 200 metros de la sede de la Democracia Cristiana, cubierto con una vieja manta y con el impacto de once balazos en el pecho.

El suceso ponía fin a los 55 días que duró el secuestro de Moro, con el que la organización terrorista Brigadas Rojas mantuvo en vilo al país en aquel primer semestre del año y que tuvo lugar cuando el político se dirigía a la sesión de investidura de Giulio Andreotti.

Los denominados «años de plomo» que habían arrancado en la recta final de los sesenta seguían estremeciendo a una Italia a la que no le quedó más remedio que convivir con los atentados de la extrema derecha y la extrema izquierda durante casi una década.

Este secuestro y su dramático final no pasarían inadvertidos para Raffaella. Fue durante aquellas semanas de inquietud para el país cuando Carrà, tras algún tiempo viajando con su música por todo el planeta, reaparecía en las pantallas italianas en el espacio Ma che sera, el que sería su primer programa retransmitido en color.

Una nueva aventura televisiva que la RAI, para aprovechar su tirón mediático y su triunfo a nivel mundial, vendió a 36 países. Las notas de Tanti Auguri, la versión italiana de Hay que venir al sur, fueron las encargadas de abrir las seis ediciones que lograron congregarse semanalmente a más de 23 millones de televidentes.

A pesar de los brutales datos de audiencia, estos no fueron los esperados. Buena culpa de ello la tuvo la situación política excepcional del país. La preocupación era tal, que lo que menos le apetecía a gran parte de los espectadores era divertirse con el desenfado habitual de un espacio de estas características. Lo mismo le ocurría a la presentadora, que sin éxito rogó a los directivos que pospusieran su emisión. «El día del secuestro llamé a la RAI y les dije: “Os ruego que no emitáis mi programa”. Pero no me hicieron caso. Habían secuestrado a Moro y yo cantaba “Com’è bello far l’amore da Trieste in giù [Para hacer bien el amor hay que venir al sur]”. Me dio tanta vergüenza que no volví a Italia durante mucho tiempo», declaró en 1999 a la revista L’Espresso.

La experiencia la llevó a tomar la determinación de no hacer nunca más un programa en diferido. No solo porque los grabados le parecían en cierto modo un poco estafa, sino también porque retransmitirlos en directo le permitiría tenerlo todo bajo control. Solo se saltó esta máxima en proyectos muy puntuales, como cuando en 2013 aceptó participar como coach de The Voice of Italy, grabado en su totalidad, a excepción de la gala final.

Con independencia del momento histórico y de las consecuencias que tuvo la emisión de Ma che

sera para la cantante, el espectáculo ofreció actuaciones tan icónicas para sus fans como aquella en la que interpretó por primera vez Luca, uno de los temas más transgresores de su álbum Raffaella de 1978 con el que la pionera artista volvía a adelantarse a su tiempo.

En el quinto programa, una elegantísima Carrà, vestida con un traje de femme fatale al más puro estilo hollywoodiense de los años cuarenta, de color rojo y con un colibrí bordado con cañas de cristal en su lateral, comenzó a contar a los telespectadores, con su perpetuo magnetismo, esa historia que «Sucedió de pronto/ Y todavía no la entiendo/ Si no te importa te la cuento/ Quizá me puedas ayudar», tal y como narraba una muy fiel adaptación al castellano del tema original.

«Él era un chico de cabellos de oro/ Yo le quería casi con locura/ Le fui tan fiel como a nadie he sido/ Y jamás supe qué le ha sucedido», relataba con esa ingenuidad e ironía que acompañó a muchas de esas canciones repletas de alegría y carentes de prejuicios con las que abrió las puertas a la libertad de tantísima gente.

Luca Sabatelli, uno de sus modistos de cabecera y creador del atuendo elegido para dicha actuación, fue quien le dio la idea a Gianni Boncompagni, creador del hit, para que el personaje que daba título a la nueva composición llevara su nombre de pila. El diseñador sintió la historia tan suya, que no dudó en aparecer sentado entre el público mientras Raffaella le cantaba a su vera eso de «Lucas, Lucas, Lucas... ¿dónde te has metido?».

Jamás supimos del destino de Lucas, pero la italiana, a la que nunca se le escapó ni una, dejó caer por dónde podían ir los tiros: «Porque una tarde desde mi ventana/ Le vi abrazado a un desconocido/ No sé quién era, tal vez un viejo amigo/ ¡Desde ese día nunca más le he vuelto a ver!». No había lugar a dudas: la Carrà volvía a hacer historia al interpretar por primera vez una canción de temática gay en la televisión pública italiana.

«Después del escándalo del Tuca Tuca, volvimos a toparnos con la censura en el programa Ma che sera», me contaba Enzo Paolo Turchi. El culpable sería un número musical basado en un medley con los grandes éxitos de los Beatles. En él, la Carrà salía con un outfit que causó auténtica sensación: un traje de monja muy particular en el que combinaba una toca de abadesa con una minúscula minifalda a la que seguía el sensualísimo liguero que lucía en una de sus impresionantes piernas.

La guinda al pastel la ponía el cuerpo de baile con Turchi al frente, que aparecía totalmente desnudo y solo cubierto por un bombín con el que tapaba sus vergüenzas. «¡Es que Raffaella era una mujer que siempre iba por delante! Imagínate a los directivos poniendo el grito en el cielo», me aseguraba entre risas Enzo Paolo. La actuación salió al aire, pero en su versión light, con una monja sexy a la que redujeron a dimensiones diminutas para colocarla cantando sobre una manzana verde que representaba el pecado.

La censura estuvo muy presente en su faceta musical durante la etapa dorada de su discografía, en la segunda mitad de los años setenta y la primera de los ochenta. Solo hay que citar temas como 53.53.456, Hay que venir al sur, Lucas, Caliente caliente, Qué dolor o Pedro para comprender la trascendencia de esos mensajes repletos de frescura con los que fue derribando los valores más arcaicos.

A lo largo de las décadas, estos temas han servido como banda sonora de spots publicitarios, de cabeceras y nombres de diferentes magazines, incluso de hilo conductor para obras de teatro como Esta sí tenemos que bailar, creada en 2023 por el dramaturgo y escritor Nando López: «Pensé en Raffaella y sus canciones porque, al igual que las dos protagonistas de la obra, transitan en el empoderamiento desde el placer, desde la autoaceptación, desde ese querer a sí misma. En todas ellas y en la propia Carrà hay siempre una mirada feminista que subyace a ese hedonismo. Esa reivindicación del placer, del ahora, de la vida como un momento que ha de disfrutarse y del que hemos de adueñarnos».

De la trascendencia de esas canciones, no solo a nivel musical, sino también en el ámbito social, se hablaba en el artículo que el 16 de noviembre de 2020 publicó el periódico británico The Guardian, en el que se analizaba el «fenómeno Raffaella» como un huracán musical que arrasó Europa como ningún otro. «Raffaella Carrà: La estrella del pop italiano que enseñó a Europa el placer del sexo» era el titular que encabezaba el texto de Angelica Frey. «Técnicamente hablando, Italia tenía cantantes vocalmente más fuertes como Mina, una virtuosa mezzosoprano; Milva, con su melena pelirroja y sus tendencias políticas; Patty Pravo, una contralto andrógina; y Giuni Russo, que sublimó la técnica operística en pop. Pero Carrà las dejó a todas atrás», explicaba.

Seguramente, la sociedad de la época no era consciente de los valores que, a través de sus divertidas melodías y sus programas de televisión, transmitía esa mujer que rebosaba carisma y respiraba independencia.

En el artículo de The Guardian, Frey sentenciaba: «Si Suecia tiene a ABBA, Italia tiene a Carrà», remarcando la revolución que la diva desempeñó sin atacar a nadie, desde el divertimento y la alegría. «Es una revolucionaria, ha sido capaz de vivir una vida plena y proponer un ritmo al que nadie con sangre en las venas puede resistirse».

Basta con prestar atención a temas como Hay que venir al sur, en el que quiso hacer un alegato puro y duro del carpe diem sin ningún tipo de reparos. «Por si acaso se acaba el mundo/ Todo el tiempo he de aprovechar/ Corazón de vagabundo/ Voy buscando mi libertad» era el inicio de toda una declaración de intenciones que acababa con un consejo que se convertiría en una filosofía de vida: «Y si te deja no lo pienses más/ Búscate otro más bueno/ Y vuélvete a enamorar».

Joaquín Hurtado, experto musical con una trayectoria de más de treinta años en radio (Dial, Radiolé, Cadena Ser...) y televisión (Qué tiempo tan feliz, Lazos de sangre...), me definía la llegada de la música de Raffaella a España como una auténtica bomba: «Por encima de todo era alegría. Llegó dándole la vuelta a todo con sonidos contundentes y una forma única de defender su repertorio en cada una de sus apariciones. Raffaella lo cuidaba todo al máximo: la producción de sus temas, el vestuario, las coreografías... y especialmente las letras, a priori inocentes, pero cargadas de dobles sentidos. La Carrà se salía del estándar italiano, pero sin olvidar sus raíces; cantaba al amor, pero desde la ironía y a eso que hoy llaman empoderamiento».

«En muchas de esas canciones, como siempre en mi vida, están presentes la ironía y el sentido del humor. Pero nunca entrando en la vulgaridad, porque entonces no me estaría representando

como mujer», comentó la propia Raffaella en relación a las letras de sus temas.

«Hace tiempo que mi cuerpo anda loco, anda suelto, y no lo puedo frenar», cantaba en Caliente caliente, composición lanzada en 1981 en la que ponía de manifiesto el «calor» que le recorría a causa del abandono sexual de su pareja. «¿Será que ya es primavera?», se preguntaba ingenuamente, y ella misma elucubraba: «Será que tienes a otra/ Que tus fuerzas agota/ Y llegas hartos de amar».

En Receta de amor, adaptación de la canción Gnam gnam de 1984, se convirtió en una celestina muy particular que, a base de pócimas mágicas, otorgaba a su cliente unas infalibles «recetas» de amor. «Intenta que se olvide de todo/ Y baja tú la luz poco a poco/ Esparce un buen incienso que ambiente/ Mientras tú sirves un vino excelente», interpretaba una sensualísima Raffaella.

Mucho más popular fue su 53.53.456 que llegó a lo más alto de las listas de ventas, incluso en países como Grecia. La protagonista de la canción es una mujer que no para de marcar ese número de teléfono para tratar de contactar con su amante. Tras intentarlo una y otra vez y al no conseguir que su ansiado caballero responda a la llamada, esta decide amenizar la espera divirtiéndose con un dedo que termina «enrojecido de tanto marcar». Había que ser muy valiente para cantar al onanismo en tiempos todavía excesivamente puritanos. No es necesario decir que la Carrà de valentía andaba más que sobrada.

El que la masturbación femenina fuera el argumento de la pegadiza «canción del teléfono» podría hacernos pensar que la censura fue la culpable de que la composición tuviera que variar su letra, sin embargo en este caso la responsable fue la casualidad.

El «53.53.456», con el que en un primer momento se bautizó la canción, coincidía con el número de un abonado de la línea telefónica que tuvo que soportar durante meses las insistentes llamadas de los curiosos y fans de la artista. Los «afortunados» fueron los miembros de la familia Regini, encabezada por Anna Del Moro, viuda de un comandante de los Carabinieri, a la que no le quedó más remedio que acudir a la justicia para que la canción se retirara del mercado.

«No! Non è la Carrà!», contestaban a las cientos de llamadas que durante meses estuvieron recibiendo día y noche preguntando por la cantante. Hay que decir que Raffaella insistió en varias ocasiones a Boncompagni, compositor del tema, para que antes de publicarlo se cerciorase de que el número no perteneciera a ningún usuario. Pero Gianni pensó que añadir una cifra extra sería suficiente. Evidentemente no lo fue.

La denuncia derivó en una sentencia publicada el 8 de marzo de 1976 que obligaba de forma inmediata a retirar del mercado todos los discos que contenían la canción y a que esta dejara de retransmitirse por radio y televisión. La papeleta quedó solucionada con un día de grabación en el estudio, al transformar el «53» en un «03» que seguía sonando igual de contagioso que en su versión original. Una anécdota que la propia artista recordaría en alguna ocasión con su habitual sentido del humor.

También visitaría el estudio más de una vez para «retocar» buena parte de la adaptación en castellano de su álbum Aplauso de 1979. La dictadura argentina no estaba dispuesta a tolerar

que en la nación sonaran canciones en las que se narraban embarazos de terceras personas (Perdonémonos), encuentros pasionales un tanto subidos de tono (Cara a cara) o quejas expuestas por una señora que veía como su marido había dejado de satisfacerla con las prácticas sexuales a las que en su día se comprometió (Santo, santo).

«Sale muy temprano y cuando es de noche vuelve destruido» era el inicio de Santo, santo, uno de los temas más desconocidos de Carrà, en el que se habla de un marido que «a la hora de amar, se duerme» posiblemente a causa del trabajo y la monotonía, dejando a la italiana con la miel en los labios.

«El santo me engañó/ Dónde está el sadismo, dónde el masoquismo/ Lo que él me prometió», decía su estribillo. La censura cambió «el sadismo» por «el cariño», mientras que «el masoquismo» dio paso a «el amor mismo que tanto me prometió».

El que parece que no era tan santito era Pedro: un chico que se encuentra por casualidad con la incombustible rubia platino por las calles de Argentina, en concreto en la ciudad de Santa Fe, mientras esta «andaba sola por las calles, haciendo fotos a los monumentos». Fue al ver a «la típica extranjera» cuando ese Pedro «con cara de inocente y aire formalito se ofrece como guía para la ciudad».

A partir de entonces, la simpática Carrà y el inocente «Pedro Pedro Pedro Pedro Pe» comienzan una visita guiada que poco tenía que ver con el clásico paseo turístico: «Menudo formalito el muchachito/ Menudas cosas aprendí con él/ Me conozco de memorias las estrellas/ He visto todo menos Santa Fe».

Tampoco podemos obviar Qué dolor, el tema en el que nos relata cómo una supuesta amiga que está algo indispuesta en el trabajo decide regresar a casa antes de lo previsto. Esto tiene como consecuencia que pille in fraganti a su marido con una mujer a la que, para disimular, este decide meter en el armario. Es entonces cuando «El caradura le dice/ Que le deje que explique/ Que sintió mucho frío/ Y que ha llamado al doctor/ Y que después de mirarle/ Le extendió la receta/ Y le dejó la enfermera, que le dé calor».

El plot twist llega cuando la «engañada», en lugar de enfrentarse a la infidelidad desde la tristeza y el dolor, aprovecha la ocasión y «Desde ese día/ A su marido/ Le encarga de la casa/ Lava la ropa/ Se va la compra/ Y a mediodía le encarga la comida/ Después la espera/ Pero mi amiga/ Regresa tarde cuando le viene en gana/ Desde esa tarde que estaba tan mal/ Y su marido le quiso engañar». Ya se sabe: no hay mal que por bien no venga y lo de quedarse en casa llorando no iba con el espíritu carramaniano.

En relación a la prensa especializada, Joaquín Hurtado me apuntaba que «a pesar de ser maltratada por los críticos musicales del momento, que dudaban de la calidad de sus temas, Raffaella siempre escondía en sus discos canciones que nada tenían que ver con su vertiente más frívola y que nos descubrían a una muy buena cantante». Basta con escuchar temas como Vuelve, Nos veremos mañana o No le hagas lo que a mí, que siempre confesó que era una de sus canciones favoritas, para comprobar que Carrà era también una enorme baladista.

«¿Cuál es el secreto para haber calado con tu música en tantas generaciones?», le pregunté personalmente a Raffaella en la entrevista que me concedió en 2008. «¿El secreto? Creo que el cuerpo puede tener más arrugas con el paso de los años. Pero cuando el entusiasmo, cuando la fuerza vital que has heredado de tu propia familia, y cuando te interesa mucho todo lo que te rodea... ¡todo resulta mucho más fácil! Todo eso y unas canciones que no quieren morir de momento es lo que hace que todo siga adelante. El resto no lo sé... ¡Es que soy guapísima a lo mejor!», bromeaba.

Posiblemente la fórmula para que esas canciones continúen a día de hoy levantando pasiones radique en que siguen siendo tan actuales como el primer día. Porque mediante todas ellas, «la estrella del pop que enseñó a Europa el placer del sexo» comenzó a desterrar los mitos que las religiones y los regímenes políticos, por otro lado muy ligados a estas, habían creado en torno al sexo.

Y lo hizo aconsejándonos amar con libertad, y volver a hacerlo si nos abandonaban, contando la historia de Lucas y ese «amigo especial» con el que decidió emprender una nueva vida, o reivindicando el autodesfrute repitiendo una y otra vez un número de teléfono que «dice que tú no estás» y que no tuvo más remedio que modificar por mandato de la justicia. Eso sí, por supuesto, siempre desde la alegría.

11. Sin amantes, esta vida es infernal

Con la llegada de los ochenta, los pantalones de campana fueron sustituidos por las chupas de cuero, las máquinas de escribir comenzaron a convivir con los primitivos ordenadores personales y los juegos de canicas y las batallas con las peonzas se alternarían desde entonces con las primeras videoconsolas. El fin de la década de los setenta acabó con el éxito de la música disco para dar paso al rock, imperante en la época. En España, ídolos infantiles como Los Chiripitifláuticos eran relevados por Espinete y Don Pimpón, o por una jovencísima Alaska que, junto a la Bruja Avería y Los Electroduendes, nos divertía cada sábado por la mañana en La bola de cristal.

Aquel fin y comienzo de década también marcó una nueva etapa en la vida de Raffaella a nivel amoroso. Sus continuas giras internacionales hicieron que la relación sentimental con su primer gran amor, Gianni Boncompagni, llegara a su fin.

A Gianni lo conoció cuando en 1968 este le hizo una entrevista para un programa musical. Unos meses después de ese primer encuentro, empezó un idilio que duró casi doce años. La historia de amor comenzó cuando él tenía 33 años y ella 25, después de que la mujer sueca con la que Gianni convivía, la madre de sus hijas, se marchara para no volver. Gianni y Raffaella vivirían y compartirían los primeros éxitos televisivos y musicales de la artista. «Necesitaba un hombre mayor que me diera seguridad, una figura masculina capaz de reemplazar, en mi imaginación, a la de mi padre, un verdadero playboy», confesó la cantante en una entrevista para el Corriere dell'Umbria.

Boncompagni era una especie de Narciso Ibáñez Serrador a la italiana que hacía prácticamente de todo: era pintor, compositor, ingeniero, publicista... Se entendían tan bien, incluso a nivel artístico, que fue fundamental en casi todos los proyectos de la show-woman. Sin embargo, tras compartir su vida durante más de una década, los continuos compromisos laborales de Raffaella empezaron a afectar a la pareja. La estrella pasaba demasiado tiempo fuera de casa, a lo que se sumaba que Gianni nunca la quiso acompañar en sus tours internacionales. Eso fue gestando en la artista cierta desilusión, que desembocó en un enfriamiento insalvable de la relación. «Cuando regresé a Italia de mi gira en el extranjero, me encontré a un amigo, no a un novio», diría.

Tras la ruptura con Gianni, la diva continuó viajando por todo el mundo, y emprendió la aventura americana que había estado posponiendo durante varios años. Fue entonces cuando, casi sin esperárselo, se topó con el amor. Pero no tuvo que buscarlo demasiado; le bastó con fijarse en uno de los componentes de su cuerpo de baile: Sergio Japino.

Fácilmente reconocible en los ballets de la cantante por su bigote y media melena castaña, Japino sería el sustituto del rubísimo Enzo Paolo Turchi, el que fuera el primer bailarín de Raffaella desde sus inicios en televisión.

Tras el programa Ma che sera, Turchi tuvo que ser operado de una rodilla y no pudo continuar en

el equipo de Carrà durante su gira mundial. Una vez recuperado, se reincorporó al trabajo como coreógrafo del programa Drim que Gianni Boncompagni dirigía en 1980 en la televisión pública italiana, pero ya era tarde para poder sumarse a los proyectos que Raffaella tenía en pie.

Curiosamente, la relación sentimental entre Raffaella y Sergio llegó casi por sorpresa. De hecho, al igual que ocurrió con Boncompagni, no puede decirse que fuera un amor a primera vista. Este nació poco a poco, de forma muy natural, a raíz de su vínculo profesional y después de haber recorrido muchos kilómetros uno al lado del otro. La trepidante gira de Carrà en Argentina lo iría convirtiendo, sin darse cuenta, primero en su escudero, después en su hombre de confianza y al final en su pareja.

Japino contó en su momento que la chispa prendió cuando ambos rodaban una escena de baile especialmente romántica y sus miradas se entrecruzaron. Ahí comprendieron que había nacido algo más entre ellos. «Nos conocemos desde hace mucho tiempo, hemos trabajado juntos muchas veces y ahora nos llevamos muy bien», confesaba Raffaella en una entrevista concedida desde México en 1981 a la revista Lecturas. «Él puede ser menos famoso que yo, pero a nivel artístico está a mi altura», aclaraba. «Le admiro mucho porque es un gran creador, un gran coreógrafo... Una cosa es ser un gran artista y otra ser una estrella de un espectáculo. A Sergio le toca estar en la sombra, pero su papel es importantísimo en mi show».

Con el tiempo, Sergio pasó de ser miembro del cuerpo de baile de Raffaella a coreógrafo. Después daría un giro de 180 grados a su carrera, convirtiéndose en el realizador y director de todos los programas de la presentadora, formando desde ese momento un kit indivisible.

Japino era ese «diablo Sergio» al que la italiana se refería en muchos de sus programas cuando ella o sus invitados eran víctimas de alguna broma. Él fue el inventor de esas «tomaduras de pelo» que dejarían momentos televisivos muy divertidos para los telespectadores españoles.

Al contrario que Boncompagni, Sergio era menor que ella. Doce años de diferencia que nunca supusieron un obstáculo para la pareja. «¿Resulta difícil mezclar amor y profesión con la misma persona?», le preguntaban a Raffaella sobre su relación con Japino en Semana en 1993: «A veces sí resulta algo complicado. Pero Sergio y yo llevamos juntos desde 1981. O sea, que ya nos hemos acoplado perfectamente el uno al otro».

En sus inicios, los medios especulaban constantemente con una posible boda. Y aunque matrimonio no hubo, sí que llegamos a ver a la diva vestida de blanco. La grabación de un especial en 1980 tuvo la culpa. «Raffaella Carrà presentó a Sergio Japino como su marido», señalaba una revista española. Sergio todavía no era un rostro conocido para la prensa del corazón, lo que hizo que se refirieran a él como «un ilustre desconocido». Ese mismo texto apuntaba: «Según unos, se dedica al cine; según otros, a los negocios. También hay quienes afirman que no se dedica a nada. Todo son cábalas en torno al “repentino” marido de Raffaella Carrà, cuya “carrera” sentimental no ha podido ser más desconcertante».

El cantante Enrique del Pozo, amigo de ambos, trabajó en su día con los tres coreógrafos fundamentales en la vida de Raffaella: Gino Landi, Stefano Forti y Sergio Japino: «A Sergio muchas veces se le ha infravalorado, sobre todo en Italia, y creo que es importante recalcar que

él, desde la humildad y aceptando estar en la sombra, no solo fue un coreógrafo excelente, sino que también el tiempo le ha convertido en un gran maestro de la televisión. Fue tan imprescindible para Raffaella, como Raffaella lo fue para él».

En aquel momento, la prensa ya era consciente de lo mucho que la artista valoraba su independencia, lo que provocó que desde el principio hubiera dudas sobre la relación y el supuesto matrimonio: «¿Boda verdadera o truco publicitario?».

«Hombres en su vida hubo muchos, pero ninguno significó nada serio, si exceptuamos al fotógrafo Gianni Boncompagni. En cualquier caso, Raffaella siempre se mostró reacia a casarse y, en ocasiones, no ocultó su “alergia” al matrimonio. En realidad, siempre dedicó más tiempo e interés a su fulgurante carrera que al amor», se decía en uno de los muchos artículos referidos a la enigmática vida sentimental de la italiana.

«Compromisos no/ Libertad para los dos/ Me quieres, yo te quiero», decía el estribillo de una de sus canciones en la que reflejaba a la perfección ese concepto de pareja con el que se sentía tan cómoda, en el que un ritual de esas características no tenía cabida.

En 1984, tras dejar atrás los rumores de boda, la presentadora habló con claridad sobre su unión con Japino en la revista Pronto: «Sergio y yo no necesitamos casarnos. Vivimos a gusto así, cada uno con su libertad, si la desea». «Naturalmente que discutimos, pero a solas, cerrando puertas y ventanas para que no nos oiga nadie», reconocía a principios de los noventa. «Luego, aclarados los conceptos, fumamos la pipa de la paz y nos damos un beso».

A nivel de convivencia, esa relación seguía los mismos patrones que mantuvo con Boncompagni. Estarían juntos, pero cada uno tendría su propia casa, no compartirían techo. Estaban unidos, pero ambos conservaban su espacio.

En la recta final de la década de los noventa, cuando se hizo pública su ruptura, Sergio sería tajante en la revista Sorrisi e Canzoni: «Estamos unidos en el alma. Somos más que hermanos, tenemos la misma sangre, no sé cómo decirlo. Una historia de amor normal es muy pequeña comparada con la que tenemos».

Raffaella siempre contó con cierta gracia, ya finalizada la relación con sus dos grandes amores, que Japino vivía en la casa de al lado. Y que su otro «marido», Boncompagni, residía justo al otro lado. Se puede decir que vivían juntos, pero no revueltos. Era muy normal verlos reír y conversar a los tres en una de las cafeterías a las que solían acudir en el Argentario, su paraíso italiano particular, mientras Raffaella fumaba su inseparable cigarrillo. En varias ocasiones, los paparazzi captaron esa cotidianidad en las revistas del corazón. Durante los últimos años, también era muy usual que en esas fotografías se colara el siempre discreto Gianluca Bulzoni.

Gianluca fue la última pareja de Raffaella. Aunque su relación sentimental nunca se hizo pública hasta después del fallecimiento de la artista, Bulzoni estaría muchos años a su lado ejerciendo de secretario personal y protector. Su silencio y discreción son su bandera, siendo a día de hoy, sin duda alguna, su mayor demostración de amor y respeto.

Boncompagni nos dejó a los 80 años en 2017. «Pudimos reírnos y bromear. Y he tenido la oportunidad de abrazarle y besarle hasta el último momento. Gianni se ha ido despacio y con valentía», relató la intérprete visiblemente afectada ante las decenas de periodistas que se agolpaban a las puertas de la capilla ardiente.

Sergio, por su parte, fue el encargado de anunciar en julio de 2021, mediante un comunicado, la muerte de Raffaella a la prensa internacional. Tanto Sergio como Gianluca estuvieron a su lado durante sus últimos meses de vida y fueron quienes compartieron, a pie de cama, la lucha contra la enfermedad que nos la arrebató en menos de un año.

Cuando le preguntaban por «el amor eterno», Raffaella respondía que «el amor es algo muy difícil de explicar. Dura lo que tiene que durar. Y entonces una pone toda su buena voluntad y confía en Dios». Según contó la propia Raffaella, también existió un amor de juventud cuando ella tenía 24 años, un chico que le llegaría a pedir matrimonio. Fue una historia muy romántica y muy bonita, pero lo de casarse eran palabras mayores.

«¿La promesa de decir “sí” para toda la vida? Hay parejas que tienen esa suerte maravillosa de encontrarse y crecer juntos. Pero ¿y si yo fallo?», reflexionaba en el programa Raffaella Carrà Hoy emitido en 2006 en el Canal 13 argentino. «Por eso siempre he preferido vivir con mi pareja como si fuera mi marido».

En su momento, la prensa española también se hizo eco de un noviazgo que Carrà mantuvo con el cantante Little Tony, de quien se enamoró tras trabajar con él, aunque la relación no cuajó.

Lo mismo ocurrió con el futbolista Gino Stacchini, a quien conoció en Belaria cuando ella tenía 16 años y él, 20. La relación estaba abocada al fracaso desde el momento en el que el deportista habló sobre el papel que la mujer debía desempeñar en la familia, algo que no encajaba con la forma de pensar de la cantante. «Ella era muy dulce, a la vez que una mujer muy preparada y con determinación. Los niños la adoraban», declaró el exjugador de la Juventus.

«¿Has “explorado” muchos corazones a lo largo de tu vida?», le pregunté a Raffaella jugando con el estribillo de uno de sus temas más recordados. «Normale!», me contestó evitando en todo momento hacer referencia a sus asuntos personales, «supongo que como cualquier otra mujer».

Nunca sabremos el nombre de los caballeros que, de forma literal o figurada, se enamoraron de ella porque jamás habló más de la cuenta de su vida privada, solo de lo fundamental. Por eso tan solo pudimos saber el nombre de sus grandes amores.

Los conocidos son «los oficiales», aunque por supuesto que hubo más. «Claro que hay otros, pero esos nunca los revelaré», declaró al periodista italiano Massimo Gramellini. Nombres que formaron parte de su más estricta intimidad, a los que se sumaron muchos otros surgidos de la rumorología, esa que nace del misterio que siempre rodea a las grandes leyendas.

12. Mamá, dame cien pesetas porque a América me voy

«Un espectáculo nunca visto», podía leerse en un titular de El Diario de Hoy de El Salvador el 14 de mayo de 1983. «La celebrada vedette internacional Raffaella Carrà presentó un show de tal magnitud, como solo puede admirarse en escenarios internacionales como Las Vegas, Montecarlo, París, etc...». Sus presentaciones en vivo, que el artículo definía como «dos ininterrumpidas horas de alegría, música y color», eran una bomba de dinamismo en las que no paraba quieta ni un segundo. Cuando terminaba el directo, parecía que había corrido una maratón. Hasta su icónico pelo liso con el que salía al comienzo del show terminaba desapareciendo por culpa del sudor, provocando que su rizo natural siempre hiciera acto de presencia en la recta final del espectáculo.

Si en 1492 Cristóbal Colón necesitó de la Pinta, la Niña y la Santa María para conquistar América y así encontrar una nueva ruta comercial que cruzara el Atlántico, casi cinco siglos después ese dominio americano fue el reto que se planteó la inimitable rubia platino.

La diferencia está en que, mientras que para el almirante genovés y sus marineros ese territorio era inexplorado, en el caso de Raffaella, cuando por fin decidió visitar América a finales de los setenta, llegó con la alfombra roja a sus pies. Ese continente situado a casi 10 000 kilómetros de su Italia natal llevaba muchos años esperándola.

Para esa conquista fue fundamental la publicación de los tres álbumes que grabó para Hispavox, la discográfica dirigida por su gran amigo y compañero José Luis Gil: «Raffaella ya había explotado en Argentina; sin embargo, su nombre aún no había trascendido a otros países como México, Colombia, Perú o Chile. Esos discos fueron imprescindibles para conseguirlo».

Efectivamente, Argentina fue el primer país latinoamericano que cayó rendido al talento de la italiana. La culpa la tuvieron los especiales de La hora de Raffaella Carrà grabados para TVE en 1976. En aquel momento, en Argentina era muy habitual comprar «tiempo» televisivo, y es ahí cuando un sponsor de coches decidió hacerse con las cuatro horas grabadas en España para emitirlas a su conveniencia, insertando entre medias la publicidad de la marca. La sorpresa llegó cuando la retransmisión cosechó un tremendo éxito, lo que permitió a Raffaella comenzar a desarrollar su carrera en aquel país.

En ese triunfo tuvieron también mucho que ver Ovidio, Marrone y Gallego, tres mánager que contactaron con Tony Ruggiero para cerrar esa primera visita de la diva a Argentina. Raffaella fue recibida en olor de multitudes, y alcanzó una popularidad de niveles estratosféricos.

Pero ¿por qué meditó tanto hacer una gira en esa parte del mundo en la que tanto deseaban disfrutar de sus shows? «Me lo pensé cuatro años. Pero es que no quería traer un espectáculo menor al que estaba ofreciendo por entonces en Europa, quería que el montaje y la puesta en escena fueran exactamente iguales».

No era una mujer fácil de convencer y tampoco fue sencillo persuadirla para que se animara a cruzar el océano. Pero cuando por fin tomó la decisión, lo hizo con todas las de la ley: se llevó a su equipo al completo y se centró en un repertorio hecho a la medida del público hispano.

Su llegada al país de Nacha Guevara tuvo lugar en plena dictadura de Videla, uno de los periodos más oscuros de la historia del Cono Sur. Tras derrocar mediante un golpe de estado al gobierno de Isabelita Perón, durante ocho años el terror se apoderó de un país que tuvo que vivir la desaparición de 30 000 personas durante su mandato, según las organizaciones humanitarias. Fue también el momento de la denominada «solución final», etapa en la que, además de los asesinatos de los desaparecidos, se dio el tráfico de bebés robados a los detenidos por parte de los militares.

La dictadura de «la pantera Rosa», como algunos apodaron a Videla por su parecido físico con el personaje animado, llegó a su fin en 1981, dejando un país lleno de heridas que tan solo comenzaron a sanar cuando en 2010, ya con 85 años, la justicia consiguió que Videla fuera el primer gobernante de la dictadura argentina en ser condenado a cadena perpetua.

La oscuridad de este periodo dramático para la historia de la humanidad dejó secuelas en todos los sectores, también en el mundo del arte. Muchas fueron las obras censuradas y sacadas de la circulación, entre ellas libros como *Ganarse la muerte* de Griselda Gambaro o *Alguien que anda por ahí* de Julio Cortázar.

La persecución de todo aquello que fuera en contra de los valores promulgados por el golpe cívico-militar también afectó a la música. La dictadura hizo un listado con las canciones que estimó, por diferentes motivos, que no debían llegar a oídos de la gente, y que fueron vetadas en las cadenas musicales. Así nacieron las listas de «Cantables cuyas letras se consideran no aptas para ser difundidas por los servicios de radiodifusión».

En esos listados, escritos a máquina, de composiciones «amorales» —pueden verse fácilmente muchos ejemplos de ellos buceando por Internet— figuraban desde *Solo pienso en ti* de Víctor Manuel hasta *Another Brick in the Wall* de Pink Floyd, pasando por *Amor libre* de Camilo Sesto, *Prelude to Love* de Donna Summer o temas de Carrà, que como era previsible se topó de bruces con las dichas listas, determinando «cantables no aptas» composiciones como *Luca* (Lucas) o *Tanti Auguri* (*Hay que venir al sur*).

¿Cuál fue la solución para que esta última, que ya era un hit en países como Italia y España, también sonara en Argentina? Adaptar la letra y descafeinarla. «Para hacer bien el amor hay que venir al sur» pasó a decir «Para enamorarse bien hay que venir al sur». Esta y otras variaciones en el tema rebajaron la temperatura de la canción e hicieron posible que la versión recatada también triunfara en aquel país.

«¡Vas a actuar en el Luna Park, Raffaella!», le contaba con una ilusión desbordante su agente argentino. «¿En el Luna Park? ¿Cómo voy yo a actuar siendo una estrella internacional en un parque de diversiones?», le contestó ella, mitad indignada, mitad sorprendida.

A la italiana no le faltaba razón para, de primeras, tener esa reacción. Luna Park es como se

denominan en Italia a los parques de atracciones para niños. Lo que no sabía la artista, aún poco conocedora del territorio que con tantas ganas la esperaba, es que el aforo del lugar en el que se iba a presentar por primera vez en Argentina superaba los 15 000 espectadores.

«Al llegar al recinto me di cuenta de que era similar al Madison Square Garden. Había tantísima gente que pensé que se estaba jugando un partido de fútbol. Mi sorpresa llegó cuando me di cuenta de que las miles de personas que estaban allí era para ver mi espectáculo». El país había caído rendido a sus pies.

En una de esas citas con el público argentino, al terminar el show, un caballero un tanto extraño se acercó a saludarla al camerino. A Raffaella, sin saber muy bien por qué, ese hombre que quería fotografiarse con ella no le gustó en absoluto. No tardó demasiado en descubrir que era el propio Videla.

«De un año a esta parte, Raffaella Carrà ha sido considerada, y lo es, una estrella internacional. Basta con solo leer cualquier revista especializada en música registrada para ver su nombre presente en el Hit Parade de muchas naciones europeas, como por ejemplo Alemania, Francia, España, Holanda, Bélgica y Grecia, el lejano Canadá y toda América Latina», rezaba el programa de mano del Luna Park la segunda semana de octubre de 1979.

La popularidad de Raffaella en Argentina no tocaba techo y eso la llevó a reencontrarse con un viejo amor: el séptimo arte. La faceta como actriz, que abandonó voluntariamente a finales de los sesenta tras su paso por Hollywood, se cruzó de nuevo en su camino, esta vez como consecuencia de su brutal éxito como cantante.

Bárbara, dirigida por su fiel Gino Landi, se estrenó el 12 de junio de 1980. Según se pudo leer en el diario argentino La Nación, la cinta era «una peculiar mezcla de extrañas escenas que combinaban musicales, una pelea a puro karate y una historia de amor».

Un musical basado en un romance entre el galán de turno y la cantante protagonista, que no dejaba de ser un alter ego de la Carrà, y que reunía todos los ingredientes para que nadie quisiera perderse en la gran pantalla a la diva del momento.

El film, para el que se quiso contar con técnicos italianos que ya habían trabajado con cineastas célebres como Federico Fellini o Luchino Visconti, fue ideado para proyectarse exclusivamente en el mercado hispano; como curiosidad, nunca llegó a distribuirse en Italia.

El periodista argentino Santiago García publicaba en 2021 una crítica de la peli poniéndola en perspectiva con la mirada actual, y la calificaba como «un largometraje insólito, tan absurdo como querible», lo que la convierte en «una rareza entre rarezas».

«Alguien podrá decir que es una película kitsch, alguien podrá decir que es una película bizarra, alguien podrá decir que es directamente un bodrio. Todos tienen razón en parte, pero la verdad es que es una película adictiva. Los números musicales funcionan tan bien como las canciones y

Bárbara es una verdadera rareza dentro de la historia del cine argentino», remarcaba el crítico.

Las crónicas de la época describían que era tal el fanatismo que existía por la Carrà en aquel país, que cientos de personas acampaban en los alrededores del hotel en el que solía hospedarse para verla y pedirle un autógrafo o hacerse una foto a su lado. Le resultaba imposible salir a pasear ante el acoso de la gente y de los medios. «Por eso nunca pude tener un novio argentino», bromeó años después.

De ese furor desatado dan fe las imágenes que acompañaron al número musical de Buen amor en el programa Millemilioni, en el que la estrella, vestida de blanco y sin perder ni un segundo su sonrisa, trataba de hacerse hueco para caminar entre la multitud que la esperaba en la calle Lavalle, una vía por entonces repleta de cines. Entre esas miles de personas que «mataban» por acercarse a ella, una alzaría su mano para robar un cabello de su idolatrada melena. Y sí, ¡consiguió hacerse con él! Aquella noche, ante tal avalancha, Raffaella llegó a sentir auténtico miedo.

De episodios como este nació en ella cierto rechazo a las multitudes y las aglomeraciones. Le daban pánico. Aunque hasta entonces había prescindido de seguridad en Italia, desde ese momento siempre iría acompañada por algún guardaespaldas o persona de confianza. En una ocasión soñó que desde el público le tiraban una botella de Coca-Cola a la cabeza mientras actuaba en un gran estadio.

Su última visita a Argentina fue en octubre de 2005, invitada por Diego Armando Maradona, el astro del fútbol mundial, para que acudiera al programa que este presentaba en el Canal 13: La Noche del 10. La visita fue anunciada a bombo y platillo en carteles y marquesinas por la conocida avenida 9 de Julio de Buenos Aires. «¿Todo este dinero se han gastado para una noche?», comentaba a sus íntimos mientras contemplaba de camino al plató que su cara empapelaba las principales calles de la ciudad.

Otro de los países de Latinoamérica en el que la diva causó furor fue Chile, gracias, en cierto modo, al mítico Festival Viña del Mar, que contó con la estrella italiana para que esta fuera juzgada por «el monstruo»: así es como llaman al público de este certamen celebrado desde hace décadas y que, como es tradición, eleva al artista a lo más alto o lo termina abucheando.

La energía, el repertorio y la profesionalidad de Carrà dieron como resultado una ovación unánime de las miles de personas asistentes que, en aquella velada, también disfrutaron del directo de The Police.

«Cuarenta y cinco minutos de música, movimiento, color, luz y alegría brindó Raffaella Carrà, en un espectáculo musical-dancístico como no se había apreciado antes en la Quinta Vergara», narraba la crónica aparecida en la revista Viña '82. «Fueron tres cuartos de hora de permanente acción en el escenario, una continuidad admirable y un nivel de calidad que pudo acercarse a la perfección de no haber habido deficiencias técnicas ajenas al grupo de la Carrà. Así, el escenario, pese a su ampliación, resultó estrecho para los rápidos y a veces lentos desplazamientos del

cuerpo de baile. El piso estaba resbaladizo y ya, a los veinte minutos de espectáculo, dos bailarines habían sufrido caída. Además, Raffaella Carrà por razones técnicas no pudo emplear un micrófono inalámbrico, por lo cual debió superar las constantes molestias del cordón de un micrófono convencional».

«A pesar de las adversidades, “el monstruo” me abrazó muy fuerte», declaró a los periodistas que la esperaban tras la actuación mientras, rodeada de policías, salvaba como podía los empujones de la multitud que trataba de alcanzarla. Ese 22 de febrero de 1982, Carrà fue coronada Reina del Festival de Viña; se convirtió así en la primera mujer en conseguirlo, marcó un nuevo hito en su carrera e hizo historia en el certamen.

Latinoamérica también estuvo muy presente en uno de los espacios televisivos más ambiciosos de su trayectoria: Millemilioni, un programa musical que contó con un elevadísimo coste de producción y que se emitió entre marzo y abril de 1981.

La cantante, que en ese punto de su vida era ya una auténtica celebridad en buena parte del planeta, no dejaba de recibir ofertas de varios países. Eso hizo que se pusiera manos a la obra para crear con su equipo un formato que pudiera exportar al extranjero.

De nuevo Gino Landi fue el encargado de dirigir unos monográficos para los que se dispuso de una cantidad de medios insólitos hasta el momento en televisión, lo que le permitió rodar unos números musicales en exteriores espectaculares para la época.

El título elegido para este proyecto, Millemilioni, hacía referencia a los millones de personas que cada semana disfrutarían de la retransmisión, siendo uno de los primeros experimentos de coproducción televisiva internacional.

Fue así como durante cinco sábados consecutivos, bajo la batuta de Carrà y de la mano de sus grandes éxitos, pondríamos los pies en Buenos Aires, Roma, Ciudad de México, Londres e incluso Moscú. ¡Hasta Rusia estuvo interesada en aquellos especiales!

La decisión de conquistar las Américas dio el fruto esperado. México, Venezuela, Perú, Uruguay, Colombia, Chile y Argentina nunca olvidarían desde ese momento a Raffaella. «Estos años he estado dedicándome a cultivar el mercado latinoamericano, que me interesa mucho, ese es el motivo por el que he estado poco por Italia y España. Ahora que ya lo he conquistado, vuelvo a mis patrias», relataba en 1982 a la revista Pronto.

Era el momento de regresar a Europa. Aquel 1982 se lo pedía a gritos, no solo porque España reclamaba su presencia en programas que querían contar con ella para que interpretara sus nuevos hits, sino también porque en su país ya empezaban a echarla mucho de menos. Tanto es así que desde ese preciso instante no soltaría su mano hasta pasada exactamente una década.

13. La estética de una diva

«Per sembrare elegante e alla moda perche/ Io mi vesto per te [Para parecer elegante y a la moda porque/ Yo me visto para ti]», entonaba la jovial Raffa en uno de los primeros números musicales que interpretó en Canzonissima. En esta actuación, la bailarina alternaba diferentes looks con los que daba sentido a una letra en la que se ponía de relieve la coquetería de la veinteañera.

Esta fijación por el vestuario la tendría durante toda su trayectoria. Siempre fue consciente de la trascendencia de la imagen para una artista, lo que provocó que constantemente cuidara la suya al milímetro. Un rasgo que la llevó a ser considerada una de las mujeres con más estilo del mundo del espectáculo, a la vez que consiguió, a través de un arcoíris de tendencias, transformarse en un símbolo de modernidad, vanguardia y libertad.

«Cuando la Carrà aterrizó en Benidorm con doscientos vestidos», era el titular con el que Carmen Tomás encabezaba la publicación que, basada en la crónica escrita por el periodista Juan Portoles el 14 de julio de 1976, nos sumergía en el Festival de la Canción de Benidorm de ese año.

En ese momento su equipo estaba formado por veinticinco personas. De ellas, una decena conformaban el cuerpo de baile. Los diez bailarines procedían de diferentes países, los había europeos, americanos y asiáticos. Y el vestuario que utilizaban era tan importante en el show como el de la propia Raffaella.

No sabemos a ciencia cierta si fueron cientos los atuendos que la italiana llevó para cada actuación, pero es innegable que esos espectaculares ropajes eran uno de los platos fuertes de sus directos. La indumentaria también cobraba un grandísimo protagonismo en las portadas de sus álbumes, en los reportajes fotográficos y, por supuesto, en sus intervenciones televisivas.

«Llevaba trajes impensables, con sentido del humor, diría yo. Y además cómodos, para poder bailar», señaló Carrà en el medio latinoamericano El Popular. No exageran muchos expertos en moda y en cultura pop cuando, al hablar de Raffaella, se refieren a ella como la madre de las grandes divas del pop actual, a la que en más de una ocasión sus sucesoras no han dudado en emular. «Veo a Madonna o a Lady Gaga y muchas veces me reconozco en ellas. La que me gusta mucho es Shakira. Me vuelve loca», apuntó al respecto en varias entrevistas.

Hasta los subtítulos del programa Cachitos de TVE aludieron en uno de sus episodios al vestuario de la italiana: «Los trajes que se pone la Pedroche en Nochevieja ya se los ponía la Carrà para ir a comprar el pan».

La propia Raffaella siempre tuvo mucho que ver en esos diseños con los que sorprendía a sus fans y a los espectadores. Eso sí, se dejaba aconsejar por sus tres modistos de cabecera: Colabucci, Sabatelli y Mayer, con los que trabajó de forma combinada.

Corrado Colabucci fue el primero en aterrizar en su vida. Fue el responsable de dar el pistoletazo de salida a ese estilo Carrà que, con su talla 36, enloqueció al público en los tiempos de Canzonissima. También se encargó de vestir tanto a ella como a Mina durante la etapa de Milleluci. Después llegó Luca Sabatelli, artífice de algunos de los trajes más recordados de la cantante. El tercero fue el sastre Gabriele Mayer, diseñador de la gran mayoría de los ajustadísimos monos de lentejuelas que arrojaban a la diva en sus antológicas actuaciones.

Con Sabatelli comenzó a trabajar en 1978, durante aquel *Ma che sera* que tantos dolores de cabeza le dio con el secuestro y posterior asesinato de Aldo Moro. Con él se entendió desde el primer momento y le tuvo muy presente en sus diseños. «¿Qué te parece si a este mono le alargamos la espalda descubierta hasta que se me vea el principio del culito?». A lo que Luca contestaba: «¡Es demasiado, Raffaella!», recordaba en la revista *S Moda*.

Para ella, la creación de su vestuario era una especie de juego, además de una pasión. Era consciente de que los trajes eran fundamentales para sus coreografías y del impacto que provocaban en el público.

María Luisa Frisa, autora de *Las formas de la moda*. Cultura, industria, mercado, se refiere a Luca Sabatelli como «el creador de la silueta de Raffaella, con la cintura estrecha, los hombros anchos y una falda ligera. Siempre dispuesta a bailar».

La cintura y silueta inconfundibles de la italiana se hacen más que evidentes en el que es uno de sus trajes más emblemáticos: un vestido de flamenca ajustado al milímetro que venía a ser una especie de bata de cola de color rojo pasión, en el que destacaban los volantes, las hombreras y una flor colocada en la parte central del escote.

Sabatelli lo creó en 1988 en la época del Raffaella Carrà Show con la mirada puesta en España. Lola Flores iba a acudir como invitada y la italiana tenía previsto cantar una rumba con la Faraona. Eso sirvió de inspiración al diseñador para inventarse un atuendo que se convirtió en icónico cuando en 1999 salió al mercado la «Barbie Raffaella», la muñeca oficial de la Carrà, que vestía con ese traje de tanta influencia española.

Artífice de algunos de los atuendos más espectaculares de la diva, Sabatelli también fue su estilista de cabecera en proyectos en los que quiso dejar de lado los trajes más llamativos para dar paso a un estilo algo más casual, como en la época de *The Voice of Italy*, temporada en la que decidió apostar por un vestuario más sencillo y desenfadado, acorde con el carácter juvenil de ese talent show.

Por el contrario, los impresionantes números musicales rodados para el internacional *Millemilioni* les brindó la oportunidad de jugar con su indumentaria, regalando al espectador todo tipo de looks durante los cinco especiales.

La cabecera del show televisivo presentaba a una Raffaella radiante mientras cantaba *Mi spendo tutto*. Lo hacía vestida con una chaqueta ancha y unos pantalones ajustados con sus inconfundibles lentejuelas. Un traje que lució en diferentes colores —blanco, azul, rosa fucsia y negro— y que desde entonces quedó en el recuerdo de sus fans.

Para cerrar cada uno de los episodios, deslumbraba con un vestido de noche largo y de brillantes, al más puro estilo Marilyn Monroe o Marisa Paredes en Tacones lejanos, con el que la cantante interpretaba una de las baladas más bellas de todo su repertorio, Io non vivo senza te.

Tampoco faltaron atuendos de lo más sensuales, como el que vistió en una discoteca en Londres para interpretar Rumore: un traje de estética leather en el que el cuero se combinaba con una especie de picardías que hacía inevitable no prestar atención a sus piernas.

María Luisa Frisa, como especialista en moda, recalca que Carrà «supo interpretar su tiempo y dio forma y estilo al deseo de libertad, era sexy, pero al mismo tiempo familiar y divertido». Ese estilo lo consiguió con prendas como los monos y los maillots, con la primacía del rojo, el dorado y el blanco, con la licra, las lentejuelas y los escotes pronunciados al frente y sobre todo en la espalda. Looks opuestos unos de otros que nos ofrecían diferentes versiones de la diva y con los que siempre causaba sensación.

«Recuerdo que en un programa tenía un diseñador de vestuario que no me gustaba nada. Un día me trajo un vestido de Yves Saint Laurent negro con rosas azules. No quise ponérmelo y él me dijo: “¿Pero tú no entiendes que esta seda cuesta una fortuna?”. Miré a la directora y volví a negarme: “¡Tengo 26 años, quiero ponerme una minifalda! ¡Este señor no va conmigo, quiere vestirme de señora mayor!”. Y me dio la razón».

Era consciente de que la clase y la personalidad dependían de una misma y no de una marca determinada, por eso siempre quiso rodearse de diseñadores que entendían la vida, la moda y el espectáculo de su misma forma. Tenía muy claro cómo quería vestir y quién quería que la vistiera porque mediante su indumentaria proyectaría la imagen que quería dar como artista, transmitiendo los valores y mensajes que la hacían ser ella misma.

Raffaella guardaba parte de su vestuario escénico, el más representativo de su carrera, en un apartamento destinado a que se conservase en buenas condiciones. Otra parte se quedó en las instalaciones de la RAI, donde hoy en día pueden verse expuestos algunos de esos trajes. Otros muchos los conservan una pareja de chicos naturales de Salerno, el emprendedor Giovanni Gioia y un funcionario de la administración pública llamado Vincenzo Mola. Ambos han conseguido hacerse a lo largo de los años con más de 350 vestidos y, además de mostrarlos en sus redes sociales, tratan cada cierto tiempo de acercarlos al gran público mediante diferentes exposiciones.

Junto al blanco y el negro, el rojo era su color favorito a la hora de vestir para sus shows. También tenía predilección por los cristales y las piedras de Swarovski. Eso sí, ya fuera por el brillo, por el color, por la elegancia o por esa sensualidad que siempre la acompañó, ninguno de sus vestidos pasaron inadvertidos, trajes que además acentuaban su belleza y su buena forma física.

«No solo era mostrar mi cuerpo, era hacer entender que el cuerpo de una mujer siempre está unido a su cabeza. La sensualidad no está reñida con la inteligencia, la simpatía, la ironía...». Una idea que siempre reforzaba con valentía y un talento intachable a la hora de conducir sus directos.

Esta forma de entender el espectáculo, unida a la moda y la presencia estética, quedó clara cuando aterrizó por primera vez en España a ritmo de Rumore. En 2021, Alex Jover describía en La Vanguardia esa primera presentación de la bailarina en nuestros televisores: «Son muchas las prendas de la célebre italiana que han pasado a la historia junto con sus actuaciones y sus pegadizos temas pop. El mono entero brillante que lució en su primera actuación en TVE, en 1975, auguraba la que sería la nueva estética que triunfaría sobre los escenarios».

Lo meticulosa que era para la indumentaria de sus espectáculos contrastaba con lo poco que le preocupaba en su vida diaria. «Yo me voy a Zara, me compro unos pantalones elásticos, una camiseta y unas zapatillas y tan feliz. Aunque parezca increíble, odio ir de compras. Quitarse el pantalón, ponérselo... ¡Buf! Eso sí, cuando me siento apagada voy a Versace. ¡Es una fiesta!», señaló a S Moda en 2017.

No era nada raro verla con el pelo recogido o una gorra durante los ensayos de sus programas o mientras paseaba por las calles durante los meses de desconexión en los que se alejaba de los focos. Era una forma de que la Pelloni descansara de la Carrà. Un personaje que supo apoderarse de un modelo estético que iba más allá del estilo propio de una artista, al presentar a través de su físico y su forma de vestir un nuevo tipo de mujer que se hizo imprescindible en los escenarios de todo el mundo.

Algunos de sus trajes más legendarios se han replicado para diferentes espacios televisivos e incluso en películas como L'immensità, de Emanuele Crialese. En 2021, el año de su muerte, el programa Drag Race, tanto en su formato español como italiano, decidió homenajear a la diva pidiendo a las concursantes que reinventaran algunos de los atuendos más icónicos. Supremme de Luxe, presentadora de la edición patria de Drag Race, me recalca la influencia de la artista en el universo drag: «Raffaella era una mujer que iba con un “aquí estoy yo” por bandera. Supo construir una imagen muy potente con la que presentarse ante el mundo, siempre muy cuidada, provocativa, con muchísimos brillos y un pelo icónico. Ese es también el punto de partida de una drag».

Un carácter y una forma de ser plasmados en un vestuario que Supremme define como «muy innovador para la época, incluso transgresor. Fue una de las primeras artistas en enseñar el ombligo en un tiempo en el que eso no estaba bien visto. También incorporó antes que nadie la licra, mezclándola con pedrería y lentejuelas. Se adelantó a las hombreras imposibles, usaba muchísimo el pantalón. Creo que su mayor acierto fue crear un estilo propio que no se puede identificar con nadie más, de hecho si yo te hablo de “un pelo Raffaella” o “un vestido Raffaella” tú reconoces perfectamente de qué te estoy hablando. Consiguió ser única, y eso es mucho».

Su manera de vestir fue evolucionando con el paso de los años y siempre logró ir un paso por delante, representando en todo momento una segunda piel con la que completar su discurso como artista y convirtiéndose en un megáfono para amplificar la narrativa de sí misma, de sus canciones, de su forma de comunicarse y de su manera de sentir.

14. La maternidad

El 9 de junio de 1982, Gabriel García Márquez abrió su columna en El País con las siguientes palabras: «He vuelto a Roma, al cabo de una muy larga ausencia, y la he vuelto a encontrar como siempre: más bella, y más sucia, y más loca que la vez anterior. El verano estalló de pronto la semana pasada, con ese calor que parece de vidrio líquido, y la moda femenina, que este año dejó las puertas abiertas a toda clase de desafueros de formas y colores, convirtió a la Ciudad Eterna en la más moderna y juvenil del mundo».

Por las calles de aquella tórrida città y en todos los diarios deportivos de la época ya se hablaba del Mundial de Fútbol que tan solo cuatro días después daría inicio en nuestro país. Un verano de 1982 que tanto en España como en Italia sonaba a goles y que sería recordado por aquella mascota esférico-cítrica llamada Naranjito. Italia se haría con la victoria gracias a grandes figuras como Rossi o Altobelli, que dieron el triunfo a la Azzurra tras cuarenta años sin conseguirlo. Mientras tanto, el mal papel de España, a pesar de ejercer como anfitrión del evento deportivo, acabaría con el puesto de José Emilio Santamaría como seleccionador.

En aquel entonces, mientras en el Bernabéu se jugaban los partidos del Mundial, en el estadio del Atlético de Madrid se preparaban para disfrutar del primer concierto en España de la que ya era una de las bandas de rock más importantes del planeta: los Rolling Stones. El show dio inicio a las 21:03 de ese 7 de julio en mitad de una feroz tormenta que sirvió de atrezzo para un concierto memorable que llegó a la capital en un momento clave para nuestro país, más de un año después del intento de golpe de Estado del 23F perpetrado por Tejero y a tan solo unos meses de la primera victoria del PSOE con la que se culminaría el proceso de transición a la democracia.

1982 sonaba a los Rolling, pero también a muchos de esos grupos nacionales que conformaron la banda sonora de la denominada «movida». Bailando de Alaska y Los Pegamoides, Me colé en una fiesta de Mecano o Bienvenidos de Miguel Ríos se asomaban a las listas de éxitos de un año en el que también se estrenaron composiciones de grupos como Radio Futura, Nacha Pop o Los Secretos. Esa España que sonaba a pop-rock tampoco pudo resistirse a hits internacionales como More Than This de Roxy Music, Eye in the Sky de Alan Parsons o Thriller de Michael Jackson, tema incluido en el que sería durante décadas el disco más vendido de la historia.

El 82 fue un año dorado musicalmente hablando para nuestro país, pero también para la estrella italiana, que no dejó de estar presente en las radio fórmulas y listas de ventas con su nueva producción discográfica. El éxito de su álbum Raffaella Carrà '82 fue tal, que la semana del 26 de junio, en plena celebración del Mundial, el sencillo Qué dolor se colocó en el número uno de Los 40 Principales.

Tras cuatro años de giras internacionales y continuas visitas a su Italia natal, 1982 significó también su vuelta a la televisión. Lo haría en su adorada RAI de la mano de Fantastico 3, un

espacio que cada semana era seguido por 25 millones de espectadores y en el que sus números musicales eran uno de los momentos más esperados de la noche.

De nuevo el éxito y la buena suerte acompañaban a la diva tanto en lo musical como en lo televisivo. También en el ámbito personal, gracias a la etapa especialmente dulce que se encontraba viviendo con Sergio Japino. Estaban tan felices el uno con el otro que, a pesar de hallarse inmersos en un ritmo frenético de trabajo, pensaron que quizá era el momento de centrarse en su proyecto personal y tratar de ser padres.

Hay que tener en cuenta que desde que en 1970 Raffaella debutara oficialmente en la televisión con Canzonissima no tuvo ningún periodo de descanso. Un programa se encadenaba con otro, lo mismo ocurría con la grabación de sus discos, que la obligaban a estar continuamente metida en el estudio. Los viajes tampoco cesaron debido a las giras, ni los saltos de un país a otro motivados por las constantes presentaciones internacionales de cada uno de sus álbumes.

Por entonces ya se acercaba a la cuarentena, tenía una relación muy estable con Sergio y su carrera estaba más que consolidada. Era el momento de arriesgarse a hacer un parón profesional y cumplir una meta personal que siempre tuvo en mente. Tenía la edad perfecta para ello, y en caso de quedarse embarazada podría permitirse abandonar los focos durante un tiempo para dedicarse de lleno a la maternidad, un sueño al que nunca quiso renunciar.

«Queremos tener un hijo, lo hemos pensado. Pero el problema es el embarazo, ya que me impediría trabajar y por ahora no estamos decididos a eso. [...] Si me retiro ahora van a pensar que me retiro del todo y, por lo tanto, mi regreso a los escenarios sería casi como empezar de cero», comentaba a Lecturas en 1981 durante la promoción de su sencillo Caliente caliente.

A ello también se referiría en el programa Noche de gigantes, retransmisión que a través de diferentes canales llegaba a 43 países: «Mi trabajo me ha dado muchas emociones humanas, pero supongo que al lado de la llegada de un hijo, no hay nada equiparable. Creo que dar la vida a un niño es lo máximo a lo que una mujer puede aspirar para realizarse como persona, tiene que ser algo incomparable a cualquier otra cosa».

Lo que siempre tuvo muy claro es que, si al final conseguía su objetivo, renunciaría el tiempo que fuera necesario a los focos y las cámaras de televisión para poder cuidar a su bebé: «No quería tener niños y verme obligada a llevarlos en una canasta por todo el mundo como hacen muchas personas que se dedican al mundo del espectáculo. Así que cuando cumplí los cuarenta años lo planifiqué con mi compañero», declaró.

«Pasaban los meses y el bebé no llegaba. Fui al ginecólogo para un chequeo y allí hice el amargo descubrimiento de que ya era demasiado tarde. El médico me dijo: “Raffaella, tienes que resignarte, tu cuerpo ya no te permite afrontar un embarazo”», llegó a sincerarse en su momento. «Lo intentamos y lo intentamos tras años posponiéndolo, y cuando por fin nos animamos a ello la naturaleza dijo no. Fue como golpearme la cara contra la pared. Como si la vida de repente me obligara a darme un baño de realidad. La vida me enseñó que cosas así no se programan».

Su deseo de ser madre era de tal magnitud, que se planteó adoptar, pero durante esos años en

Italia, intentar tramitar una adopción sin haber contraído matrimonio era casi una misión imposible. La maternidad sería siempre una espina clavada en su currículum personal.

La vida no le permitió ser madre, sin embargo la compensaría con el amor de miles de niños que gracias a sus canciones y programas de televisión sentirían adoración por esa rubia pizpireta que cada cierto tiempo aparecía en la pequeña pantalla rodeada de bailarines y trajes luminosos cantando, bailando y contagiando alegría con sus estribillos facilones.

«Es curioso porque, aunque sí que he cantado temas muy pegadizos como el Tuca Tuca o el Explota, explota, nunca he interpretado canciones dirigidas exclusivamente a ellos. Por eso nunca he llegado a saber a ciencia cierta qué es lo que ven en mí. A veces pienso que lo que tanto les atrae es mi ironía, pero no lo sé realmente».

Sea como fuere, y aunque la naturaleza no concedió a la cantante la posibilidad de ser madre de forma natural, la artista sí que ejercería de mamma con sus familiares más cercanos. Su único hermano, Enzo, falleció a los 57 años a principios de los 2000, víctima al igual que ella de un cáncer de pulmón. Desde entonces, Raffaella no descuidó la atención de sus sobrinos Federica y Matteo.

De alguna manera tampoco dejó nunca de ser la madre de las hijas de su primera pareja, Gianni Boncompagni: Claudia, Paola y Barbara. «Papá era un hombre que vivía con tres hijas, así que imagínate el estado en el que se encontró la casa cuando se vino a vivir con nosotros. Yo era la pequeña y para todas nosotras fue como una madre», afirmó Barbara Boncompagni en una entrevista concedida al Corriere della Sera.

«Además tenía una cosa en común con nosotras. A nosotras nos había abandonado nuestra madre. A ella, su padre». Barbara, que a día de hoy es una destacada cantante y actriz italiana, recuerda a la que fue pareja de su papá como una Mary Poppins: «Fue como un ciclón dentro de casa».

Con Jessica, la hija de Sergio Japino nacida de una relación anterior, tendría buena relación. Tampoco podemos olvidarnos de los niños que, ya en su madurez, apadrinó a distancia en Latinoamérica y de los que estuvo muy pendiente a lo largo de su vida.

Resulta curioso que su renacimiento televisivo en Italia en la década de los noventa la convertiría en «mamá por casualidad». Era el título traducido al castellano de Mamma per caso, una serie de cuatro capítulos con la que Raffaella recuperaba su faceta como actriz. Lo hacía para dar vida a una periodista de investigación llamada Nicoletta que tenía que combinar durante unas semanas su trabajo en un programa de televisión de gran audiencia con el cuidado de sus sobrinos.

Dicen que muchas mujeres no consiguen ser madres porque la vida las necesita en otro lugar. Y posiblemente el mundo del espectáculo necesitaba demasiado a Raffaella. La alegría de sus canciones y de sus espacios televisivos sería a lo largo de los años un revulsivo para miles de personas que vivían en soledad o que se encontraban pasando por un mal momento. Quizá la vida la necesitaba para hacer feliz y sacar una sonrisa a toda esa gente que la seguía en cada proyecto.

Una sonrisa que esbozarían, en aquel año 82, los amantes del fútbol italiano cuando vieron que su equipo se alzaba con la victoria en el Mundial de Naranjito. Como también lo hicieron los miles de asistentes al concierto de los Rolling mientras, bajo una monumental tormenta, entonaban Satisfaction. Una sonrisa que también aparecería en millones de españoles al comprobar que, más de un año después del fracaso del golpe de Estado, la nueva España que se estaba construyendo salía adelante. Una sonrisa que nunca desaparecería del rostro de Raffaella ante los focos a pesar de saber que ya era tarde para lograr el que siempre sería para ella un sueño por cumplir.

15. Pronto, Raffaella?: el fenómeno que la lleva a otra dimensión

En junio de 1983, Raffaella estrenaba la cuarentena viviendo uno de sus mejores momentos profesionales. Su talento, constancia e incansable trabajo dieron como resultado un reconocimiento internacional que se tradujo en millones de discos vendidos y decenas de números uno. En paralelo, la televisión la había convertido en una presentadora ya más que cotizada en su país natal.

Su actitud ante la vida nunca le hizo dar excesiva importancia a la edad. Tan solo le prestaría especial atención en el momento en el que se planteó ser madre. El bebé no llegaba y, sin embargo, no cesaban de lloverle proyectos. Fue entonces cuando decidió apostar por una interesantísima propuesta que no pudo rechazar, una nueva aventura con la que cambiaría para siempre el rumbo y la proyección de su carrera. El 3 de octubre de 1983 nacía Pronto, Raffaella?

La oferta vino de la mano de su inseparable Boncompagni, que, conocedor como pocos del medio televisivo en Italia, sabía que Carrà era la presentadora perfecta para el formato que había ideado. La apuesta era arriesgada para ambos, sobre todo porque lo que Gianni esperaba de ella era algo muy diferente a lo que profesionalmente había hecho hasta entonces.

Boncompagni, que había vivido en primera persona los pasos de la italiana, confiaba plenamente en su capacidad para afrontar nuevos retos. Raffaella superó con creces el desafío y consiguió dar un giro inesperado a su personaje.

Con Pronto, Raffaella?, la gran diva televisiva de los sábados por la noche, sin perder el glamour y ese halo de estrella innato que siempre la acompañó, trataría de convertirse en una amiga para los telespectadores y en una confidente para las amas de casa que cada día encendían la televisión a las doce de la mañana.

Por Pronto, Raffaella? pasaron cientos de personajes: celebridades de la cultura, la música, la política y la televisión que desfilaban encantadas por su hospitalario plató. El decorado, que recreaba un sencillo salón, era muy similar al que Raffaella tenía en su propia casa de Roma.

Como era costumbre en cada proyecto, el acento español también estuvo presente. Esta vez lo aportaron invitados como Bertín Osborne, con el que acabó la retransmisión cantando en directo El Porompompero, o el ventrílocuo José Luis Moreno, que, acompañado por su inseparable Rockefeller, no dejó de hacer reír a la conductora durante toda la charla.

El programa también dio voz a personas anónimas para que hablasen de sus problemas, sus sueños y sus ilusiones. Carrà supo combinar esta nueva faceta como entrevistadora con su vertiente más artística, pero sin privar a los televidentes de sus siempre esperadas actuaciones musicales.

«En el 83 me lancé a hacer un programa diario que cambió mi vida. Quise dejar un poco de lado

las lentejuelas para entrar más en la vida real de la gente, centrándome en ser más autora y guionista de mis programas. Siempre cantando y bailando, pero de otra manera», comentaba años después en una rueda de prensa en España.

La seriedad con la que trató determinados temas y el lado humano que dejó ver de sí misma desde el comienzo de la emisión, no tardó en dar resultados. Cada día que pasaba, eran más las llamadas de los telespectadores que querían participar en la retransmisión.

Precisamente el teléfono fue una de las piezas clave con las que contó el show matutino, un elemento que nunca antes se había utilizado en un formato de estas características. Este sería el nexo de unión entre Carrà y los televidentes, lo que la permitió dialogar con ellos de cuestiones cotidianas o concursar en los juegos ideados por el equipo para que estos obtuvieran succulentos premios.

La acogida fue tan brutal que, ante la cantidad de llamadas recibidas, la centralita del programa se colapsó en varias ocasiones. El bloqueo de las líneas telefónicas de la RAI obligó al canal a crear un número específico.

De ese teléfono nacía el título del programa, Pronto, Raffaella?, que en español sería algo así como Raffaella, ¿dígame? La omnipresencia del teléfono no era un detalle menor, ya que de alguna manera hizo mucho más próxima a una diva que podía parecer inaccesible. El teléfono simbolizaba la cercanía que en todo momento quería transmitir el show diurno, siendo uno de los factores de su éxito.

El espectáculo, que nació sin demasiadas pretensiones, sin mucho presupuesto y con un sencillísimo decorado, dejaba espacio incluso a dos mascotas que aportaban un mayor costumbrismo al asunto: el perro Punto y la gata Coma (Virgola), que acrecentaban aún más la sensación de familia televisiva.

Lo que nadie esperaba es que ese espacio tan modesto, encargado de sustituir a la Carta de ajuste, alcanzara audiencias estratosféricas. Pronto, Raffaella? registró cifras récord en la franja del mediodía de la RAI, reuniendo cada jornada a más de diez millones de espectadores.

El número de televidentes que congregaba el espacio propició que todas las empresas quisieran anunciarse durante la retransmisión. Sin embargo, la italiana no consentiría que cualquier marca lo hiciera: «Imagínate que yo anuncio una empresa inmobiliaria que se dedica a estafar a mis espectadores, eso no lo puedo permitir porque entonces no tendría mi conciencia tranquila», decía. Más de una campaña publicitaria quedó paralizada con el cabreo correspondiente del departamento comercial.

Aunque en antena podía verse a una Raffaella divertidísima, risueña y llena de frescura, tras las cámaras los miembros de su equipo fueron testigos de una faceta muy diferente, mucho más seria y preocupada de que todo saliera bien. Se involucraba tanto en la elaboración del programa, que estaba pendiente de cada detalle: de la escaleta, de la selección musical, de los invitados... Y sí, también de la publicidad.

Si hay un recuerdo destacable de esta etapa es la visita inesperada de la madre Teresa de Calcuta. El gran trabajo por parte del equipo del programa hizo posible que un personaje totalmente inaccesible para los medios apareciera de repente por el salón de Raffaella.

Ocurrió el 13 de abril de 1984, en un día en el que la santa se encontraba en Italia recaudando fondos para un gran centro para enfermos. Fue la única entrevista concedida por la madre Teresa en un plató de televisión a lo largo de su vida.

«El programa empezaba a las doce de la mañana y a mí me avisaron diez minutos antes de la visita. Tuve que improvisarlo todo porque, aunque lógicamente sabía quién era, no sabía ni siquiera qué hacía esa semana en Roma. Los compañeros de informativos me pusieron al día de lo que pudieron cinco minutos antes», relató Raffaella.

Para lo que no tuvo tiempo fue para «actualizar» su vestuario y seleccionar uno más adecuado a la visita que estaba por llegar. Cuando supo de la inminente presencia de la monja en plató, el programa ya estaba empezado y era inviable meterse al camerino en pleno directo para cambiarse de ropa.

Aunque los atuendos utilizados por la presentadora en este periodo solían ser bastante discretos, acorde a la hora de emisión y a los contenidos del espacio, la casualidad quiso que aquella mañana optara por uno de esos trajes «imposibles» con los que de vez en cuando le gustaba sorprender.

Un traje negro con minifalda, unas mangas gigantes de transparencias cuajadas de cristales Swarovsky y un cierre brillante en el cuello con forma de «c» (de Carrà), convertía la escena en un auténtico delirio. Esa mañana de primavera, ver a la religiosa en el sofá, con una indumentaria que evocaba la humildad y la sencillez, hacía resaltar aún más las transparencias, las lentejuelas y la opulencia de Raffaella. «Puestas la una al lado de la otra parecíamos el ángel y el demonio, yo simbolizaba la viva imagen de la lujuria», bromeaba.

Carrà no pudo evitar sentirse un tanto avergonzada por la situación. «Además lo pasé muy mal porque hablaba muy bajito y yo tenía que traducir todo lo que contaba del inglés al italiano, inclusive una oración que comenzó a recitar en el idioma anglosajón, pero con acento indio. Un ángel de la guarda debió ayudarme porque salió todo perfectamente», explicó de forma divertida en una charla muy cómplice que mantuvo con Jorge Javier Vázquez en Hay una cosa que te quiero decir.

Paola Cerasso se haría eco en España del éxito que la polifacética estrella estaba cosechando en su país: «Raffaella, a sus cuarenta años, sigue teniendo las piernas más bonitas de Italia. Y ella las luce en unos números musicales preciosos, en los que alterna con alguna otra figura. Su programa lo conectan masivamente a la hora de la comida. A su lado, Sergio Japino, un bailarín divorciado con el que Raffaella convive desde hace dos años», apuntaba la periodista.

Cerasso compartió impresiones con la propia artista sobre las cosas que se vivían en el programa: «Es un espacio sorprendente. Nadie puede adivinar lo que puede ocurrir ni qué personas nos pueden visitar. Se han dado casos tan maravillosos, que solo la espontaneidad de la gente puede

protagonizar. El último fue una niña que se quedó muda por un susto y llevaba dos años sin hablar. Estuvo con su madre en el programa porque deseaba verme. Cuando le di un beso nos sorprendió a todos y dijo: “Te quiero mucho, Raffaella”. Había hablado, y ni los médicos que la tratan se explican este pequeño milagro», narraba emocionada.

«Otro caso muy comentado ha sido la presencia de un médico japonés que cura enfermedades y trastornos con unas ligeras presiones en los dedos de los pies. Toda Italia se ha interesado por este tipo de medicina japonesa», explicó en referencia a los diferentes contenidos que se daban en el programa.

Habían dado con la fórmula del éxito sin pretenderlo. La parte más humana de la show-woman conectó desde el primer momento con un público que vio en ella una mujer con la que podía emocionarse cuando se trataba una historia complicada o divertirse mientras cantaba alguna canción acompañada por el piano de su inseparable y fiel Danilo Vaona.

«Nunca fue un personaje con esnobismos, quizá porque desde siempre se sintió muy conectada con el pueblo», me decía respecto al éxito del programa José Luis Gil, quien seguiría muy de cerca los pasos de la intérprete.

El formato gustó tanto, incluso a nivel internacional, que fue comprado en diferentes países, entre ellos Argentina. Presentado por la diva local Susana Giménez, fue rebautizado como Hola Susana, y mantenía las mismas premisas e idéntica estética; por ejemplo, resultaba muy curiosa la comparativa de las cabeceras del programa de la Carrà y la Giménez, prácticamente calcadas al dedillo. YouTube pone muy sencillo buscar «las siete diferencias» entre ambas y corroborar las indudables similitudes.

Con sus particularidades, el formato de Pronto, Raffaella? llegó a España en la década de los noventa con A las 8 con Raffaella, el espacio que condujo durante una temporada en TVE justo antes del Telediario. «Me lo estoy pasando bomba porque con este nuevo espacio la gente empieza a tener una percepción muy similar a la que tienen de mí en Italia», declaraba en una charla radiofónica en 1994.

«Estoy muy contenta por poder hacer un programa diario en el que la gente humilde viene a contarme sus problemas, confiando en que podamos darle alguna solución. Y a la vez, mantener la magia del espectáculo y continuar siendo la Raffaella Carrà de siempre: con sus canciones, sus bailes y su sentido del humor. Es una doble faceta muy difícil de equilibrar, que ya había logrado en mi país y que ahora creo que también he superado en España».

«No sabía cómo iba a reaccionar la gente viéndome de repente entrevistar a alguien con necesidades, a un vagabundo o a una persona que tiene problemas con las drogas. Sin embargo, día tras día, en ambos países, me he encontrado con mucha gente que se entrega y que cree en mí. Por eso nunca he dejado de poner el corazón en cada uno de los casos que nos han ido llegando. Y eso creo que ha calado en el espectador», comentaba orgullosa.

La labor de Carrà en Pronto, Raffaella? se vio recompensada no solo con cifras de audiencia impresionantes, sino también con el reconocimiento de la profesión: la European TV Magazines

Association le concedió el premio al personaje televisivo del año en 1984.

Para hacernos una idea de la repercusión que la Carrà alcanzó en este periodo, una encuesta elaborada por el mítico programa Mixer de Gianni Minoli sobre las celebridades más populares de Italia colocó a Raffaella en primera posición, por encima del mismísimo Juan Pablo II.

Carrà cosechó niveles de tal popularidad, que el papa la recibió en audiencia en el Vaticano, un hecho que llegó a reflejarse en los medios españoles: «Para añadir belleza al acontecimiento, el Santo Padre ha ofrecido a Raffaella un rosario blanco después de haberlo bendecido, pero lo más sorprendente han sido las palabras que su Santidad ha dedicado a la cantante, a la que ha felicitado por su gran labor cultural y artística a través de la transmisión televisiva que la RAI ofrece», informaba la revista Semana.

«Ella era una comunicadora nata y por eso la televisión se convierte en su vehículo para llegar a todos los sitios. Un medio que, complementado con la música, la transforma en una artista global. No existe un personaje de tal magnitud hoy en día», me aseguraba su descubridor en España, José Luis Gil.

En este momento nace la Carrà comunicadora, la que se convierte en algo más que una cantante. Raffaella comprende que la música se ha vuelto un complemento en su vida profesional y que la pequeña pantalla es su objetivo. Justo aquí comienza la figura de Raffaella Carrà como hoy la conocemos.

Aunque la televisión empezó a ser el centro de su carrera, esto no implicó el abandono de su faceta musical, que siguió nutriendo con nuevos trabajos. Sin ir más lejos, aquel 1984 aterrizó en el Festival de San Remo para presentar fuera de concurso dos nuevas canciones, y en 1988 editó un álbum que contenía joyas como No pensar en ti, escrita por Nacho Canut y Carlos Berlanga, o Lovin' You, composición de Bruce Sudano, autor de muchos de los éxitos de su esposa, «una tal» Donna Summer. Lo que sí es evidente es que a partir de entonces su discografía comenzó a perder fuerza en las listas de éxitos.

Con independencia de las ventas de sus discos, Raffaella era puro espectáculo. De ahí que su personaje televisivo en solitario, sin el show que siempre formaba a su alrededor con sus canciones, y a la inversa, posiblemente no hubiera resistido el paso del tiempo como lo ha hecho. La inteligencia de mantener unidas ambas facetas es lo que ha propiciado que la Carrà haya alcanzado el estatus de leyenda.

Pronto, Raffaella? llegó para cambiar su destino, justo en un año en el que le tocó asumir uno de los mayores varapalos a nivel personal: aceptar que nunca podría ser madre. Una carencia que, de alguna manera, se vio compensada con el cariño de millones de televidentes.

Lo que casi seguro que nunca intuyó la renacida presentadora es que ese programa que tantas cosas buenas le estaba dando traería consigo uno de los capítulos más polémicos de su historia. Con la renovación de la nueva temporada del espectáculo matinal, su nombre pasó a ocupar las

portadas de todos los periódicos italianos. Y no por un motivo que tuviera que ver con sus dotes para la comunicación. El elevadísimo sueldo acordado por la presentadora con la RAI fue el culpable de tal situación. Llegaba al Congreso italiano el más que discutido «caso Carrà».

16. El precio de la Carrà

«Señoras y señores, buenos días. Aquí me tienen. Hoy soy una Raffaella un poco diferente, en el sentido de que me siento muy avergonzada porque, como habrán visto, me encuentro en el centro de una polémica demasiado grande que afecta a mi persona».

Con estas palabras, visiblemente nerviosa y con voz trémula, Carrà daba inicio a una nueva edición de Pronto, Raffaella?, un comienzo que nada tenía que ver con el tono alegre característico del programa. No era para menos: la presentadora se enfrentaba a ese directo en el instante en que tenía que encarar una de las cuestiones más espinosas de su carrera. ¿El motivo? El sueldo que había acordado con la televisión pública italiana: seiscientos millones de pesetas de la época, algo más de treinta millones de euros.

Los brutales datos de audiencia que cada día acumulaba la retransmisión del espectáculo matinal tuvieron como consecuencia inmediata un descomunal aumento de los ingresos publicitarios del ente público, que se multiplicaron por cinco en cuestión de meses. Aquel programa que cada mañana veían todas las amas de casa se convirtió en el mejor escaparate para anunciar jabones, detergentes, productos para el hogar, cosas para los niños...

El canal pasó de ingresar cero liras a recaudar millones de euros, transformando Pronto, Raffaella? en una mina de oro. Esa fue la razón por la que, cuando hubo que renovar su contrato por tres temporadas, Carrà exigiera una subida de su caché acorde a la facturación de la RAI. «Era natural que con esas cifras derivadas del aumento de sponsors diera un salto», justificaba años después.

El incremento del salario de la diva no pasó desapercibido para determinados partidos políticos, que no dudaron en sacarlo a la palestra en el Congreso italiano, alegando que no era normal que tanto dinero público fuera destinado a una presentadora.

El «caso Carrà» fue tan sonado, que medios españoles como El País se hicieron eco en su edición del 3 de marzo de 1984: «El contrato firmado por la televisión pública italiana (la RAI) con la cantante Raffaella Carrà por la colosal cifra de casi cuatro millones de dólares (seiscientos millones de pesetas) por tres años desató un huracán de polémicas en medios gubernamentales italianos. Hasta el presidente del Consejo, Bettino Craxi, se ha sentido tocado por las numerosas interpelaciones parlamentarias que se presentaron el jueves sobre este contrato millonario».

«Imagino que habrán visto lo mucho que se han ocupado de mí los diarios en el día de hoy», decía Raffaella mirando a cámara desde la mesa-escritorio en la que cada jornada llevaba a cabo los juegos con sus televidentes. La misma mesa en la que tenía su inseparable teléfono y que esa mañana también dejaba espacio a una enorme torre de publicaciones que llevaban en sus portadas el incómodo asunto. «Tengo que decir que el caso en el que estoy implicada es mucho más grande que yo, que jamás imaginé verme convertida en un problema de Estado».

Pero ¿cómo enfrentarse a un debate que la colocaba en el ojo del huracán de todo un país? ¿Cómo dar la cara ante aquellos espectadores que podrían sentirse decepcionados con esa presentadora, en teoría tan cercana y divertida, al conocerse que estaba pidiendo tal cantidad de dinero por presentar un programa de televisión?

Decidió encarar el problema poniendo las cartas sobre la mesa y exponiendo los motivos por los que había tomado esa determinación. Lo hizo tanto ante los que criticaron su audacia como frente a los millones de espectadores que disfrutaban de su trabajo en la RAI. Sin esconderse, dirigiéndose fijamente a cámara como si estuviera mirando a los ojos de sus incondicionales y contestando a las feroces críticas recibidas por parte de la prensa, políticos y compañeros de profesión.

«Yo soy una persona muy sencilla, por eso quiero dirigirme a vosotros para explicaros el problema con mi contrato también de forma simple». Raffaella lo tenía claro: si la RAI había aumentado sus ingresos, los suyos tenían que ir acordes a ellos. Algunos presentadores masculinos ya habían firmado contratos millonarios, ¿por qué ella no podía hacerlo? ¿Por ser mujer? «No quiero ser víctima, pero creo que mucho de lo que había detrás de este escándalo era machismo», expuso en su momento. «Yo he trabajado toda mi vida para conquistar a un público y a la vez una posición de mercado que he logrado a base de mucho sudor».

El coraje que tuvo para pedir lo que consideraba que era justo no quitó que esta cuestión le afectara mucho a nivel emocional. Basta con revisar muchos de los programas emitidos esas semanas para comprobar que, a pesar de poner su mejor cara, no estaba siendo fácil que todo un país debatiera si era o no legítima la cantidad exigida por hacer su trabajo.

Para ella hubiera sido más fácil irse a la televisión de Silvio Berlusconi, «que me propuso una cifra fantástica». Sin embargo, Raffaella quería seguir apostando por la RAI, a la que siempre consideró su casa. Siempre mostró debilidad por la televisión pública, también en España. De hecho, cuando en su momento fichó por Mediaset en Italia para presentar *Il principe azzurro* y *Raffaella Carrà Show* se acabó arrepintiéndose.

En su alegato de defensa ante los televidentes terminó aludiendo a su papel como ciudadana: «Hago todo desde la legalidad, pagando desde el primero hasta el último centavo de mis impuestos. Lo único que espero es que todo esto se resuelva rápidamente para que pueda sencillamente seguir trabajando tranquilamente y en paz».

Siendo el centro de la polémica una cuestión tan peliaguda como el dinero, el tema podía habersele vuelto en contra. Sin embargo, sus palabras claras, sinceras y sin dobleces calaron en los millones de personas que sintonizaban Pronto, Raffaella?

«Raffaella, quiero felicitarte por el programa tan bonito que estás haciendo y darte la enhorabuena por el discurso que has dado. Creo profundamente en ti, te admiro y te animo a que sigas adelante con esta lucha porque lo que estás pidiendo te lo mereces», decía una de las espectadoras que aquella mañana entraron al aire a través del teléfono.

Esta fue la primera de las muchísimas llamadas que ese mediodía colapsaron la centralita para

mostrar su solidaridad con la artista: «Todo el público está contigo, las polémicas pasarán», «tú has sido una persona que llevas trabajando toda la vida desde que eras muy jovencita sin robar a nadie, haciendo tu trabajo honradamente. Eres la más grande y todo el país está de tu lado».

Su director musical, Danilo Vaona, que vivió aquello en primera persona, me confesaba que esta polémica fue sobre todo una cuestión política. Había que hacer oposición y esta fue una forma muy populista de llevarla a cabo: «Esto por entonces era un escándalo, sin embargo a día de hoy es lo normal. Si tú quieres contar con un presentador o presentadora, lo pagas y punto».

«Si yo luego declaro lo que gano y pago lo que tengo que pagar a Hacienda, ¿qué problema hay?», le decía Raffaella a Carlos Herrera. «La prueba está en que al año siguiente, mi compañero Pippo Baudo firmó un contrato prácticamente por el doble de mi sueldo y nadie dijo nada. Ni un solo partido político alzó la voz y ni un solo periódico publicó nada respecto al tema».

«Se la quisieron cargar», me comentaba sin disfrazarlo Enrique del Pozo. «Yo tengo en Italia un conocido metido en política que por entonces estaba en el Congreso y me lo dijo claramente. Ella era una mujer muy libre, feminista, de las primeras en apoyar al colectivo LGTBIQ+ y extremadamente influyente. Eso no le gustaba al ala política más conservadora y esta fue una excusa perfecta para tratar de quitársela de en medio».

Pasado el escándalo, sus cuentas volvieron a ser objeto de debate en el Congreso italiano apenas un año después. Tras el apoteósico éxito del espacio diurno, la RAI consideró que la estrella tenía que regresar al prime-time con un programa a lo grande. Así nació en 1985 Buonasera Raffaella, un nuevo espectáculo emitido después de cenar con el que el glamour en su máxima expresión retornaba a la vida de la presentadora.

Buonasera Raffaella no fue un espacio televisivo más. Prueba de ello es que sus últimas cinco emisiones fueron retransmitidas en directo desde Nueva York. El experimento representaba el primer intento de la televisión italiana por reforzar las relaciones entre el gusto y el estilo italianos y la técnica y recursos de la televisión estadounidense; un proyecto que se confió a la artista asignándole la tarea de abrir nuevos senderos a nivel cultural y comercial a la RAI. Esto también conllevó unos gastos extra que no gustaron demasiado a aquellos que seguían persiguiendo cada uno de sus movimientos.

El 7 de marzo de 1986, un sector político pidió explicaciones a la televisión pública por el sueldo multimillonario y los gastos derivados del programa. Al igual que ocurrió con el «caso Carrà», todo estuvo justificado y la polémica quedó relegada a una cuestión política de la que Raffaella volvió a salir airoso. En ese momento, pasó a ser la presentadora mejor pagada de Europa.

Estos hechos no fueron algo aislado, y un asunto tan morbosos como el sueldo de una estrella de su categoría se puso más de una vez sobre la mesa. Sin ir más lejos, ya en sus primeros años de carrera en España, la revista *Interviú* divulgaba un ranking de «Las gargantas más profundas», en el que se hacía público el dinero que pedían por concierto las grandes figuras del momento.

En el listado aparecían Miguel Bosé, Rocío Jurado, Rocío Dúrcal, Miguel Gallardo y Los Pecos,

todos ellos superados por Camilo Sesto, situado en segunda posición al cobrar 750 000 pesetas por gala. Ni siquiera el intérprete de Jesucristo Superstar lograba alcanzar a Carrà, que lideraba la lista al recibir 1 250 000 pesetas por actuación, lo que la confirmaba como la estrella mejor pagada de finales de los setenta en España.

17. La cara y la cruz de ser una estrella

La realización de un programa diario como Pronto, Raffaella? provocó que las visitas de la italiana a España disminuyeran de forma considerable y dejaran de ser tan habituales como en años anteriores. Sin embargo, a tan solo unas semanas para la entrada del verano de 1985, hubo una invitación que no pudo rechazar. El 5 de junio el rey Juan Carlos I recibía a la artista en audiencia en el Palacio de la Zarzuela para entregarle la Medalla Civil en el campo artístico por su contribución al conocimiento de la cultura española en su Italia natal, impuesta por el embajador de España en Italia, Jorge de Esteban, y el presidente del Gobierno, Felipe González. «Esta es la primera condecoración de mi vida. Además, creo que será siempre la más importante por venir de España, un país que yo quiero profundamente», declaró a los medios muy emocionada.

Días después de este reconocimiento oficial, el 12 de junio de 1985, y tras varios años de duras negociaciones, nuestro país firmaba junto con Portugal el Acta de Adhesión a las Comunidades Europeas. Por otro lado, un cada vez más consolidado PSOE despenalizaba el aborto e impulsaba con ello un enorme avance en las libertades de la mujer. Este ambiente de cambios y progreso rivalizaba en los titulares de prensa con unas cifras de paro que por primera vez superaban los tres millones de desempleados.

Era el respirar de una España que nada tenía que ver con la que la artista había pisado una década antes. Un país que quiso aprovechar la concesión de la condecoración a la diva para reencontrarse con ella en nuestra televisión en uno de los programas más populares del momento: Como Pedro por su casa.

«Es la presentadora mejor pagada de la televisión europea y a partir de hoy se va a convertir en mi amiga y la de todos ustedes». De esta forma, Pedro Ruiz daba paso a una exultante Raffaella que, vestida con un ajustadísimo mono negro de licra que resaltaba su silueta y con su siempre llamativo rubio platino, llegaba dispuesta a dar a conocer a los espectadores españoles dos de las canciones incluidas en su recién estrenado nuevo disco: Bolero y Dolce far niente. La retransmisión nos regaló una agradable charla entre ambos, en la que trataron temas como su incontestable éxito en la televisión italiana o la más que comentada polémica por su sueldo.

La segunda mitad de la década de los ochenta fue una etapa triunfal para Carrà, que consiguió reunir en sus proyectos televisivos a los personajes más top del panorama internacional, como Bryan Adams, Whitney Houston, Spandau Ballet, Europe o leyendas del cine de la categoría de Mickey Rourke, Ursula Andress o Christopher Reeve.

A todo ello también contribuyó la retransmisión de Buenasera Raffaella desde Nueva York, que por una cuestión de proximidad hizo mucho más sencillo contar en plató con estrellas de la categoría de Ella Fitzgerald, Carly Simon, Joe Cocker, Liza Minnelli, James Brown o Stevie Wonder, con quien interpretó en directo su mítico I Just Called to Say I Love You en una actuación memorable.

«Trabajamos prácticamente con todas las grandes estrellas de la época, a excepción de Michael Jackson y alguno más. Creo que esa fue indudablemente una de las etapas más bonitas de mi vida», me apuntaba con cierta nostalgia Danilo Vaona.

Unos años después, en el Raffaella Carrà Show, también viajaría en varias ocasiones a Estados Unidos para entrevistar a las celebridades en su propia casa. De esta forma la italiana se adelantaba una vez más a su tiempo, con un formato que tres décadas después sería más que habitual en nuestros televisores gracias a espacios como Mi casa es la tuya de Bertín Osborne, que, como curiosidad, la comunicadora condujo en Italia en 2019.

Esta segunda mitad de los ochenta no solo dejó algunos de los momentos culminantes de Carrà a nivel de colaboraciones, también nos acercó a esa otra faceta más social que desde Pronto, Raffaella? nunca quiso dejar de lado. Lo hizo mediante formatos como Domenica In, en el que se centró en una vertiente más enfocada al periodismo de actualidad.

De la trascendencia de este espacio, emitido los domingos por la tarde, se haría eco en España Juan Arias, colaborador en Roma de El País. El 5 de noviembre de 1986, Arias plasmó en las páginas del periódico la controversia que se generó en Italia a raíz de una entrevista realizada por la comunicadora a un popular empresario: «Un programa televisivo de Rai Uno —el canal más importante de la televisión pública italiana— dirigido por la popular cantante Raffaella Carrà (Domenica In) ha pasado de ser un simple programa de evasión dominical a convertirse, de repente, en algo explosivo y motivo de sesudos y agrios debates. La polémica se desató hace quince días, al emitir una entrevista con un empresario, que tuvo su réplica y contestación por parte de un empleado suyo».

La entrevista, que en principio tenía como objetivo ensalzar la labor de Luigi Lucchini, provocó el efecto contrario cuando, al día siguiente, el diario Il Manifesto publicaba un artículo que, bajo el título de «Las mentiras de Lucchini», daba voz a uno de sus trabajadores, con declaraciones muy duras sobre las condiciones de estos en la empresa.

Raffaella, «que siempre ha defendido que su programa tiene que ser popular, se sintió en la obligación de invitar al domingo siguiente al obrero». Ante el testimonio de este, el empresario optó por defenderse y decir que ese joven era un mal trabajador. Lo que Lucchini no esperaba es que una carta posterior de los sindicatos de la fábrica certificara el testimonio del empleado y reconociese que durante los últimos años no existía un servicio de enfermería, que se habían producido 399 accidentes e incluso que una persona había muerto.

«Y así, de ser en principio un programa rosa, por Domenica In ha empezado a interesarse hasta Il Manifesto, que el domingo dedicó una página entera a una entrevista con Raffaella Carrà, quien aparece contenta y asustada al mismo tiempo. Pero, sobre todo, están asustados los grandes, quienes hasta ayer daban empujones para salir en el programa», concluía el artículo de El País. Además, hacía alusión a la cancelación posterior a este caso de una entrevista ya cerrada con el general Bisognero, aconsejado por el ministro de Defensa, debido al aumento del número de suicidios entre los soldados en los últimos meses.

El formato de Domenica In sirvió para sumar matices a esa figura televisiva que como

comunicadora no dejaba de sorprender, acercándose cada vez más a los temas sociales pero sin perder esa parte de fantasía y de espectáculo que le hacía tener un perfil profesional inimitable.

Si compartir escenario con las grandes estrellas y su evolución profesional fueron la cara de aquella segunda mitad de los ochenta, la cruz tuvo mucho que ver con uno de los momentos más difíciles de su vida: la muerte de su madre.

El 19 de febrero de 1987, el diario La Repubblica dedicó parte de su contenido al fallecimiento de la progenitora de la cantante con tan solo 64 años, víctima de un cáncer de pulmón, causa también de la muerte de su abuela Andreina tres años antes y posteriormente de su hermano Enzo y de la propia Raffaella.

Después de tres semanas ingresada en la Unidad de Neumología del Hospital Morgagni di Forlì, la salud de Iris empeoró de forma repentina. Una llamada de su hermano nada más finalizar la emisión del show alertó a Raffaella de la grave situación. De inmediato, cogió su avión privado para viajar a Bolonia y pasar junto a su madre la que sería su última noche.

Con gafas oscuras, pantalón gris y un elegante abrigo, según describió la prensa, despedía a Iris mientras, ante una nube de flashes, pedía a los fotógrafos que le permitieran vivir su dolor en soledad.

La unión de Raffaella e Iris, a pesar de que esta fue un poco reacia a que su hija se dedicara al mundo del espectáculo, siempre fue muy especial. Cuentan que su mamá la llamaba después de cada programa para preguntarle cómo había ido la retransmisión. Iris la tranquilizaba y le contaba lo que decían sobre ella los clientes que se acercaban por la heladería que regentaba en Belaria y en la que Raffaella pasó su niñez. Además, conservaba cientos de recortes sobre el éxito de su hija en la música y la televisión, algo de lo que en todo momento presumió sin creerse más que nadie. Dicen que siempre se enfrentó con mucho coraje a la enfermedad.

La dolencia de Iris fue la causante del mayor enfrentamiento público de la artista con la prensa. El plató de Domenica In fue testigo de, posiblemente, el momento más difícil a nivel profesional para la comunicadora frente a una cámara.

Era noviembre de 1986. Tan solo unos minutos antes de entrar en directo había llegado a las manos de Raffaella la revista Novella 2000, una publicación amarillista que relataba la situación por la que estaba pasando Iris en aquellos momentos a consecuencia de su enfermedad y que ponía en tela de juicio el comportamiento de Carrà en el cuidado de su madre. El artículo venía a decir que tanto ella como Japino desatendían a sus familias, y que en el caso de la presentadora se había despreocupado por completo de su progenitora.

«Fuera llueve, al menos en Roma. Damos inicio a un programa en la primera tarde otoñal de la temporada, que haremos que sea tan alegre y luminoso como cada día». Estas fueron las primeras palabras que una muy seria Carrà dirigía a cámara esa tarde, justo antes de advertir que por primera vez se saltaría uno de los principios de su ética profesional: hablar de su vida

privada.

«Nunca hablo de cosas personales, pero hoy no me queda más remedio que hacerlo mientras noto que mi corazón comienza a latir a mil por hora. Soy muy celosa de mi intimidad y de mis temas personales, pero hoy ha salido a la luz un artículo en una publicación semanal inaceptable. Ya no porque hable de mí, sino porque habla de mis afectos personales más sagrados», decía a punto de quebrarse.

«Se han superado todos los límites que se pueden traspasar en una sociedad civil dando informaciones totalmente falsas. Este artículo, por llamarlo de alguna manera, es una agresión a la que responderé de forma privada ante los tribunales», sentenciaba. «Yo acepto todas las críticas, dardos envenenados, comentarios maliciosos sobre mi persona... Que se hable de mí, de mis contratos, que se extiendan rumores sobre mi vida amorosa... Porque entiendo que forma parte del juego de mi trabajo. Pero hay una cosa que no voy a permitir», dirigiéndose al autor de las supuestas informaciones: «No voy a tolerar que se vuelva a jugar con los sentimientos hacia mi madre. Mia madre non si tocca! ¡Basta ya!», concluía antes de romperse por completo.

Bastaron unos segundos para que la artista se recompusiera, apoyándose en la ovación del público que esa tarde ocupaba las gradas del plató. Durante el resto de la retransmisión no faltaron la alegría y las sonrisas habituales, incluso hubo tiempo para un número musical de la cantante interpretando Fly Me to the Moon. Evidentemente, la procesión iba por dentro.

Según publicó La Repubblica, el programa fue seguido aquella tarde por más de diez millones de espectadores. Veinticuatro horas después de que la conductora anunciara medidas legales contra la publicación, un magistrado obligó al medio en cuestión a dejar de difundir ese número repleto de difamaciones. De esta forma se ponía fin a una polémica de la que nunca más se volvió a hablar y quedaron fijados los límites que un periodista no podía traspasar respecto a la vida personal de Carrà. Una relación que, por otra parte, y dejando de lado esta desagradable anécdota, siempre fue excelente.

«Nunca me ha resultado fácil hablar de mis temas personales. A lo que estoy acostumbrada es a cantar y bailar como hago siempre con lentejuelas», señaló en su momento. Por eso de su faceta más humana supimos solo lo justo. Sin convertirse en una obsesión, supo separar su imagen pública de la privada, mostrando tan solo detalles muy puntuales de su intimidad.

Nunca hubo imágenes de su casa hasta después de su muerte, tras publicarse en un portal inmobiliario, y su número de teléfono privado solo lo tenían algunos íntimos que se podían contar con los dedos de la mano.

Solo de vez en cuando se vio obligada a desmentir informaciones que publicaban las revistas del corazón. Por ejemplo, unos años después del episodio relacionado con la enfermedad de su madre, se encontró con que muchas revistas italianas se habían hecho eco de un rumor que decía que, a sus 51 años, la presentadora estaba embarazada de dos meses, algo a lo que no daba crédito. Sobre todo por lo mal que lo pasó cuando descubrió que ya era demasiado tarde para tener hijos.

«Lo he estado comentando con Sergio y no salimos del asombro. A mí me afectan mucho este tipo de comentarios, y no sé por qué los hacen. Hace algún tiempo estuvieron tres años diciendo que mi hermano era mi amante. ¡Es increíble!», declaraba a la revista Lecturas.

Sobre las cosas que los medios comentaban o escribían sobre ella intentaba no hacer mucho caso, aunque siempre se lo terminaba contando alguien de su entorno: «Reconozco que un poco sí que me hacen sufrir, pero he aprendido que mientras sean cosas sobre si estoy más o menos guapa, tengo más o menos arrugas, o voy más o menos peinada... Lo que toca es tomárselo con paciencia. Es el precio de una profesión como esta», señalaba en el programa Plaza Mayor de la televisión autonómica de Castilla-La Mancha. «Muy diferente es cuando en esas revistas o esas informaciones hablan de tus familiares o personas cercanas a ti que nada tienen que ver con este mundo. Si ese límite se cruza, ahí no hay más que hablar».

Era la cruz de una fama que se compensaba con todo lo bueno que le regalaba la cara. Las luces y las sombras de una profesión en la que, en ocasiones, cuesta sonreír cuando a uno por dentro le brotan las lágrimas. Una cara y una cruz con las que Raffaella aprendió a convivir, sabiendo decir basta. Y es que, pasara lo que pasase tras los focos, como decía Freddy Mercury, el espectáculo debía continuar.

18. De un aviso de bomba a su explosiva conexión con Lola Flores

Con la llegada de los noventa las cosas se empezaban a complicar en España. Nuestra economía comenzaba a mostrar, tal y como lo definieron varios medios de la época, un enfriamiento antes del boom del ladrillo. Este estancamiento tuvo como consecuencia inmediata un incremento del desempleo de ocho puntos hasta llegar a rozar el 24 % en 1994. La década arrancaría con la obligatoriedad del casco y el cinturón de seguridad en 1991, y sacaríamos pecho gracias a la proyección internacional de la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992. Ese mismo año también abriría sus puertas el Museo Thyssen y con la inauguración del AVE haríamos el primer trayecto Madrid-Sevilla en tan solo dos horas y media.

En Italia las cosas a nivel político también se ponían especialmente feas. El diario El País, el 11 de noviembre de 1991, abrió la sección internacional con un titular que decía: «Alarma en Italia por el deterioro de su economía y un déficit público próximo al 10 % del PIB».

Raffaella vivió este principio de década, nada fácil para los italianos, con su regreso a «la mamma RAI», después de un paréntesis en la televisión de Berlusconi del que nunca se sintió muy orgullosa. Lo hizo con Fantástico 12 y Ricomincio da due, un programa emitido la tarde de los sábados y los domingos por Rai Due (el equivalente a La 2 en España), con el que el canal, por primera vez en la historia, venció en audiencia a Rai Uno, alcanzando un promedio de seis millones de espectadores en cada edición.

El sello Carrà volvió a imponerse gracias al carisma de la comunicadora, que, ya encaminada a la cincuentena, seguía manteniéndose en una espléndida forma. Solo hay que ver lo fantástica que estaba bailando el Soca Dance, una especie de Lambada a la italiana que servía como sintonía del programa y que nos brindaba a una reinventada Raffaella a nivel discográfico.

La similitud entre el sonido y el baile de las dos canciones era tal, que durante la promoción del álbum varios periodistas le preguntaron por ello: «Ambos temas son muy alegres y muy sexys, pero lo que diferencia a mi Soca Dance de la Lambada es que no es tan comprometedor. Si quieres, puedes bailararlo con un amigo, sin que tengas que contar con una pareja para hacerlo».

Pero si hay algo por lo que muchos de sus fans recuerdan Ricomincio da due es por lo que sucedió en su plató el 11 de noviembre de 1990. En pleno directo, un aviso de bomba puso en alerta a todo el equipo e hizo que el caos se apoderase de los trabajadores, el público y los invitados. Tres llamadas telefónicas de unos autodenominados grupos revolucionarios armados informaron de la presencia de un explosivo en los estudios Dear desde donde cada tarde se retransmitía el espectáculo.

Todo ocurrió cuando Raffaella anunciaba un concurso patrocinado por la marca de coches FIAT. En un momento dado, comenzó a distraer su mirada entre el público mientras trataba de aparentar normalidad. Sin embargo, algo no iba bien en el plató y eso empezó a percibirse también al otro lado de la pantalla. Lo terminó confirmando un plano que mostraba cómo los

asistentes se iban levantando de las butacas y abandonaban de forma ordenada el estudio.

La voz en off de Japino, director del espacio, se coló en directo para pedir la salida inmediata del resto del personal con el fin de garantizar la seguridad de todos los presentes. Al mismo tiempo, Ilaria Moscato, la colaboradora que en ese instante explicaba los pasos del concurso junto a Raffaella, echaba a correr mientras alertaba: «¡Tenemos que salir de aquí!».

Carrà, por su parte, desconcertada ante lo que estaba viendo, intentaba explicar lo que ocurría: «Un'emergenza!» fue lo único que alcanzó a decir a cámara justo antes de abandonar el plató, ya desalojado en su totalidad a las 15:55. En ese momento, un «Non ti credo» en off de la presentadora acompañó su marcha del estudio. Entonces, la retransmisión se fundió a negro.

A las 16:29 de esa accidentada tarde, tras más de media hora de anuncios e imágenes de archivo, el programa se reanudó. La conexión regresó con una Raffaella mucho más calmada que trataba de tranquilizar a los familiares, tanto de los invitados como del público.

Al día siguiente, La Repubblica publicaba en sus páginas un artículo que decía: «El show de la Carrà, interrumpido por una falsa alarma». Un espectador que quiso gastar una broma pesada fue el responsable del caos.

Anécdotas aparte, una de las aventuras televisivas más apasionantes de la show-woman durante aquel 1991 fue La gran fiesta del Mediterráneo (Cuando calienta el sol), el primer programa emitido de forma simultánea en España e Italia gracias a la coproducción de TVE y la RAI. El formato contaba con cuatro presentadores como maestros de ceremonias: por un lado, Miriam Díaz-Aroca y el italiano Gigi Sabani conectarían desde la Costa Brava, en concreto desde Tossa de Mar; y por el otro, tendríamos a Ricardo Fernández Deu y Raffaella Carrà desde Saint Vicent, un municipio situado en el Valle de Aosta.

Las conexiones entre ambos puntos se irían combinando durante todo el espectáculo a la vez que se alternaban imágenes de los presentadores por las calles de cada uno de los municipios con el fin de promocionarlos. Montserrat Caballé, Sabrina, Ana Belén, Romina y Al Bano o un principiante pero ya exitoso Sergio Dalma, que interpretó la versión en italiano de Bailar pegados, fueron algunos de sus invitados.

Díaz-Aroca quiso recordar conmigo la que para ella fue una de las experiencias más especiales de su vida artística: «Para mí Raffaella ha sido y sigue siendo mi gran referente en el mundo del espectáculo. Era una mujer por la que sentía auténtica fascinación». Y rememoraba: «Un verano en Torrevieja, donde yo solía ir a veranear, ella ofrecía un concierto en un hotel enorme que había por allí. A mí no me dejaron pasar porque tenía catorce años, pero recuerdo perfectamente cómo el corazón se me salía por la boca simplemente escuchándola cantar desde fuera del recinto. [...] Me sentía muy reflejada con su energía, con su vitalidad y con su alegría. Amén del cuerpazo, de su belleza y de cómo encandilaba al mundo con su arte. ¡La seguí siempre! Imagínate lo que significó para mí que, años después, la vida me colocara en esta profesión maravillosa y me permitiera no solo conocerla, sino también trabajar a su lado».

El formato fue concebido por el italiano Francesco Boserman, uno de los máximos referentes de la televisión en España desde que en los años noventa decidiera montar su propia productora en nuestro país. Su buena relación con la televisión pública italiana y con Ramón Colom, por entonces director del ente público español, hizo posible que fluyeran proyectos como este.

Tras la buena acogida de estos especiales, Colom le preguntó a Boserman si creía que a Raffaella le podría gustar la idea de hacer algo en nuestra tele. Francesco se lo propuso y un año después, consciente de que seguramente su personaje también necesitaba un descanso en su país, dijo que sí casi sin pensárselo.

Fue así como en 1992 la Carrà regresó a nuestras pantallas con Sevilla Sogna, un espectáculo también emitido de forma simultánea en España e Italia. La gala se desarrolló en la Cartuja de Sevilla la noche del 23 de abril, tan solo tres días después de la inauguración de la Expo '92. Raffaella fue la opción propuesta por la RAI como presentadora, mientras que Joaquín Prat fue la de TVE.

«Aquí ahora mismo hay un'atmosfera elettrizzante como solo puede sentirse en una ciudad como Sevilla», narraba la comunicadora al conectar con el Telegiornale, a la vez que podía verse cómo poco a poco se iban ocupando las butacas de la Cartuja. «A través de este especial vamos a acercar la moda y la música italiana y española, lo que a su vez nos va a permitir conocer un poco mejor esta Exposición Universal de Sevilla que es verdaderamente única y fascinante».

El evento nos dejó también uno de los momentos más brillantes vividos entre Raffaella y su gran amiga Lola Flores, con la que coincidió desde sus inicios en multitud de ocasiones, no solo en España, sino también en muchos países gracias a sus giras mundiales.

Aunque en la actualidad pueda parecer obvio que una artista como Lola tenía que participar en una gala de estas características, lo cierto es que la organización no estaba muy convencida de que la jerezana formara parte de ella, ya que para este show tenían en mente a artistas con un sonido mucho más vanguardista.

Donde sí podría encajar era en el elenco de Azabache, un espectáculo dirigido por Gerardo Vera para la Expo más enfocado a la copla, protagonizado por Rocío Jurado, Nati Mistral, Imperio Argentina, Juanita Reina y María Vidal. Pero tampoco quisieron contar con ella: decían que Lola no era idónea porque «siempre fue un verso suelto en el mundo de la copla».

No se sabe a ciencia cierta cuál fue el motivo para prescindir de la Faraona. Quizá tuvo algo que ver el episodio vivido con Hacienda al que se enfrentó unos años antes o que en ese momento la imagen que se tenía de ella no estaba tan mitificada como hoy día. Sea como fuere, esto no gustó en absoluto a Carrà, que no dudó en defender con uñas y dientes la presencia de su amiga en el escenario de Sevilla Sogna.

Tal fue el empeño de la presentadora, que logró su objetivo. Eso sí, aunque Raffaella le rogó no hacer pública aquella lucha interna para que «Lola de España» estuviera esa noche, a la intérprete de Torbellino de colores le faltó tiempo para, nada más acabar su actuación, decir eso de: «Yo hoy estoy aquí gracias a una italiana». La mirada de gratitud que en ese momento Lola

lanzó a Raffaella es digna de mención.

Por hechos como este, la familia Flores siempre sintió adoración por ella. Rosario me contaba con mucha gracia que uno de los primeros conciertos a los que asistió en su vida fue uno de Raffaella Carrà: «Cuando yo era muy pequeñita, mi madre me llevó a un concierto suyo en Marbella y me quedé impresionada. Por entonces yo ya quería ser artista y flipé al ver cómo se movía, con las luces y con los bailarines que llevaba».

Para ser cómplices de la química tan especial que existía entre las dos, basta con viajar hasta la quinta edición de Buonasera Raffaella emitida el 2 de enero de 1986 y revivir la que fue su primera actuación conjunta. Un número musical en el que, arropadas por la gran orquesta que semanalmente dirigía Danilo Vaona, interpretaron en vivo dos de sus canciones más populares: Fiesta y ¡Ay pena, penita, pena!

¿Puede haber mayor fantasía que ver a ambas leyendas cantando a dúo dos temas tan icónicos? Por un lado, a Lola interpretando una canción de la Carrà y por el otro, a la italiana entonando una copla. Ninguna de las dos se sabía la letra a la perfección, quizá la afinación tampoco era excelente, pero ni falta que les hacía. Aquello fue una locura sobrenatural en la que quedaba patente que el carisma desbordante de ambas era la mejor arma contra las imperfecciones.

«Cuando necesitaba conectarme con España, en mis años ausentes de este país, siempre llamaba a Lola para que viniera a mis programas con sus músicos, y los italianos disfrutaban muchísimo con su arte», decía Raffaella.

Muchos fans de la Faraona todavía recuerdan la enorme corona de rosas rojas en forma de corazón que la Carrà envió desde Italia para el entierro de Lola en 1995. Ese corazón de flores simbolizaba la despedida de una amistad pura entre dos mujeres que desde el momento en que se conocieron decidieron cuidarse, admirarse y quererse, también cuando los vientos no soplaban a favor.

Su amistad tenía tanta verdad que dos días después del fallecimiento de Lola, Raffaella decidió tomar un vuelo desde Roma rumbo a España para visitar, ya alejada de la revolución mediática, la tumba de la andaluza en el cementerio de la Almudena de Madrid. La revista Semana captaría en varias fotografías ese instante con una Carrà visiblemente emocionada.

Sevilla Sogna también propició el primer contacto de la presentadora con algunos de los guionistas que tan solo unas semanas después seguirían trabajando con ella en nuestro país. Una aventura que, lejos de ser pasajera, consolidó su relación profesional y personal con España.

Era el año 1992. El año en el que hicimos nuestro primer viaje en AVE, en el que nos emocionamos con la buena acogida de la Expo y de los Juegos Olímpicos. El año en el que España se convirtió en universal, pero también el periodo en el que la rubia platino, que tanto hizo bailar a los españoles a lo largo de los setenta y ochenta, regresó a nuestras vidas para hacernos testigos de su maestría como conductora de televisión: una faceta que le permitió reencontrarse con sus primeros seguidores y le posibilitó conquistar a una nueva generación de

niños y adolescentes que ni siquiera habían nacido en los tiempos de Rumore.

Quizá habría que incluir, entre los acontecimientos históricos vividos en nuestro país aquel 1992, el retorno mediático de esa italiana a la que nadie había olvidado. Una vuelta que se afianzaría con la llegada de ¡Hola Raffaella!, sin lugar a dudas, el gran culpable del resurgir de la Carrà en tierras españolas.

19. La primera noche que dijimos ¡Hola Raffaella!

El 8 de mayo de 1992, dos semanas después de la retransmisión del especial emitido desde Sevilla en TVE, Raffaella regresó a nuestras pantallas. Lo hizo en el prelude de un verano en el que Curro y Cobi, las mascotas de la Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona respectivamente, compartieron protagonismo con la denominada ruta del bakalao, esa que puso de moda recopilatorios como Máquina Total y a artistas como Chimo Bayo, que con su ritmo machacón y su «éxtasis, exta no» invadió el sonido de las ferias, los coches de choque y las discotecas más punteras de nuestra geografía.

Fue el verano del sueño olímpico, el mismo en el que Los Manolos nos contagiaron de su rumba catalana gracias a Amigos para siempre, mientras que Montserrat Caballé y Freddy Mercury lograron emocionarnos con su apoteósico Barcelona, otro de los himnos de los Juegos, grabado tan solo unos meses antes de que la muerte del líder de Queen conmocionara al mundo.

Las cadenas privadas comenzaron a consolidarse. Antena 3 lo hizo con series como Farmacia de guardia y programas como Queremos saber de Mercedes Milá. Por su parte, Telecinco lo consiguió gracias a la buena acogida de espacios como Las noches de tal y tal, presentado por el siempre polémico Jesús Gil, Goles son amores de Manolo Escobar o Querida Concha, el espacio de variedades capitaneado por la inolvidable Conchita Velasco. Una televisión hoy impensable, que llevó por bandera la imagen de las Mama Chicho, un grupo de chicas italianas que, mientras cantaban su facilón «Mama, Chicho me toca», se pasearon por todos los programas estrella de Telecinco, hasta convertirse en su seña de identidad.

TVE continuaba fuerte y aún no había sufrido la gran estocada de las privadas. Los españoles se divertían al mediodía con No te rías que es peor, se mantenían al tanto de la actualidad con Informe Semanal, y la noche de los viernes hacían líder de audiencia al emblemático Un, dos, tres, formato que esa temporada condujeron Jordi Estadella y una fresquísima Miriam Díaz-Aroca que, tras triunfar con los más pequeños en Cajón desastre, por fin daba el salto al gran público.

El descanso estival del concurso tuvo en cierto modo la culpa de que Carrà volviera a nuestras pantallas. «Raffaella Carrà sustituye a Jordi Estadella», destacaba en su portada Teleindiscreta, dejando caer que esta podría ser la nueva conductora de Un, dos, tres. Bastaba ojear por encima el reportaje para comprender que lo que se reemplazaba era el programa, y no a su presentador. La sustitución de Un, dos, tres por ¡Hola Raffaella! fue tan literal, que la italiana ocupó el mismo plató en el que semanalmente se grababa el concurso; incluso conservó parte de la estructura del decorado, manteniendo intactas las butacas y las icónicas escaleras del espacio de Ibáñez Serrador.

El buen recibimiento que el magazine logró las noches de los viernes de aquel verano propició que al ente público no le quedase más remedio que renovar el programa por dos temporadas más, ampliando su presencia en la parrilla hasta 1994 y alcanzando la cifra de 74 emisiones.

Era evidente que la conexión entre Boserman y Colom y su interés mutuo por traer a Raffaella a España, no solo en algún programa puntual, sino con un formato semanal ideado por la propia artista y su equipo, había dado excelentes resultados.

Y eso que a Boserman le costó hacer entender a los directivos de nuestra televisión en qué consistía el proyecto: «Recuerdo que me decían: “¿Pero de qué va el programa?”. Y yo contestaba: “¡De ella! ¡Es que el programa es Raffaella! Todo lo que rodea al formato se puede cambiar, pero lo único inamovible es la presentadora”», exponía de forma muy divertida en Novéntame otra vez de TVE. «La gente entrará en plató. Charlará, se divertirá y sonreirá con Raffaella. De eso tratará».

El secreto para que los programas de Raffaella no se parecieran a ningún otro estaba precisamente en su manera de hacer las cosas. Su personalidad y su forma de comunicar impregnaban cada una de sus propuestas televisivas. Ese era el motivo por el que prácticamente todos los proyectos que presentó, de los que a su vez era autora, llevaban su nombre de pila en el título: Buonasera Raffaella, ¡Hola Raffaella!, A las 8 con Raffaella, En casa con Raffaella... Su nombre se había convertido en su propia marca, en un estilo televisivo que no se asemejaba a ningún otro.

Boserman también tuvo que convencer a los directivos de la tele pública para que el espectáculo fuera emitido en directo: «Estaban acostumbrados a que todo fuera grabado, y tenían mucho miedo de que, al retransmitir el programa en vivo, algo pudiera fallar. Yo les decía: “¡Tranquilos! Si algo falla, no os preocupéis porque ese error Raffaella lo convertirá en espectáculo”».

«Pasara lo que pasara, ella sabía que la televisión era lanzarse a jugar», me apuntaba el periodista especializado en televisión Borja Terán: «Jugar bailando, creando grandes apuestas visuales, pero también jugar a la hora de hablar de tú a tú con sus compañeros, con sus invitados y con el espectador».

Con ¡Hola Raffaella! quedó demostrado lo que ya se sabía en Italia, que esa mujer que siempre nos cayó especialmente bien por las letras transgresoras y melodías desenfadas de sus hits y su perfección a la hora de sacudir la melena, también era una fantástica maestra de ceremonias de un tipo de televisión con la que haría escuela.

Entre otras muchas cosas, por esa naturalidad de la que siempre hizo gala y que era esencial a la hora de comunicar. Eso sí, pensándose mucho lo que decía, porque en todo momento fue consciente de la responsabilidad que tenía ser un personaje público. Si consideraba que algo no quedaba del todo claro, lo subrayaba para que no hubiera malos entendidos.

«Cuando vine por primera vez a España solo sabía decir buenas noches. Lo que pasa es que, después de que las visitas a este país y Latinoamérica se convirtieran en habituales durante los setenta, no me quedó más remedio que aprender el idioma para poder comunicarme debidamente en mis espectáculos», reconoció en una entrevista concedida a Cadena Dial en 1994.

Quién le iba a decir a esa jovencísima Raffaella de tímido acento castellano que años después

sería capaz de presentar un programa en directo de casi tres horas de duración en la lengua de Cervantes.

La forma de entenderse con sus huéspedes televisivos y los televidentes fue uno de los principales factores del éxito del programa, al igual que el teléfono, que ya había transformado en un elemento imprescindible para hacer entretenimiento en Italia; su enlace directo para divertirse y a la vez mantener el contacto con sus fans.

«Sus programas de televisión tenían ese algo de fantasía que te evade de la rutina», me subrayaba Terán, «un punto de teatralidad que nos hacía soñar a través de una sonrisa, una sorpresa, una coreografía imposible o una llamada telefónica». En una década en la que no existían las redes sociales, WhatsApp y los móviles, el teléfono fijo fue su perfecto aliado. Gracias a él podía jugar y entablar una relación muy especial con los espectadores con concursos como Si fuera... o ese otro que cada semana mantenía a millones de españoles al otro lado del televisor esperando a que, sobre las nueve y media o diez de la noche, la rubia rubísima marcara el número de su casa. Si nada más descolgar contestabas «¡hola, Raffaella!», ganabas miles de pesetas. Un juego sencillísimo en el que, para participar, solo era necesario que el azar y el destino hicieran su magia.

Es suficiente con zambullirse en el archivo de RTVE para comprobar el impresionante carisma de Raffaella. Le servía un simple plano medio y un teléfono para que estuviéramos pegados a la pantalla. ¿Las armas que utilizaba? La espontaneidad y un magnetismo del que solo gozan las grandes estrellas. No necesitaba de más artificios.

Muchos de sus hitos televisivos en España vinieron de la mano de su inseparable teléfono. Las reacciones de los sorprendidos televidentes iban desde los que mostraban su admiración por la presentadora hasta los que pensaban que aquello era una broma o no caían en quién era esa tal Raffaella de acento «extraño». Un notario seleccionaba al azar los números de teléfono que Raffaella iba marcando y que, de alguna manera, le permitieron viajar por todos los rincones de España. Esto provocó momentos impagables, como cuando al nombrar el municipio barcelonés de Mataró, dijo eso de «Matáro o Mátaró», con la consecuente bronca que les caería a los guionistas por no haber puesto la tilde donde correspondía, o el «bautismo» de la ciudad madrileña de Fuenlabrada como «Fontolabrada».

En El Programa de Carlos Herrera, que por entonces el popular periodista sevillano dirigía en Canal Sur, se presentó a la estrella italiana como «aquella muchacha que cuando llegó a España apenas sabía español y que ha terminado aportando palabras a la Real Academia de la Lengua», ironizando sobre su peculiar forma de expresarse.

Esas meteduras de pata con el idioma dieron mucho de sí entre los humoristas de la época, que convirtieron a la Carrà en uno de sus personajes predilectos. Si no, que se lo digan a Martes y 13, Los Morancos o Cruz y Raya, a quienes vimos con el pelucón rubio puesto en más de una ocasión. Raffaella era la primera que se reía de esos tropiezos lingüísticos y siempre se tomó con humor esas imitaciones. En muchos de sus programas retaría a más de uno a que imitara su peculiar acento italoagnolo.

Los tropiezos con ese castellano italianizado tan divertido humanizaron a la diva, que poco a poco pasó a ser una más de la familia y que caló en el corazón del público sin perder el glamour y la elegancia de las grandes.

Supremme de Luxe, el alter ego del presentador, actor y cantante Daniel Blesa, me hacía referencia a esa capacidad para juntar frente al televisor a perfiles tan diferentes: «Me parece admirable su capacidad de conexión con el público. Yo recuerdo ver en casa ¡Hola Raffaella! todos en familia; desde los abuelos a los más pequeños estábamos embelesados por esta mujer. Esa capacidad para conectar con todo tipo de público no es algo fácil y ella lo conseguía de una manera asombrosamente sencilla. Es algo digno de admirar».

«Raffaella se ganó al público», afirmaba Borja Terán en la columna que publicó en La Información en 2012, cuando se cumplían veinte años del recordado show. «Además de llenar el escenario con sus interminables coreografías, demostró ser una extraordinaria comunicadora, con una carismática dosis de humor negro y una espontaneidad abrumadora que siempre sabía jugarse las cartas, en directo, para alcanzar el momentazo televisivo».

«La potencia ante las cámaras de Carrà y la imprevisibilidad del programa, que capitaneó hasta 1994, marcó a varias generaciones de españoles que siempre soñaron con gritar alguna vez “¡hola, Raffaella!”. Esa fue la magia pluscuamperfecta de la televisión que alcanzó la estrella italiana al dejar de ser solo una cantante de coreografías imposibles para transformarse, por méritos propios, en la gran dama de la televisión», sentenciaba el analista.

Las palabras con las que la todoterreno quiso despedir la primera edición del programa aquel 1992 venían a demostrar que ese sentimiento de cariño del pueblo español hacia ella era recíproco: «He tenido tiempo para conocerles y ahora tengo aún muchas más razones para no olvidarles. En cuanto a mi español, ha mejorado lo suficiente como para aprender la palabra “enriquecedor”, que es la que mejor define mi estancia en España. [...] Ahora me llaman solo Raffaella. Carrà se ha olvidado. Y esto es lo máximo que me podía pasar».

20. Exigente y perfeccionista

Mirando a cámara y desde un set que simulaba la típica cocina de lo más costumbrista, con mantel a cuadros, botellas de aceite y sartenes colgadas —decorado creado para el programa que Martes y 13 grababa esos días para TVE—, Carrà se asomaba por nuestros televisores para animarnos a disfrutar del estreno de ¡Hola Raffaella! el 8 de mayo de ese 1992.

«¿Me puedo ir ya estando segura que vendrán a visitarme?», se dirigía a Josema y Millán, invitados al debut de su nueva aventura televisiva. «Habrán cantantes, muchas actuaciones... Todo para pasarlo bien después de cenar. Estad puntuales a las nueve en punto porque es en directo», matizaba la diva con su peculiar acento.

El humor, las entrevistas, los concursos, la música de los artistas más punteros y, por supuesto, los números musicales a los que la italiana nos tenía acostumbrados, serían los platos fuertes de este espectáculo en vivo, un retorno que desde el primer momento convenció al público y cosechó cada noche audiencias millonarias. Isabel Gemio, otro de los rostros más icónicos de nuestra televisión, me lo corroboraba: «Trajo el gran show, el gran formato, con color y alegría en el que los famosos participaban más allá de la típica promoción».

Era un programa que requería de mucho esfuerzo y muchas horas de trabajo para sacarlo adelante. Juan Luis Iborra, director de cine y teatro y guionista por entonces de ¡Hola Raffaella!, me lo ratificaba en la espléndida charla que mantuvimos en su domicilio madrileño una mañana de junio de 2022: «Era la primera en llegar a la oficina. Venía con Japino a las ocho de la mañana y juntos se iban los últimos. No era la típica presentadora que llegaba, hacía el programa y se marchaba a casa. No porque fuera mejor ni peor que otras compañeras, sino porque al ser también autora del espacio todo giraba en base a su idea principal. En torno a ese concepto se ponía a trabajar el equipo de guionistas».

Gemio siempre se sintió muy identificada con esta forma de trabajar: «Ella dominaba el escenario, las luces, las cámaras y los tiempos con absoluta maestría. Y sin pinganillo. Para mí era una verdadera estrella, lo que yo entiendo como estrella. Pero al mismo tiempo era muy trabajadora, se preparaba los contenidos muy a conciencia. No iba media hora antes para hacer lo que le dijeran. Ella había aceptado y preparado todo previamente. Y yo tengo esa manera de trabajar, no concibo otra».

Efectivamente, por entonces no se utilizaba un pinganillo en la oreja del presentador por el que este recibe las órdenes de dirección. La clave estaba en la memoria, la improvisación y un buen guion que Raffaella tenía de forma íntegra en un atril. También eran esenciales unas grandes cartulinas que tras las cámaras le iban recordando detalles que no podía olvidar: algún dato importante a destacar o la letra de la canción que esa noche tenía que interpretar.

Como ella trabajaba mucho, también exigía mucho. Dicen los que remaron a su lado en alguno de sus proyectos que, tras las cámaras, cuando las luces se apagaban y tocaba dar el callo, ella no

era italiana, sino «alemana».

En ese equipo estaba Alberto Maeso, periodista, guionista y director de programas de televisión. Sus primeros pasos los dio con Jesús Hermida y después junto a Raffaella, de la que desde entonces nunca se separó. El tiempo le convirtió en uno de sus grandes amigos y su mano derecha en España. Pocos como él tuvieron el privilegio de conocerla tanto y de formar parte de su círculo más íntimo. Incluso todos los domingos recibía su llamada para saber cómo estaba.

«Era una mujer muy sensata, con mucha disciplina y muy metódica». Así me describía Maeso a la que fue su maestra, su jefa, su amiga: «Perdonaba un error, incluso dos, pero al tercero se acabó lo que se daba. Era muy exigente y muy perfeccionista».

El ritmo era fundamental en la televisión. «Es como si fuera música, es algo de oído», afirmaba ella. No significaba «hacer una carrera de mil metros a toda prisa, el ritmo en televisión consiste en que si tú estás conversando con alguien en pantalla y ves que te resulta tedioso, que te aburres mucho, entonces directamente cortas y vas a otra cosa», sentenciaba. No era una cuestión de prisa, sino de tempo.

Tenía muy en cuenta las audiencias. Sin embargo, era tan perfeccionista, que, aunque estas hubieran sido altas o un programa hubiera salido especialmente bien, ella decía: «Sí. Pero siempre se puede hacer mejor». Cada programa era un examen y no era suficiente con sacar buena nota.

El trabajo duro estaba en la elaboración de la escaleta, que recoge el contenido del programa. Una vez que estaba lista, era cuestión de ponerse las lentejuelas y ajustar el peinado al milímetro para salir a plató y ejercer de maestra de ceremonias. De hecho, Carrà siempre decía que lo más fácil del proceso era salir a presentar.

Lo más curioso es que, aunque muchos pudieran pensar lo contrario, la labor tras los focos era la que más la reconfortaba, mucho más que ponerse frente a la cámara. «Me atrae mucho la creación de un guion, de un espectáculo, y colaborar con todo mi entorno para crear un nuevo programa. Ese trabajo en redacción es el que más me gusta», reveló en alguna ocasión.

A este afán por el arte de crear también haría mención en un programa radiofónico italiano en 2014. «De todo lo que sabes hacer, ¿qué es lo que más te gusta? ¿Cantar, bailar, actuar, presentar, entrevistar?», le preguntaban. «Lo que realmente me apasiona es inventar. Y cuando inventas algo que convence al público, es alucinante, una emoción increíble».

Una creatividad que quiso que sus colaboradores vivieran con total libertad. Siempre buscó de ellos que no estuvieran encorsetados, le gustaba que improvisaran y sorprendieran con su espontaneidad. «En mi caso nunca quiso que viera la escaleta del programa», me apuntaba Loles León, una de las colaboradoras estelares del programa. «Ella quería verme en acción improvisando. Es más, buscaba su propia naturalidad. Fíjate si era así que los vídeos que yo grababa para la sección semanal que tenía, los veía ya en el directo, nunca quería supervisarlos

antes. A ella le gustaba sorprenderse».

La búsqueda de la espontaneidad no impedía que cada movimiento tuviera que estar ensayado. Hace algunos años entrevisté a Boris Izaguirre por la publicación de una de sus novelas y me confesó que él, desde que trabajó con la italiana, no deja nada al azar. «¡Con Raffaella Carrà todo se ensaya! Esa es una regla de oro que yo ahora también cumplo». Y razón no le falta.

Todo tenía que estar guionizado y muy bien atado. «Y todo es todo», remarcaba Alberto Maeso. «Una canción, una entrevista, un juego, una conexión y todo necesita su atención, su preparación. Se puede improvisar, pero mejor hacerlo sobre lo preparado, lo pensado». Tenerlo todo cerrado le permitía estar segura de cada paso y, de esa manera, ser libre.

«Todo se ensaya, excepto las sorpresas», me reiteraba Pilar Tabares, productora de ¡Hola Raffaella! Una excepción que hacía que pudiera pasar cualquier cosa durante el directo, y lo dotaba de una espontaneidad que Raffaella consideraba imprescindible para cada uno de sus shows televisivos.

«Yo siempre sé que algo va a pasar a lo largo del programa», afirmaba Carrà a Gemio en una entrevista que concedió a la periodista extremeña. «Ni los invitados ni yo sabemos lo que puede ocurrir a lo largo de las dos horas de programa. Más que nada porque si lo sé desde el principio y veo que me va a dar miedo, lo paro», bromeaba.

«Todas las semanas había una sorpresa que Sergio Japino preparaba sin que ella lo supiera», me explicaba Elena Martín, la mitad del dúo cómico Las Virtudes. «Recuerdo que la primera noche que Sole y yo aparecimos con nuestras habituales pelucas, nos pusimos a imitar el golpe de melena que ella hacía cuando cantaba lo de “explota, explota, me expló”. De repente los pelucones salieron volando por los aires y nos quedamos totalmente calvas. ¡Su cara en aquel momento era un poema! No sabía muy bien si aquello que estaba viendo era verdad o se trataba de una broma. Esa ingenuidad que aún mantenía, mezclada con su clase, su presencia escénica y su carisma, la hacía única».

«A pesar de todo el recorrido profesional que tenía, seguía conservando la inocencia», me aseguraba Díaz-Aroca. «Cuando le contabas ciertas cosas, aunque fueran medio en broma, se las creía. A mí eso me fascinaba de Raffaella, porque luego lo combinaba con su saber estar, su inteligencia y ese brillo que tenía en escena cuando cantaba o se dirigía a cámara. Eso hizo de ella un modelo único e irrepetible».

«Raffaella siempre ha sido una niña grande, siempre ha sido muy juguetona», me aseguraba Loles. «Solo hay que ver muchos de sus programas para comprobar cómo se divertía jugando al juego de las sillas con sus invitados, lo mucho que disfrutaba con las bromas que organizaban los guionistas en plató o cuando le explicabas algún chiste. Por eso siempre ha conectado tanto conmigo, porque nunca sabía por dónde iba a salir».

A algunas de las celebridades que pasaban por su plató ya las conocía de sus inicios en España.

Por ejemplo a Miguel Bosé, con el que vivió en primera persona su lanzamiento en la música gracias a la estrecha relación que mantenía con José Luis Gil. Tanto es así que la noche que Bosé debutó en el programa de José María Íñigo, la rubia melena de Raffaella destacaba en primera fila entre los invitados que ocupaban las icónicas mesas del Florida Park. «Nada más verle actuar supe que, además de un amigo, tenía delante de mí a lo que es hoy: un gran talento», dijo de Bosé la noche en la que acudió a ¡Hola Raffaella! para presentar su nuevo álbum Bajo el signo de Caín.

Raphael fue otro de esos amigos con los que le encantaba coincidir. «Él es el hombre de mis cartas», bromeaba siempre al referirse a la bonita relación epistolar que mantuvieron desde que se conocieran por primera vez en la década de los setenta. «Él comenzó a escribirme cartas desde cada país por el que iba pasando con sus giras y yo le iba contestando».

Se reía mucho con el humor de Lina Morgan, a la que siempre tuvo un gran cariño. Más de una vez acudió al Teatro La Latina de Madrid para disfrutar de algunas de sus obras. Con la actriz madrileña solo coincidió en pantalla cuando esta efectuó una llamada durante la retransmisión de un ¡Hola Raffaella! con fines solidarios. La carismática Lina llamó en nombre de su hermana para pujar por un reloj donado por Jesús Hermida que logró alcanzar la cifra de 400 000 pesetas, dinero que iría destinado a la lucha contra el sida.

Por la sala Cleofás de Madrid también pasó para divertirse con el espectáculo de Moncho Borrajo. Desde su residencia en Tenerife el cómico me describía cómo fue el primer encuentro entre ambos: «Vino a saludarme al camerino para llenarme de elogios. “¡Bravo! ¡Bravísimo, Moncho!”, me decía entusiasmada. Ella estaba ya preparando su regreso a TVE y le gustaron tanto mis locuras que quiso contar conmigo para la nueva temporada del formato. Creo que le gustó tantísimo porque, si algo tenía Raffaella, era un amor tremendo a la libertad».

Paco Clavel, invitado en dos ocasiones a jugar al Si fuera... en los sofás de ¡Hola Raffaella!, me destacaba su excelente educación con ellos: «Cuando visité su programa por primera vez, lo que más me llamó la atención es que una estrella de primera magnitud como era ella siempre tratara de darte tu sitio».

Algo en lo que también coincidía Miriam Díaz-Aroca: «Asistir a sus programas era sinónimo de ir a jugar. Era una mujer muy afectiva, con una calidez humana gigantesca, muy profesional. Y aunque fuera su programa, siempre se encargaba de proporcionarte tu espacio y regalarte la atención del público».

«Me invitó varias veces, la primera vez yo estaba haciendo Noches de amor en RNE», me contaba Isabel Gemio. «Conectamos enseguida, yo era joven y ella era ya la gran estrella de la televisión que tenía luz propia, y que sin quererlo intimidaba un poco. Tengo varias fotos con ella. Nos dieron un TP conjunto al mejor magazine (a ella por ¡Hola Raffaella! y a mí por Lo que necesitas es amor) en el año 1993. Salimos del escenario cogidas de la mano. El afecto era mutuo y auténtico».

Cuidaba mucho a sus invitados, pero también a sus colaboradores. «Ante todo le importaba que nosotros brilláramos en nuestras intervenciones», me recalca Borrajo. «Quería que también

fuésemos las estrellas. No le preocupaba en absoluto que tú le pudieras robar espacio, porque ella ya tenía muy claro cuál era “su” espacio». Además de Moncho, muchos otros artistas formaron el equipo del recordado magazine televisivo: Las Virtudes, Cruz y Raya, Marianico el Corto, Ángel Pavlosky, Paco Calonge, el hipnotizador Tony Kamo, su adorada Loles León o los ya desaparecidos Pedro Reyes y el mago Montty —este último, fallecido por coronavirus en 2020 a los 65 años—. Cada uno a su manera daría sus pinceladas de humor y espectáculo a un show blanco que, alejado del morbo, los gritos y las polémicas, simple y llanamente buscaba entretener.

Elena Martín, de Las Virtudes, puntualizaba que ese ambiente distendido se creaba de forma muy natural porque ese buen rollo existía en realidad en el equipo: «Si hay algo que aprendí de Raffaella es a rodearte de gente con la que tengas buena sintonía, porque eso luego se plasma en el resultado final». Martín califica su experiencia con la italiana como uno de los grandes regalos de su profesión: «Cuando me veía en el monitor del plató al lado de una estrella mundial como ella, me parecía increíble. Pero es que trabajar a su lado esas semanas lo fueron aún más. Era realmente cariñosa, muy simpática, y siempre estaba muy abierta a que la diéramos ideas. Irradiaba luz».

Marianico el Corto, el personaje al que durante tantos años encarnó el actor y cómico Miguel Ángel Tirado, hablaba con cierta nostalgia de lo bien que se lo pasó durante los 33 programas que trabajó a su lado: «Desde el primer momento que nos conocimos nos caímos muy bien. Por eso se empeñó en ficharme».

El humorista maño recordaba aún con una sonrisa el momento en el que Tony Kamo le «hipnotizó» —ya que, en la mayoría de los casos, aquello era espectáculo puro y duro más que hipnosis— y le hizo creer que, al ponerse unas gafas de sol, vería a todos los asistentes totalmente desnudos. También a la propia Carrà allí presente. «Me puse a perseguirla como un loco y ella asustadísima y muerta de risa comenzó a correr por todo el plató. Para colmo, la estilista me había chivado el color de la ropa interior que llevaba esa noche y yo le decía: “¡Qué bien te sienta el rojo, Raffaella!”».

Marianico, que en ese momento era uno de los humoristas estrella de No te rías que es peor, guarda un gratisimo recuerdo de aquella etapa: «Fue un orgullo formar parte de ese espectáculo, porque mi papel allí fue mucho más que contar chistes. Hasta me lancé a bailar en varios números musicales que hicimos juntos a pesar de ser arrítmico, pero es que se trabajaba tan a gusto con ella que cómo no íbamos a hacerlo». El zaragozano no pudo evitar emocionarse mientras hablaba de la cantante: «Era muy maja, muy cariñosa con todos. Fue única y extraordinaria, como mujer y como artista. Era diferente a todo lo que había».

«No sé cómo explicártelo», razonaba Borrajo, «es que la relación con Raffaella no era como si fuera tu jefa. No la veías como la directora o la estrella del programa, sino como una compañera. Era más bien como una hermana que se alegraba cuando veía que lo que hacías gustaba a la gente». Ese sentimiento de gratitud hizo que Moncho quisiera cerrar aquella etapa profesional junto a la comunicadora de una manera especial. «Ella siempre presumía de que Sinatra en su momento le había mandado un ramo de rosas. Por eso en el último programa, a modo de

despedida, quise regalarle un cesto de rosas de tres plantas en el que iba metida una sortija con un brillante pequeño, con una nota que decía algo así como: “Sinatra puede, pero yo más”».

Entre el elenco de colaboradores también estaba Rappel. El vidente, siempre dispuesto a pasarlo bien y reírse de sí mismo, no solo tenía un gran dominio ante la cámara para hablar de conjuros, predecir el futuro de los famosos o meterse de lleno en misterios sin resolver; también, si tenía que vestirse de enfermero para cantar: «¡Qué dolor, qué dolor! Una mujer en el armario, ¡qué dolor, qué dolor!», lo hacía. Y si tenía que ponerse a bailar a ritmo de rumba con una túnica leonada aquello de: «Tú lo que quieres es que me coma el tigre» pegado a una jaula circense y un tigre paseándose a su vera... ¡también se ponía a ello! No tenía ningún tipo de prejuicios, y eso era algo que siempre fascinó a la italiana.

«Cuando terminábamos los programas a las tantas de la noche, siempre acabábamos yendo a cenar a su casa. Allí nos cocinaba ensaladas o pasta mientras charlábamos sobre cómo había ido la transmisión», manifestó Rappel en varios medios.

La conexión del futurólogo con Raffaella fue tan especial que, tras el éxito cosechado en España, la presentadora decidió fichar al «mago spagnolo» para sus proyectos en Italia. Sin embargo, su incursión en aquel país, a pesar de ser uno de los grandes hitos profesionales de su trayectoria, comenzó con la peor de las noticias: su madre falleció la misma madrugada que Rappel debutó en Roma.

En abril de 2018 hizo referencia a este capítulo en el espacio Volverte a ver de Telecinco al que Carrà acudía como invitada: «Nunca olvidaré que tú y Sergio me pusiérais un coche para llevarme directo a un avión privado que me permitiera llegar a tiempo al sepelio de mi madre. Nada más despedirme de ella, otro avión me recogía en España para trasladarme de vuelta. Al día siguiente yo estaba saliendo “al aire” sin que nadie se hubiese enterado de nada. Dijiste una palabrota, me cogiste de la mano y los dos emocionados salimos al escenario bailando una rumba de Los del Río como si nada hubiera pasado», narró sumamente emocionado.

Y es que de eso se trata, de dejar tras el escenario los problemas personales, la tristeza que uno lleva dentro para, una vez se enciende el piloto rojo de la cámara, dar al público esa alegría que espera de ti. Y esa premisa Raffaella siempre la llevó a gala, ya fuera a través de sus actuaciones musicales, de las siempre divertidas bromas del diablo Sergio, de concursos como el Si fuera... o de vivir situaciones de lo más inverosímiles por obra y gracia de la hipnosis de Tony Kamo. Lo importante era entretener y divertir al espectador, algo de lo que fue testigo durante tres temporadas ese saloncito de Raffaella que acabó entrando en los anales de la televisión en España.

21. El salón por el que todos querían pasar

«Me voy a esta parte del estudio que es prácticamente como una casa. Tenemos tres sofás con un aire muy elegante en los que cada semana tendremos como invitados a seis personajes muy queridos y muy famosos con los que charlaremos un poquito y jugaremos al Si fuera..., un juego muy simple que seguro muchos de ustedes conocen». Son las palabras con las que en el minuto trece del primer ¡Hola Raffaella! la presentadora aparecía por primera vez en esa zona del decorado que simulaba la estancia de una casa con vistas a la gran ciudad; un decorado, por cierto, muy similar al de Pronto, Raffaella?

«Se tiene que adivinar a un personaje vivo, internacional o español. Famoso, muy famoso, con asociaciones de ideas». Así explicaba el mecanismo de un inocente juego que no sería más que una excusa para romper el hielo con sus invitados, interactuar con los televidentes y echar unas risas.

El huracán Carrà recibía cada semana a sus huéspedes desde la puerta que daba acceso a esa casa televisiva. Una simple frase que recogía la esencia de cada invitado servía para presentar al público a cada uno de ellos: tres personajes formarían parte del equipo femenino y otros tres, del masculino. Tras cruzar la puerta y saludar a la anfitriona normalmente con un apretón de manos —lo prefería a los dos besos de rigor—, solo había que dejarse llevar y divertirse durante las más de dos horas que duraba el show.

Los conociera o no, intentaba no verlos antes de que entraran al plató. Así conseguía que ese saludo inicial no fuera un encuentro fingido, aportando la naturalidad que siempre buscaba.

Esta frescura también estaba muy presente en el que era uno de los platos fuertes del formato: las entrevistas, un género que le apasionaba y que, a pesar de no ser periodista, manejaba a la perfección, con diálogos muy desenfadados cargados de ironía. Eso sí, para que estas charlas tuvieran el resultado que ella buscaba, necesitaba preparárselas muy bien, por eso siempre pedía a sus guionistas la máxima documentación sobre el invitado en cuestión.

«Ella había estado muchos años de gira por nuestro país en los setenta y los ochenta, pero solo conocía bien a Lola Flores, Julio Iglesias y Raphael», me apuntaba Juan Luis Iborra. Por eso siempre exigía a su equipo que, como mínimo, consultaran tres fuentes de información. «Como hubiera alguna fecha mal puesta o se colara una declaración entrecomillada que no fuera del personaje, ¡mal asunto!», me advertía Alberto Maeso.

Hay que tener en cuenta que por ese plató desfilaron personalidades de todos los ámbitos: el cine, la música, la política, la literatura, el periodismo... Personajes muy conocidos en España pero que en muchos casos, para ella, que acababa de instalarse en nuestro país, eran casi desconocidos. Para que eso no fuera un obstáculo, la conductora necesitaba de alguna manera «radiografiar» al invitado que tendría a su lado. ¿El secreto para conseguirlo? Muchísimo trabajo por su parte.

En los sofás de ¡Hola Raffaella! se sentaron celebridades como Santiago Carrillo, Claudia Cardinale, Jesús Vázquez, Rocío Dúrcal, Latoya Jackson, Antonio Flores, Constantino Romero, Maribel Verdú, Celia Cruz, Marta Sánchez, Alaska, Concha Velasco, Julia Otero, María Teresa Campos, Maradona... Los rostros más populares de los noventa conversaron con aquella Carrà cada vez más integrada en la sociedad española y siempre curiosa por aprender algo nuevo de ellos.

Algunos de esos «huéspedes» aceptaron pasar por el trámite de ser hipnotizados por Tony Kamo. Su «un, dos, tres... ¡duerme!» se hizo tan popular, que la frase llegó a colarse en más de una conversación cotidiana. Una vez que el mentalista pronunciaba las palabras mágicas, tenía el poder para conseguir casi cualquier cosa de sus víctimas, ya fueran voluntarios sacados del público o valientes invitados que se atrevían a formar parte de su número de hipnosis.

Esos eran los personajes por los que ella sentía debilidad. No quería entrevistas al uso porque para eso ya había programas más «serios». Ella necesitaba que la gente, mientras que se hablaba del libro, del disco o de la película de turno que iban a promocionar, también se divirtiera. Y para eso era imprescindible que el invitado diese espectáculo.

Isabel Gemio, que asistió más de una vez al programa, me hacía referencia a su paso por aquel oasis televisivo: «Un día coincidimos en ¡Hola Raffaella! Lola Flores, Miguel Bosé, Los Morancos y yo. Nos divertimos mucho con el juego de las sillas, recuerdo que Bosé y yo terminamos por el suelo. Creaba un ambiente desinhibido y fresco para la televisión de entonces. Ella había viajado por el mundo, y sabía que en algunos países los famosos eran menos pudorosos que en el nuestro a la hora de sacarles de la zona de confort».

Ahora es muy habitual ver a un cantante o un actor integrarse en un plató y ponerse a cantar, a hablar con unas hormigas de espuma o a hacer experimentos, pero hace treinta años la cosa era muy diferente. Y eso costaba en especial con el gremio de los actores, ya que casi ninguno quería entrar al trapo.

Tanto le importaba que sus invitados aportaran espectáculo, que más de una vez ella misma decidía si se contaba o no con un personaje. «Tienen que “regalarme” algo», decía siempre a su equipo. «Si por lo que sea se nos colaba alguno más aburrido de lo esperable, siempre estaba el comodín de: “¡Cuéntame un chiste!”», recordaba el siempre risueño Iborra.

Por respeto a la actriz y a la discreción de la presentadora, no diré el nombre, pero en un momento dado llegó a grabarse una entrevista con una conocidísima intérprete a petición de TVE para promocionar una película financiada por el ente público. La conversación tuvo tan poca gracia que nunca llegó a emitirse, con la correspondiente bronca que se llevaron los guionistas por parte de Raffaella por haberle «colado» un personaje que, por muy popular que fuera, era tan estirado que, en lugar de estar haciendo televisión, parecía que estaba ofreciendo una aburrida conferencia.

El éxito del formato fue tal, que hasta nombres que en un primer momento podían ser ajenos a un espacio de entretenimiento de estas características no dudaron en decir que sí, «si el programa lo presentaba Raffaella Carrà».

Ocurrió con varios personajes como Carmen Martínez-Bordiú, nieta del dictador Francisco Franco, que, tal y como confesó esa noche, había aceptado la invitación por la devoción que su hija Cynthia sentía por Raffaella. Según me contó Marianico, aquella velada terminó de forma un tanto atípica ya que, aunque no llegó a salir al aire, el equipo tuvo que abandonar el plató por un falso aviso de bomba derivado de la visita de la «nietísima».

A pesar de su aspecto serio y de la fama de borde que le perseguía, el escritor Paco Umbral fue uno de los asiduos al show, adaptándose por completo a lo que el formato requería. Tanto es así, que hasta la propia Loles León, en una sección semanal en la que investigaba lo que había dentro de los contenedores de basura que en teoría estaban en las puertas de los domicilios de los famosos, acabó dentro de la casa del columnista. Es más, ¡terminó metida en su propia ducha! Umbral estaba tan cómodo en el universo Carrà que no puso impedimentos para que le viéramos competir por la victoria en el juego de las sillas con personajes tan alejados de su mundo como Torrebruno o la modelo Sofía Mazagatos, un mix inimaginable que solo podía conseguir la televisión de Raffaella.

Aquí residió también parte del secreto de que ese salón resultara tan atractivo para el espectador: que celebridades muy distintas entre sí y de ámbitos tan diferentes terminaran mezclándose y compartiendo risas, compitiendo en juegos como el Si fuera... o bailando juntos el Tuca Tuca.

Por cierto, Umbral sería el culpable de que la conductora viviera uno de los momentos más tensos entre ella y una invitada. La lengua mordaz del escritor, que no tenía filtro ni para bien ni para mal, hizo que la italiana tuviera que sufrir los desaires de una de sus entrevistadas cuando esta se sintió atacada por el novelista.

La susodicha era Pitita Ridruejo, una de las protagonistas habituales de la prensa rosa en aquellos años, conocida por pertenecer a la alta sociedad y que había cobrado gran popularidad haber sido testigo de supuestas apariciones marianas.

En un momento de la velada, Raffaella decidió hacer una de esas preguntas naíf que de vez en cuando le gustaba formular a sus invitados: «Paco, ¿qué es lo que más te gusta de Pitita?», le preguntó a Umbral. «¡La nariz antes de que se la operara!», contestó él. Evidentemente a esto le siguió un «tierra trágame» que se apoderó del resto de invitados y de la propia Raffaella, que intentó salir del paso como pudo.

A la socialité no le sentó nada bien el comentario y, aunque la entrevistadora intentó rebajar la tensión del momento con un «¡eres tremendo, Paco!», fue inevitable que la Ridruejo enfocara su ira hacia la comunicadora durante el tiempo que duró su posterior entrevista, señalando que «el ambiente frívolo» del programa no era el más adecuado para conversar sobre esas apariciones marianas de las que, por otro lado, nunca dejó de hablar en los medios.

La Carrà salvó como pudo la situación con la clase que la caracterizaba, sin sentirse coartada por la pataleta de la señora Pitita, que no tuvo humor para reír la gracia, quizá no demasiado afortunada todo hay que decirlo, referida a su recién estrenada napia.

Le fascinaba Umbral, pero también otros personajes como el director de cine Fernando Colomo,

que apareció en patines para presentar su nueva cinta; Los Morancos, con los que las risas siempre estaban garantizadas; o Mel Gibson, que, consciente de la importancia de divertir al público, no dudó en ponerse a ordeñar una vaca en mitad del plató. ¿El objetivo? Hablar de su papel protagonista en la película Eternamente joven que aquel mayo de 1993 promocionaba en España. Por cierto, la Carrà aprovecharía la ocasión para, en un momento dado, tocar el trasero del actor, uno de los más deseados de la época.

De esa notoriedad que siempre le gustaba dar a todos los que visitaban el plató, también fue testigo Ramón García. Mi actual compañero en Castilla-La Mancha Media vivió muy de cerca con Raffaella aquellos años noventa que tantas cosas buenas dio a ambos.

«Ramón, tú siempre un paso atrás», le aconsejaba. «Hay que dejar que ellos sean las estrellas. Otra cosa es que el invitado no dé juego o esté flojo y tú tengas que entrar para que el show no decaiga. Pero si funcionan por sí mismos, ellos son lo que tienen que brillar».

García entendió desde el primer momento ese instinto televisivo fundamental para Raffaella. Lo demostró la noche en la que fue elegido por la dirección del programa para ser hipnotizado por Tony Kamo, algo que a Ramontxu no le hacía demasiada gracia. Quizá por eso, por muchos intentos que el mentalista hizo en el camerino para sugestionar al presentador, no consiguió su objetivo.

El tiempo se echaba encima y el programa tenía que empezar, así que Ramón le dijo a Tony que no se preocupara, que hiciera todo lo que tuviera que hacer porque él le seguiría la corriente. Y así fue. El comunicador vasco se «durmió» como buen mandado dejándose llevar de tal manera, que el público acabó rendido a sus pies. ¡Hasta se bajó los pantalones para supuestamente hacer pipí en una esquina del decorado!

Esa faceta tan divertida y espontánea de Ramontxu le gustó tanto a Raffaella, que esta no dudó en pedir a los directivos que le consideraran como presentador del nuevo formato que estaba a punto de estrenarse: ¿Qué te apuestas? Así iba a llamarse en un principio el mítico ¿Qué apostamos?, que García presentó finalmente con Ana García Obregón, dando su salto definitivo a nivel nacional con un programa de máxima audiencia.

Este es el motivo por el que Ramón García considera a Raffaella como su madrina artística; una mujer a la que siempre había admirado y que el destino quiso que terminara siendo para él, además de una compañera y una maestra, una gran amiga: «Son de esas personas que siempre te han inspirado, que sueñas con ellas y con las que de repente te ves trabajando a su lado».

Su último contacto con Raffaella fue a través de mi programa de radio, La Tarde Suená Bien. Le pedí a Ramón unas palabras para la artista de cara a la entrevista que me iba a conceder al día siguiente, y no tardó ni cinco minutos en hacérmelas llegar.

La suya fue una relación de respeto y cariño nacida en aquel salón creado para entretenernos cada semana, ese en el que Raffaella recibiría durante tres temporadas a cientos de invitados y donde a su vez germinarían muchas de sus grandes amistades en España. Un salón «artificial» en el que, de forma natural y casi sin pretenderlo, fue retratando a través de los juegos, la música y

el humor, a la sociedad española de toda una época.

22. Black cat

«Black cat/ Watch out/ Don't make a sound/ Danger's around.../ Black Cat», decía el comienzo de una de las canciones incluidas en el álbum Raffaella de 1978. En este tema interpretado en inglés, Carrà nos alertaba de la presencia de un gato negro, y del peligro que supone que este se cruce en nuestro camino.

Un presagio de mal fario asociado a estos felinos a los que desde hace siglos se relaciona con el diablo y la mala suerte. La Iglesia católica comenzó a extender esta creencia en la Edad Media a raíz de la aparición de estos animales en las casas de muchas mujeres mayores acusadas de brujería. Supersticiones difundidas a lo largo de los siglos que siempre han estado vinculadas al mundo artístico y han influido, a veces en exceso, en grandes estrellas del espectáculo y, por supuesto, de la música.

Por poner un ejemplo, David Guetta comprobó en sus propias carnes cómo su signo zodiacal podía arruinarle uno de sus proyectos más ambiciosos ni más ni menos que con la «reina del pop». Madonna, entusiasmada con la remezcla que el DJ había hecho de su tema Revolver, decidió invitarle a comer para conocerse, ya que consideraba que podría ser el productor perfecto para su próximo disco. Todo iba viento en popa hasta que, por casualidad, la Ciccone se enteró de que el francés era escorpio. «Lo siento mucho, pero creo que no vamos a ser capaces de trabajar juntos», sentenció la «ambición rubia» antes de dar por terminada aquella reunión informal.

Otra superstición puede ser repetir la ropa interior que un artista utiliza en sus directos. Y si no que se lo pregunten a Malú. La cantante afirma que si en un concierto lleva una determinada ropa interior y este ha ido muy bien, en el siguiente la repite, después de lavarla, eso sí: «Me da suerte. Es mi tanga de las giras».

En el caso de Dalí, optaba por llevar siempre consigo un trozo de madera flotante para protegerse de los espíritus malignos, mientras que Beyoncé prefiere tirar de espiritualidad para atraer la buena energía antes de cada show y se dedica una hora para estar a solas mientras reza y realiza estiramientos.

Pilar Tabares, productora de ¡Hola Raffaella!, quizá no cayó en este tipo de supersticiones que tienen algunos artistas cuando comenzó a trabajar con la diva italiana en 1992, y ni se planteó que quizá un color en concreto podría ser motivo de espanto para ella.

Aunque la mayor parte de las ediciones de ¡Hola Raffaella! se realizaron en el mítico Estudio 1 de Prado del Rey, la primera temporada se retransmitió desde los Estudios Buñuel, unos platós que estuvieron activos de 1988 a 2015 y desde los que TVE grabó espacios como Cine de barrio, Con las manos en la masa, El Grand Prix o Rocío Siempre, el último concierto de Rocío Jurado.

Cuando comunicaron a Tabares que sería la encargada de llevar la producción del programa de

Raffaella, quiso que esa maestra de la televisión que venía avalada por audiencias millonarias en su país natal y a la que admiraba por su trabajo en la pequeña pantalla, por sus éxitos musicales y por ser un icono como mujer, tuviera el recibimiento que se merecía.

Con sus más de 2 000 metros cuadrados, el plató de los Estudios Buñuel era gigante, aunque el resto estaba muy envejecido. «Yo decía: “¡Va a venir Raffaella Carrà y mira con qué camerino se va a encontrar!”», me contaba Pilar mientras conversábamos en el jardín de su casa.

El estado de aquellas instalaciones hizo que Tabares se pusiera manos a la obra para que, en cuanto la estrella televisiva pisara España, tuviera un camerino acorde a su categoría. Contentísima por el trabajo que esas semanas había desarrollado con su equipo para que la italiana se sintiera cómoda, Pilar comenzó a enseñarle los estudios a la recién aterrizada Raffaella. «Ese primer encuentro fue maravilloso porque sentimos que había muy buena química entre ambas. ¡Pero todo se fue a la mierda cuando llegamos al camerino! De repente abrió la puerta y la cerró inmediatamente con una cara de espanto que no te puedes imaginar», me explicaba echándose las manos a la cabeza.

«¡Nos habíamos gastado una pasta para que se encontrara un lugar amable y bonito! Habíamos cambiado las alfombras, le habíamos comprado una tapicería preciosa color turquesa... Pero no habíamos caído en un pequeño detalle. Todo eso lo habíamos combinado con su color prohibido: ¡el morado!».

¡Con el morado llegó el drama! De lo que no tenía conocimiento el equipo de producción es que Carrà sentía auténtica fobia por esa tonalidad, que siempre había asociado a la mala suerte.

«Yo me sentí mal porque creo que debía haberlo sabido, pero son cosas que pasan. Por entonces no existía la Wikipedia, que suele contarte este tipo de cosas», lamentaba Tabares. Por fortuna, todo aquello quedó en una anécdota que ahora Pilar cuenta con su alegría característica ya que, a pesar de esa primera toma de contacto, la relación con la italiana siempre sería excelente, manteniendo una bonita amistad años después.

La animadversión de la Carrà por el morado venía de lejos. Tenemos que remontarnos a uno de los primeros castings a los que se presentó para trabajar con un gran actor italiano de la época. El día de la prueba, ella, ilusionadísima y a la vez muy nerviosa, vestía con una camiseta, una chaqueta y un pantalón lila. Lo que no esperaba es que, nada más salir al escenario, el director que iba a valorarla desde el patio de butacas la echara de allí de inmediato. «¡Váyase e infórmese de por qué no puede usted hacer el casting!», le dijo.

Al salir del escenario lo comprendió todo. A lo largo de los cuarenta días que duraba la cuaresma, el periodo en el que los curas visten de morado, las representaciones artísticas se paraban. Eso suponía para los actores no poder trabajar y pasar hambre. Desde entonces heredó la superstición de ese ilustre del teatro.

Enrique del Pozo vivió muy de cerca un episodio que precisamente tenía como protagonista el innombrable color: «En una de sus actuaciones en el Benidorm Palace, de repente apareció en primera fila un señor con una camisa violeta y dio orden de cambiarle su indumentaria. Lo hizo

todo de forma muy sutil y muy elegante, como ella sabía hacer las cosas, y lo consiguió».

Algo similar ocurrió cuando a su llegada al Festival de Viña del Mar una de las organizadoras vestía con ese lila horribilis. Bastó con una disimulada mirada a una persona de su equipo para que esta supiera cómo tenía que encargarse del asunto sin llamar demasiado la atención.

Lo contrario que con el morado ocurría con el blanco, que siempre fue el color elegido para los trajes que utilizaba cada vez que estrenaba un nuevo programa. Por su parte, el amarillo era su color predilecto para las flores.

Tampoco soportaba el número diecisiete, siempre se refería a él como «el número dieciséis bis». A pesar de esto, tenía la convicción de que la gente que había nacido ese día eran personas muy afortunadas. En su caso, escucharlo o verlo escrito en algún lugar podía ser sinónimo de que el programa no hiciera una buena audiencia o que se cayera en el escenario. Si alguien nombraba esa cifra, era muy probable que ese día se estropeará una cámara o se cayera un foco del plató.

Por supuesto, ni se planteaba pasar por debajo de una escalera. Algo que Concha Velasco comprobó de primera mano cuando la show-woman acudió en 1991 como invitada a su programa Viva el espectáculo. Nuestra «chica ye-yé», que siempre tuvo con Raffaella muy buena sintonía, no dudó en compartir con ella su camerino para que se cambiara de ropa. Carrà aceptó muy agradecida hasta que se percató de que este estaba situado justo debajo de una escalera. La propia Concha se refirió a ello en alguna ocasión: «Se negó en rotundo. Terminó ataviándose como pudo tras el escenario».

En sus giras nunca llevaba espejos por miedo a que se rompieran, lo que podría suponer siete años de mala suerte. Y nunca estaba de más poner en un rinconcito del camerino un puñado de sal para acabar con las envidias.

Entre tanta superstición, ¿cómo no iba a aparecer también ese black cat al que cantó en uno de sus discos más vendidos? En caso de cruzarse algún gato negro, solo era cuestión de esperar a que alguien que no lo hubiera visto pasara por delante del felino para que la maldición se apartara de su camino. Eso no implicaba que la mala suerte se contagiara a esa persona.

Le pasó en un pueblo pequeño de nuestro país en el que iba a actuar, cuando obligó al empresario que la acompañaba a esperar a que un alma inocente atravesara la calle en ese momento y se llevara consigo el mal fario. «¡Imagínate que salgo al escenario y me rompo una pierna!», decía. Afortunadamente, ese día el viandante no tardó demasiado en hacer acto de presencia y el concierto no se retrasó en exceso.

El negro, el violeta, el blanco, el amarillo... Colores que de alguna manera daban significado a la predisposición de la artista a que las cosas salieran según las tenía planeadas, alejando la mala suerte y atrayendo esos buenos augurios que perfilaron una vida llena de éxitos.

Un camino alejado de gatos negros y tonos violetas, en el que primaron los blancos de sus estrenos y las flores amarillas que tantas veces recibió por parte de la gente que la quería, y que incluso, tras su marcha, siguen siendo el mayor símbolo de su recuerdo en muchos de los lugares

en los que, a pesar de su ausencia, sigue presente.

23. Su flechazo con Loles León: su mejor amiga en España

«Una mujer que ha hecho de la provocación... ¡un arte!». Así presentaba Carrà a Loles León la noche del 22 de mayo de 1992, fecha en la que la actriz acudió por primera vez como invitada a ¡Hola Raffaella! La catalana había despuntado en el cine como parte del reparto de Yo soy esa, la película que en su día protagonizó Isabel Pantoja, y ya podía presumir de ser «chica Almodóvar» gracias a sus papeles en películas como Mujeres al borde de un ataque de nervios y Átame.

«Yo siempre iba a todos los programas en los que estaba Juan Luis Iborra, con el que he trabajado desde mis inicios en cine, teatro y televisión. Y como por entonces él estaba de guionista con Raffaella me invitaron». Esa noche la cómica formaría parte del equipo femenino para jugar al Si fuera... junto a Miriam Díaz-Aroca y Marisa Paredes.

El primer encuentro entre ambas tuvo lugar cuando la presentadora, a la que peinaban y maquillaban en su propio camerino, decidió pasar por la sala de maquillaje de TVE para saludar a la amiga de su compañero Juan Luis. «¿Quién es Loles?», preguntó. «¡Soy yo, Raffaella!», contestó la actriz con su gracejo característico. El flechazo entre ambas fue instantáneo.

«Recuerdo cuando vino al programa por primera vez. Llevaba el pelo rubio muy corto. Y me llamaron mucho la atención sus ojos porque desprendían verdad y mucha fuerza. Cuando de repente en mitad del programa la vi sin ningún tipo de pudor subirse encima de las piernas de José Luis Rodríguez “El Puma” intentando sacarle los colores... dije: “¡Esta es mía!”», relató la presentadora, que admitió haber quedado prendada de su frescura de manera fulminante.

El atrevimiento y el descaro de León contrastaban con el glamour y la elegancia de la diva, lo que las convertía en una combinación perfecta. «Nada más conocernos, conectamos a la primera. Dijimos: “¡Qué bien nos vamos a llevar!”. Para ella yo era su alter ego», me apuntaba la actriz. «Nos calamos mutuamente y enseguida supimos a la perfección quiénes éramos la una y la otra».

Carrà quedó tan fascinada por ella que esa misma noche, tras la emisión del programa, no dudó en hacerle una propuesta profesional: «¿Tú qué andas haciendo ahora?». «Yo nada, hija. ¡Llevo nueve meses en el paro!». «¡Fantástico! ¿Y tú quieres trabajar en este programa?». El «sí quiero» ipso facto de la intérprete hizo que, desde ese instante, formase parte del elenco de colaboradores del recién estrenado magazine.

«De ti dicen que eres descarada, ¿es cierto?». Esta fue la primera pregunta que Raffaella formuló a Loles en aquella primera entrevista en la que la catalana, además de mostrar sus dotes para ruborizar al equipo masculino con una actuación improvisada, aprovechó para, sin pelos en la lengua, hablar de sus logros en el cine, hacer alguna que otra reivindicación para el gremio de actores e incluso para interpretar La Robustiana, una canción que nunca faltaba en sus shows de los tiempos en que se dedicó al cabaret. «Ella esa noche ya sabía que yo llevaría a su vida muchas risas y mucha alegría. Pero no solo a nivel laboral, también a nivel vital».

Raffaella siguió contando con la polifacética artista en varios proyectos televisivos que más adelante desempeñó en España. «Aventura que me proponía, aventura que aceptaba. Nunca le dije que no a nada porque trabajar a su lado era aprender y vivir nuevas experiencias. Con ella canté, bailé, me convertí en reportera, me metí en la jaula con un tigre... hasta terminé presentando la parte final de un ¡Hola Raffaella! una noche que en la que ella, en pleno directo, comenzó a sentirse mal».

Tan irónica como la propia Raffaella y con el sentido del humor siempre por bandera, Loles me confesó que entre bastidores se refería a su jefa como la señorita Escarlata. «¿Eso es cierto, Loles?», le pregunté. «Claro. ¡Es que ella era la gran diva y yo era su Mammy, la que le apretaba el corsé!», bromeaba. «Me entregué mucho en el programa porque verla trabajar con tanta perfección, durante tantas horas al día en la oficina, la convirtió en mi inspiración. Me enseñó todo lo que era la televisión en directo. Pero es que, además de ser un gran pilar profesional para mí, el tiempo la convirtió en una persona importantísima en mi vida. Yo te diría que para mí fue casi una hermana».

«Es divertida, inteligente, rápida, sensible... è pazzesca!», manifestó Raffaella sobre la que terminó siendo su mejor amiga en España. Una amistad nacida a raíz de la televisión y que el tiempo fue consolidando durante las siguientes tres décadas.

«Ella venía varias veces al año a España y siempre me llamaba y me decía: “¿Dónde estás, Loles?”. Yo le respondía: “¡Aquí estoy, en Madrid, esperando a que me llames!”. ¡Solo contestándole eso ya se estaba riendo! Si encima esos días estaba Paloma Gómez Borrero por aquí, yo la llamaba y le decía: “¿Te ha llamado Raffaella?”. “¡Sí, sí! ¿A ti también?”. Bastaba con eso para arreglarnos y desde ese momento quedarnos disponibles para todo lo que quisiera “nuestra Raffaella Carrà”».

En más de una ocasión, Loles también viajó a Italia para disfrutar de la faceta más íntima de su gran amiga, alojándose tanto en la casa que Raffaella tenía en Porto Stefano como en su domicilio de Via Nemea. «Cada vez que iba a su casa de la playa, me tenía preparada una de las habitaciones para que yo me sintiera como en casa. Y en Roma siempre me dejó dormir en la suite que tenía para su madre, era la que siempre me tenía preparada».

«Ella era una mujer muy práctica. Si te invitaba a su casa, era para pasar esos días contigo, para celebrar, para ir de aquí para allá... Para compartir una buena comida, un buen espectáculo, una buena charla, unas risas, unos maravillosos días de descanso. Siempre fue una gran anfitriona, su única pretensión era que te sintieras bien y hacerte disfrutar». Esos encuentros los aprovechaban para ponerse al día de la actualidad y del trabajo, para charlar de sus inquietudes, incluso para hablar de hombres si surgía la ocasión. «Pero, sobre todo... ¡nos reíamos mucho!».

La última vez que Loles y Raffaella coincidieron en un plató de televisión fue en abril de 2018, en el programa Volverte a ver de Telecinco, en el que juntas recordaron la aventura de ese ¡Hola Raffaella! que las unió para siempre. Tras las cámaras quedaron para cenar en Madrid en un par de ocasiones antes de la llegada de la pandemia.

«Quería convencerme para que hiciera las paces con un amigo que teníamos en común, con el

que la amistad se había resentido hacía algún tiempo. Me decía: “Yo lo que quiero es que os olvidéis de todo y volváis a ser amigos”. Pero por mucho que intentó mediar entre nosotros, no logró convencerme», me confesaba Loles con cierta tristeza. «Me da mucha pena porque se fue sin vernos reconciliados, porque a los dos siempre nos quiso mucho. Sin embargo, sí que consiguió unirnos con su muerte, porque a raíz de su marcha decidimos empezar de cero y olvidarlo todo».

Ese capítulo no borra en absoluto todo lo vivido entre ellas a lo largo de los años, tanto en la faceta profesional como en el ámbito humano. Una relación de mujer a mujer que convirtió a León en uno de los grandes apoyos de Carrà en nuestro país. «En casa conservo muchos de los regalos que me hizo, era muy generosa. Los miro y hablo mucho con ella. La sigo teniendo muy presente».

«¿Dirías que fuiste su mejor amiga en España?», le pregunté. «Sinceramente, lo que ella sintió por mí no lo sintió por ninguna otra persona en nuestro país, así te lo digo. Nuestra convivencia fue mucho más allá del trabajo y del mundo del espectáculo. Creo que además Raffaella se dio cuenta de mi fidelidad hacia ella por encima de todas las cosas, y esa lealtad que vio en mí era algo que valoraba muchísimo. Por eso fuimos tan amigas».

Un respeto hacia la italiana del que Loles quiere seguir haciendo gala ahora que ya no está: «Sé perfectamente cómo era y lo reservada que fue para su vida privada. Por eso hay cosas que prefiero no contar, esa parte más íntima que yo pude disfrutar como amiga prefiero dejarla para mí. Que ese, de alguna forma, sea su legado para los que tuvimos la suerte de conocerla».

«¿Te atreverías a definirme tu amistad con Raffaella?», le propuse. Tras unos segundos de silencio que evidenciaban su emoción, Loles respondió: «Simplemente diría que éramos dos mujeres que nos queríamos mucho. Dos mujeres que nos quisimos desde el momento en el que nos miramos a los ojos por primera vez».

24. Su pasión por Madrid

«Vaya, vaya... ¡aquí no hay playa!», cantaban Los Refrescos en ese divertido tema con el que alcanzaron el título de «canción del verano» allá por 1989. El grupo tenía razón cuando, tirando de guasa, alababa muchos de los sitios emblemáticos de la ciudad: El Retiro, el Ateneo, la Casa de Campo... Una urbe que, además de tener sus típicos organillos y chulapas, ganaba la Liga y la Copa, y hasta poseía en la Gran Vía la icónica sede de Los 40 Principales. Sin embargo, cuando llegaba el verano, el templo de la Cibeles salía perdiendo por la ausencia de agua y sal.

Sea como sea, con sus pros y con sus contras, con las pasiones y los odios que genera a partes iguales, la Carrà siempre adoró Madrid, la ciudad que pisó por primera vez en 1975 y que el tiempo convirtió en su segunda casa. A principios de los ochenta en el programa Estudio abierto ya contaba lo mucho que significaba para ella la metrópoli: «Madrid fue la primera ciudad en la que actué tras mi éxito en Italia, aquí arrancó mi carrera internacional. Por eso, aunque ahora esté triunfando en otros muchos lugares del mundo, nunca me podré olvidar de mi primer amor».

Entre sus restaurantes favoritos de la capital estaba Casa Lucio, de donde le fascinaba uno de sus platos más famosos: los huevos estrellados. También el Asador Donostiarra y el Mesón Txistu. Eso sí, le encantaba cenar pronto, de ahí que casi siempre que acudía a alguno de ellos aún estuviera medio vacío.

Tenía debilidad por El Corte Inglés. En Italia, los grandes almacenes estaban prohibidos por ley, por lo que entrar en un centro de estas características en el que te encuentras absolutamente de todo, desde ropa hasta zapatos, pasando por perfumes o libros, ¡le encantaba! Resultaba muy curioso verla comprar sobre todo electrodomésticos pequeños, que, aunque los podía adquirir en Italia, prefería llevárselos de aquí. De todos los centros de la capital, tenía predilección por El Corte Inglés de Castellana.

Le fascinaba la ciudad al completo. Un Madrid que además dio un gran cambio en la década de los noventa con la finalización de la M-30, algo que siempre le llamó mucho la atención. En aquella década, las carreteras en Italia, construidas en su mayoría en los sesenta y setenta, ya estaban muy deterioradas. Sin embargo, nuestro país, con la llegada de la Expo y los Juegos Olímpicos, había tenido un enorme impulso. Acostumbrada en sus inicios a tener que dar mil vueltas para llegar a Prado del Rey para participar en algún programa, ahora solo tenía que coger la M-30 desde cualquier punto y enseguida estaba allí. ¡Eso la volvía loca!

Se hallaba tan embrujada por Madrid, que decidió hacerse con su propio alojamiento en el Hotel Eurobuilding, en el que siempre se hospedó desde que debutó en España y donde convocaba a los medios cada vez que tenía que dar una rueda de prensa para anunciar algún proyecto. «Ya me he hecho con mi residencia en España, que alterno con la que poseo en Italia. Para sentirme bien tengo que estar constantemente yendo y viniendo de un país a otro. Entre ellos tengo repartido el corazón», se sinceraba a la revista Semana en 1993.

En un momento dado, el hotel puso a la venta algunas habitaciones, así que la italiana aprovechó la oportunidad y se compró dos estancias que terminó uniendo, transformándolas en un piso de lo más acogedor.

Durante una cena allí con parte de su equipo, tras la emisión de un ¡Hola Raffaella!, Juan Luis Iborra y Loles León le propusieron salir a tomar algo y disfrutar de la noche madrileña: «Raffaella, ¡nos vamos a ir al Why Not, que es un bar en el que todas las noches suenan tus canciones!».

Aunque ella no era mucho de salir por pubs y discotecas, aquel día estaba tan a gusto que no se lo pensó dos veces. Dicho y hecho. Se puso un abrigo de piel sintética de diva total, llamó a su chófer y con la gran berlina que tenía aparcada siempre en casa de un amigo se plantaron en la mismísima puerta del Why Not, uno de los locales más icónicos del barrio de Chueca, el epicentro madrileño de la comunidad LGTBIQ+. «Cuando llegamos y bajamos las escaleras que conducían a la barra del bar y la zona de baile del local, la gente flipaba. Evidentemente, su inconfundible melena rubia no pasó inadvertida para ninguno de los presentes, pero es que además ya me encargué yo de que la gente se enterara dando una buena voz mientras bajábamos las escaleras», me narraba entre risas Loles.

«Creo que a la gente le impactó tanto verla, que por eso, quitando dos o tres personas, nadie se acercó. ¡Hasta el disc-jockey se sintió tan impresionado que le daba vergüenza poner sus canciones!», me contaba Iborra. «Esa noche se divirtió mucho; además de reírse un montón, se sintió muy cómoda porque la gente fue especialmente educada. Como escribí hace algún tiempo en la revista Shangay, esa fue una velada digna de ser contada en una película de Almodóvar».

Loles León, Alberto Maeso y Juan Luis Iborra fueron sus tres pilares fundamentales en España ya en su etapa de madurez. A los tres los conoció gracias a ¡Hola Raffaella!, programa que de alguna manera cambió para siempre su relación con la que ella consideraba su segunda patria y la convirtió en parte de su vida.

Durante el periodo que vivió de forma asidua en nuestro país, nunca se perdió el informativo que «al filo de la medianoche» presentaba José María Carrascal. «No puedo dormir sin conocer su opinión sobre la actualidad. Me gusta mucho su forma de elegir las noticias y sobre todo de exponerlas. Carrascal es mi ángel de la guarda antes de irme a descansar», decía en referencia al popular periodista que siempre dio que hablar por sus peculiares corbatas.

Como gran amante que fue de los musicales, Raffaella no quiso perderse algunos de los títulos más destacados estrenados en la Gran Vía a principios de los 2000. Muchos pudieron verla sentada en el patio de butacas de los teatros madrileños mientras disfrutaba de My Fair Lady de Paloma San Basilio, El fantasma de la ópera o el exitoso Mamma mia!

La prensa fue testigo de su asistencia a varios recitales de su querido Raphael. También la vio deleitarse junto a su admirada María Teresa Campos con el concierto que Luis Miguel ofreció en la plaza de toros de Las Ventas durante la gira del mexicano por diferentes países del mundo en

2004.

Cuando Raffaella ponía en la balanza a Italia y a España, casi siempre ganaba nuestro país. La pasión la cegaba... excepto a la hora de decir tacos. No sabía demasiados, pero es que claro, cuando se enfadaba, la naturaleza la llevaba siempre a espetarlos en el idioma que había mamado desde niña. «Siempre salen mejor cuando los dices en tu idioma». Quizá por eso el vocablo «rompicoglioni» estaba entre sus tacos favoritos para desahogarse. «Esta es la palabra liberadora cuando llega alguien agobiándote con problemas», bromeaba.

Aunque no lo sabía todo el mundo, era una grandísima forofa del fútbol, y si tenía que elegir entre la Juventus o el Real Madrid, se lo tenía que pensar mucho porque tenía, como diría Alejandro Sanz, el corazón partío. En varias ocasiones, demostró lo futbolera que era a través de sus redes sociales, felicitando a la Juventus por sus victorias. Era tal su pasión por el club italiano, que no era raro verla asomarse de vez en cuando por el Stadio delle Alpi, hoy reconvertido en el Juventus Stadium. En el programa que dedicó en su última aventura televisiva al futbolista Leonardo Bonucci, defensa de la Juve, se dejaría ver en el centro del campo ataviada con la camiseta y la bufanda del equipo. «Soy forofa de la Juve», presumía orgullosa, «nací con rayas blancas y negras, es una especie de fe, una cosa que llevo en el ADN. Pero claro, en Madrid me convierto en merengue», aclaraba siempre ante los medios.

Su afición a la pelota la llevó a comparar el mundo del espectáculo con la cancha de fútbol: «Encima del escenario, uno no es nadie si no cuenta con un buen equipo. Tú sola no puedes serlo todo: autor, cantante, director, coreógrafo, encargarte del vestuario y de las luces. Sería demasiada presunción».

En el Real Madrid sabían también de su devoción por el club. No resultaba extraño que los jugadores coincidieran con ella debido a la proximidad del estadio Santiago Bernabéu con el Hotel Eurobuilding, separados por escasos quinientos metros de distancia.

Madrid, aquella ciudad «donde se juntan los caminos, donde el mar no se puede concebir», como decía Sabina, se convirtió en el vínculo de la italiana con esa España a la que ya amaba antes de conocerla.

Una ciudad que comenzó a descubrir con la llegada de la transición y a la que fue viendo madurar y crecer, a todos los niveles, año tras año. En un primer momento debido a sus compromisos laborales. Después, por esa necesidad personal que hizo que nunca quisiera perder su conexión con ella. En esta urbe se sentía como en casa. «En Italia soy la Carrà, pero en España me llaman Raffaella. Y esto me gusta mucho más», decía a sus íntimos.

Quién le iba a decir a esa italiana tan chulapa que ese cordón umbilical que la unía a la ciudad seguiría intacto incluso después de su muerte, cuando la capital decidió que la artista tuviera su propia plaza en pleno centro con el fin de reivindicar a una mujer cuyos valores y forma de ser siempre fueron acorde al espíritu de una ciudad tan libre como ella.

25. Las recetas de Raffaella que arrasaron en las librerías

«Los libros *La pasión turca* y *El águila bicéfala*, de Antonio Gala, encabezan la lista de los títulos más vendidos, en el apartado de literatura, entre los meses de febrero y septiembre de 1993, según el trabajo *Tendencia de compra de libros en España*, realizado por la empresa CISE para el Centro del Libro y la Lectura del Ministerio de Cultura», publicaba el periódico *El País* en relación a las obras literarias más vendidas en España en el momento de hacer el balance del año.

Lo que posiblemente no se esperaba un escritor de la categoría de Gala es que una artista como la Carrà, que era totalmente ajena al mundo editorial, terminara haciéndole la competencia con un libro culinario. Pero así fue. En 1992, para aprovechar el éxito de la estrella en la pequeña pantalla, llegó a las librerías españolas *Las recetas de Raffaella*. Una aventura literaria con la que ya había alcanzado gran éxito en Italia y que, con su edición en castellano, logró que muchos nos pusiéramos el delantal para emular su talento en los fogones. A la presentación del libro en Madrid, acudieron desde sus admirados Jesús Hermida y José María Carrascal a su siempre fiel Lola Flores.

«“Pero ¿qué has hecho para estar tan en forma?”. Así fue como, de pronto, me encontré contando pacientemente centenares de veces la misma historia, escribiendo en papelitos la misma dieta recién descubierta y hasta inventándome recetas para demostrar que, con una pizca de imaginación, resulta posible seguir un régimen alimentario de forma constante». Eran las palabras que abrían una publicación que llegó a sumar más de una decena de ediciones.

La revista *Semana* se hizo eco de este éxito en 1993: «No abundemos ahora en su libro de gastronomía recién aparecido en el mercado, puesto que acerca del mismo se ha comentado prácticamente de todo. Tan solo valga decir que Raffaella Carrà, su autora, lleva camino de convertir su obra en un best-seller, puesto que ya se han vendido cerca de 200 000 ejemplares».

En sus más de doscientas páginas, aparecían otros tantos platos que la cantante había estado elaborando durante un año con sus dos cocineras: Miriam y Luigina. Entre estos encontrábamos los Strozzapetri estilo Carrà, el Gazpacho de Danilo, la Sopa de Raffaella o la Ensalada Alegría, todos ellos bautizados con nombres y términos que tenían mucho que ver con la diva.

«No pretendo ni sentar cátedra ni criticar otros métodos de adelgazamiento de médicos y dietistas», aclaraba en la introducción del libro. «Lo he escrito con el espíritu de una amiga que desea contar una experiencia».

La revista *Clan TV* también hizo hueco entre sus páginas al régimen disociado por el que apostaba Raffaella: «Una dieta que permite lucir una silueta imponente y gozar de una salud a prueba de bombas sin necesidad de pasar grandes sacrificios». La clave estaba en no mezclar nunca proteínas con hidratos de carbono y tomar fruta dos horas antes o después de comer.

También era imprescindible respetar una regla de oro: los dulces y los alimentos que engordan

en general deben tomarse siempre antes de las ocho de la mañana. Hasta esa hora se podía comer «todo lo prohibido».

Mike Medianoche, creador del portal nostálgico Sufridores en casa y actual miembro de la plantilla de Bluper, decía con mucha gracia en su libro *No me toques los 90* que, si no obedecías esa norma, «podías convertirte en un monstruo y pasarte más o menos como a los gremlins cuando comían después de la medianoche. [...] Además, para que el volumen fuese más gordo, incluía un puñado de páginas en blanco “para registrar tu peso diario” y “anotar las transgresiones que cometes”. Así te entrarían remordimientos por haberte saltado la dieta».

«Tengo que decir que después de publicarlo en Italia nadie ha dicho nada malo sobre la dieta, porque todas las recetas son muy sanas. Si sigues las pautas que doy, vas a comer todas las vitaminas, proteínas y nutrientes que necesita el cuerpo diariamente», explicaba a María Teresa Campos durante la entrevista que la malagueña le hizo en su programa *Pasa la vida* de TVE rodeada de huevos, patatas fritas, un plato de cocido y ensaladas de todo tipo.

El lanzamiento de un libro de estas características no extrañó a los que conocían a la italiana, ya que la cocina fue una de sus grandes pasiones, algo que además se le daba muy bien. Le encantaba cocinar para sus amigos, para sus compañeros, para su gente. Bordaba el ragú de ternera, el plato más típico de Bolonia, su tierra, y fue lo primero que cocinó en su vida. También la pasta le salía exquisita.

Su gran amiga Paloma Gómez Borrero, periodista y corresponsal de TVE en Italia y el Vaticano, contaba en un programa de la televisión autonómica vasca en 2017, tan solo unas semanas antes de fallecer, que la mejor pasta a la boloñesa que había comido nunca había sido precisamente la suya. «Está mal que yo lo diga, pero la hago benissima», confirmaba la propia Raffaella a través de una llamada telefónica.

«Era muy buena cocinera. Pero cocinera tardía, todo hay que decirlo», me matizaba su inseparable Maeso. De hecho, no comenzó a coquetear con los fogones hasta su llegada a España. «De vez en cuando tenía muchas ganas de comer pasta como realmente se hace en mi país, y ahí fue cuando me lancé a cocinar, mientras hacía los guiones de ¡Hola Raffaella! y mi compañero Sergio me guiaba».

Además de cocinarla, le encantaba comer pasta. Cuando se iba a cenar con parte del equipo de sus programas en España, llevaba fatal ir a alguno de los típicos restaurantes italianos de Madrid porque en ninguno cocían la pasta como a ella le gustaba. Nunca estaba al dente y eso la enfadaba muchísimo. Dicen que terminó trayéndose a uno de sus cocineros una temporada para poder comer la pasta a su gusto, siendo este otro de los motivos por los que decidió comenzar a cocinar ella misma y no tener que depender de nadie para disfrutar de sus platos favoritos.

De la gastronomía española, la volvía loca el jamón de jabugo. Siempre contaba la anécdota del regalo que le hicieron en un programa de televisión en España como agradecimiento a su visita. «¿Quieres que te regalemos un bolso de “tal marca” o un collar de “tal otra”? ¡Yo les pedí un jamón de jabugo! El problema es que luego no sabía a ciencia cierta si iba a tener problemas a la hora de meterlo en el avión al regresar a Roma».

Ni corta ni perezosa, «me compré un bolso para hacer polo. Así, si me paraban en la aduana, diría que dentro llevaba la raqueta de tenis», contaba a carcajadas. Finalmente logró que el jamón aterrizara en casa sin ningún tipo de problema, aunque reveló que este no duró más de una semana.

Además del jamón, sentía devoción por la tortilla, el marisco y la carne de Galicia. Pero «si tú me das un jamón, me estás regalando un brillante», confesaba a Belinda Washington en el programa Plaza Mayor de Castilla-La Mancha Media al que acudió en 2006.

Todo su equipo sabía que Raffaella nunca almorzaba, sino que solo cenaba. Siguiendo las pautas que aconsejaba en su libro de recetas, optaba por tomarse un gran desayuno antes de las ocho de la mañana y aguantaba hasta la noche a base de cafés.

Nacho Álvarez, director de la película Explota, explota basada en sus canciones, tuvo el privilegio de almorzar en su casa de Roma el día que acudió junto a sus productores para presentarle el proyecto del film. «Ella no comió», me confirmaba el director uruguayo. «Nos dijo que solo cenaba. A nosotros nos puso de picar unos jamones, unos quesos, huevos, ensaladas... y nos ofreció vino. Lo único que sí probó fue un budín con salsa de naranja que estaba delicioso. Y por supuesto, eso sí, se tomó el café mientras se fumaba un cigarro».

Su camerino desprendía un olor tremendo a cafetería, ya que se alimentaba de strettos, un café al estilo italiano que la mantenía en activo, hasta la una de la madrugada que acababa el espectáculo. «No puedo hacer el programa con el estómago lleno», comentaba a sus compañeros. Los cafés se los solía preparar un ayudante que siempre la acompañaba.

Cuidaba mucho su dieta, algo que complementaba con ejercicio constante, imprescindible para estar en forma y sacar adelante unos shows en los que el baile era fundamental. Durante sus años de giras internacionales, entrenaba cuatro horas diarias con sus bailarines: «Somos como un equipo de fútbol». Ya con el medio siglo cumplido seguía a pleno rendimiento: «A los cincuenta años una mujer está en lo mejor de su vida, siempre y cuando haya sabido cuidarse desde jovencita», declaró durante la promoción del libro.

Cuando alcanzó los sesenta descubrió la natación, un deporte que hasta ese momento nunca había practicado y que desde ese instante decidió incluir en su rutina porque la mantenía muy estilizada.

La natación, la danza y una cuidada alimentación siempre le permitieron lucir una envidiable figura incluso en su madurez; un cuerpo escultural que muchas y muchos trataron de imitar con el lanzamiento de Las recetas de Raffaella, que, lejos de ser una obra maestra de la literatura, sí ha sido una de esas joyas conservadas con especial cariño por sus fans.

Uno podía divertirse con la diva italiana hasta cocinando, como si cada una de esas recetas simbolizaran la alegría implícita en cualquiera de sus canciones. Como si cada una de esas composiciones tuvieran el sabor de cualquiera de esas doscientas recetas elaboradas para, al igual que conseguía su música, hacernos sentir jóvenes, saludables y llenos de vida.

26. «Siempre voto comunista»

Dicen de Nina Simone, una de las grandes divas del soul y el jazz del siglo XX, que, además de tener mucho coraje y un fuerte compromiso social con sus raíces afroamericanas, en las distancias cortas no era una mujer fácil. La virtuosa pianista solía enfadarse y discutir a menudo cuando las cosas no se hacían a su manera y los ataques de ira protagonizaron varios capítulos de su vida.

A Jennifer Lopez siempre le ha perseguido su fama de caprichosa. Dannii Minogue, con la que trabajó en el programa Top of the Pops, declaró en su día que durante la grabación la diosa latina llegó a amenazar a todo el equipo con no salir a actuar si no redecoraban su camerino pintándolo entero de blanco.

Famosa desde su juventud, con un currículum que iba desde Hollywood a programas de televisión con audiencias históricas y musa incontestable de la música italiana, Raffaella Carrà cumplía todos los requisitos para ser una de esas estrellas insoportables, altivas y adictas a las exigencias a las que tener que aguantar sus malas formas. Sin embargo, quienes la conocieron tras las cámaras ofrecen una imagen unánime de ella: era la diva «antidiva».

La Carrà era una reina de la música y la televisión, y no lo ocultaba a la hora de reivindicarse como tal en un escenario o de ponerse frente a una cámara. Pero cuando se apagaban los focos era una curranta más. Su inseparable Maeso la definió a la perfección: «Su forma de entender y trabajar en televisión estaba lejos, muy lejos, del comportamiento de una estrella y más cerca del de un militar, un deportista o un artesano. Una mezcla de los tres. Alma televisiva, eso sí. Y corazón y vida».

Miriam Díaz-Aroca, que vivió muy de cerca su etapa en TVE, da fe de ello: «Yo no recuerdo que por los pasillos de la tele se hablara de algún mal rollo con Raffaella. Todo lo contrario. Solo tengo oídos de cosas bonitas. Es más, siempre se comentaba lo amable y respetuosa que era con todo el equipo, con los que estaban delante y detrás de las cámaras y de lo considerada que era con los tiempos de grabación, que a veces llegan a ser extenuantes en televisión. Lo que sí se decía es que era muy exigente, pero eso es algo que dice mucho de una profesional que tiene que sacar adelante un programa en directo de tanta responsabilidad».

La cómica Elena Martín me destacaba lo habitual que era verla comer un bocadillo con los miembros del equipo mientras conversaban y se echaban unas risas: «Cuando trabajas con alguien mucho tiempo, al final, tarde o temprano, si no eres como quieres mostrar, la careta se termina cayendo. En su caso quedó demostrado que nada era fingido».

Su naturalidad se entremezclaba con la luminosidad que rodea a las grandes estrellas, me subrayaba Elena: «Era muy curioso porque tú la veías en maquillaje y transmitía ese halo de misterio que tienen las divas inalcanzables, pero a la vez encontrabas en ella una mujer llena de verdad en la que podías ver a una amiga. Personas con esa luz y a la vez esa sencillez solo he

conocido a tres en mi vida: Paco Rabal, Concha Velasco y Raffaella Carrà».

«Era muy normal, muy natural, muy genuina. Pero, ¡jojo!...», me recalcaba el periodista Borja Terán. «Eso no quita que, como diva del espectáculo que era, tuviera por ejemplo seguridad en su camerino. Algo que es totalmente entendible en una estrella de su categoría a la que todo el mundo quería acceder».

En julio de 2018, la periodista Carmen López dedicaba un artículo a la cantante hablando de esa faceta desconocida de la artista, y se basaba en las declaraciones que unos meses antes había hecho en sus redes sociales la escritora y guionista Almudena Montero, sobre los años en los que coincidió trabajando con Carrà en la televisión pública: «Cuando entraba por la puerta, todo el mundo se callaba para escucharla. No era solo una rubia con ropa ajustada y brillante. Era una mujer muy potente, con mucha fuerza. Y eso se notaba estuviera donde estuviera». Contaba Almudena que le gustaba ir a verla en sus ratos libres, «como hacíamos muchas otras. A admirarla, a escucharla, a ver cómo trabajaba».

En la publicación también se hacía referencia a las declaraciones que la cantante hizo cuatro décadas antes a la revista *Interviú* hablando sin tapujos de su ideología política. «Siempre voto comunista», decía el titular. «Durante toda mi vida he estado de parte de los trabajadores, de la gente que lucha. [...] Teóricamente, debería estar del lado de los ricos, por mi condición social. Pero no». Esa empatía de la que hablaba no era simple palabrería. De ella haría gala con muchas de las personas que trabajaron a su lado a lo largo de su carrera.

Iborra me detallaba que, durante sus primeros años como guionista, un día, tras una jornada entera de grabación en las Fallas de Valencia, la italiana lo miró y le preguntó: «¿Qué te pasa que estás muy serio?». «Ella siempre tuvo mucho feeling conmigo porque yo siempre estaba sonriendo, y le extrañó esa expresión tan poco habitual en mí», matizaba. «Es que estoy cansado, Raffaella», le contestó. «¡No puedes estar cansando con el dinero que ganas!». «Yo la miré y le dije: “Es que no ganamos tanto dinero, Raffaella...”». Ella se quedó pensativa y continuaron su viaje rumbo a Madrid. Al día siguiente, Juan Luis y el otro compañero que le acompañaba recibieron una llamada de la tele para decirles que les habían subido el sueldo: «¡Ni más ni menos que el doble!». Tenía claro que, para exigir a un trabajador, a este había que tratarlo bien y pagarle justamente. Si ella pedía que esa persona estuviera al cien por cien, mañana, tarde y noche, había que cuidarla. «Era muy buena con nosotros», me aseguraba Iborra.

Pilar Tabares, por su parte, llevaba años trabajando para el ente público dando forma a algunos de los espacios más icónicos de nuestra televisión (*Verano azul*, *Tocata*, *La edad de oro...*). «Hasta el momento en el que comencé a trabajar con Raffaella, en todos los programas en los que estuve yo aparecía en créditos como “producción” o “productora en funciones”. Era un término muy ambiguo que se utilizaba para que no pudieras ir a magistratura y exigir el sueldo que correspondía a la labor de “productor”, que era realmente la que yo desempeñaba».

Un día, durante una conversación informal mientras preparaban el programa, la presentadora fue conocedora de esa situación. «Recuerdo que estábamos comiendo pipas. Y eso que ella siempre decía que las pipas eran para los loros...», me apostillaba Tabares. «Pero al final terminaba comiéndolas con nosotros».

«¿Pero cómo vas a ser tú auxiliar de producción?», le dijo sorprendida. Le faltó tiempo para reunirse con los jefes y solucionar aquello. Desde ese preciso instante, Tabares comenzó a firmar todos sus programas como productora, con el reconocimiento y la consecuente subida de salario que eso suponía.

Esa generosidad también la aplicaba a los telespectadores. A las 8 con Raffaella, el programa hermano de ¡Hola Raffaella!, dio voz a muchas personas que en ese momento se encontraban pasando necesidades, invitados a los que brindaba su espacio para contar su difícil situación o pedir ayuda a través de la pantalla. Pues bien, prácticamente todas las personas que por allí pasaron con penurias económicas se fueron de aquel plató con un sobre con dinero. Pero no con dinero de las arcas de TVE, sino del propio bolsillo de Raffaella.

«Nos lo daba a los redactores que les habíamos hecho la entrevista previa al programa para que se lo entregáramos antes de marcharse», me confesaba Iborra. «Ella nunca quiso decirles que era suyo para que no se sintieran comprometidos. ¡Vosotros les decís que esto es de parte del programa y ya está!», ordenaba al equipo. «Esto es algo que nunca se ha contado, pero era así».

Fueron detalles que nunca salieron a la luz. Sin embargo, algo había en esa arrolladora mujer que, a pesar de su exquisito vestuario, de las luces y de su fama internacional, conseguía conectar con los telespectadores, que veían en ella una persona en la que podían confiar.

«No quiero que pienses que solo quiero darte una visión maravillosa de ella», me reiteraba Enrique del Pozo. «Pero te puedo decir que una vez, saliendo del Eurobuilding donde ella residía, había una persona que llevaba varias noches durmiendo a las afueras del hotel. Uno de esos días me pidió que la acompañara para entregarle varias cosas que le había comprado. Entre ellas había un paquete que tenía dinero. ¡Y eso lo he visto yo!, no me lo ha contado nadie».

En una edición de ¡Hola Raffaella!, durante el transcurso del juego telefónico ¿Por qué te digo azul?, en el que los espectadores tenían que adivinar a qué color hacía alusión la pregunta formulada por la presentadora —una concursante de Lloret de Mar descubriría que se estaba refiriendo a la bandera de Suazilandia, ganando 6 200 000 pesetas—, recibió una llamada inesperada desde Alicante de una televidente a la que lo que menos le interesaba era participar en el concurso.

«Candela, ¿a qué te dedicas?», le preguntó Raffaella con su frescura habitual, a lo que Candela contestó: «No estoy trabajando ahora, estoy recibiendo una ayuda familiar». Esta pregunta de cortesía precedió a la cuestión correspondiente al juego telefónico: «Muy bien, Candela, a ver si adivinas qué es el azul». La sonrisa de Carrà se desdibujó por completo al escuchar la respuesta: «No, no llamo para jugar. Llamo porque no quiero seguir viviendo, mi vida no tiene ya ningún aliciente».

Raffaella, ante aquellas palabras, decidió parar el juego y escuchar detenidamente a esa mujer que se estaba planteando dejar de vivir. «De una década para acá llevo soportando muchos golpes. He perdido a mis padres, desgraciadamente he tenido que vivir la muerte de un hijo, y ahora que tengo a un niño pequeño de tan solo dieciséis meses he perdido mi vivienda»,

explicaba ante los millones de espectadores que esa noche sintonizaban TVE.

Carrà, dispuesta una vez más a ponerse en los zapatos del otro, trató de que se calmase: «Lo que puedo decirte así de golpe es que nunca tienes que decir “tengo que acabar con mi vida” porque eso no soluciona los problemas. Si quieres, hablamos mañana en privado, que estarás menos nerviosa e intentamos ver cómo podemos ayudarte a seguir adelante, ¿te parece?».

Candela, algo más tranquila, aceptó la propuesta. «¿Me prometes que no vas a volver a pensar en esta última y terrible solución?». «Prometido», respondió, para después reconocer que la había llamado porque le parecía «una gran persona con muy buen corazón».

Ese momento quedó recogido en varios medios de comunicación. La revista Lecturas quiso seguir el caso de cerca: «Raffaella se comprometió a realizar las gestiones oportunas con los bancos y con los organismos pertinentes para que Candela no pierda su vivienda».

Nunca le costó ser generosa con quien más lo necesitaba, quizá porque la vida, de algún modo, también lo había sido con ella. Seguramente por eso siempre prefirió gastarse el dinero, más que en ella misma, en su gente más cercana: en su madre, en su abuela Andreina que tanto la apoyó para que fuera artista... Y también en la casa que tenía en Porto Stefano, la residencia de la Toscana con vistas al mar en el Argentario, su pequeño paraíso.

En una excelente entrevista firmada por Marta Flores, a la que acompañaba una sesión fotográfica realizada por Javier Biosca, relató que no era dada a participar en conciertos benéficos: «Yo prefiero darles mi dinero directamente. Lo saco de mi bolsillo».

Su condición económica y los privilegios que le concedió haberse convertido en la presentadora mejor pagada de Europa, a lo que se sumaban los royalties por las millones de copias vendidas de sus discos, podía haberle hecho despegarse de la realidad y refugiarse en esa burbuja en la que viven muchos multimillonarios. Pero no fue su caso.

También lo demostró al crear el programa Amore, emitido por la RAI en el año 2006: un espacio semanal con sorpresas y actuaciones musicales en el que se incentivaba la adopción a distancia. Durante ocho semanas, cerca de 130 000 niños fueron apadrinados por los espectadores italianos a través de un espectáculo televisivo cuyo pilar era Intervida.

Unos años antes, la propia Raffaella ya había apadrinado a varios de esos niños a los que conoció en persona cuando viajó a Guatemala y Perú y con los que mantuvo relación durante toda su vida. «Tú los puedes escribir, pero en mi caso, que tengo posibilidades para hacerlo, viajar, ir a verlos y conocer a su familia es algo fantástico. Tras el viaje, te das cuenta de que no adoptas a un niño, adoptas a una familia. Poder verlos crecer es algo bellissimo», relató durante la rueda de prensa de Amore.

Dos años antes, en diciembre de 2004, ya había logrado que 50 000 niños fueran adoptados por el público español gracias al especial Contigo, un telemaratón de doce horas emitido por TVE.

La relación con la organización de Intervida, con la que estuvo tan involucrada, acabó cuando, durante las semanas de emisión de Amore, la presentadora recibió una carta anónima que exponía las diligencias que la Fiscalía de Barcelona estaba realizando sobre la ONG. «Me caí de las nubes. Reuní a los directivos de la RAI y les dije que hasta que no estuviese todo claro no debíamos seguir con el programa. Y ahora me alegro de la intuición tan grande que tuve. Igual fui exagerada pero, viendo lo que ha salido luego en los medios, me alegro de mi decisión», declaraba a El País en 2007 mostrando su evidente desilusión.

Aun así, la solidaridad siempre fue parte de su forma de ser. Cuando nadie sabía de su enfermedad, en plena pandemia, quiso donar un costoso respirador para los enfermos de Covid-19 a la Confraternidad de Misericordia de Porto Santo, una asociación de voluntarios muy presente en ese pueblo pesquero de la Toscana en el que se evadía del bullicio de la gran ciudad. Tan solo unas semanas antes de fallecer también dejaría cerrada la donación de un gimnasio de 160 metros cuadrados en el que durante muchos años entrenó con sus bailarines.

Nadie podía imaginar que la cesión de ese inmueble de una forma tan repentina tuviera que ver con el avanzado estado de su enfermedad. De esa entrega ante notario data su última fotografía en vida. Con gafas oscuras, mascarilla y visiblemente delgada, aparecía con dos voluntarios que quisieron regalarle un cuadro del Argentario como agradecimiento a su implicación con los habitantes de la localidad.

Esa zona de la Toscana fue la que mejor conoció a aquella diva que, sin lentejuelas, artificios y aplausos alrededor, encontró en ese lugar su refugio para vivir muchos de los grandes momentos personales y espirituales de su vida.

27. Su paraíso en la Toscana

Cuando se hallaba inmersa en algún proyecto, su implicación era impresionante. «La temporada que nos encontrábamos trabajando en algún show, no teníamos vida social. ¡Daba lo máximo!», me relataba Danilo Vaona. «En cuanto terminábamos el programa, del plató nos íbamos juntos a cenar al hotel, o a su casa si estábamos trabajando en Roma. Eso sí, cuando finalizaba la temporada, ella tenía una casa inmensa en Cala Piccola, en la Toscana, donde se iba un mes entero a descansar, a desconectar, a estar con sus amigos y, por supuesto, a pensar en su próximo proyecto».

Cuando llegaba el verano, le encantaba apagar el interruptor de la popularidad y retirarse de la vida pública. Trataba de no aparecer en televisión, no concedía entrevistas y evitaba ser fotografiada. Se dedicaba a disfrutar de la naturaleza, a leer, a gozar de sus amistades; a hacer todo eso que no podía mientras se encontraba metida de lleno en algún proyecto. Necesitaba de algún modo sentir que su vida privada existía, evadirse de la fama y sentirse una persona anónima, disfrutando inclusive de determinados momentos de soledad.

«Cuando estoy sola, procuro cuidarme. Me relajo y pienso. Me relaja fantasear, siempre estoy inventando cosas», declaraba a la revista Pronto en 1992.

Alicia Romay describió en la publicación Egos ese lugar tan especial para Raffaella del que me hablaba Danilo como «un espacio imponente en la zona del Argentario, la Cala Piccola, en donde el mar acompaña en los buenos y en los malos tiempos. En donde el azul cristalino de las aguas italianas se junta con el azul del cielo rodeado de un paisaje montañoso de película».

A tan solo ocho kilómetros de su residencia, se ubica Porto Stefano, un elegantísimo y discreto puerto pesquero donde era frecuente coincidir con la diva mientras paseaba o iba de compras. Era normal verla en la librería o entrar a algún centro estético de la zona. Los vecinos del Argentario dicen que siempre fue educada, jovial y muy agradable cuando se cruzaban con ella por sus calles.

En mi visita a Porto Stefano en mayo de 2023, pude conversar con varios habitantes del pueblo y comprobar el gran cariño que siguen sintiendo hacia ella: «La he visto pasear por aquí desde que yo era una niña, siempre fue muy simpática y muy cariñosa con todos. Compraba siempre que podía en nuestros negocios», me contaba sonriente la dueña de la tienda de Benetton de la localidad: «Solía venir muy a menudo con Japino o su última pareja. Era una más en el pueblo».

No sorprendía en absoluto verla desayunar un café lungo con leche fría aparte en la que fue su cafetería favorita. Ese lugar era La Fuga, un local remodelado justo después de la pandemia. «Aquí desayunaba muchas mañanas. Pero este sitio está cambiado por completo, ya no queda nadie de los que trabajaban por entonces. Ni siquiera tiene los mismos dueños», me decía con tono resignado el propietario del estanco adyacente a la cafetería.

Para sus habitantes tampoco era extraño toparse con ella mientras compraba en la frutería o en el mercado, o ver cómo echaba alguna moneda en las máquinas tragaperras con su eterno cigarrillo en la mano; imágenes que, por otro lado, eran muy golosas para los paparazzi, ya que en ellas se encontraban con la Pelloni, la otra Raffaella que nada tenía que ver con el fascinante mundo del espectáculo y la televisión.

Aquella casa en la Toscana era el lugar perfecto para huir y desconectar de las calles de Roma, donde era casi imposible caminar sin que alguien la parase. La tranquilidad de Porto Stefano era el hábitat idóneo para reencontrarse consigo misma, huir del maquillaje y salir a pasear con una simple coleta o unas gafas de sol.

«Cuando trabajo, me pongo trajes de lentejuelas intentando, igual que un niño que se disfraza, entrar en un mundo de fantasía, un mundo que no existe. Luego, detrás del escenario, la realidad es muy diferente», comentaba en relación a la diferencia entre la mujer que salía a escena y la que se alejaba de los focos cada cierto tiempo en su particular oasis italiano.

«Recuerdo, que cuando se compró su casa en el Argentario, se empeñó en poner la piscina justo donde había una roca enorme. ¡Y le salió casi más caro poner el hueco de la puñetera piscina allí, que lo que le costó hacerse el chalet entero!», bromeaba conmigo Enrique del Pozo.

Su casa de Cala Piccola era también el sitio ideal para disfrutar de uno de sus grandes pasatiempos: jugar a las cartas. Entre sus debilidades, estaban el tressette y el scopone scientifico. Siempre decía que era muy bueno para tener el cerebro entrenado, algo que le beneficiaría a la hora de memorizar los guiones o las letras de sus canciones. Eso sí, siempre jugaba sin dinero; como mucho apostaba un euro como algo simbólico. Y siempre jugaba para ganar. Sus grandes amigos coinciden en que cuando perdía... ¡no lo soportaba!

En ocasiones también hacían apuestas y quien perdía debía pagar una penitencia. «A veces esa penitencia tenía muy mala leche», me reconocía divertido Alberto Maeso. «Hubo una vez que ella perdió y decidimos que la penitencia fuera reconocerlo en mitad de una aparición muy importante que tenía al día siguiente en el Telegiornale, el informativo de la RAI. “¿Pero cómo voy a contar eso en mitad del telediario?”», les dijo.

Giovanni, uno de los guionistas de Carràmba! Che sorpresa, que también estaba presente aquella noche, habló con el presentador del informativo para que, al finalizar la entrevista, le preguntara por su derrota. «A ella le cambió la cara y tuvo que admitirlo, pero terminó hablando de la importancia de saber perder y de aprender a equivocarse. Hasta esa excusa tonta le servía de vez en cuando para seguir dándonos pequeñas lecciones de vida».

Además de esta casa en la que pasaba grandes temporadas para descansar e idear sus proyectos, también era propietaria, según publicó Vanitatis, de un apartamento en el bellísimo pueblo medieval toscano de Montalcino, cerca de Siena.

En la casa del Argentario, a la que bautizó como Rosa Dei Venti, vivió muchos de sus mejores momentos personales. A día de hoy emociona, y a la vez impone, ponerse delante de las puertas de la residencia en la que tanto tiempo pasó. Una casa que, ya sin su presencia, sigue teniendo la

mirada puesta en ese mar que tan bellos anocheceres le regaló, que tantas veces la inspiró y que a lo largo de los años seguramente la ayudó a curar muchas de las heridas que nunca haría públicas.

En este paraíso en el que se refugiaba para desconectar, meditar y cargarse de energía, inventaría en 1995 el formato de Carràmba! Che sorpresa, un programa con el que volvió a batir récords de audiencia en Italia tras el boom televisivo cosechado en tierras españolas. La Carrà renacía de nuevo en el país que, una vez más, quiso que fuera profeta en su tierra.

28. La sorpresa de Carràmba

«Io, so qui/ Con un pizzico di nostalgia/ Che magia/ E mi sento ancora a casa mia [Estoy aquí/ Con un poco de nostalgia/ Qué magia/ Aún me siento como en casa]». Esta es la letra de su icónico Bailo, bailo, tema que sonaba en los primeros segundos de Carràmba! Che sorpresa, el formato con el que regresaba a Italia después de cuatro años de apoteósico éxito en España.

Con esa primera actuación y vestida de blanco, como acostumbraba cada vez que estrenaba un nuevo proyecto, el 21 de diciembre de 1995, desde el Auditorium RAI del Foro Itálico de Roma, Carrà se dirigía a los espectadores y los hacía cómplices de su nerviosismo tras tanto tiempo de ausencia en la televisión de su país.

En aquel momento, la comunicadora quería regresar con algún espacio en el que pudiera mantener ese contacto con la gente que tanto le apasionaba. Aunque no tenía la necesidad de hacerlo con un programa que se emitiera en horario de máxima audiencia, Brando Giordani, director por entonces de Rai Uno, lo tenía claro: «Tienes que volver al prime-time».

Fue así como Raffaella retornaba al sabato sera con Carràmba! Che sorpresa, una adaptación del formato británico Surprise Surprise de mediados de los años ochenta, con el que logró colarse desde el minuto cero en la casa de millones de televidentes.

El programa cosechó audiencias descomunales, alcanzando cuotas cercanas al 50 % de share. De la adaptación española se encargó Giorgio Aresu, formato que llevaría a Antena 3 bajo el título Sorpresa ¡Sorpresa!, cuyas tres primeras temporadas, de 1996 a 1998, fueron conducidas por Isabel Gemio, y después, en 1999, por Concha Velasco.

«La verdad es que nunca había visto Carràmba, y lo preferí así porque una debe hacerlo a su manera, sin influencias de ningún tipo. Aparte de que ella era inimitable. Preferí partir de cero», me reconocía Gemio. «Giorgio Aresu, que también es italiano, sí que conocía bien lo que hacían en Italia, y creo que eso fue lo que ofreció a Antena 3. Ella y yo nunca hablamos del programa, pero, eso sí, cada vez que le preguntaban por mí, siempre fue muy respetuosa hacia mi persona».

La mecánica del espacio consistía en dar una sorpresa a algunos de los presentes en el auditorio a través de una persona que hacía de gancho. Raffaella caminaba entre el público hasta que se situaba al lado de uno de los asistentes y aportaba unos datos concretos que confirmaban que este era la nueva «víctima» de la rubísima hada madrina.

Había todo tipo de sorpresas: desde en las que te regalaban un perrito porque era uno de tus sueños hasta las que tenían como objetivo hacer que el sorprendido se reencontrara con aquellos familiares que tuvieron que emigrar a Argentina. Hay que tener en cuenta que por entonces no existían redes sociales, videollamadas ni aplicaciones como Zoom que nos permiten ver en directo y sentir más cerca a las personas que tenemos a miles de kilómetros de distancia, por lo que con esos encuentros la emoción estaba garantizada.

Haber unido a tantas familias, que por problemas económicos llevaban años o incluso décadas separadas, fue algo de lo que Raffaella se sentiría especialmente orgullosa. Sin embargo, «en muchos medios decían que aquello era fingido. Esa superficialidad me hace enfadar», admitió la presentadora. «En los últimos tiempos, me lo han reconocido. Pero después de haber sudado la gota gorda», declaró tras años sufriendo salvajes críticas por parte de un sector determinado que llegó a denominar el género popularizado por Carràmba como la «televisión de las lágrimas».

El equipo también logró que muchos de los sorprendidos conocieran de cerca a sus ídolos. Madonna, Tina Turner, Britney Spears, Mariah Carey, Robbie Williams o Celine Dion fueron algunas de las celebridades que hicieron realidad los deseos de sus fans italianos. Estrellas que también compartirían plano y charla con Raffaella en aquel gran escenario ya icónico para la RAI.

En muchos casos, los invitados fueron los protagonistas de las sorpresas. Uno de ellos fue Diego Armando Maradona, que en noviembre de 1998 tuvo la oportunidad de reencontrarse con algunos de los excompañeros del Nápoles con los que había vivido grandes victorias durante sus años en Italia.

Aquella edición batió todos los récords y superó los trece millones de telespectadores. Semejante éxito llevó a Carrà y a su equipo a plantearse recuperar el formato en España. Luchó por ello durante varios años, pero al final, a pesar de poner todo su empeño, varios factores no lo hicieron posible.

Siempre se ha dicho que uno forma parte de la cultura popular de una nación cuando tu nombre se convierte en un adjetivo. En nuestro país, por ejemplo, podemos citar el concepto de una película o una situación almodovariana cuando algo es muy excesivo. O que algo es berlangiano cuando se plasma un momento muy costumbrista.

En Italia, el fenómeno de Carràmba fue de tal magnitud, que la palabra «carrambata» sería incluida en el diccionario oficial italiano. Según L'Istituto Treccani, es la «situación que recuerda a momentos típicos del programa de televisión Carràmba! Che sorpresa, conducido por Raffaella Carrà desde 1995». Hasta ese punto llegó su influencia en la sociedad.

Carràmba viene del término «caramba», una palabra asociada a una expresión de sorpresa muy utilizada en España, pero que curiosamente no existe en italiano. La presentadora quiso utilizarlo, jugando con su apellido y haciendo una vez más un guiño a su querida y siempre presente España.

Este no fue el único homenaje que en esta etapa hizo a nuestro país. Los millonarios datos de audiencia pedían a gritos el retorno musical de la cantante con un nuevo disco, y así lo hizo. Raffaella decidió volver al estudio para grabar un nuevo álbum con mucho sabor «typical Spanish».

En 1996, la segunda temporada de Carràmba se abría con una renovada Carrà, que interpretaba

por primera vez Una aventura, versión italoespañola del tema que Luccio Battisti editó en 1969. Raffaella transformó el clásico del compositor en una rumba cuyo estribillo adaptó al castellano. Era el tema con el que presentaba su nuevo disco, titulado Carràmba Che Rumba!, un trabajo en el que versionó éxitos archiconocidos de grupos como Rumba Tres, Los Manolos, Las Grecas o la ya por entonces omnipresente Macarena de Los del Río, poniendo de manifiesto el carácter tan mediterráneo que siempre la caracterizó.

De hecho, Los del Río, en plena explosión mundial de Macarena, acudirían por primera vez a un plató italiano gracias a la invitación de la diosa televisiva. Una visita en la que Antonio y Rafael sucumbieron a la tentación de adaptar su hit planetario y cantar a la Carrà eso de «Dale a tu cuerpo alegría, Raffaella. Que tu cuerpo es pa' darle alegría y cosas buenas». La italiana agradeció el detalle bailando la coreografía con su habitual desparpajo.

Su pasión por lo nuestro hizo que siempre estuviera pendiente de lo que triunfaba en España, dando espacio a nuestros artistas en cada uno de sus proyectos. Italia, por otro lado, nunca ha dado demasiado «cariño» a los intérpretes españoles, todo lo contrario a lo bien que durante varias décadas ha sido recibida la música italiana en las listas de ventas patrias.

A pesar de ello, nunca cesó el empeño de Raffaella porque lo spagnolo llegara a oídos de sus compatriotas, lo que la llevó a recibir en sus programas como auténticas estrellas a cantantes y grupos como Mecano, al que pidió que en su próxima visita regresara con un tema rock, o al internacional Julio Iglesias, con el que mantuvo una conexión muy especial marcada por una seducción mutua que traspasaba la pantalla.

También quiso abrir sus puertas a una por entonces triunfal Mónica Naranjo, a la que presentó por primera vez ante toda Italia como «una forza della natura». Una experiencia que Mónica recuerda a día de hoy con especial cariño: «Cuando me llamaron para ir a Carràmba, me encontraba sumergida en plena gira Minage en España. Fue acabar uno de los conciertos y en la madrugada volé a Roma para actuar en su programa esa misma tarde. Por lo visto había seguido mi carrera desde Palabra de mujer, y con motivo del lanzamiento de Minage en Italia, mi disco homenaje a Mina, encontró la excusa perfecta para invitarme a su programa. Fue una superbuena anfitriona y sobre todo una gran compañera. Todo fueron facilidades. Se rodeaba de un equipo tan profesional como lo era ella».

«La pantera de Figueras», que por entonces ya se había transformado en un icono de la música en España tras vender millones de discos con su segundo trabajo, quiso revelarme lo que más le llamó la atención de Raffaella al conocerla en persona por primera vez: «Lo que más, su vitalidad. Tenía una energía vital incombustible y una enorme capacidad de trabajo. Se sentía que amaba lo que hacía y lo mucho que lo respetaba. Y qué decir de su belleza y físico... ¡Era una comeaños!», bromeaba.

Debido a su interés por lo que se cocía musicalmente en nuestro país, contactó en varias ocasiones con el locutor y especialista musical Joaquín Hurtado para pedirle su opinión al respecto: «En 2001, meses antes de presentar San Remo, me pidió que la aconsejara. Quería saber qué artistas españoles serían exportables a la Italia del momento. Recuerdo de aquella reunión que se declaró fan absoluta de Christina Aguilera y que le llamaban poderosamente la

atención las rumbas de Estopa».

Con Carràmba alcanzó un nuevo hito, algo que ya había logrado con Pronto, Raffaella? o Canzonissima: espacios con los que se ganaría el respeto del público y de la crítica, siendo innegable su papel en la historia de la pequeña pantalla. De ahí nació el título de «la regina della televisione» con el que habitualmente se referían a la diva en los medios especializados, una forma de aludir a la comunicadora que no terminaba de gustarle demasiado. «Yo no soy reina de nada, no me gusta esa palabra», aseguraba a Carlos Sobera en abril de 2018 durante su visita al plató de Volverte a ver: «La palabra “reina” se refiere a una institución a la que yo no pertenezco. Yo soy una persona a la que sencillamente le gusta divertirse y emocionarse con las personas haciendo televisión».

Una vez más, esa búsqueda de la diversión y del entretenimiento y esa voluntad de reinventarse dieron como resultado un programa creado desde la tranquilidad de su paraíso en la Toscana. Un formato que le regalaría la gran «carrambata» de su vida al conseguir que su nombre aún resuene en los recuerdos de millones de compatriotas y en la historia de la televisión italiana.

29. Las cenas después del show

Si Cala Piccola era su paraíso para descansar y crear en la Toscana, su hogar en la Città Eterna estaba en el número 21 de Via Nemea. En esa ubicación se situaba la vivienda en la que habitó desde muy joven nada más comenzar su relación sentimental con Gianni Boncompagni.

Nunca le gustó salir de noche, pero le encantaba organizar cenas. Su piso en Roma era el lugar perfecto para mantener una excelente conversación con sus invitados y disfrutar de esas grandes seratas italianas que terminaban con una divertida partida de cartas mientras se fumaba algún que otro cigarro.

Pilar Tabares, que la visitó en alguna ocasión durante la explosión de Carràmba, tuvo el honor de formar parte de una de esas reuniones. «Fue la noche que David Bisbal debutó en la televisión italiana gracias a la apuesta personal de Raffaella». Lo haría en el programa Amore en 2006. «Se portó muy bien con nosotros, y eso que hubo un pequeño rifirrafe con la discográfica de David. Ella quería que cantara Ave María, pero el equipo de Bisbal se empeñó en que tenía que ser una de las canciones de su nuevo disco». La discográfica terminó cediendo y todo quedó olvidado con una magnífica velada organizada por la presentadora para el equipo del almeriense.

Muchas fueron las celebridades españolas que desfilaron por la casa de la diva televisiva. Entre ellas, la periodista Paloma Gómez Borrero, con la que además de verse siempre que coincidían en Madrid, también compartió muchas experiencias en Roma. Como vivían muy cerca, bastaba con que Raffaella dijera: «Venga, ¡llama a Paloma!», para que la escritora cogiera su Cinquecento y se presentase en su domicilio. Me contaba su querido Maeso que a ambas las unía el sentido del humor, además de su gran profesionalidad. Alberto fue en infinidad de ocasiones testigo y cómplice de muchos de esos encuentros.

Alaska también mantuvo con Raffaella una respetuosa relación de amistad. La última vez que coincidieron fue en 2018, cuando Olvido fue invitada al acto en el que se condecoró a Raffaella con la Orden del Mérito Civil en Roma. Aquella tarde, antes del acto oficial, Carrà aprovechó para invitar a la cantante a merendar.

La vocalista de Fangoria narró de forma muy divertida cómo fue ese último encuentro en el programa Lazos de sangre de TVE: «Como siempre fue simpática, encantadora, divertida, abierta (hasta cierto punto) y muy clara. Tonterías, no. Merendabas, tal y tal... y al rato decía: “Bueno, ya hemos merendado. Nos vemos luego”. Ella siempre dejaba un espacio, algo que a mí personalmente me parece muy elegante».

La casa romana de Raffaella ocupaba una planta entera en un complejo que dispone de canchas de tenis, un restaurante y una piscina privada. Una dependencia de lujo de 396 metros cuadrados situada en el barrio de Vigna Clara, construida en 1960 y que, según publicaba El Nacional en septiembre de 2022, destacaba por tener tres entradas completamente independientes, un amplio vestíbulo que conducía a dos salones equipados con todas las comodidades y un ascensor interno

que se utilizaba para acceder a una zona de lavandería y planchado. La suite principal poseía un amplio vestidor, algunos armarios empotrados y un cuarto de baño con jacuzzi y sauna. Además, estaba dotada de nueve habitaciones adicionales, cuatro baños, sala de maquillaje, dos cocinas, tres bodegas de vino, una terraza y un balcón en la zona exterior, además de una plaza de garaje. En enero de 2024, el portal Idealista seguía anunciando la venta de la casa por un valor de 2 100 000 euros.

En la parte derecha de la residencia, muy luminosa por cierto, tenía su casa, y en la parte izquierda, su oficina: una zona decorada con muchas fotografías de diferentes etapas de su trayectoria y muchísimos de los discos de oro y platino que consiguió a lo largo de las décadas. La casa lucía muy sencilla, nada ostentosa, con un estilo muy ochenta/noventa, con tonos blancos y dorados.

En el salón principal, destacaba un gran proyector. Cuando la residencia se puso a la venta en un portal inmobiliario a los pocos meses de fallecer, los fans descubrieron que se trataba del hogar de la diva por culpa de este dispositivo. Una fotografía publicada por Laura Pausini en sus redes sociales el día en el que visitó a Raffaella para que conociera a su hija recién nacida fue la clave: el inconfundible proyector aparecía de fondo.

Aquel era uno de sus rincones favoritos. «No voy al cine, pero tengo una pantalla gigante en el salón para disfrutar de una buena película mientras me fumo un cigarrillo», le confesó al cineasta Nacho Álvarez.

Jamás haría ni un solo reportaje en su casa para las revistas, por eso, conscientes de lo celosa que siempre fue de su intimidad, a muchos de sus seguidores les entristeció que tras su muerte se publicaran en varios medios las fotografías de aquellas estancias.

Via Nemea 21 fue el primer lugar en el que paró la comitiva fúnebre con sus restos mortales en el que fue el último viaje de la «regina della televisione» por las calles de Roma. A día de hoy no es raro ver de vez en cuando en las puertas de ese edificio algún ramo de flores amarillas en su recuerdo.

Todo lo vivido en Via Nemea quedará para siempre vinculado a la parte más íntima de la artista, a esa discreción de la que en todo momento hizo gala y que siguen respetando los que realmente la quisieron. Unas paredes que convivieron con la parte más humana de un mito idolatrado en medio mundo al que nadie ha conseguido olvidar. Muros que a lo largo de las décadas fueron testigos de sus éxitos, de acogedoras veladas con gente de la profesión y su reducido círculo de amigos y, por supuesto, de esas partidas de cartas que tanto le gustaban y con las que siempre trató de cantar victoria.

30. La vuelta a Hollywood por la que regresó a la música

El siglo XXI aterrizó y con él teorías apocalípticas que hicieron presagiar el fin del mundo tal y como lo conocíamos. La incertidumbre se apoderó de muchos durante las últimas semanas de 1999, cuando se propagó la creencia de que en el instante en el que marcaran las 00:00 del 1 de enero del año 2000, los ordenadores no sabrían interpretar el cambio de dígitos y provocarían la caída de los sistemas y un auténtico caos a nivel planetario. Evidentemente eso no ocurrió. Sin embargo, en los primeros años del nuevo siglo, sí nos pareció vivir una hecatombe en días tan marcados en nuestras vidas y nuestra historia como el 11-S y el 11-M, en los que el terrorismo sembró el pánico en una sociedad rota de dolor.

El cambio de siglo trajo consigo la instauración del euro, la implantación de las redes sociales, la crisis climática, las fake news y, en lo que a la pequeña pantalla se refiere, los formatos de telerrealidad, una televisión inédita hasta el momento que ocuparía buena parte de la programación, sobre todo en los canales privados. Esta innovadora forma de entretener no impidió a Carrà seguir defendiendo su terreno televisivo, «atacando» con formatos como Sogni, Amore o el resurgimiento de Carràmba! Che fortuna.

En esta primera década de los dos mil, recopilatorios como Tutto Carrà o Raffica reivindicaron a la Raffaella cantante, digitalizando por primera vez sus inolvidables hits. Estos trabajos vieron la luz tras la publicación en 1999 de Fiesta: I grandi successi, un álbum en el que reinterpreto sus grandes éxitos con nuevos arreglos. A pesar de que también lo grabó en castellano, no quiso hacer promoción en España, ya que al parecer no había quedado demasiado contenta con el resultado de las mezclas.

En este momento, tal y como me definía el crítico musical Joaquín Hurtado, «cierra una etapa marcada por su arrollador éxito televisivo, tanto en España como en Italia. En esa década de los noventa, los discos dejaron de ser la columna vertebral de su carrera para convertirse en un complemento a sus programas, una especie de banda sonora de sus shows al alcance de los fans que seguíamos esperando nuevas canciones de Raffaella».

A partir de entonces, Carrà abrió un paréntesis de catorce años de silencio en su discografía, que solo rompió para entrar al estudio de grabación y registrar las sintonías de sus programas de televisión.

«¿Sabes quién siempre me dice que quiere escribirme un disco completo?», me decía la propia Raffaella cuando en 2008 charlé con ella cara a cara tras la rueda de prensa del programa Salvemos Eurovisión de TVE: «¡Tiziano Ferro!». Unos años después, en mayo de 2011, en un encuentro que tuve con el propio Tiziano en su camerino minutos antes de ofrecer un concierto en la sala La Riviera de Madrid, le pregunté sobre esta cuestión. «Ella siempre me dice que le escriba canciones, pero luego se las mando y nunca me contesta», bromeaba. «Raffaella es un ejemplo de profesionalidad, de carisma, de fuerza y de carácter. Ojalá existiera más gente como ella. Trabajar a su lado y conocerla ha sido una de las cosas más hermosas que me ha regalado la

vida», reconocía.

Mantuvimos esa conversación de 2008 solo dos meses después del lanzamiento de Far L'Amore, la revisión dance que Carrà hizo de su icónico A far l'amore comincia tu —la versión original de En el amor todo es empezar— de la mano del DJ y productor francés Bob Sinclar. Un sencillo que llevó a la diva italiana de nuevo a las listas de ventas y con el que logró la certificación de disco de platino.

«Actualizó los sonidos de la canción y de repente la convirtió en un éxito en muchísimos países. ¡Y encima se cuela en la película de Sorrentino y esta se lleva el Óscar a la mejor película extranjera!», contaba exultante, en referencia a la banda sonora de La gran belleza: «Que esto pase con una película que comienza con mi canción sonando durante varios minutos significa que como actriz quizá nunca llegué a nada en Hollywood... ¡pero como cantante puedo sentirme muy halagada!».

Siempre le llamó la atención que su canción pusiera música a una fiesta bizarra en la que la gente aparece drogándose y bebiendo de forma descontrolada. Solía bromear sobre ello porque no se sentía en absoluto identificada con esa forma de divertirse.

Anécdotas aparte, la acogida de Far L'Amore sembró en la intérprete unas incipientes ganas de volver a la música. Así, comenzó a gestar en su cabeza el que sería uno de los proyectos discográficos más curiosos de su carrera: Replay, un álbum íntegro de música dance publicado en 2013, ya con los setenta años cumplidos.

«También ha debido de tener algo que ver el arrastre de The Voice of Italy para convencerme, o tal vez el hecho de enfrentarme a un nuevo reto con canciones dance. Ha sido un divertimento que he hecho no por la carrera, sino por pasarlo bien», declaraba sobre este lanzamiento que hizo coincidir con su presencia como coach en la edición italiana de La Voz.

Félix Buget, encargado de la promoción de esta nueva aventura musical en España, me comentaba que a lo que no estaba dispuesta era a volver a grabar un disco con sus éxitos de hace cuarenta años. «¡Eso me suena a cadáver!», exclamaba. «Sin embargo, un trabajo con nuevos temas con una producción tan moderna sí que le hacía gracia».

Con Replay, además de llevarnos nuevamente a la pista de baile, Carrà nos regalaba dos temas compuestos íntegramente por ella, algo que en realidad no era nuevo. La intérprete ya había coescrito tiempo atrás algunas de sus canciones junto a sus colaboradores habituales.

«Mucha gente no lo sabe, pero ella era también autora de muchos de sus temas», me señalaba su director musical Danilo Vaona. «Recuerdo un día, en mitad de una conversación, que comenzó a decirme: “Es que aunque no soy española yo creo que...”. Le dije: “¿Perdona? ¿Qué es lo que has dicho?”. “He dicho que aunque no soy española...”. En ese momento pensamos que de ahí podía salir algo. ¡Y salió!». Así nació, de forma totalmente casual, Aunque no soy española, la composición con la que la intérprete abría su álbum ¡Hola Raffaella!, un trabajo publicado solo en España en 1993 en plena apoteosis televisiva.

Su última producción discográfica llegó en 2018, un disco para el que la cantante grabó casi una decena de clásicos navideños junto a un tema inédito interpretado en castellano: Navidades han llegado. Su guiño a nuestro país no se quedó ahí. Una versión a ritmo de rumba de La Marimorena fue una de las joyas «raffaellianas» incluidas en este trabajo lanzado justo un año antes de su última aventura televisiva en 2019.

Ni con el proyecto de música dance ni con su álbum navideño alcanzó ni por asomo las cifras ni la repercusión musical logradas décadas atrás. Seguramente ella tampoco lo pretendía. A esas alturas de la vida, solo quería seguir pasándoselo bien.

Un divertimento, tanto la música como la televisión, que la mantuvo activa hasta la llegada de la pandemia en 2020. El año en el que nada volvería a ser igual para la cantante y presentadora. El año en el que todo se detuvo para siempre.

31. El tesoro de España

«Tengo un temperamento que ha entrado en la sensibilidad española. ¡Soy una española más!», así me definía la propia Raffaella la pasión que siempre había sentido por nuestra tierra: por nuestra gente, por nuestros paisajes, por nuestra música, por nuestra gastronomía... Un sentir que, de alguna manera, el público español quiso agradecerle en todo momento con su cariño.

Mostraría esta debilidad en todos sus proyectos en Italia, pero también en la que consideró su segunda patria. Lo haría cantando rumbas, bailando sevillanas, empapándose de las tradiciones de norte a sur en nuestra geografía. También inventando concursos como El tesoro de España que creó para En casa con Raffaella, el espacio que presentó en Telecinco en 1995. Se trataba de un juego basado en un mapa geográfico de nuestro país en el que los televidentes tenían que elegir uno de los sobres colocados en cada una de nuestras comunidades, y responder a la pregunta que este escondía.

«Realmente yo hago muchos espectáculos todos los días, hablo muchísimo, pero ahora no tengo palabras para explicar todas las emociones que me ha regalado España». El sentimiento se apoderaba de Raffaella y hacía que su voz se quebrase la noche de 1993 en la que recibió el TP de Oro a la Mejor Presentadora, un galardón otorgado por la mítica revista Teleprograma y elegido anualmente por sus lectores.

«No entendía nada. Yo odio estas emociones en las que te pones delante de la gente a llorar en una situación así. “Tienes que estar tranquila. Cuenta hasta diez y ponte fría”, me decía a mí misma. Pero no podía. Cuanto más lo intentaba, la emoción más fuerte era. Y es que... ¡en absoluto me lo esperaba! Este premio y mucho más es lo que me ha dado España», me reconocía conmovida en la última charla que mantuvimos en mi programa de radio.

Desde su Italia natal siempre estuvo vinculada a España a través del Canal Internacional de TVE. Intentaba no perderse el Telediario para estar al tanto de todo lo que sucedía, una información que completaba a través de sus amistades en nuestro país, y a las siempre habituales y discretas visitas que planificaba a Madrid varias veces al año, escapadas que en ocasiones aprovechaba para ir al dentista.

Muchos de sus amigos cercanos me comentaban que a Raffaella le llamaba la atención la presencia continua en los medios españoles de determinados artistas a los que la prensa echaba por tierra, o de personajes como Isabel Pantoja, de la que continuamente estaban hablando en televisión: «Yo a veces vengo y veo que ha pasado algo con Isabel Pantoja. Presto atención a lo que cuentan, me entero, regreso a Italia. Y cuando vuelvo a los meses veo que siguen hablando de Isabel Pantoja. De nuevo me ausento a mi país, regreso al año... ¡y continúan hablando de Isabel Pantoja! ¡Basta!», bromeaba. «¿Cómo puede aguantar esto esta mujer por muy estrella que sea?».

Alberto Maeso me narraba que esa curiosidad por lo nuestro estuvo presente en ella hasta el final

de sus días. «¿Pero quién es esa Díaz Ayuso?», le preguntaba con estupor ante los resultados que la presidenta de la Comunidad de Madrid logró en las elecciones autonómicas de junio de 2020. También estaba al tanto de lo que sonaba en la radio y de los nuevos artistas que se colaban en las listas de ventas. «Me gusta mucho Camilo, cuando pase todo esto del Covid tenemos que traerle a Italia», le decía con su tono siempre ilusionante.

Ese interés por lo que ocurría en nuestro país en cualquier ámbito le hizo descubrir el formato de La Voz durante la primera edición en la que Bisbal, Malú, Melendi y Rosario ejercieron de coaches. El talent show se convirtió de la noche a la mañana en un fenómeno televisivo, provocándole una curiosidad tremenda por saber en qué consistía ese programa del que todo el mundo hablaba.

«Llevaba diciendo que no a varios proyectos televisivos desde hacía cuatro años. Pero el programa me gustó tantísimo que no dudé en decir a Sergio que si en algún momento surgía la oportunidad de hacerlo no lo pensáramos. El destino quiso que a los cinco días me llamaran para formar parte de la versión italiana». El «team Carrà» estuvo activo durante tres temporadas.

La edición The Voice of Italy de 2014 dejó para el recuerdo una actuación que se hizo viral en todo el planeta. Cristina Scuccia, una monja de 25 años, apareció en el escenario de las audiciones a ciegas para interpretar No one de Alicia Keys. Como si se tratara de una escena inédita de Sister Act, los coaches no daban crédito al descubrir el desparpajo de la religiosa cuando las sillas rojas comenzaron a girarse. La última en hacerlo fue la propia Raffaella, que, tras la insistencia de sus compañeros, decidió pulsar el botón rojo en el último momento. La cara de la Carrà lo decía todo. La actuación de sor Cristina acumula a día de hoy más de 113 millones de reproducciones, teniendo en cuenta únicamente las visualizaciones del canal oficial del espacio italiano.

Muy involucrada con la sociedad española, Raffaella lloró mucho viendo desde la distancia la tragedia de los atentados del 11 de marzo de 2004. Mucho más de cerca vivió el caso de las niñas de Alcàsser a principios de los noventa. En pleno éxito de ¡Hola Raffaella!, el drama de Miriam, Toñi y Desirée impactó al país. Sus rostros, habituales durante semanas en los informativos y programas de sucesos, se quedaron grabados en una sociedad que albergaba la esperanza de que las tres niñas aparecieran sanas y salvas. Por desgracia las menores fueron halladas muertas meses después, tras haber sido violadas y torturadas. La presentadora viviría aquella tragedia como una española más.

«Ella no quería hacer el programa ese día», me aseguraba Pilar Tabares. «Se metió en maquillaje y no se veía capaz de salir al aire. “Es que no puedo, no puedo...”, decía». Fue tal la conmoción generalizada al conocer la noticia, que llegaron a plantearse la posibilidad de suspender la emisión. «Lloró, lloró y lloró, como lo hicimos muchos, pero finalmente la convencimos haciéndola pensar que, a través de su trabajo y de su carisma, también podría transmitir su pesar a las familias y al público que esos días se encontraba totalmente consternado por la tragedia. Costó, pero se dejó la piel en el escenario demostrando una vez más su inmensa profesionalidad».

Sobre todo durante los años noventa, no era extraño verla en recintos como la plaza de toros de Las Ventas. Le gustaba Enrique Ponce y en general dicen que sentía una gran atracción por todo lo que rodeaba a la fiesta taurina. «Más que serlo yo, lo es mi compañero Sergio Japino», matizaba. «A mí me gusta mucho el momento del capote. Me parece un baile muy bonito el que el torero hace con él gracias al toro, pero la estocada la verdad es que no me hace demasiada gracia», aclaraba.

La revista *Semana* plasmó en su día el instante en el que el torero Jose Mari Manzanares le brindó a la artista uno de los toros a los que esa tarde se enfrentaba. Lo que desconocía la italiana era el protocolo del ritual taurino, en el que el torero, como muestra de respeto y homenaje a una persona del público, le lanza su montera a las gradas y esta, una vez recogida, se la devuelve como agradecimiento.

Raffaella se sintió muy halagada, pero no sabía cómo terminar la «faena». Así que, en lugar de devolverle la montera desde las gradas, le lanzó la pámela que llevaba. Imaginad la estampa de Manzanares en mitad de la plaza, con su traje de luces y sin saber muy bien qué hacer con una pámela de la Carrà entre las manos. «Me puse colorada, no sabía cómo acabar con ese momento tremendo. Pero es que nadie me había enseñado cómo era el protocolo de aquello», le explicaba de forma muy divertida a Carlos Herrera.

Jesulín de Ubrique fue uno de los toreros habituales en su sofá televisivo. Por entonces, aquel jovencísimo Jesús era un personaje muy extrovertido y espontáneo ante las cámaras. Lo mismo se dejaba hipnotizar por Tony Kamo y se ponía a comer una cebolla cruda, que se lanzaba a dar unas clases exprés de toreo, con capote incluido, a la siempre intrépida presentadora.

Muchas de las canciones de Raffaella también tuvieron cierto aroma cañí. Basta con escuchar temas tan divertidos como *No te cases con un torero*, en el que la italiana, dispuesta a dar buenos consejos, recomendaba no dejarse llevar por el atractivo del traje de luces. «Todas quieren besarle/ Todas sacan volando su pañuelo/ Se enamoran de él/ Y tú muerta de miedo/ No te cases jamás con un torero», decía la composición escrita en 1988 por Julio Seijas y Luis Gómez Escolar.

Con José Luis Rodríguez «El Puma» también se lanzó a interpretar en directo, y sobre la mesa de centro que presidía su salón televisivo, el éxito con el que el venezolano triunfó junto a Julio Iglesias a principios de los noventa tanto en España como en Latinoamérica. Ese que decía lo de: «Torero/ Para ser tan valiente hay que ser torero/ Y medir la distancia que va a su cuerpo...».

Precisamente con Julio Iglesias, la artista compartió cartel en los setenta con motivo de la actuación que ofrecieron el mismo día en la plaza de toros de Valencia, una ciudad que siempre asociaría a uno de los recuerdos más especiales de su carrera.

Un corte de luz en la recta final del espectáculo tuvo la culpa. La plaza entera se quedó sin electricidad, dejando el recinto a oscuras y sin sonido justo cuando Raffaella estaba interpretando el esperadísimo *Rumore*. «Como no sabía qué hacer, opté por cantar el tema a capella. Nunca olvidaré a tantas miles de personas entonando al unísono el estribillo de la canción», recordó en 2010 durante la emisión de *Menuda es la nit* de Canal 9.

Nos adoraba y la adorábamos. Raro es el año que entre los personajes populares protagonistas de las Fallas de Valencia no aparece la rubia italiana con alguno de sus icónicos atuendos. Tampoco se han olvidado de ella en los Carnavales de Cádiz, en los que es habitual que su melena rubia y sus lentejuelas hagan acto de presencia y la artista o sus canciones se conviertan en el leitmotiv de alguna chirigota.

Sevilla fue otra ciudad que le fascinaba. Conoció por primera vez la capital andaluza cuando presentó Sevilla Sogna, el especial retransmitido desde la Expo 92: «Pero en aquella ocasión estuve todo el tiempo metida en mi hotel y en La Cartuja». Después tendría la oportunidad de visitarla con más tranquilidad. De la ciudad del Guadalquivir le encandiló todo lo que conoció sobre la Exposición Universal de 1929, la Giralda y el calor de los andaluces. «Tienen el corazón muy abierto. Ahora entiendo por qué dicen eso de que “Sevilla tiene un color especial”, porque es realmente hermosa».

Al hablar conmigo de la locura que sentía por lo nuestro, bromeaba: «Me siento una española más. No sé qué tendré con España. Me encanta su música, su gente... ¡Qué pena que no haya tenido tiempo para aprender a bailar flamenco! ¡Qué lástima!».

Sería de las pocas cosas made in Spain que le faltó por dominar, porque ni siquiera se libró de tomarse las uvas con nosotros. Ocurrió en la Nochevieja en la que dimos la bienvenida a 1998. En pleno boom de Carràmba! Che sorpresa y tras varios años alejada de nuestras pantallas, TVE quiso recuperar su rostro para que, en una velada tan especial, acompañara a Ramón García y despidiera junto a él —y su venerada capa— la última noche del año, en la que ella le regalaría un reloj de oro que el presentador vasco conserva como una auténtica reliquia.

«Es la primera vez que yo vivo esta experiencia que es magnífica. ¡Abajo hay un ambiente fantástico!», decía emocionada con unos ojos que desprendían ilusión desde el balcón de RTVE, situado en un punto estratégico para la retransmisión. «En Italia comemos lentejas. Si tenéis cocidas en casa, comed una cucharada... Si no, meteos un puñadito de ellas crudas en el bolsillo».

«¡Me faltaba esto de España!», exclamó justo en el momento en el que los fuegos artificiales y la alegría invadieron la madrileña Puerta del Sol. Ya con el griterío, los petardos y los abrazos que cada año ponen banda sonora al kilómetro cero, la Carrà alzaba la copa brindando «por una año de prosperidad, de serenidad y de salud para todo el mundo». Tampoco dejó pasar la oportunidad de acordarse de «los emigrantes que se encuentran en los diferentes países del mundo cubriendo y teniendo alto el nombre de España».

Quizá por detalles como este terminó siendo tan nuestra. Y quizá por eso, porque siempre la consideramos una española más por muy italiana que fuera, la productora Gestmusic no dudó en recuperarla para ser la maestra de ceremonias, en diciembre de 2016, de la gala del 60º aniversario de TVE.

Sin embargo, hubo quien no dejó pasar la oportunidad para criticar que fuera la conductora de un

evento que reivindicaba las seis décadas de historia de nuestra televisión; un miedo al que ella también se enfrentó: «Mira que van a decir que algo así lo está presentando una extranjera», le decía a su incondicional Maeso. Pero Tony Sevilla, director de la gala, la convenció con un argumento más que sensato: «Tú has sido una presentadora que ha estado presente en nuestra televisión todas las décadas: en los setenta, en los ochenta, en los noventa y en las primeras décadas del siglo XXI. Así que tienes que ser tú». Ante ese razonamiento, decidió aceptar y disfrutar el reto.

60 años juntos fue un gran éxito de audiencia. Entre los profesionales involucrados estuvo el periodista Borja Terán: «Echábamos de menos a Raffaella en nuestra televisión, y que ella regresara estaba claro que era un acontecimiento. Entre otras cosas porque en nuestro país no ha existido un símil equiparable a ella. Concha Velasco podría acercarse, pero Concha era otra cosa».

En aquella gala, Mónica Naranjo dejó para el recuerdo una actuación memorable al interpretar el clásico de Camilo Sesto Vivir así es morir de amor junto a la Orquesta Sinfónica de RTVE. «Aquel día fue el último que nos vimos», me decía Mónica. «Recuerdo que cuando llegué a plató, me fui directamente al camerino para verla. Cuando entré estaba reunida con diferentes directivos de la cadena y sentada muy informalmente en un asiento fumándose un cigarrillo. En cuanto me vio entrar, se levantó corriendo y lo apagó con la energía de una niña pequeña pillada por su mamá. Lo que después compartimos, eso ya queda para nosotras... ¡Porque éramos muy fuertes!».

A sus 73 años Carrà demostró que no se habían equivocado al pensar en ella. Seguía en plena forma, atreviéndose incluso a cantar y bailar en directo su antológico En el amor todo es empezar. Era extranjera, sí. Pero me atrevería a decir que, siendo italiana, ha sido la mejor presentadora que hemos tenido en España.

«Tener la sensación de pertenecer a una nación que no es la tuya es algo que no se puede definir con palabras. Porque va más allá de tener éxito, vender discos o cosechar audiencias millonarias. Significa formar parte de los sentimientos y de la vida de la gente de un país», confesó a Cristina Tárrega.

A esto también haría alusión Laura Pausini en La matemática del espejo de La 2 de TVE: «Ser consciente de pertenecer a una nación que no es la tuya es algo único y muy difícil de explicar. Solo ella y yo éramos capaces de comprender esta sensación porque es algo que en Italia solo nos ha pasado a nosotras», expresaba con lágrimas en los ojos tan solo unos meses después del fallecimiento de la leyenda televisiva.

Raffaella presumió tanto de España que en 1985 recibió la Medalla Civil en el campo artístico por su contribución al conocimiento de la cultura española en Italia. Y más de tres décadas después, en 2018, el embajador de España en Italia, Alfonso Dastis, condecoró a la estrella con la medalla de la Orden del mérito civil. Reconocimientos oficiales que, curiosamente, nunca tuvo en su país natal hasta después de su muerte.

32. La mujer del no

A la pregunta «¿quién es Raffaella Carrà?», a la que tantas veces tuvo que responder, siempre decía que detrás de los focos había una mujer sincera, muy autocrítica, pero también con mucho sentido del humor. «Es difícil explicarlo, de verdad lo digo. ¡Si yo lo supiera!», decía mirando a cámara durante un especial del canal ATC argentino en 1981.

«Raffaella Carrà es una mujer a la que le gusta vivir con la gente, hablar con la gente, estar con la gente. Y por supuesto a la que le encanta bailar y cantar para la gente. [...] Y me entusiasma jugar mucho con el público intentando sacar el drama de muchos de los aspectos de la vida», se autodefinía.

Según cuentan los que trataron con ella más en la intimidad, Raffaella era una mujer valiente, con coraje, a la que pocas cosas le asustaban. Además, sus viajes por todo el mundo y su constante interés por estar muy bien informada la convirtieron en una mujer muy culta. Esa inteligencia la llevó a tener un gran sentido del humor y a su vez a ser muy irónica. De hecho, le gustaba mucho tirar de humor negro.

Danilo Vaona me confirmaba que era muy divertida, «pero, ojo, ¡nada de cotilleos! No soportaba los chismes». No toleraba que delante de ella se hablara mal de alguien. Por eso a la gente tóxica o negativa inmediatamente se la quitaba de encima. En lo que se refiere al trabajo, por supuesto que había que pasarlo bien y divertirse, pero siempre dando el mil por mil.

¿Cómo era en las distancias cortas? Joaquín Hurtado me subrayaba que siempre fue una persona con las ideas muy claras y absolutamente preparada. «Era simpática, directa, fuerte en apariencia pero natural, sin artificios y lejos de la pose de estrella internacional».

Su capacidad de liderazgo era tal, que destacaba incluso en situaciones tan cotidianas como cuando iba a cenar a un restaurante con sus íntimos. Félix Buget, promotor del sello Blanco y Negro, compartiría con ella sobremesa en más de una ocasión durante la etapa que trabajaron juntos. Hasta en situaciones así le gustaba tenerlo todo bajo control: «Llegábamos a la mesa y decía: “Félix, tú te sientas a mi izquierda. Tú allí y tú allí”. ¡Era única!».

Nacho Álvarez, director de la película *Explota, explota*, vivió con ella una situación prácticamente idéntica cuando le invitó a él y al equipo de su productora a almorzar a su casa: «Antes de sentarnos en la mesa, a los dos hombres que estábamos nos asignó los lugares junto a ella, uno a su derecha y otro a su izquierda. A las mujeres les dijo: “Ustedes se sientan donde quieran”. ¡Ella quería estar entre dos hombres! Era fantástica».

Aquel día el equipo de la productora quiso agradecerle su hospitalidad con un pequeño detalle y le regalaron unos pendientes y un abanico. Los aceptó con una sonrisa; eso sí, les puntualizó que no solía llevar pendientes, que ni siquiera tenía agujeros en las orejas, pero que podía utilizarlos como decoración en la chaqueta. Con mucho tacto también les aclaró que el abanico era muy

lindo, pero que ella no solía usarlos porque era muy friolera y casi nunca tenía calor. «Básicamente los regalos no le gustaron», me contaba Nacho sin parar de reír. No tenía dobleces.

Su círculo privado siempre fue muy reducido. En muchos casos, ser una estrella te convierte en alguien que necesita poner freno a las relaciones personales, creando una especie de filtro que seleccione tu ámbito más íntimo. Por este motivo, pasaban los años y a su lado siempre estaban las mismas personas. Una lealtad que en todo momento agradeció con una gran generosidad.

Los que la conocieron más cuentan que tiraba mucho de intuición a la hora de elegir a los suyos y que calaba a la gente a la primera. Cuando conocía a alguien, necesitaba que durante un tiempo «corriera el aire». Tú en tu sitio y yo en el mío. Así era mucho más seguro guardar las distancias y evitar las decepciones. Tal vez por eso siempre de primeras saludaba con la mano y trataba de usted.

Como ya se ha dicho, no era mucho de besar, ni siquiera en el ámbito privado. Por supuesto tampoco en sus directos, algo que intentaba llevar a rajatabla por una simple razón: los besos ralentizan el ritmo televisivo. «¡Tú deja que me besen a mí, que a mí no me importa que me babeen la cara», siempre le decía Loles haciéndole reír. Y en caso de tener que aplaudir, fingía los aplausos, ya que el ruido de las palmas podía colarse por el micrófono de corbata y molestar al espectador.

«En la medida en la que pude conocer a Raffaella, las veces que coincidí con ella en Madrid y en Roma, creo era una mujer muy cariñosa, muy educada, siempre muy expresiva como se mostraba en televisión, pero a la vez muy cuidadosa a la hora de mezclar la profesión y todo lo que rodeaba a su vida privada», me remarcaba Paco Clavel.

«La última vez que coincidí con ella en 2018, una vez terminado el acto que compartimos durante la entrega de la condecoración que le dio el Gobierno de España, estuvo como siempre encantadora. Eso sí, nada más terminar la ceremonia, ella desapareció. Pero no lo hacía por divismo, sino por ese hermetismo que de alguna manera le ayudaba a protegerse».

Recibir halagos de forma continuada a lo largo de su vida hicieron de ella una persona un tanto desconfiada. «Supongo que no le gustaban porque una mujer de su categoría estaría harta de escucharlos», reflexionaba conmigo Elena Martín, de Las Virtudes. «Pero si en algún momento tú le dabas un gracias de corazón, o le decías algo que ella notaba que se lo estabas diciendo con sinceridad, también lo agradecía. Lo hacía a través de su mirada y su sonrisa tan especial».

«Raffaella había entendido perfectamente todo de nuestro mundo», me razonaba Enzo Paolo Turchi, su pareja de baile durante tantos años. «En esta profesión, cuando uno tiene un éxito tan fuerte a nivel de público, gracias al cine, la música o la televisión, hay mucha gente alrededor que continuamente te quiere y te adula. Pero ella sabía que, de todas esas personas, de cien, dos te lo dicen de corazón». El escenario era su casa, pero tenía clarísimo que la vida era otra cosa.

«Superdonna al super», destacaba el titular de uno de los muchos reportajes de las revistas del

corazón que a lo largo de los años retrataron a la diva en su faceta más íntima. Lo hacía sin maquillaje y llevando ella misma el carro de la compra, eligiendo la fruta, mirando las ofertas o pasando por caja.

Por encima de los focos y los aplausos del público, su vida era esa: ir al mercado, saludar al vecino, no mostrarse diferente al resto por el hecho de ser artista. A pesar de ser una estrella mundial, su día a día era normalísimo. No le gustaba acudir a fiestas y le encantaba viajar. Tenía un pensamiento asociado a una espiritualidad que la llevó siempre a quitar dramatismo a las cosas, teniendo, como bien me recalca Maeso, la *legerezza* como filosofía vital.

Esa forma de ver la vida hizo que le restara importancia al paso del tiempo, aunque este se fuera reflejando en su físico: «No me importan las arrugas porque creo que cada una de estas líneas que nos van saliendo es un momento vivido. No me gusta esa gente que se cambia la cara por completo y que se ponen esos labios que deforman el rostro». A esto se sumaba su miedo al quirófano y las inyecciones. Sin embargo, sí que era partidaria de que alguien optara por la cirugía estética si tenía algún complejo o ese rasgo físico le provocaba inseguridad.

Siempre consideró que no hacía falta evidenciar la juventud con operaciones estéticas: «Sentirse joven es sentirlo por dentro. Es entonces cuando esa juventud, independientemente de los años que tengas, también sale hacia fuera».

Esa forma de vivir y de sentir fue quizá la que la hizo conectar con las nuevas generaciones. De ese hilo de unión sería consciente, sin esperarlo, durante los años que ejerció como coach de *The Voice of Italy*, donde pudo comprobar en primera persona el respeto y la admiración de muchos de esos prometedores talentos.

La fuerza y la jovialidad fueron parte de su carácter. «Mis fans, mi público, las personas en general, me dan la carga para devolverles mi energía. Y yo esa energía se la regalo con muchísimo gusto», declaraba en 2014. «¿De dónde me viene esta energía y esta forma de ser? No lo sé. Quizá tenga que ver con mi tierra, con Bolonia, una ciudad situada al norte de Italia, y con una familia en la que siempre hemos demostrado ser muy fuertes».

A punto de cumplir los 74 años, edad que parecía no concordar con su aspecto físico, concedió una brillante entrevista a *Vanity Fair* en la que bromeaba sobre su espectacular imagen: «Llevo una vida muy tranquila, ese es el truco. Durante un tiempo me acuesto pronto y como lo justo. Luego, otra semana, me divierto, duermo más y como lo que me da la gana. Lo importante es alternar tu forma de vida y no renunciar, pero sin estar siempre a churros y chocolate».

Era chocante verla fumar, sobre todo porque costaba imaginar a una mujer con una vida tan sana, que se alejó de Hollywood porque no era amiga del alcohol ni de las drogas, pegada a una cajetilla de tabaco. Pero así era. En 2008 habló de esta cuestión en *La Repubblica*: «Tengo un solo vicio, el tabaco. Será dañino, pero me da igual. Además, mi hermano nunca fumó y murió de cáncer de pulmón en cuatro meses».

En una entrevista que data de 1978 y emitida desde su camerino, hablaba de este vicio confesable. «Sí que fumo, no muchísimo porque si no, no puedo cantar y bailar al mismo tiempo, pero sí que me gusta fumar. Y de vez en cuando me bebo una copa de vino, pero no mucho porque si no, me duermo», bromeaba.

«Fumaba siete cigarrillos al día, ni uno más, ni uno menos», me decía Alberto Maeso, perfecto conocedor de su afición por el tabaco. «Ella misma se los administraba por horas para no consumir más de la cuenta». Siempre fue fiel a los Muratti, cajetillas que guardaba dentro de un hermoso forro de tela.

En unas de las últimas imágenes públicas de la Carrà, aparecía sentada en un banco de la calle totalmente relajada y con su inseparable cigarro. Estas fotografías fueron tomadas durante el descanso de la rueda de prensa del que sería el último programa que presentó: A raccontare comincia tu. Este espacio era la versión italiana de Mi casa es la tuya, que en España era un éxito desde hacía ya varias temporadas. Raffaella decidió conducir este programa después de que la RAI la estuviera persiguiendo durante tres años para que aceptase.

Porque un «sí» de la Carrà no era sencillo. Alberto Maeso, testigo directo de cada uno de sus proyectos en Italia y España, me contaba que casi siempre que le proponían algo de primeras lo rechazaba. «¡Que remen otros! ¡Ya he trabajado mucho!», decía. Si se le insistía mucho, ese «no» lo iba madurando y, a veces, solo a veces, aceptaba.

«Me gusta ir un paso por delante y arriesgar. Pero me llaman “la señora del no” porque solo hago los proyectos que me iluminan y cuando mi intuición me dice que me voy a divertir. No quiero ser una empleada de la televisión ni de la música. En la vida tengo otras muchas cosas que hacer: la familia, mis propios negocios, los viajes...». Siempre tuvo muy claro lo que quería, pero, sobre todo, lo que no quería.

«He renunciado a mucho dinero muchas veces porque no me gustaba el proyecto. Si lo que me están ofreciendo no me apasiona, no puedo aceptarlo». En ese sentido se diferenció de otras divas que en su madurez fueron capaces de cualquier cosa por seguir estando en el candelero. Sin embargo, en el caso de Raffaella, «nunca he tenido la enfermedad de continuar en pantalla», decía.

«Llega un momento en tu carrera en el que estás no solo satisfecha por todo lo que has hecho, sino también sorprendida. Yo pensaba retirarme a los cincuenta y me tenéis hoy aquí, a punto de cumplir 71 años, presentando un nuevo álbum de música dance. Capisci?», ironizaba en 2014 durante la rueda de prensa de Replay.

A pesar de ser reticente a aceptar nuevos retos profesionales en la madurez, retomó la televisión y regresó a los estudios de grabación. Sin embargo, no aceptó volver a los escenarios con un espectáculo en directo. Tan solo se lo planteó seriamente en 2014, cuando ideó con su equipo un retorno puntual en el Starlite de Marbella con un único concierto.

Félix Buget, parte de su equipo en ese periodo, me contaba que llegaron a ilusionarse mucho, pero que en el último momento optaron por pararlo: «Conforme íbamos avanzábamos en el

proyecto, íbamos comprendiendo que no era factible. Es verdad que ella estaba en muy buena forma con sus más de setenta años cumplidos, y tres o cuatro canciones las aguantaba perfectamente, pero cubrir una hora y media de espectáculo no se sostenía».

«A Raffaella no podías sentarla a cantar con una guitarra», razonaba el promotor. «Un espectáculo de la Carrà era saltar, cantar y bailar al mismo tiempo. Y aunque iba a estar arropada por muchos bailarines y los mejores DJ del mundo, Bob Sinclar incluido, hubiera sido un cuarto de lo que se esperaba de un espectáculo suyo. Ella era muy pragmática y vio tan claro como nosotros que era mejor no seguir adelante con ello», explicaba Buget.

Ella misma entendía que los shows de Raffaella Carrà debían tener los números musicales y la misma presencia escénica de sus tours de los años setenta y ochenta. Hacerlos de otra manera por una cuestión de edad no entraba en sus planes. «Ya he trabajado mucho, y no quiero que mi profesión se convierta en obligación. Ahora solo quiero hacer cosas que me aporten», aseguraba.

El título de «la mujer del no» también lo reivindicaba a la hora de conceder entrevistas a los medios. No era nada fácil que accediera a ellas o acudiera a programas de televisión. «No me gusta ir de invitada», decía. Tanto de España como de América Latina recibía propuestas de forma constante.

En mi caso, a pesar de haberla entrevistado en un par de ocasiones de forma presencial durante sus visitas a nuestro país, tenía muchas ganas de tenerla como invitada, aunque fuera vía telefónica, en La Tarde Suena Bien, el programa que presento y dirijo en Radio Castilla-La Mancha desde 2018 y que más alegrías me ha dado a lo largo de mi trayectoria profesional. Conseguirlo tampoco fue fácil.

La vitalidad que desprendía en aquella charla que mantuvimos esa tarde de diciembre de 2020 no hacía presagiar ni por asomo el calvario que llevaba viviendo desde hacía algunos meses. «Que el nuevo año que llega nos traiga sobre todo salud, y que pronto desaparezca este estúpido virus que nos impide abrazarnos y bailar. Mientras tanto lo importante es que la alegría esté dentro de nosotros. ¡Arriba con la vida!».

Seis meses después, con su marcha, sus palabras cobraban un significado muy especial. Quién me iba decir que esa tarde un mito como la Carrà me estaba concediendo la que sería su última entrevista en España, el país que tantas veces la abrazó y al que tanto regaló a lo largo de toda su vida.

33. «La vida es una vida cuando tienes libertad»

«Raffaella Carrà era única». Con estas palabras Sergio Japino abría el libro Raffaella Carrà. Tra moda e mito. Una publicación en la que Japino, el que fuera uno de sus grandes compañeros de vida, definía a la artista así: «Una mujer fuerte, independiente, gran profesional y a la vez de gran corazón, generosa y atenta. De vez en cuando bromeaba diciendo que estaba dividida en dos: la Carrà del mundo del espectáculo y la Pelloni de la vida privada. He conocido a ambas, pero nunca he encontrado un contraste, una contradicción entre las dos. Raffaella supo combinar sencillez y rigor, diversión y trabajo».

Su inseparable Danilo Vaona no se escondía a la hora de hablarme de los desencuentros que, derivados del trabajo diario, surgieron también entre ellos. «Por supuesto que las discusiones existían, porque además ella siempre fue una mujer que sabía perfectamente hacia dónde quería ir. Pero eran discusiones a nivel de energía, en las que terminaba demostrándote lo que quería hacer en pleno show. Su mentalidad era siempre que cuando saliera al escenario la gente dijera: “¡Mira tú lo que la Carrà se ha sacado de la manga esta vez!”. Esa era su actitud».

«Cuando me enfado soy como un toro», reconocía la propia Raffaella. Aunque siempre matizaba que antes de estallar trataba de contar hasta diez. «A veces no lo hago y termino metiendo la pata, pero soy muy pasional. Soy muy latina, con eso queda todo dicho».

«Se enfadaba sobre todo cuando había ruido y la gente se ponía a hablar mientras estábamos ensayando alguna cosa. No hacía falta que te dijera nada porque con la mirada lo decía todo», me contaba Pilar Tabares. «Creo que realmente le podía llegar a enfadar lo que a cualquier persona que tuviera un poco de sentido común». También le sacaba de quicio la impuntualidad y que no estuvieras en tu sitio cuando se te pedía.

«A nivel personal creo que los enfados que podía tener Raffaella eran muy poca cosa, siempre sabía relativizarlo todo. Otra cosa era en el ámbito profesional, donde era muy meticulosa y muy estricta, pero porque siempre buscaba la perfección», me recalaba Loles León. «Yo la he visto enfadada muchas veces en el trabajo. Pero también te digo que igual que se enfadaba, enseguida se le pasaba. Además, Sergio, que la conocía perfectamente, sabía llevarla muy bien y cómo calmarla».

«Determinación, ideas claras, nada de chorradas» era lo que mejor la retrataba en el trabajo, exponía Alberto Maeso: «Ponía firme durante un ensayo a quien tenía actitud inapropiada o no estaba atento en la reunión de escaleta». Un carácter que sacó a relucir en momentos clave de su carrera para hacerse respetar y ganarse a pulso lo que ella consideraba que merecía.

No hay que olvidar que, a pesar de los avances que se han dado por la igualdad entre los hombres y las mujeres, las diferencias existentes hace cuatro décadas eran aún más pronunciadas que en la actualidad. Pese a ello, Carrà reconoció no haber sentido una especial discriminación por ser mujer a lo largo de su trayectoria.

«No hablo de mi caso, pero las mujeres todavía tenemos que luchar un poco más para conseguir los mismos derechos de los hombres en muchos ámbitos. ¿Por qué una mujer ocupando el mismo cargo de un caballero tiene que ganar menos dinero? Por otro lado, afortunadamente, hemos dado muchos pasos adelante en estos últimos años», señalaba al diario El País en relación a este asunto.

Esa seguridad en sí misma, la responsabilidad y su seriedad en el ámbito profesional, le dieron la posibilidad de reivindicarse como una mujer talentosa, culta e inteligente, logrando que, pese a mostrarse divertida, atractiva e incluso sensual en determinados momentos, esto nunca fue un obstáculo para conseguirlo.

Isabel Gemio me hacía hincapié en esa poderosa personalidad: «Era una mujer muy fuerte, con las ideas muy claras. Supo decir no a todo aquello que no le gustaba, tenía carácter. Detrás de su aspecto risueño y amable, también había una jefa exigente y con límites que no toleraba si no se hacía bien el trabajo. No debió ser fácil destacar en un mundo mayoritariamente masculino siendo una mujer sexy y atractiva para los hombres. Ella parecía dueña de su libertad y de su carrera. Sin estridencias ni radicalismos, supo ganarse su lugar como mujer».

Nunca hizo bandera de nada. Sin embargo, es todo un símbolo para la mujer. Su grano de arena a la lucha lo puso con su comportamiento: exhibiéndose tal y como era, derribando barreras a golpe de melena, a través de la alegría, derrochando feminismo con cada respiración. Fue su manera de combatir el machismo imperante en un mundo de hombres en el que a base de talante y mucho esfuerzo logró hacerse su hueco y ganarse una admiración y un respeto que nadie discutió. Un feminismo que podría asemejarse a esa lluvia fina casi imperceptible, que parece que no moja, pero que poco a poco va calando.

Jamás aceptó pasar por el aro para alcanzar ningún objetivo. En 2018 se refirió al movimiento #MeToo sobre el acoso a las mujeres en el mundo del espectáculo: «Hacerte famosa yendo a la cama con cualquiera a veces funciona, y a veces no. Pero si tú no quieres, no vas. Cada uno reacciona de distintas maneras ante el miedo, no hay duda. Yo le hubiera dado una patada a Weinstein en sus sitios delicados». Siempre fue muy respetuosa, pero a la vez se mostró muy clara ante determinados temas.

Tampoco se calló en referencia a la violencia de género. En una de sus últimas entrevistas concedidas a la RAI en 2018, aprovechó para hacer un alegato contra los casos de violencia hacia las mujeres, tratando de concienciar a la sociedad de la importancia de acabar con una de las mayores lacras de la historia de la humanidad.

A nivel político siempre fue una europeísta declarada. «Después de la Segunda Guerra Mundial, un grupo de intelectuales, escritores y políticos dijeron “¡basta! Vamos a intentar hacer de Europa una especie de Estados Unidos para evitar las guerras entre unos países y otros. Tengamos cada uno nuestras diferencias, pero dejemos de lado el odio y comencemos a estar todos juntos”. Así comenzaba la historia europea», exponía en un reportaje emitido por Informe Semanal en marzo de 2017 en el que diversas personalidades de la cultura, el deporte y la política hablaban del momento actual del continente.

«¿La clave del éxito? Qué te diría yo. Un poco está en la salud, otra parte en la conexión con la gente y la otra en la fortuna: aparecer en el momento, en el sitio y ante la persona justos», declaraba durante la promoción del recopilatorio Tutto Carrà en el año 2000.

«Por supuesto que la fortuna me ha ayudado. Pero también la determinación. Y sobre todo algo muy importante: hay que intentar todo lo que te propongas. No vale con quedarte en tu dormitorio pensando y soñando lo que te podría pasar o lo que podrías hacer. La suerte se trabaja», comentó en alguna ocasión. Creía en el destino, aunque era consciente de que nada era regalado.

Ella siempre decía que la gente aprecia mucho a las personas que luchan y se esfuerzan por hacer realidad eso por lo que sueñan. Por ello, «levántate por la mañana, ponte a trabajar en eso que quieres sacar adelante y, al menos, inténtalo. Seguro que, en algún momento, alguien te dice “sí”».

Supo combinar su sentido de la responsabilidad, de la lucha y de la exigencia con eso que fue tan importante para ella: la libertad. Libertad para amar, para divertirse, para disfrutar del sexo sin prejuicios, para quererse a uno/a mismo/a. Una filosofía de vida que quedaría plasmada en muchas de las letras de esas canciones que haría sonar en buena parte del planeta.

Si hay un término que define la forma de ser, lo que inspira el nombre de Raffaella Carrá, es precisamente ese: LIBERTAD. «Es una palabra que yo sigo teniendo muy presente en mi vida: libertad para equivocarte, libertad para vivir, libertad para amar. Libertad en todos los sentidos».

En febrero de 2014, habló sobre esta cuestión en el espacio Hoy por Hoy de la Cadena Ser presentado por Gemma Nierga y en el que también estaba su apreciado Joaquín Hurtado: «Yo he atravesado este camino con sencillez y naturalidad. De este modo quería quitar de en medio los prejuicios y las anticulturas que, según mi opinión, estaban de parte de gente que no entendía que la vida es una vida cuando tienes libertad».

34. No todo fueron éxitos

Aunque el triunfo siempre estuvo de su lado y la acompañó durante toda su vida, no todo en lo que Raffaella se embarcó tuvo la acogida que esperaba. Cinco décadas en activo dan para mucho y también para que algunos de sus proyectos no cumplieran las expectativas.

En este sentido, uno de los capítulos más sonados nos lleva al Festival de la Canción de San Remo, uno de los eventos televisivos y musicales por excelencia en Italia, que desde hace décadas engancha en cada emisión a millones de telespectadores. Raffaella venía de conseguir desde hacía un lustro unos datos de audiencia bárbaros, lo que la convirtió en la candidata perfecta para que en 2001 fuera la maestra de ceremonias del siempre esperado certamen. Aunque nunca llegó a estar del todo convencida de presentarlo, al final optó por aceptar la propuesta.

Fue así como el 26 de febrero de aquel año, Raffaella, vestida de blanco como mandaba la tradición, daba el pistoletazo de salida al espectáculo. La primera gala de las cinco previstas alcanzó un impresionante 56 % de share. Esta descomunal cifra de espectadores parecía indicar que quizá esta vez su intuición le había fallado.

Para la 51a edición del certamen la italiana se rodeó de figuras internacionales de la talla de Ricky Martin, su compatriota Laura Pausini, el actor y músico australiano Russel Crowe, el polémico Eminem —que se vio obligado a modificar parte de la letra de su canción para no resultar ofensiva— o nuestro Antonio Banderas, con quien clausuró el festival bailando un pasodoble spagnolo a petición de la anfitriona.

Sin embargo, a pesar del despliegue de rostros conocidos, del tirón de Raffaella y del éxito que cosechó la primera retransmisión, durante las noches sucesivas la audiencia fue perdiendo interés y en cada programa descendió el número de espectadores. Fue entonces cuando las críticas comenzaron a dirigirse contra ella.

«El popular festival de música ligera, que se inauguró el pasado lunes en la célebre ciudad de San Remo, en el norte de Italia, fue presentado por la conocida presentadora y cantante Raffaella Carrà, quien fue centro de críticas y polémicas», publicaba el diario El Mundo.

El batacazo en audiencia fue tal, que la noticia trascendió a otros medios como El País, que en sus páginas del 6 de marzo de 2001 publicaba: «La principal asociación italiana de consumidores, Codacons, pidió ayer que la polifacética Raffaella Carrà restituya a la RAI el 50 % del dinero que percibió por presentar el Festival de San Remo, tras asumir parte de la culpa por el gran fracaso de audiencia, la mitad de la obtenida otros años. Al término del certamen, Carrà reconoció que se había equivocado al apostar más por el aspecto musical que por el espectáculo televisivo».

Aquel San Remo quedó en su memoria como un recuerdo a olvidar. No solo por la decepción

que supuso a nivel laboral —«no he conseguido entrar en el alma del festival como a mí me hubiera gustado», manifestó—, sino también por la noticia que recibiría durante los ensayos de las galas y que marcaría su vida para siempre: la enfermedad de su hermano Enzo, que falleció tan solo unos meses después.

En nuestro país, tras sus éxitos televisivos en TVE, sorprendió su marcha a Telecinco a principios de 1995. La cadena comenzaba una nueva etapa con Maurizio Carloti y este pensó que el fichaje de la italiana, junto a la incorporación a la parrilla de otros potentes nombres de la época como Julián Lago y Belén Rueda, podría ser un trío perfecto para consolidar el nuevo rumbo que quería tomar la cadena.

El 9 de marzo de 1995 Victoriano López se hacía eco de este nuevo proyecto en El País: «Vuelve la italiana más rubia de la televisión para presentar un nuevo programa que se emitirá en horario de sobremesa. [...] Un valor seguro con el que intentará llevarse a la audiencia femenina a través de un espacio de variedades en el que no faltarán historias de problemas humanos para despertar la sensibilidad de los telespectadores».

«Telecinco por entonces quería modernizarse y pensó en Carrà para cumplir su objetivo. No importaba que fuera un programa pequeño, a ella por eso no se le caían los anillos», me explicaba Borja Terán. «Su carisma no necesitaba de grandes escenarios; de hecho, el programa que le cambió la vida, Pronto, Raffaella?, lo hizo desde un plató diminuto».

En ese pequeño decorado que ocupaba el Estudio 4 de los platós de Fuencarral no faltaría su habitual sofá, por el que pasaron, entre otros, Concha Velasco, Jesús Gil, Pepe Navarro, Ana Rosa Quintana, sus admirados Miguel Gila, José Luis Coll y José María Carrascal, o la por entonces desconocida Marlène Murreau, antes de convertirse en la presentadora sexy de El semáforo de Narciso Ibáñez Serrador.

A pesar de contar con la esencia de Raffaella, de regalarnos grandes entrevistas y de ser un magazine muy acogedor, no llegó a calar en el público como se esperaba. «¿Por qué crees que no llegó a despuntar?», le pregunté a Borja. «Posiblemente el horario de tarde no ayudó y el éxito de ¡Hola Raffaella! estaba demasiado reciente, lo que hizo que no estuviera presente ese factor novedad tan importante en muchas ocasiones. Seguramente no era el momento».

Su permanencia en antena fue muy breve. En casa con Raffaella apenas se mantuvo en la parrilla unas semanas: del 20 de marzo al 11 de mayo de 1995. No obstante, la fugacidad del formato no estuvo motivada por la tibia acogida de la audiencia, sino porque en esa fecha comenzaba la retransmisión del Giro de Italia, que Telecinco tenía programada desde antes de dar salida al show.

Unos años antes, la italiana ya había pasado por las manos de Mediaset en su país natal. En diciembre de 1987, la artista aceptó la oferta de Fininvest, la compañía de Berlusconi, que le puso sobre la mesa un contrato de dos años para un proyecto a nivel europeo que acercaría la forma de hacer espectáculo en Italia a las diferentes culturas. Un acuerdo que llegaría después de

que el polémico político enviara a la puerta de su casa un camión gigante lleno de azaleas para tratar de convencerla. De ahí nació en 1988 Raffaella Carrà Show, un formato elegante y de alto nivel que contó con entrevistas a grandes estrellas del espectáculo que se dejaron conducir por la batuta mágica de la comunicadora. Tampoco faltarían las canciones, sus ballets y el talento de Sergio Japino, que se estrenaba como director.

A pesar de sus esfuerzos, la audiencia no acompañó al proyecto, que, aunque superó los cuatro millones de espectadores de media, no llegó a las cifras a las que Raffaella estaba acostumbrada en la televisión pública.

Dicen los expertos que por mucho que un formato sea similar al ofrecido en un canal determinado, incluso conservando al mismo presentador, cuando este se lleva a la competencia, por una cuestión de rutina del televidente, en muchos casos pasa factura. Por otra parte hay quien dice que los espectadores de la RAI se sintieron defraudados al ver cómo Carrà aceptaba «por dinero» la propuesta de Berlusconi, y que decidieron castigarla.

Raffaella Carrà Show no cuajó. Tampoco Il príncipe azzurro, otro espacio de variedades en el que se trataba de buscar al «príncipe azul» de los noventa cada noche de los viernes. Ni contar con colaboradoras como Sabrina Salerno, que ya por entonces había levantado pasiones en España con temas como Boys y Hot girl, ni invertir 750 millones de liras por programa, según publicaron varios medios, fue suficiente para que la aventura atrapase a la audiencia.

En su día, Berlusconi también le propuso presentar la edición italiana de Un, dos, tres en Canale 5, algo de lo que se hizo eco en España la revista TV Plus: «Raffaella Carrà hará de Mayra». Según esta publicación, Raffaella habría pedido introducir algunos cambios, como por ejemplo meter un cuerpo de baile para incluir algunos de sus habituales números musicales. A pesar de darse casi por confirmado el fichaje, lo cierto es que al final Carrà no llegó a aceptar porque había demasiadas marcas publicitarias involucradas que alteraban la esencia original.

En 2015, lideró Forte forte forte, un talent show en el que se mezclaban algunos de los ingredientes que caracterizaban a programas ya manidos como Factor X o Tú sí que vales. En este caso, el jurado estaba encabezado por la actriz Asia Argento, el estilista Philipp Plein y el bailar Joaquín Cortés, quien ponía el sabor español. El proyecto buscaba «talentos 2.0 que sepan cantar, bailar, moverse sobre el escenario y entretener. Es decir, un talento que se pueda moldear, guiar y construir».

Por desgracia, la propuesta tampoco convenció. Quizá por el exceso de talent shows y porque, a pesar de tener a la Carrà a la cabeza, no dejaba de ser más de lo mismo. No fue visto con buenos ojos desde el principio, e incluso se llegó a criticar el atuendo con minifalda de la presentadora en el primer programa. A pesar de lucir unas espectaculares piernas a sus 71 años, un sector de la prensa consideró que iba siendo hora de que la estrella comenzara a vestir más acorde a su edad.

La nueva apuesta de Raffaella tomó como título el nombre de una de sus baladas más populares de los años setenta. Esta canción era también la sintonía del programa, aunque llevada al dance por Bob Sinclar, con el que Carrà contó de nuevo tras la repercusión alcanzada con Far L'Amore cuatro años antes.

La vuelta al estudio de grabación para reinterpretar este tema fue de lo mejor de Forte forte forte, que también dejó algún momento estelar, como el dúo con Anastacia, con la que cantó I'm Outta Love. Pero ni siquiera esta actuación tuvo la suerte de su parte: el equipo técnico olvidó encender el micrófono de Raffaella, lo que nos privó de disfrutar de una de las colaboraciones más llamativas de su etapa de madurez.

35. Eurovisión: su último logro

Auditorium RAI del Foro Itálico de Roma. Año 2008. «Yo he visto este espectáculo y, háganme caso, es una verdadera pena que Italia no participe en este festival». De esta forma clara y directa Raffaella reivindicaba desde el gran plató de Carràmba! Che fortuna, y ante los millones de fieles que cada semana seguían su programa, el regreso de Italia a Eurovisión.

Italia abandonó el barco eurovisivo en 1998, a pesar de haber logrado la victoria con artistas como Toto Cotugno, ganador en 1990 con la canción Insieme: 1992, o Gigliola Cinquetti con su icónico Non ho l'età en 1964. La popularidad de este último tema fue tal, que la cantante lo versionó en varios idiomas.

Algo similar ocurrió en 1958 con Nel blu dipinto di blu (Volare) de Domenico Modugno, que, aunque no venció, sí que logró un más que honorable tercer puesto. El artista fue además uno de los grandes protagonistas de la primera edición de los premios Grammy, al hacerse con los reconocimientos a la mejor grabación y la mejor canción del año. Este es considerado actualmente el éxito italiano más popular del mundo, contando con covers de intérpretes de la talla de Barry White, Frank Sinatra o Gipsy Kings.

Italia fue uno de los países fundadores de Eurovisión a mediados de la década de 1950. Por entonces, San Remo ya era todo un acontecimiento social, pero los italianos tenían la necesidad de participar en un concurso con una proyección más internacional. A pesar de los buenos resultados obtenidos durante décadas, el país optó por desvincularse del certamen alegando los elevados costes de la delegación y el desinterés del público.

Sin embargo, la pasión de Raffaella por el eurofestival no disminuyó. Es más, en Carràmba siempre que podía invitaba a algún artista que hubiera pasado por allí. Era su forma de apoyar este espectáculo seguido cada año por más de ciento sesenta millones de personas.

Quizá porque en TVE sabían de su fascinación por el concurso, o porque en muchas ocasiones más de uno consideró que ella podría ser una gran candidata por Italia —algo que personalmente jamás se plantearía—, nuestra tele pensó en Carrà para presentar Salvemos Eurovisión, una edición creada para que el público español eligiera a su representante en 2008.

Las distintas galas contaron con momentos muy destacables, como las actuaciones de Marta Sánchez, Fangoria o Sole Giménez, que versionaron algunos de nuestros clásicos eurovisivos, o un reportaje en exteriores en el que Raffaella se convertía en reportera por un día en plena calle Preciados de Madrid. Su interpretación del legendario Waterloo con el que ABBA alcanzó la victoria en 1974 pondría punto y final a estos especiales.

Finalmente, los espectadores optaron por elegir a Rodolfo Chikilicuatre como el representante español en Eurovisión. Aquel 2008 el continente bailarían al son de ese estribillo que decía: «Uno: el brikindans/ Dos: el crusaíto/ Tres: el maiquelyason/ Cuatro: el robocop». Parece ser que al

público patrio le dio cierto morbo ver sobre el escenario de Belgrado (Serbia) a ese personaje tan surrealista nacido de la fábrica televisiva de Buenafuente, al que acompañaría una divertidísima Silvia Abril en su cuerpo de baile.

Chikilicuatre fue el candidato más esperpéntico de nuestra historia festivalera, lo que no fue obstáculo para que ese señor disfrazado con peluca y una guitarra de juguete que bailaba el Chiki-chiki se hiciera con la 16a posición, superando los resultados de los tres años anteriores.

La Carrà, que no salía de su asombro al hacer público el nombre del ganador, no pudo evitar reírse cuando David Fernández, el alter ego de Chikilicuatre, hizo sus primeras declaraciones nada más conocer su victoria: «Espero que al menos las bailarinas no se caigan».

Conducir estos especiales incrementó en Raffaella el gusanillo eurovisivo. Tenía tantas ganas del regreso de Italia a Eurovisión, que lo convirtió en una cruzada casi personal. «¡Algún día lograremos volver!», decía siempre a sus colaboradores. Y así fue. ¡Lo consiguió!

Su compromiso e implicación fue tal, que en 2011, el año en el que Italia optó por regresar, la RAI tenía clarísimo que la persona encargada de conectar con Europa para anunciar los points del jurado tenía que ser ella. Esa noche ejerció como portavoz de Italia para comunicar las valoraciones del país, a la vez que presentó junto a Bob Sinclar, con el que por entonces estaba arrasando con Far L'Amore, un especial para la televisión estatal.

El regreso al eurofestival supuso mucho más que volver a ser parte de un evento musical de proyección mundial. Significó poner de nuevo en el mapa a la música italiana. ¿Los culpables? Nombres como Marco Mengoni, Il Volo, Mahmood o Måneskin. Todos ellos, además de ocupar los primeros puestos de la clasificación, emprendieron a raíz de su paso por el certamen una destacada carrera profesional en otros países. El tiempo demostró que la confianza y el empeño de Carrà habían dado sus frutos, algo que quedó patente la noche del 22 de mayo de 2021 en la ciudad de Róterdam. Aquella velada el rock de Måneskin, tras triunfar en San Remo con Zitti e buoni, conseguía enamorar a Europa y la banda liderada por Damiano David ganaba la 65a edición del festival.

La victoria de Italia la convertía en la encargada de organizar el evento al año siguiente. Esto provocó que, desde el primer minuto, los medios especializados y las redes sociales comenzaran a hacer sus quinielas sobre los posibles presentadores, siendo inevitable que el nombre de Raffaella Carrà apareciera en casi todas ellas. Por supuesto, Carrà era la persona ideal: dominaba la cámara y el escenario, hablaba varios idiomas, era un icono de la música italiana y, además, había sido la culpable, con sus continuas reivindicaciones, del comeback italiano.

Stefano Coletta, director de Rai Uno en 2021, había sido el artífice del regreso de Raffaella a la pequeña pantalla en 2019 con el programa de entrevistas A raccontare comincia tu. Coletta adoraba y admiraba tanto a la diva, que en un momento tan crucial como este, en el que toda Europa iba a mirar a Italia, Carrà era su más firme candidata. No solo para presentar Eurovisión desde Turín, sino también para ser la conductora de San Remo en 2022, evento en el que unas semanas antes elegirían a su representante.

«Es un pensamiento mío, solo mío, pero quería que estuviera tanto en San Remo como en Eurovisión. No tuvimos la posibilidad de vernos y hablarlo. Y eso realmente me produce un gran dolor, no profesional, sino humano», comentó en Rai News 24 apenas unas horas después de conocer la noticia de su muerte.

Aunque no hubo tiempo para que existiera una propuesta formal, Raffaella sí llegó a saber que la televisión estatal estaba interesada en contar con ella para un acontecimiento de tal magnitud. De hecho, apenas unas semanas antes de su fallecimiento, seguramente para no levantar sospechas ni siquiera entre su entorno más cercano del avanzado estado de su enfermedad, lo llegó a comentar con su mano derecha en España, Alberto Maeso: «Me decía: “Quiero que sea un festival muy limpio, de alta calidad artística y que sirva para unir a Europa”. Por eso hay cosas que a veces no me cuadran, porque esto me lo estaba diciendo pocas semanas antes de irse».

La Carrà se nos fue. Pero se marchó con la satisfacción de ver la victoria de su amada Italia en aquella Eurovisión que tanto defendió. Y sabiendo, además, que su adorada RAI quería contar con ella como maestra de ceremonias. Pero, lamentablemente, no pudo ser. El 5 de julio de 2021 Raffaella se nos iba sin avisar, dejándonos con la ilusión de haberla podido ver en la que hubiera sido una dignísima despedida televisiva. Se fue con 78 años recién cumplidos, cuando todavía desprendía jovialidad por todos los poros de su piel. Se fue un 5 de julio haciendo que, de nuevo, nos explotara el corazón, aunque, por primera vez, de tristeza.

36. Ese maldito 2020

«La experiencia humana de haber viajado por tantos países y conocer a tantas personas diferentes, a mí personalmente me ha dado mucho. Si yo desaparezo mañana, me iré con la satisfacción de haber vivido intensa y profundamente. Prefiero esto a quedarme siempre parada en el mismo sitio», manifestaba Raffaella en el programa chileno Noche de gigantes en 1981. Por entonces solo tenía 38 años y le quedaba la mitad de su vida por delante.

Una historia vital en la que la música y la televisión siempre estuvieron presentes. Aunque en 2016 varios medios publicaron que se retiraba a raíz de unas declaraciones sacadas de contexto, la incombustible Carrà nunca llegó a dejar el espectáculo. Seguramente porque nadie quería que lo hiciese; por eso los proyectos siempre estuvieron encima de la mesa hasta el final de sus días.

En nuestro país, ya muy entrados los años dos mil, hubo varios intentos para que regresara a la televisión, pero ni siquiera las propuestas para presentar formatos como *Tu cara me suena* o *Tú sí que vales* le llamaron la atención lo bastante como para aceptar. Únicamente, después de tres temporadas como coach en *The Voice of Italy*, la aventura de *A raccontare comincia tu* en 2019 hizo que diera «sí, quiero».

El programa, cuyo nombre jugaba con el título de su icónico *A far l'amore comincia tu* —y que venía a decir algo así como *A contarlo empiezas tú*—, seguía la misma línea que *Tú casa es la mía*, aunque con pequeñas diferencias. «Lo de ir a las casas con las cámaras aquí en Italia es algo que todavía no convence demasiado a los invitados. Por eso con Renato Zero me monté en ferrocarril y terminé en su camerino y con la cantante Loretta Gioggi me fui a un campo de golf», me explicaba una orgullosa e ilusionada Raffaella en la charla radiofónica que mantuvimos en diciembre de 2020.

El espacio, elegante y cuidado al milímetro, permitió a la estrella seguir en activo y en plenas facultades a sus 75 años. A lo largo de sus dos temporadas, importantes nombres de la cultura, el deporte y la comunicación conversaron con Carrà, entre ellos personalidades como Ricardo Mutti o el cineasta Paolo Sorrentino. Hasta la mismísima Sophia Loren dialogó con ella: ambas nos regalaron una charla repleta de química y complicidad en la que intercambiaron vivencias en Hollywood y trataron temas tan cotidianos como el tabaco.

A mediados de 2020, cuando comenzaron a relajarse las medidas de confinamiento, el periodista Massimo Galanto publicó que, de cara al mes de septiembre, estaba previsto continuar con las grabaciones. De esta forma, a principios de 2021, podrían emitirse los nuevos capítulos que, en principio, iban a contar con personajes como Mika o Tiziano Ferro.

Sin embargo, aunque la vuelta a la actividad hacía posible reanudar la grabación, Carrà se excusó en las circunstancias excepcionales que aún condicionaban nuestras vidas para justificar el aplazamiento de su retorno a la pequeña pantalla: «No quiero tener que trabajar con tres metros de distancia sin ni siquiera poder tocarte. Soy muy de movimiento; si no existe esa libertad,

entonces no quiero hacerlo», explicaba.

Todo lo vivido era tan insólito, que a nadie le extrañó su aislamiento voluntario. «La televisión de momento tendrá que esperar», me aseguraba de forma tajante. Nada hacía presagiar que detrás de esos motivos que sonaban razonables, existía una causa de fuerza mayor que ya en ese momento la impedía ponerse frente a una cámara: la enfermedad contra la que estaba luchando desde hacía meses.

La ausencia física la compensaría con alguna que otra entrevista telefónica en los medios para echar una mano en la promoción de la película musical basada en sus grandes éxitos: *Explota, explota*. Desde el principio estuvo muy involucrada en este largometraje, pero nunca tuvo intención de intervenir en él a pesar de las plegarias de su director, Nacho Álvarez: «Yo quería sí o sí que hiciera un cameo en la peli. Es más, me hubiese encantado que el último número musical lo hubiera hecho ella cantando y bailando, pero desde el primer momento se negó en rotundo. “¡Y menos cantando!”», me dijo bromeando. Finalmente terminó aceptando, con la única condición de que el rodaje no le quitara mucho tiempo».

La escena con Raffaella se rodó a mediados de enero de 2020. «Llegó ilusionadísima al set. Yo recuerdo que estaba nerviosísimo porque no la quería hacer esperar, pero salió todo muy bien porque lo puso muy fácil. Ni siquiera fueron necesarias muchas tomas porque ella estuvo espectacular», me describía el cineasta. «No tuvo ninguna exigencia, la verdad es que fue un placer. Ese día de rodaje fue brutal. Fue completamente mágico».

Aquella escena mostraba a la estrella italiana observando el Coliseo justo antes de girar la cabeza, mirar a cámara y saludar a la vez que sonreía. Lo hacía vestida con la misma chaqueta roja que utilizó en varias ocasiones durante su carrera; por ejemplo, para entrevistar a Richard Gere en *¡Hola Raffaella!* en 1994.

Al mirar ese fotograma con la perspectiva actual, parece simbolizar un ciao, un adiós que curiosamente no llegó a través de esa pequeña pantalla con la que tan bien se compenetró, sino en el cine, ese romance de juventud del que tuvo la valentía de despedirse cuando supo que nunca sería feliz a su lado; un idilio que le permitió ser parte de un total de 31 películas a lo largo de su vida.

No habían pasado ni dos meses del rodaje de esta escena cuando el Covid-19 confinó al planeta y el mundo como lo conocíamos saltó por los aires. Las calles se quedaron vacías y los balcones se llenaron de aplausos cada día a las ocho de la tarde. De repente, la incertidumbre se adueñó de la humanidad mientras veía cómo muchos de sus abuelos y familiares fallecían por cientos diariamente. La sociedad comprobaba atónita casi de un día para otro que era mucho más frágil de lo que imaginaba.

Esa escena de *Explota, explota* de alguna manera significó también un antes y un después en la vida de la italiana. Ya nada volvería a ser igual para ella. A la lucha que el mundo entero emprendía contra el coronavirus, se sumaba la suya personal, a la que voluntariamente se enfrentó a solas, en secreto, casi en soledad desde que en mayo de 2020 le fuera diagnosticado ese fatídico cáncer de pulmón que acabó con su vida en poco más de un año.

Investigando por la red, tan solo hay una imagen en movimiento posterior al plano rodado aquel día de enero en el Coliseo. El vídeo data del 30 de octubre de 2020, fecha en la que varias personalidades destacadas en la vida de Diego Armando Maradona se unieron para felicitar al deportista en su 60 cumpleaños.

Ataviada con una camiseta de la selección argentina firmada por el propio futbolista, se dirigía a cámara apenas unos segundos para dedicarle unas palabras: «Querido “número diez”, tú has escrito que yo soy tu ídolo... ¡Pero tú eres mi ídolo! Y si estoy aquí es para desearte lo mejor en tu sexagésimo cumpleaños. [...] Tanti auguri, Diego!». Apenas unos días después, el 25 de noviembre, el repentino fallecimiento del astro del fútbol conmocionó al mundo del deporte.

A lo largo de esas semanas también tuvo lugar el estreno de *Explota, explota*, lo que puso de nuevo a la cantante y actriz en el foco mediático. Eso llevaría a Carrà a protagonizar la portada de la revista *Mujer Hoy*, en la que, junto a con una fotografía de archivo relativamente reciente, resaltaba un titular que decía: «Españoles, ¡Raffaella ha vuelto!».

A la entrevista concedida a este medio escrito se sumó la ofrecida al programa de radio *El cine en la Ser* de Pepa Blanes, y la que dio casi por sorpresa a Jorge Javier Vázquez en *Sálvame* de Telecinco.

«Estamos viviendo algo muy fuerte a lo que nunca antes nos habíamos enfrentado. Por eso tenemos que tratar de vivir con *legerezza*, tener cuidado a la hora de relacionarnos fuera de nuestro círculo íntimo y ante todo respetar», comentaba al polifacético comunicador y escritor en aquella charla improvisada.

«Me está afectando como supongo que a todo el mundo. Quitarme la libertad, que para mí siempre ha sido una palabra vital, ha sido tremendo. Entre otras cosas porque me impide viajar a Madrid por todo lo que supone: hacerte la prueba en el aeropuerto, hacer cuarentena... ¿Dónde está la libertad? [...] Hay que aguantar este momento triste intentando vivirlo con energía y con la fuerza latina que nos pertenece», justificaba así el no viajar a España para asistir al estreno de *Explota, explota*.

Ni siquiera un programa nacional o de máxima audiencia era un motivo de peso para participar en él. Tampoco que tuviera cierta relación con su presentador o presentadora. Por eso no deja de ser curioso que sus dos últimas apariciones en España fueran en dos medios autonómicos. La estrella italiana eligió la penúltima semana de diciembre de 2020 para aparecer en *À Punt Mèdia* y en *Radio Castilla-La Mancha*.

En la primera, el motivo estaba más que justificado: sorprender a su querido compañero Juan Luis Iborra, con el que tantos años había trabajado y con el que desde hacía más de dos décadas mantenía una bonita amistad. Una entrevista al director y guionista en el medio valenciano por su nuevo proyecto profesional sirvió como excusa para contactar con ella.

A pesar de ser uno de sus mejores amigos en España, en otro momento quizá hubiera declinado la invitación, pero aquella aparición ya escondía de alguna forma, sin Juan Luis ser consciente de ello, un adiós encubierto. «Cuando vaya a Madrid, te llamo para cenar como siempre hago», le

comentó justo antes de colgar el teléfono, no dando ni una sola pista de que las cosas no marchaban bien.

La segunda entrevista, la que esa semana concedió a La Tarde Suena Bien, tuvo el honor de realizarla el autor de este libro. «Ella se estaba despidiendo. Raffaella controlaba los medios perfectamente y sabía lo que hacía. No es casualidad que entrara en mitad de la entrevista a Iborra para sorprenderle ni que a ti te concediera esa última entrevista, porque era consciente del cariño y la admiración que la profesabas», me dijo en su día Borja Terán.

En la que sería su última entrevista en España, hicimos un repaso por sus éxitos televisivos y musicales en nuestro país. Una conversación que curiosamente me planteé, desde el primer momento, más que como una entrevista al uso, como una carta de amor de parte de ese niño que desde pequeño se obsesionó con su alegría, su carisma y ese rubio platino que simbolizaba el espectáculo en estado puro y la libertad en todos los aspectos de la vida.

«¡2020 es un año para olvidar!», me decía resignada. «Yo pensaba que el “veinte veinte” iba a ser un año redondo, bonito... ¡y ha sido un auténtico infierno! Así que, ¡que se vaya y nos deje tranquilos y en paz!». Palabras de la presentadora que escondían sus meses y días más duros, esos en los que comenzó a enfrentarse cara a cara con la muerte.

Tan solo dos semanas después, esa jovialidad que había derrochado en Radio Castilla-La Mancha había desaparecido. Su estado de ánimo había cambiado y eso se hizo palpable en la conexión que mantuvo con el canal estatal italiano el 28 de diciembre.

El programa La vita in diretta dejaba vislumbrar a una Raffaella algo más triste de lo habitual, no tan positiva y muy alejada de su optimismo innato. «¿Cómo te encuentras, Raffaella?», le preguntó Alberto Mattano, conductor del programa. «Allora, abbastanza bene, ma non benissimo [Bastante bien, pero no excelente]», respondía con un talante serio. Con el deseo de «Anno nuovo, libertà nuova» despedía su breve intervención en la RAI, la cadena que tantos éxitos, cariño y respeto le mostró durante décadas.

En febrero de 2021 tendría lugar su última aparición pública ante los micrófonos de London One Radio. Lo hizo para hablar del artículo que le había dedicado The Guardian apenas tres meses antes para ensalzar su figura y los mensajes liberadores de sus canciones. Una entrevista que cerraba afirmando, de forma totalmente consciente, que había tenido «una vida maravillosa».

37. Qué desastre si tú te vas

«Raffaella Carrà ha fallecido hoy a las 16:20 horas, tras una enfermedad que, desde hacía algún tiempo, atacaba su cuerpo, tan diminuto y sin embargo tan lleno de energía desbordante.

»En sus últimas disposiciones, Raffaella pidió un simple ataúd de madera natural y una urna para contener sus cenizas.

»Una fuerza imparable la suya, que la puso en la cima del star system mundial, y una voluntad de hierro que nunca la abandonó hasta el final, haciendo que nada de su profundo sufrimiento se filtrase. Fue el enésimo gesto de amor hacia su público y hacia quienes compartían su afecto, para que su calvario personal no perturbara su luminoso recuerdo. En la hora más triste, siempre única e inimitable, como su risa arrebatadora.

»Raffaella nos ha dejado. Se ha ido a un mundo mejor, donde su humanidad, su inconfundible risa y su extraordinario talento brillarán para siempre».

De esta forma, su inseparable Sergio Japino informaba al mundo de la muerte de la artista el 5 de julio de 2021, un comunicado que, aquella tarde, recibíamos en la redacción de Radio Castilla-La Mancha en plena retransmisión de La Tarde Suena Bien, el mismo programa en el que pocos meses antes habíamos mantenido una maravillosa charla. «Pedro, parece ser que ha muerto Raffaella Carrà», me dijo mi compañera de informativos mientras me encontraba en directo. «¡No puede ser! ¿Será fake?». Costaba creer que esa mujer, de la que por entonces se decía que podría presentar la próxima edición del Festival de Eurovisión, hubiera fallecido. ¿Sería un bulo más de los muchos que corren por las redes? No se sabía que estuviera enferma. ¿Habría sido algo relacionado con el Covid-19? ¿Algún accidente? ¿Un infarto repentino?

Sea como fuere, la noticia se había extendido como la pólvora y su melena rubia lucía omnipresente en todos los canales y las múltiples pantallas que ocupan las paredes de nuestros estudios radiofónicos. Los medios digitales tampoco dejaban lugar a dudas y confirmaban la noticia que ninguno quisimos creer aquel primer lunes del mes de julio.

«En dos minutos llega la información con la noticia más triste que a muchos se nos podía pasar por la cabeza poder dar. Ahora nos la amplía Vega Hernández. Ha fallecido Raffaella Carrà». Mis palabras fueron acompañadas por las notas musicales de una de las baladas más bellas de su repertorio: Yo no sé vivir sin ti.

Sería la primera de las muchas canciones que sonarían la tarde de ese 5 de julio, no solo en mi espacio de radio, sino también en los medios de comunicación de prácticamente todo el mundo. Programas especiales, testimonios de gente cercana a ella a nivel personal y profesional, cierres de informativos y fotografías de la diva en todas las redes sociales tiñeron esa jornada de su icónico rubio platino.

Raffaella Carrà había muerto a los 78 años recién cumplidos. Apenas dos semanas antes, había dejado un mensaje de agradecimiento a sus fans en su cuenta oficial de la red social X —por entonces Twitter— por las felicitaciones recibidas el día de su cumpleaños: «¡Gracias a todos! Me han colmado de buenos deseos, su cariño me conmueve, los abrazo y deseo un verano con vuelta a la normalidad».

Hasta el último momento se encargó de no levantar ningún tipo de sospecha, obligando a los pocos que conocían su realidad a mantener en secreto el viacrucis por el que estaba pasando. Sin duda un acto de generosidad para no hacer sufrir a los que la amaban, y de una indudable valentía. «Lo que más pena me da es que, por no hacernos sufrir, se privara en sus últimos meses del cariño de mucha de la gente que la queríamos», afirmaba Barbara Boncompagni. Sorprendentemente, ni siquiera a las hijas de su adorado Gianni, a las que consideraba como sus hijas, ni a sus propios sobrinos, se lo hizo saber. La discreción que siempre reinó en su vida también la acompañó en su recta final.

Las últimas tres semanas estuvo ingresada en la Clínica del Rosario, próxima a su domicilio en Roma. Allí, ya consciente de que su final se acercaba, pidió ser ingresada en la unidad del dolor. «Llevaba unas semanas como huésped nuestra. Lamentablemente, había empeorado en los últimos días. Dignidad y amabilidad son las palabras que me vienen a la cabeza para describirla», explicó el director de la clínica Raffaella Mancino.

Su ámbito más cercano no era capaz de salir del shock. A pesar de que a muchos les extrañó no recibir un mensaje de respuesta cuando la felicitaron por su cumpleaños el 18 de junio, no podían intuir que el motivo fuera el ya avanzado estado de una enfermedad que casi nadie conocía.

La repercusión de su marcha y su dimensión como personaje en la cultura pop mundial se hizo evidente la mañana del 6 de julio. «La noticia de su muerte es casi más importante que la muerte del papa», declaraba a los medios su gran amigo Luigi De Filippis.

Su legendaria melena ocupó todas y cada una de las portadas de los grandes medios internacionales, de todos los países latinoamericanos donde todavía recordaban a la jovial Raffaella, y por supuesto de los diarios y periódicos españoles. Aquello confirmaba que Raffaella se había convertido en algo más que una artista: un símbolo, un icono. Acababa de nacer la leyenda.

«Ciao, Raffaella. Muere a los 78 años la gran diva italiana de la televisión tras una vida dedicada al mundo del espectáculo», decía El Mundo, que recogía una fotografía de la sesión realizada a la artista en 1984 con su emblemático traje azul eléctrico de estilo futurista utilizado para la portada de su álbum *Dolce Far Niente*.

Una fotografía en blanco y negro de la etapa de *Felicità tà tà* de los setenta, con su expresiva sonrisa y su mirada siempre luminosa, servía como portada del diario La Razón. «La fiesta se acabó», rezaba el titular con el que hacían un guiño a uno de sus mayores éxitos.

Por su parte, El País optaba por una imagen de su etapa en *Pronto*, Raffaella?, con ese inseparable teléfono que tantos momentos de gloria le dio y un atuendo rosa muy casual, que

ocupaba el epicentro de la portada, a la que acompañaba un titular que decía: «Raffaella Carrà o la libertad contagiosa».

Hasta el diario Marca, dedicado a la actualidad deportiva, homenajeó a la diva con un enorme «Qué fantástica esta fiesta», en alusión a su figura y aprovechando la semifinal de la Eurocopa que esa noche se disputaba entre Italia y España.

«El fallecimiento de un icono como Raffaella Carrà, mujer innovadora y artista extraordinaria, sacudió a todos. Antes del Italia-España, su partido, queremos recordarla con alegría, escuchando juntos su música llena de energía», alegó el presidente de la Federación Italiana de Fútbol, Gabriele Gravina. Así, la UEFA autorizó que esa noche, durante el calentamiento, sonara en Wembley la melodía de *A far l'amore comincia tu*.

El miércoles 7 de julio, dos días después de su pérdida, dieron inicio los actos del adiós que Italia dedicó a su idolatrada Carrà. El país decidió despedir a su reina de la televisión con honores de estado, declarando tres días de luto. A las cuatro de la tarde, los restos de la artista partían en un coche fúnebre de la Clínica del Rosario para hacer una primera parada en las puertas de su domicilio en Via Nemea, donde se agolpaban cientos de seguidores y medios de comunicación de todo el planeta.

El féretro, aquel sencillo ataúd sin pulir que pidió para su despedida adornado tan solo por una corona de flores amarillas, sus favoritas, recorrería desde allí algunos de los lugares más significativos en la vida de la cantante hasta llegar al Campidoglio, sede del ayuntamiento romano, donde quedó instalada la capilla ardiente.

El cortejo fúnebre fue retransmitido en directo por la televisión pública, mientras muchas de las personalidades que formaron parte de un modo u otro de su vida iban recordando lo que había significado para el mundo del espectáculo. Ese último paseo de Raffaella la llevó a los estudios de Via Teulada de la RAI, desde donde retransmitió *Domenica In*, la sede de la RAI en Via Mazzini o el Teatro delle Vittorie donde alcanzó sus primeros éxitos con *Canzonissima* y *Milleluci*. Otra parada inevitable fueron las puertas del Auditorium Rai del Foro Italico, donde vivió algunos de los momentos televisivos más brillantes de su carrera con espectáculos como *Amore* o sus legendarios *Carràmba! Che sorpresa* y *Carràmba! Che fortuna*.

Después de recorrer durante tres horas y media una città conmovida por su muerte, se abrió la capilla ardiente. Por ella desfilaron, además de reconocidos personajes de la política, la música y la televisión, miles de personas que, durante veinticuatro horas, quisieron brindarle su respeto y cariño. Esa gente de a pie a la que tantas veces dio voz en sus programas y que de alguna manera la consideraban parte de su vida y de sus recuerdos.

En las calles, carteles con su rostro y pancartas en las que se leían frases como «¡Qué desastre si tú te vas!», en referencia al estribillo de *En el amor todo es empezar*, se unían a las imágenes que esos días plasmaban aquel enorme dolor en todos los medios de comunicación.

Varias generaciones de todas las clases sociales se juntaron en los pasillos del Campidoglio: desde frailes a monjas, pasando por jóvenes que acompañaban a sus padres o a sus abuelas para

dar el último adiós a su adorada Carrà.

En esa interminable fila, se encontraban fans como Olga, de 78 años, una fiel admiradora de la diva que con gran pesar declaraba a la prensa su perplejidad ante su fallecimiento: «La sigo desde que era una cría porque me da alegría, me hace feliz. Ha sido siempre una gran estrella, la mejor a mi juicio, y nos entristece mucho su muerte. No nos la esperábamos, no la veíamos desde hacía mucho, pero pensaba que estaba de viaje. Y en lugar de esto, mira qué noticia».

La tristeza también se hacía patente en seguidores como Alessandro, un diseñador que llevaba consigo una muñeca de la cantante, o Patrizia, una joven romana que siempre vio en ella un referente de la lucha feminista.

«Hay mucha gratitud por una persona que sentíamos como de la familia. Con ella también evolucionó el papel de las mujeres en la televisión, empezó como vedette, pero después llegó a ser directora artística. Estoy segura de que Raffaella ahora nos está mirando y sonriendo», declaraba la presentadora Milly Carlucci al ver a tantas decenas de personas en las calles llorando su marcha.

En ello coincidía Marcello Foa, presidente de la RAI: «Es un momento de gran tristeza, pero también de unión nacional. Pocas veces ha habido una emoción tan generalizada y transversal. Raffaella Carrà sabía que era un símbolo y, si pudiera vernos ahora, creo que estaría feliz de sentir un cariño tan auténtico».

Amigos y admiradores de todas las edades decían un adiós que no quisieron pronunciar. En la cola que llevaba a la capilla ardiente se hablaba de «una artista inmortal», de una mujer que llevó a las televisiones y los escenarios «libertad y belleza».

Ese viernes, un funeral televisado incluso por el Canal 24 Horas de TVE, puso punto y final a su despedida en la basílica de Santa Maria in Aracoeli, un lugar de culto que data del siglo VI. A él acudieron cerca de doscientas personas, entre las que se encontraban familiares cercanos y amigos como Joaquín Cortés, muy afectado, o sus queridos e inseparables amigos Enzo Paolo Turchi y Carmen Russo, visiblemente emocionados.

Consciente de la repercusión de su fallecimiento, Raffaella quiso dejar todo bien atado antes de irse, dando instrucciones para que, una vez dejado atrás el ruido de los primeros días, su marcha fuera mucho más silenciosa y discreta, acorde a como siempre le gustó preservar su intimidad. Incluso después de su muerte haría gala de ese hermetismo que la caracterizó.

El 4 de septiembre sus cenizas llegaron a la localidad de San Giovanni Rotondo tras la celebración de una pequeña misa en la iglesia de Santa Maria delle Grazie y de una visita a la sede de Tele Radio Padre Pío que ella misma inauguró en 2001. Aunque fue creyente a su manera, siempre sintió una gran devoción por el religioso, además de mucho respeto por ese lugar sagrado, uno de sus favoritos. «Los curas no me gustan mucho. Prefiero a los frailes. Más la parte espiritual que la teórica. No voy a la iglesia», confesó en julio de 2017 al hablar de sus sentimientos religiosos.

Su último viaje lo haría en ese mes de septiembre de 2021. Como no podía ser de otra manera, tuvo como destino su adorado Porto Stefano, su paraíso en la Toscana, el lugar en el que vivió sus momentos más personales, divertidos, íntimos e introspectivos.

Allí, en el Argentario, se despediría para siempre de ese horizonte que tantos anocheceres y amaneceres inolvidables le brindó. Lo haría poniendo la mirada en el inmenso mar que tantos momentos de paz e inspiración le dio. Observando las aguas infinitas del mar Tirreno que desde ese instante le permitirían mirar para siempre hacia la eternidad.

Es allí, en el sencillo cementerio de ese pueblo pesquero de la Toscana, en una pequeña y silenciosa capilla situada en el centro del camposanto, donde se encuentra una bella lápida con una imagen suya a color pintada a mano. Un espacio que poco tiene que ver con los grandes mausoleos de otras estrellas. Allí, alejada de cualquier excentricidad, muchos de los que la quisieron y admiraron siguen acudiendo para recordarla y regalarle esas flores amarillas que tanto le gustaban.

Aquel 5 de julio los platós que durante tantos años ocupó quedaron huérfanos de una reina que nunca presumió de corona. Sus golpes de melena, con los que sin ser consciente derribó cientos de prejuicios, ya no volverían a aparecer sobre las tablas de un escenario. Sin embargo, desde ese momento, nos daríamos cuenta de que su espíritu había quedado impregnado en la gratitud de miles de personas que, aunque fuera solo por un segundo, habían esbozado una sonrisa gracias a su implícita alegría.

La transversalidad de su figura se hizo evidente el día de su adiós, en la jornada en la que los italianos tuvieron el honor de despedirla en su capilla ardiente. Allí, sobre su ataúd, las flores amarillas se entremezclaban con banderas arcoíris, mientras sobre ellas oraban los frailes que también querían decirle adiós mediante sus plegarias.

Esa despedida recogía literalmente lo que Raffaella Carrà significó para el gran público: una artista que siempre fue para todos y para todas, sin renunciar nunca a defender lo que consideraba justo, pero siempre desde el respeto y la inteligencia, sin crear polémica, sin molestar, sin atacar al contrario. Reivindicaciones hechas en todo momento desde esa alegría innata que formaba parte de una forma de ser que le haría llegar a todos los estamentos de la sociedad.

La Carrà nos decía «Adiós amigo, good bye my friend». Se fue sin avisar, para evitar el dolor a todos los que la quisieron. Como diría Benedetti, hasta para eso supo defender la alegría.

38. La vida sin la Carrà

«Cuando yo muera, mi energía quedará en el aire y será absorbida por otros. ¿Quiénes? ¿Por qué? En el fondo existe algo de magnético», manifestó sobre el final de sus días. Un asunto en el que nunca quiso pensar en exceso, seguramente porque en ella siempre hubo mucha vida: «La muerte es definitiva... No pienso en ella todo el rato, tengo demasiadas cosas que hacer», declaraba a Enzo Biagi en el año 2000.

«El final de la vida llegará en algún momento, esto es así. Por eso lo importante es vivir el paso de los años mirándose al espejo. Me explico mejor, creo que comparando a la Raffaella adolescente con la actual, ahora encuentro a una mujer mucho más suave, más atenta, más comprensiva. Y esto me gusta porque me ayuda a afrontar los problemas y la madurez de una forma más tranquila y más serena», reflexionaba en Magazine 3 a comienzos de los noventa. El paso del tiempo también implica ir perdiendo poco a poco a muchos de los pilares de nuestras vidas: familiares, amigos y personas que de alguna manera marcan nuestro camino. En su caso, aunque no soliera acudir a misa ni a la iglesia, sí que le gustaba rezar para mandar su energía a todas esas personas que, aunque ya se fueron, seguían estando en su recuerdo.

En la entrevista concedida a Marta Flores en España en 2017, hablaba de esta cuestión: «Me gusta pensar en quien ya no está porque, por desgracia y por la edad, hay ya mucha gente que se ha ido de mi alrededor. Vas viendo cómo se van piano, piano, piano».

La periodista también le preguntaba en aquella charla si en sus planes estaba el de morir, a lo que ella contestaba sonriendo: «Cuando ves escrito en un papel 74 años, piensas: “Mamma mia! ¡Sí que soy vieja!”. Y me pregunto: “¿Pero yo soy esa de verdad? ¿No serán 47 en lugar de 74?”. Pienso en la muerte de vez en cuando, claro. Lo que no quiero es sufrir».

«Su contagiosa alegría de vivir, unida a la energía de sus canciones y a esa vitalidad que desprendía en cada intervención televisiva, nos hizo pensar a muchos que llegaría a ser octogenaria o nonagenaria, pero seguramente el destino se había empeñado en que siempre la recordáramos en plena forma y repleta de esa elegancia que llevaba de marca. Supo envejecer con dignidad a todos los niveles», reflexionaba conmigo su fiel Maeso.

Muchos fueron los que se vieron reflejados en las declaraciones que la misma semana de su fallecimiento hizo el italiano Mahmood, quien se alzó con el segundo puesto en el Festival de Eurovisión en 2019: «Es muy extraño tener la sensación de que ya no está con nosotros porque ha sido una figura que siempre ha formado parte de nuestra vida. Se hace raro imaginar la vida sin Raffaella Carrà».

Destacadas personalidades de la cultura a nivel nacional e internacional homenajearon a la diva en sus redes sociales, ya fuera porque compartieron con ella algún momento o porque esta siempre les sirvió de inspiración.

«Hoy se nos fue una artista y una mujer grande, grande. ¡Maravillosa! Una de mis más grandes amigas de casi toda la vida. Desde ahora estarás por siempre en mi mente y en mi corazón, queridísima Raffaella», escribió Raphael, que acompañó el texto con una bonita foto de ambos de mediados de los ochenta en el mítico estudio de Pronto, Raffaella?

Su compatriota Tiziano Ferro, que demostró su devoción por la artista al dedicarle el tema Y Raffaella es mía en 2007, no pudo obviar la tristeza en sus palabras: «Me has apoyado, querido, divertido y regañado como una hermana. El universo tiene otra diosa para siempre. Raffaella Carrà para todos, una verdadera amiga para mí que nunca olvidaré».

«Mi queridísima Raffaella, qué recuerdos tan bonitos y qué tiempos imborrables. Descansa en paz, mi querida amiga», lamentó Julio Iglesias. Con él vivió momentos brillantes tanto en televisión como sobre los escenarios de todo el mundo, siendo uno de los primeros amigos que la arroparon en sus inicios en España.

A estos nombres se les sumaron otros muchos como los de Lolita y Rosario Flores, Gloria Estefan, Anastacia, David Bisbal, Alejandro Sanz o India Martínez. Pero el recuerdo a la italiana fue más allá del mundo de la música y la televisión. Personalidades de la interpretación, el humor e incluso de la política rindieron tributo a la artista.

«Su risa y su generosidad han acompañado a generaciones de italianos y han representado a Italia en el mundo. De parte de todo el Gobierno, nuestro más profundo pésame para sus amigos y familiares», profirió el presidente Mario Draghi el día de su muerte.

En nuestro país, el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, también alabó a nuestra italiana más querida: «Raffaella Carrà fue una mujer que inspiró a varias generaciones felicidad, valentía y compromiso. Su música nos alegró el corazón, su espíritu libre nos llenó el alma».

La vicepresidenta Yolanda Díaz, por su parte, elogió todos los valores que Carrà representó como mujer y como profesional a lo largo del tiempo: «El lugar que Raffaella Carrà ocupa en nuestra memoria colectiva tiene que ver con una alegría radical, libérrima, absolutamente comprometida con la vida. Nos ha legado décadas de música y baile, de inteligencia, de espontaneidad y de orgullo. Y por eso la recordaremos para siempre».

Desde entonces, diferentes proyectos, especiales televisivos y homenajes de todo tipo han mantenido viva su memoria en nuestro país. Entre otros muchos, el del grupo de pop Varry Brava, que con el tema Raffaella concurre al Benidorm Fest de 2022 y trató de representar a España en Eurovisión. Aunque no consiguieron su objetivo, la repercusión de la canción fue tal, que se convirtió en sintonía del programa Tu casa es mi casa, título que Rai Tre otorgó al reconvertido A raccontare comincia tu, el programa que Carrà condujo hasta la llegada de la pandemia.

En el ámbito televisivo, la RAI rebautizaría en su honor los estudios de la Via Teulada en Roma, donde la presentadora dio vida a muchos de sus éxitos en la pequeña pantalla. En los ahora llamados Estudios Raffaella Carrà, «obtuvo sus primeros éxitos con programas que han permanecido en el corazón de generaciones enteras y que aún parecen increíblemente actuales»,

exponía la nota de prensa emitida por el ente estatal.

En diciembre de 2022, Poste Italiane lanzó un sello dedicado a su figura. En 2023, el ministerio de Economía de Italia acuñó en su honor una moneda de cinco euros de carácter conmemorativo diseñada por Silvia Petrassi.

Un paseo marítimo con su nombre en Belaria, el pueblo italiano en el que pasó su niñez junto a su abuela Andreina, o unas luces de neón que en la Navidad de 2021 iluminaron las calles de Bolonia, su ciudad natal, con su rostro y las letras de algunas de sus canciones, son solo algunas de las muchas iniciativas que junto a documentales, exposiciones fotográficas, muestras de sus trajes, biografías, musicales, etc. mantienen vivo el mito en todos los países en los que triunfó y donde su memoria continúa tan presente como en sus tiempos dorados.

39. Plaza Raffaella Carrà

El 5 de julio de 2022, coincidiendo con el primer aniversario de su muerte, se inauguraba en Madrid la Plaza Raffaella Carrà. Este reconocimiento fue posible tras la propuesta que Más Madrid llevó a la junta de distrito Centro. Todos los partidos votaron a favor, a excepción de la extrema derecha, que se abstuvo. La puesta de largo contó con la presencia de la que era en su momento vicealcaldesa de la ciudad, Begoña Villacís, junto con el concejal del distrito Centro, José Fernández. Tampoco faltaron la delegada de Cultura, Turismo y Deporte, Andrea Levy; el embajador de Italia, Riccardo Guariglia; representantes de los grupos políticos municipales y de entidades LGTBIQ+; familiares y amigos de la artista.

Desde aquel día una placa compuesta por nueve azulejos con la imagen en color de la show-woman, obra del pintor Ángel García Pinto, preside el que ya es un lugar de culto para los fans de la Carrà y que reconoce a una mujer sumamente influyente en la sociedad de las últimas cinco décadas y que, a pesar de ser italiana, siempre llevó a nuestro país por bandera, reivindicándolo y presumiendo de él en cada una de sus actuaciones.

«Su forma de expresar esa libertad a través de las canciones la convirtieron en un icono del espectáculo y por supuesto también en un referente para la comunidad LGTBIQ+. Lo consiguió mediante esas canciones alegres y divertidas hechas al milímetro para ella», me señalaba el polifacético Paco Clavel.

El novelista y dramaturgo Nando López también reflexionaba conmigo sobre su conexión con el colectivo a pesar de no pertenecer a él: «Creo que conectamos con su alegría transgresora, con esa reivindicación de la fiesta como un estado de ánimo que desafía la normatividad, tal y como sucede con el propio concepto de orgullo, que tiene mucho de esa celebración de haber sobrevivido a la violencia, a todas las violencias. Además, muchas de sus letras tenían una mirada sobre la sexualidad que se alejaba de la mirada timorata y pacata para abrazar la sensualidad en todas sus formas. Nos hemos visto representados en su manera de entender el mundo, que es tan vendaval como arcoíris».

«Creo que el colectivo siempre sintió tanta veneración por ella por su mensaje de libertad y esa forma de ser que nos incitan a vivir la vida de la manera más alegre posible, enfrentándonos a los obstáculos con optimismo», me explicaba Supreme de Luxe.

Su lucha iba implícita en los mensajes de sus canciones, en su forma de moverse y de vestir, en esa puesta en escena que evocaba alegría y libertad. Posiblemente por eso nunca necesitó significarse con ninguna sigla política concreta, ya lo hacía mediante su actitud ante la vida y sobre los escenarios.

Borja Terán me exponía este punto desde su visión más personal: «En una sociedad que nos decía todo el rato cómo debíamos bailar, vestir, gestualizar... incluso al fin y al cabo sentir, Raffaella nos permitía imaginar otros mundos a través de unas canciones que nos abrían la puerta

a bailar la vida como quisiéramos. Universos en los que no se juzgaban tus movimientos, tu forma de reír o tu manera de sentirte libre».

«No solo eran sus canciones, era un discurso que también quedaba plasmado en sus programas cuando presentaba a sus invitados, a los que nunca juzgó. Por eso, porque ella permitía “ser”, la diversidad siempre empatizó con ella», razonaba el periodista cántabro.

«A mí nunca me preguntó si yo era homosexual durante el tiempo que trabajamos juntos», me subrayaba el cómico Moncho Borrajo. «Ni a mí, ni a muchos otros compañeros con los que trabajaba codo con codo. A ella es que directamente le daba igual».

Nunca entró en el enfrentamiento para defender aquello en lo que creía, lo que no implica que no se mojara si la situación lo requería. En su momento se mostró partidaria de la adopción de hijos por parte de matrimonios homosexuales: «Yo me crié sin la figura de un padre, con dos mujeres. Y he salido una persona muy normal. No entiendo qué hay de malo si lo que se va a dar a esos niños es amor».

En 2016 ideó junto a su fiel Luca Sabatelli un outfit muy sencillo y minimalista basado en una camisa y un pantalón negro. En aquella camisa destacaba una franja con los colores del arcoíris hecha a base de piedras de Swarovsky, con la que quiso mostrar su apoyo a las uniones civiles entre personas del mismo sexo. Además, tenía las uñas de las manos pintadas con los colores del arcoíris.

Un espíritu libre que propició que en julio de 2017, coincidiendo con la celebración del World Pride en la capital de España, la diva italiana aceptara recibir el premio que reconocía su firme defensa de los derechos del colectivo. Esta vez sí que fue muy clara: «Parece mentira que todavía a estas alturas tengamos que hablar de reivindicación en este aspecto».

Hacerle entrega de este premio en plena Puerta de Alcalá, ante los millones de personas que anualmente acuden a esta celebración, fue la primera idea que tuvo la organización. Sin embargo, Raffaella se negó por su pánico a las grandes aglomeraciones. Fue entonces cuando se planteó la posibilidad de otorgárselo en un evento privado en la embajada italiana, opción que aceptó con todo el gusto del mundo.

Ya en octubre de 2018, durante la promoción de su último álbum Ogni volta che è Natale, Dario Menor preguntaba a la diva sobre la veneración que la comunidad LGTBIQ+ siempre había sentido hacia ella: «Yo misma les pregunto a mis amigos gais por qué tengo esa simpatía y admiración tan profunda. La respuesta es siempre la misma: por el sentido de respeto y de libertad en la vida que siempre me ha acompañado», declaró a la Agencia EFE.

Precisamente presentó este álbum con el sencillo Chi l'ha detto, un tema que fue acompañado por un videoclip en el que la diva interpretaba la canción desde un plató de televisión. Desde sus casas, diferentes tipos de familia seguían su actuación, entre ellas la formada por una pareja de chicos. «He querido mostrar en el videoclip una familia homosexual porque así quiero cantar a la Navidad. Es parte de nuestro tiempo, de nuestro día a día, y tiene que verse como algo totalmente normal».

Cuando en 1970 inició la aventura de Canzonissima, se adentró en este ambiente de forma muy natural. «Muchos chicos me escribían cartas y me contaban que no se sentían comprendidos por sus familiares y amigos, y que incluso estaban dispuestos a matarse. Además, muchos maquilladores, diseñadores y gran parte de mi equipo eran homosexuales. Sin saber muy bien por qué, me transformaron en un icono gay, pero yo no hice nada. Simplemente mostrarme tal y como soy».

Una manera de ser que plasmó en sus canciones y en sus programas, convirtiéndose en un refugio para muchas personas que ya desde su infancia se sentían diferentes.

Nando López ahondaba conmigo en esta idea: «Sin lugar a dudas lo eran. Y lo mejor es que no hemos sido conscientes hasta mucho después. En mi caso, cuando veía ¡Hola Raffaella!, ni siquiera estaba seguro de mi orientación, pero en ese programa sentía que ella nos hacía pertenecer, que yo allí estaba bien, que había una voz y una mirada que sí tenía que ver con mi manera de ser y de expresarme. Es más, recuerdo haber inventado más de una coreo, a modo de juego infantil, con las canciones de Raffaella. Posiblemente, la primera vez que canté Fiesta en un evento familiar fue también una de las primeras ocasiones en que entendí, aún sin poder desarrollarlo, que nunca encajaría en la normatividad. Y, más aún, que tampoco iba a querer hacerlo».

Aunque nunca lo pretendió, es innegable que la Carrà se ha convertido en un símbolo de determinadas causas, no porque ella quisiera serlo, sino porque el pueblo así lo ha decidido. Un pueblo que ahora sigue respirando la esencia de su libertad cada vez que pasea por ese espacio situado entre los números 43 y 45 de la calle Fuencarral de Madrid, ubicado entre Malasaña y Chueca.

Este lugar, ocupado por un olivo en su parte central, uno de sus árboles favoritos, se halla en una localización que no es casual: en el barrio gay por excelencia de la capital de España. Ese en el que la diva siempre fue un referente, incluso antes de su fallecimiento. Ese en el que a día de hoy es más fácil sentirnos cerca de ella al pisar los adoquines de su más que merecida Plaza Raffaella Carrà.

40. Eterna Raffaella

«Empezaba esta entrevista diciéndote “¡hola, Raffaella!” y quiero terminarla diciéndote “¡gracias, Raffaella!”. Gracias por ser lo que significas para muchos de los que trabajamos en la radio y la televisión, por haber sido una maestra sin haberlo pretendido y por habernos hecho feliz con tu música, con tus canciones y con tus programas. Sigue siendo tan maravillosa y tan eterna... Porque, como dicen en Italia, nada es eterno... ¡salvo la Carrà!».

Así quise despedirme de Raffaella aquella tarde de diciembre en la que la radio volvió a unirme a la incombustible italiana. Unas palabras a las que ella respondió con una de esas grandes carcajadas que tan bien la definían.

Muchos no necesitamos trabajar a su lado para aprender de ella. Nos bastó con empaparnos de su espontaneidad, de su profesionalidad y de esa simpatía con la que traspasaba la pantalla para que, años después, tratáramos de poner a nuestros proyectos unas gotitas de la «esencia Carrà» a la hora de comunicar y entretener.

Ramón García fue de los afortunados en poder contar con ella como compañera y, además, como amiga: «Con personas como Raffaella me pasa que no considero que hayan muerto. En su caso concreto yo la sigo teniendo muy viva porque sigo escuchando sus canciones, seguimos compartiéndolas muchas tardes en mi programa En Compañía de Castilla-La Mancha Media; creo que me quería y yo también la quería mucho», me manifestaba emocionado mi admirado compañero.

«La nuestra fue una relación de respeto y de cariño maravillosa. He tenido a mucha gente a mi alrededor y muy importante a lo largo de los años, pero ella era muy especial por cómo era. Verla trabajar era un lujo para todos los que estábamos a su lado, pero es que además era muy generosa. Y te aseguro que en este mundo de tiburones que es la televisión es muy difícil encontrar gente así, porque hay muchos mediocres que lo que quieren es ponerte zancadillas para que no crezcas».

«Que en tus inicios de repente te encuentres a una estrella como Raffaella, y ya no solo que no te ponga pegas, sino que además te enseñe y te ayude a crecer para que seas mejor en tu trabajo, es como que si te hubiese tocado el Euromillón», me decía García con los ojos vidriosos.

«¿Por qué vamos a seguir echando de menos a Raffaella?», le pregunté a Joaquín Hurtado. «Porque era simplemente única, mágica. Raffaella era tan real como fantasía. Es insustituible. Para mí como artista lo significó todo, aún hoy lo sigue siendo».

Miriam Díaz-Aroca me confesaba seguir teniendo tan presente su figura ahora como cuando de niña soñaba con ser como ella: «Raffaella era la alegría, la espontaneidad, la honestidad. Era la fuerza arrasadora cuando se ponía sus tacones y comenzaba a hacer sus números musicales. Raffaella lo era todo, era un auténtico tsunami de alegría que te contagiaba. Te digo más. Incluso

callada y sentada, ese carácter y carisma también eran su mayor perfume».

Es curioso que todas las personas con las que he contactado a lo largo del tiempo que he estado trabajando para este libro, absolutamente todas, tienen buenas palabras hacia Raffaella. Su recuerdo es inmejorable a pesar de que en muchos casos tras su aventura profesional, ya sea porque el destino no lo quiso o por el blindaje excesivo que acompaña al tipo de vida de las grandes estrellas, nunca más volvieron a cruzarse en el camino. Algo que no ha variado su visión sobre ella.

El caso más llamativo, quizá por el momento profesional y vital que vivieron juntos, es el de José Luis Gil, al que ella misma llegó a definir en sus inicios como su mejor amigo en España. Sin embargo, a pesar de ser su descubridor en nuestro país y de llegar a convivir con ella en su propia casa de Roma, tras la publicación del álbum *Bolero* en 1984 nunca más se reencontraron.

«No volvimos a vernos y eso me da mucha pena. Yo estuve a su lado cuando todavía no había nadie de los que después llegaron. Por eso me hubiese encantado con la madurez hacer juntos una reflexión de todo lo que le dio la vida y en lo que la terminó transformando», me narraba José Luis con cierto aire de tristeza. «También es verdad que durante sus años de éxito en la televisión en España yo estaba viviendo fuera y ponerte en contacto con alguien no era tan sencillo como ahora, con los móviles y las redes sociales. Aun así, yo todas las noches le rezo a Raffaella, la tengo en mis oraciones porque ella era pura luz».

«Es que nadie puede hablarte mal de ella», me aseguraba Enrique del Pozo. «Conociéndola como la conocí, si alguien te habla mal de Raffaella, es que sencillamente es mala persona. Porque podrías tener alguna no buena experiencia con ella por el motivo que sea, pero era muy buena tía».

La vida profesional de Danilo Vaona, su director musical, nunca hubiera sido la misma sin ella. Pero tampoco la trayectoria musical de Carrà hubiera sido igual sin lo que él supo aportar a cada uno de sus proyectos discográficos y televisivos. De ahí lo complicado que es para una persona tan cercana asumir su ausencia.

Aún con la voz entrecortada, Danilo se refirió a su adiós mientras conversábamos sobre la importancia que tuvo Raffaella en su vida: «Me emociono todavía mucho pensando en ella. Han sido cuarenta años a su lado y todavía tengo que hacerme a la idea de que no volveré a hablar con ella, aceptar que no va a haber un próximo programa en el que ponernos a trabajar, que no vamos a volver a hacer una paella juntos... Pero es la vida y habrá que aceptarlo. Como dijo Sergio Japino, su estrella vivirá para siempre».

Y vivirá perpetuamente porque fue una artista genuina que no se pareció a nadie, que marcó un antes y un después en la pequeña pantalla y que representa un tipo de televisión que ya no existe: la televisión-espectáculo.

«Ahora la televisión es un debate constante», me apunta Borja Terán. «Quizá necesitemos volver a esa televisión de Raffaella que no buscaba un enfrentamiento continuo, sino que por el contrario trataba de congregar a la diversidad nacional mediante las cosas que nos unen, con un

juego tan sencillo como el Si fuera...».

Esta forma de comunicar sencilla y clara a base de verdad conectaba con el espectador solo con una mirada cómplice, una carcajada o una llamada telefónica, creando un hilo de unión inquebrantable.

Una receta que nunca caducó. El público nunca se cansó de ella, de su forma de transmitir y comunicar. Estuvo en televisión hasta que una pandemia mundial unida a una enfermedad devastadora la apartó de los focos. Como decía Nuria Hernández en Vanity Fair, «Raffaella Carrà nunca pasó de moda y siguió siendo todo un icono en la televisión italiana, porque con ella se reía, se lloraba y uno se emocionaba en directo».

«¡Búscate siempre un buen iluminador!», le aconsejaba a Isabel Gemio. «Siempre me decía que en televisión la luz era el brillo que llegaba hasta el espectador. Me dio mucha tristeza su muerte. Pero qué final tan digno tuvo. Murió como vivió, con discreción y dignidad. Me parece admirable que una mujer tan famosa como ella consiguiera no ser pasto de especulaciones y rumores. Grande hasta para morir».

Nacho Álvarez, director de Explota, explota, me comentaba en mi programa de radio la misma tarde que conocíamos la noticia de su muerte lo orgulloso que se sentía de haberla conocido, de haberla tenido en su película y de haber podido homenajearla en vida: «A ti te pasará lo mismo, que tuviste el honor de haberla entrevistado».

«Uno piensa que todo el mundo es inmortal, sobre todo con estas artistas inmensas que dieron tanto a la cultura. Pero creo que, si cada uno de nosotros pudiéramos vivir un cinco por ciento de lo que vivió Raffaella, nuestro paso por la vida ya estaría más que justificado», reflexionaba el cineasta uruguayo.

«Recuerdo, cuando estuve con ella enseñándole el repertorio que queríamos incluir en la película, que no se acordaba del tema Sin ti. “He hecho tantas cosas en mi vida que no soy capaz de recordarlas todas”, me dijo».

Raffaella afirmaba que su receta para seguir transmitiendo la vitalidad que siempre la acompañó era «no haber vivido nunca un día vacío». Una vida plena a la que siempre supo sacarle el jugo de la alegría. Una alegría, una energía, un entusiasmo que siguen presentes en este lado de la vida cada vez que por nuestros oídos se cuele alguna de sus canciones o que su inconfundible acento italoespañol vuelve a aparecer en alguno de esos programas de archivo en los que nunca se cansan de reivindicarla, siendo referencia tanto para los nuevos talentos como para estrellas ya de sobra consagradas.

«Como para tantas personas de mi generación y sobre todo para las que soñábamos con los escenarios», me reconocía Mónica Naranjo, «fue una gran maestra, un ejemplo. Era libre, una mujer muy evolucionada y además la ARTISTA PERFECTA. Sabía lidiar con cualquier disciplina que se le pusiera por delante. Ella sabía que podía con todo y eso era una inspiración para los que avanzábamos con hambre».

«Asumir la muerte de nuestros seres queridos es uno de los retos más difíciles de la existencia humana. Muy complicado, pero hay que intentarlo hasta conseguirlo», escribía su querido Maeso en una carta abierta para la Academia de la Televisión apenas unos días después de su muerte. «Lección aprendida», sentenciaba. Y concluía: «Vivir con presencias y no de ausencias. Presencia de ánimo, ese mismo que derrochaba y contagiaba. En la televisión y en la vida normal. Que son dos cosas diferentes aunque a veces se cruzan y dan buenos resultados. Y eso fue lo que pasó. De manera que muchas, muchísimas gracias, Raffaella».

«Raffaella fue mi maestra, mi amiga íntima. Me cuesta mucho hablar de ella en pasado, pienso que aún está en alguna de sus giras», me confesaba Loles León. «Me da rabia porque no se tenía que haber ido tan pronto, tenía un espíritu demasiado joven. Pero en fin... se fue y ya está. Y evidentemente una parte de mí se ha ido con ella».

Raffaella se fue, pero tenía tanta vida que es imposible decir que la Carrà murió. Porque su legado artístico sigue latiendo, porque su rubio platino nunca pasa de moda, porque los valores que siempre reivindicó siguen siendo fundamentales en una sociedad justa y diversa. Y porque, como manifestó en su día, «una vida es una vida cuando tienes libertad». Ya lo dijo Pedro Almodóvar: «Raffaella Carrà no es una mujer. Es un estilo de vida».

No. Con su partida la Fiesta no terminó. Porque esbozaremos una sonrisa cada vez que suene alguna de sus canciones en esos eventos en los que seguimos celebrando estar vivos. Porque continuaremos contagiándonos de su Felicità tà tà cuando su personalísima voz aparezca en la radio o la televisión, porque no dejaremos de tener como filosofía eso de que «por si acaso se acaba el mundo, todo el tiempo he de aprovechar», para que en cuanto llegue el estribillo emulemos su golpe de melena mientras entonamos «para hacer bien el amor hay que venir al sur».

Raffaella se nos fue. Pero nunca se escuchará un adiós en aquellos que cada noche soñábamos con que de repente sonara el teléfono para contestar «¡hola, Raffaella!». Porque ni siquiera la muerte evitará que su figura sea infinita. Porque, como muchos nos encargamos de recordarla, incluso en vida: nada es eterno... ¡salvo la Carrà!

Agradecimientos

Gracias infinitas a Alberto y Gonzalo de Dos Bigotes, por enamorarse del libro desde el minuto cero, por hacerlo realidad y hacerlo volar.

A Miguel Fernández, por aconsejarme en cada punto del proyecto, por sentir esta aventura de alguna manera un poco suya. También a Mercedes Castro, por confirmarme desde el primer momento que este libro tenía que salir adelante.

A todos mis compañeros de Castilla-La Mancha Media, de la radio y de la televisión. Y a mis oyentes fieles de hace tantos años.

A todos mis amigos. Vosotros y vosotras sabéis quiénes sois.

A los Sánchez, los Rodríguez y los Linares Moreno.

A todas las voces que me brindaron parte de su tiempo para acercarme un poco más a la figura de Raffaella: Loles León, Isabel Gemio, Ramón García, Nacho Álvarez, Alberto Maeso («tú sí, no otros que ahora quieren subirse al carro»), Juan Luis Iborra, Pilar Tabares, Miguel Ángel Tirado, Elena Martín, Miriam Díaz-Aroca, Moncho Borrajo, José Luis Gil, Enrique del Pozo, Daniel Blesa, Joaquín Hurtado, Félix Buget, Danilo Vaona, Paco Clavel, Enzo Paolo Turchi, Nando López, Borja Terán y Mónica Naranjo.

A Jorge Javier Vázquez, por aceptar el reto de abrir este libro y engrandecerlo. Eras la persona perfecta.

A mis padres Pedro y Mari, mi hermana Beatriz, mis sobrinos Diego y Jorge y mi cuñado Javi, a quien ya no tendré que explicarle la dimensión de Carrà como artista.

A Javi, Italia y Mina. Sois la familia más bonita que puedo tener. Compartir el camino con

vosotros es el mejor regalo de vida.

Y por supuesto a Raffaella. A ella y a todos los artistas que se convirtieron en inspiración haciéndonos creer en la magia, por dejarnos «ser» y por permitirnos vivir sin miedo y soñar en grande.

«Cuando la gente está triste, pone mi música para alegrarse el alma»

Raffaella Carrà

ÚLTIMOS TÍTULOS DE DOS BIGOTES

Nadar en la oscuridad, Tomasz Jedrowski

Scream Queer. La representación LGTBIQ+ en el cine de terror, Javier Parra

Corres como una niña. El género y la diversidad LGTBI en el deporte, David Guerrero

Presente imperfecto, Nando López

Lodo, Julen Azcona

Historias de Dunnet Landing, Sarah Orne Jewett

Niño santo, Luis Maura

Águilas, Fló Guerin

Inhalación profunda. Historia del popper y futuros queer, Adam Zmith

¿Cómo puedo no ser Montgomery Clift?, Alberto Conejero

Cine Crush. El cine homoerótico involuntario en nuestro despertar sexual, Popy Blasco

Roja catedral, Gloria Fortún

Otras flores, Xavi Reyes (ed.)

Mi autobiografía de Carson McCullers, Jenn Shapland

Beyoncé en la intersección. Pop, género, raza y clase, Elena Herrera Quintana

Ausencia y exceso. Lesbianas y bisexuales asesinas en el cine de Hollywood, Francina Ribes Pericàs

Después de Elías, Eddy Boudel Tan

Codicia, María Reimóndez

Flores para Lola. Una mirada queer y feminista sobre la Faraona, Carlos Barea (ed.)

Esta sí tenemos que bailarla, Nando López

Una mujer, Judith Juanhuix

Mamá, quiero ser Ziggy Stardust, Iria Misa y Alba Barreiro

El látigo y la pluma. Homosexuales en la España de Franco, Fernando Olmeda

Bonita Luxemburgo, Sebastián Suñé

El verano que nos queda, Giulia Baldelli

¡Larga vida al trash! El cine de John Waters como nunca te lo habían contado, Javier Parra (ed.)

Ocaña. El eterno brillo del Sol de Cantillana, Carlos Barea (ed.)

La última sauna del mundo, Julen Azcona

En mitad de tanto fuego, Alberto Conejero

Mireia, Purificació Mascarell

Los bordes, Angelo Tijssens

La noche en que Larry Kramer me besó, David Drake

Las «locas» de postín y El fuego de Lesbos, Álvaro Retana

Scream Queer 2. La venganza, Javier Parra

Nada es eterno salvo la Carrà. Una biografía de la italiana que conquistó el mundo, Pedro Ángel Sánchez

Te queremos dar las gracias por haber elegido el libro que tienes entre manos. Si has llegado hasta aquí, ¡esperamos que te haya gustado! Para no perderte ninguna de las novedades de Dos Bigotes, nos puedes escuchar en el pódcast Bigoteando en Spotify, iVoox y Apple Podcasts, donde encontrarás recomendaciones, entrevistas exclusivas con autoras y autores y mucho más.



Este
libro
ha sido
compuesto
en tipografía
Crimson sobre
papel de 90 gr.
ahuesado e impreso
en abril de 2024

